


BIBLIOTECA NAZ.
Vittorio Emanuele III
XXX
G
61
NAPOLI



XXX

8

61

Digitized by Google

EUSEBIO

PARTE PRIMERA

SACADA DE LAS MEMORIAS QUE DEXÓ EL MISMO.

POR DON PEDRO MONTENGON.





CON LICENCIA EN MADRID:

POR DON ANTONIO DE SANCHA.

Año de MDCCLXXXVI.

Se hallará en su Imprenta y Libreria Aduana Vieja.



A DON SIMON RODRIGUEZ LASSO.

Oh tu, do quiera que estés, pues lo ignoro: alma digna de la memoria de un pobre, cuya desnudez vestiste, recibe éste tributo de mi reconocimiento, en el Eusebio que te presento. Si él llega á ser util á uno solo, no podrás desdeñar que tu nombre sirva de corona á su frente: y si es digno de tu aprecio, queda mi gratitud acreditada. El aplauso ó desprecio de los hombres, solo podrán merecerme una mirada indiferente. La aprobacion de un bueno, es preferible á todas las alabanzas de opinion. Pueda la virtud, el honor, y la fortuna, suplir de colmo á lo que falta á mi agradecimiento.



Digitized by Google

PROLOGO.

El hombre es el objeto de este libro: las costumbres y las virtudes morales, son el cimiento de su Religion. Católico, la tuya es sola la verdadera, sublíme, y divina; mas tu no eres solo en la tierra, y el Eusebio está escrito para que sea util á todos. El impío, el libertino, el disoluto no se mueven por objetos de qué hacen burla, ni se dexan convencer de razones que desprecian; y aquellos mismos que desde el trono de su altanera filosofia, querrán tal vez dignarse de poner los ojos en el Eusebio lejos de aprovecharse de su lectura le volverian con desden el rostro despues de haberle arrojado de sus manos, si en vez de la doctrina del filosofo gentil, Epicteto, vieran la de Kempis, ó la de otro católico semejante. Tal es la estravagancia de la mente, y la deprabacion del corazon humano. Dexa pues que estos tales vean la virtud moral desnuda y sin los adornos de la christiana, para que reconociendola despues ataviada con ellos, puedan tributarle mejor sus sincéras adoraciones.

Digitized by Google



Josef Ximeno lo inv. i dib. *Mariano Brandi lo grabó.*

EUSEBIO.

PARTE PRIMERA,

LIBRO PRIMERO.

Los vientos amansaban sus iras, y el cielo todavia rebozado, abria al alva el orizonte; cuyos dulces albores alegraban la tierra trabajada de un horrible uracán, que cubrió de espanto y estragos las costas del Mariland y de la Carolina. Las aves, roto su silencioso pavor, parecia que se regocijaban con blandos quiebros y alborozados cantos de la venida de la aurora que amanecia.

De sus rayos herida la granja de Henrique Myden, honrado Quakero de Filadelfia, dale indicios de la deseada serenidad. Ansioso dexa el lecho para gozar del hermoso espectáculo que el cielo en parte sereno, y la tierra dorada de los vivos resplandores del esperado dia, le presentaban á la vista.

Mientras se complacia en el cotejo del horror de la pasada tempestad con la dulce quietud y alegria de la serenidad presente, tiende sus ojos al mar, y llama su atencion un objeto que fluctuaba sobre las olas, pareciéndole fracmento de navío. Empeñada su

curiosidad en distinguirlo, parecele descubrir señas y movimientos que excitaban sus dudas compasivas. Instigado de éstas entra á llamar á su muger Susana, á quien dá parte de sus piadosos recelos; y saliendo con ella á certificarse de la novedad, pueden descubrir un mástil sobre el qual venia caballero un náufrago, que á vista de la habitacion duplicaba las señas y roncas voces con que imploraba socorro.

Penetrados de compasion los animos de aquellos buenos Quakeros, dan voces á sus criados para que salgan á la playa á sacar á aquel infeliz de los brazos de la muerte. Ellos mismos, no sufriendo su corazon dexar de tener parte en obra tan misericordiosa, ayudan á sus criados á echar el esquife al agua; y entrando en él, hacense bogar hácia el náufrago, que con palabras mal expresadas de su alborozo, bendecia sus vecinos libertadores.

Mas ¿quál fue la compasiva admiracion de estos quando vieron entre los brazos de aquel náufrago un niño como de edad de seis años? La impaciente Susana insta para que se lo entreguen, y recibiendolo en sus brazos sin reparo de los embebidos paños que la mojaban, desahoga en él su ternura, y apretabalo á su seno para recobrarle el aliento que le fal-

taba; pues transido del frio, daba apenas señal de vida; y volviendose á su marido le dice: el cielo que negó á nuestro afecto el deseado fruto, nos le presenta en este nuevo Moysés, para que por hijo le reconozcamos.

Henrique Myden atento y afanado en ayudar á sus criados, venia bien á todo, robandole su empeño el afan de trasladar al esquife el náufrago, que apenas podia valerse de sus miembros yertos, á que tenia apegados sus vestidos. Consiguieronle con fatiga, y satisfechos todos de su buen oficio, se encaminaron á la playa, trasladando en brazos los semivivos náufragos á la habitacion.

Era ésta una granja que Henrique Myden levantó sobre ameno altozano de blando declive cerca de la playa, y no lejos de la embocadura del rio Delavare. Sojuzgaba al oriente la inmensa extension del occeano, y por las demás partes una vasta llanura fértil de pan llevar, y de otras sementeras, cortada hácia el medio dia por la corriente del claro Delavare, y coronada por el occidente de amenos y selvosos collados, que hacian su vista mas vária y deliciosa.

La casa manifestaba en sus estancias y muebles todas las comodidades sin ostentacion, y

el aseo de un rico Quakero sin luxo. Favoreció la fortuna á la industria y talento de Henrique Myden en el comercio, de modo, que aunque hijo de no ricos padres, contaba muchos caudales y dilatadas haciendas, en que empleaba sus ganancias con intencion de desamparar el comercio para acabar sus dias en el seno de una dulce tranquilidad. Su aspecto era venerable por la edad y espesas canas, y por la dulzura de su bondadoso genio, á quien todo se le asentaba; trasluciendosele en la risueña amabilidad de su rostro el generoso desinteres y la blanda facilidad de su alma.

Susana su muger prendada de la honesta y hermosa presencia de Henrique Myden en su mocedad, contribuyó con su rico dote á la fortuna de su marido. Sin ser fea ni hermosa tenia gracia y prendas de cuerpo y alma que condecoraban y hacian respetables los asomos de su vejez. Su genio bondadoso, aunque con apariencia de severo, daba á su exterior reservas de viva penetracion, mezclada de blandura, que hacianla adorable á toda su familia. Instruida en las letras sagradas, y dotada de una dulce eloqüencia, era tenida por la mas cabal predicanta de su secta. La paz y la union reinaban en el seno de aquella dichosa casa, en donde la abundancia sin desperdicios y sin

superflua magnificencia extendiase hasta los ínfimos criados.

Este dichoso asilo deparó la providencia á los recobrados náufragos, los quales despues de haber restablecido sus fuerzas no podian satisfacer los deseos de sus buenos libertadores, que quisieran saber el tiempo y circunstancias de su desgracia. Solo el adulto daba á entender, que eran Españoles; que él se llamaba Gil Altano, y el niño Eusebio, sin poder dar á entender otra cosa de las muchas que decia, no cesando de bendecirlos con palabras que no comprehendian, y con desmesuradas demonstraciones sacadas de su vivo agradecimiento.

Habia pasado algun tiempo que Gil Altano y Eusebio disfrutaban descansadamente la beneficencia de sus generosos huespedes, quando ocurrió á Henrique Myden que vivia en Salem un Inglés el qual entendia y hablaba el Español. Llamabase Jacobo Camder, y por disgustos habidos con su familia dexó la Inglaterra y se estableció en Salem, donde compró algunas tierras que le daban una decente subsistencia.

Envióle á llamar Henrique Myden, ansiando enterarse del naufragio, y especialmente de la calidad del niño Eusebio, cuya bondad al paso que les iba mereciendo mayor ca-

riño, los incitaba mas para saber quien era. Llegado Camder á la granja vióle Gil Altano, y con admirada sorpresa le pregunta, ¿si era por ventura el Señor Jacobo Camder, Capitan que fue de una carraca inglesa? y confirmandoselo Camder, echase á sus pies Altano, le abraza las rodillas, y en aquella postura exclama: ¡ó mi antiguo y generoso bienhechor! ¡ó tierra bendita, que tales hombres produce! cólmela el cielo de bienes, y démela por sepultura de mis huesos! ¡Ojala hubiese nacido en ella, pues tal vez la suerte no me expusiera á tantos trabajos y desgracias! Mas sea en buena hora por el sumo consuelo que pruebo al verme á los pies y á la presencia de aquellos por quienes por dos veces me veo sacado de los brazos de la muerte.

Henrique y Susana, que no podian entender lo que Gil Altano decia, estaban suspensos de las extraordinarias demonstraciones que acompañaba con lágrimas á los pies de Camder. Obligólo éste, finalmente, á levantarse, y á que le dixese quien era, y en qué habia empeñado tanto su agradecimiento, pues él no le conocia ni se acordaba de haberle jamás favorecido. Cómo, ¿no se acuerda vmd. mi señor, de aquel galeon que iba á Buenos-aires, hace ya quatro años, y que vmd. dandonos caza al-

canzó á tiempo que iba á pique por la gran agua que hacía? Sí me acuerdo, dixo Camder, mas de vos no me acuerdo.

En ese galeon pues, continuó Gil Altano, iba yo de marinero, y probé entonces la generosa humanidad de vmd. mi señor, haciendonos pasar á bordo de su carraca, en donde queriendonos maniatar sus marineros, tratandonos como á prisioneros de guerra que habia entonces, vmd. mi señor, no lo consintió; antes bien tratandonos como patriotas, nos llevó á Oporto, en donde á mas de la libertad, nos dió una güinea á cada uno. ¡Bien haya tal bien hechor! ¡Qué bendiciones no le dimos yo y mis compañeros restituyendonos á nuestras patrias! Y avivando ahora mi agradecimiento la presencia de vmd. y la de estos señores, yo diera de buena gana mi vida en su servicio.

Camder le dixo entonces, que aquellos señores deseaban saber las circunstancias de su naufragio, y la calidad de aquel niño que consigo habia librado.

Sepa pues vmd. mi señor Camder, que soy andaluz por gracia de Dios, y del Puerto de Santa Maria. Pero aunque mis padres no me dexaron otras haciendas que las redes, mis abuelos eran montañeses, y sabe Dios lo que se eran allá en sus tiempos: mas el mundo su-

fre altos y bajos, y la rueda de la fortuna dicen que anda como las del molino. En fin yo nací para marinero, y pueda creer vmd. si sé bien lo que es el mar, pues en él vi todos los rostros á la muerte, sin mostrarle jamás mis espaldas; porque, vive Dios, que quien teme, no salga de su hogar: si no me cree vmd. vea esta herida que llevo en el brazo, vea esta otra en el pecho; y yendose á desabrochar le dixo Camder, que no importaba, que lo creia sobre su palabra, y que dixese de su naufragio.

Voy pues á contárselo á vmd. mi señor. Despues de la pasada guerra me vi precisado á entrar en un pingue que partia para Cadiz, y de alli para Malaga. Mas antes de salir de Cádiz encontré á un paisano mio, el qual sabiendo la gran práctica y conocimientos que yo tenia de la marina, me aconsejó á ir con él en un bergantin que necesitaba gente, y que quanto antes habia de zarpar para la Florida, prometiendome mayor paga que la que tiraba en el pingue. Asi es que el hombre cebado de la presente utilidad, déxase llevar de ella, sin saber los malos fines á que le puede arrastrar, como á mí me sucedió. Pero mientras el hombre no muere no se acaba todo para él, y pasado un mal trago viene otro agra-

dable, y asi campamos los pobretes, bendito sea Dios.

Salimos de Cadiz á primeros de Abril con viento fresco, tal lo tenga yo siempre, y maldigo de mi práctica, pues ésta de nada sirve con viento regalado, y mucho menos quando se enoja de veras la fortuna. Fuenos propicia esta señora hasta dar vista á los montes de la Florida, ó sean quales fuesen, en donde nos comenzó á trabajar con tanta saña, que jamás vieron los hombres tempestad mas deshecha. Venian en el bergantin varios pasageros, y entre ellos el padre de ese caballerito, y una hermana suya, bella como la mejor alva de Mayo.

Creció el viento, y la mar tanto mas se ensobervecia. Vino con la noche el espanto á emposesionarse de nuestros corazones: manda el capitan amaynar el treo para correr fortuna á palo seco. Arremetimos yo y un bravo Gallego al trinquete; pero una ola mas braba vino á derribarnos con tal furia, que no me quedó otro partido, que el de amarrarme á una soga que circuía el mástil para reponerme. Esta fue mi gran ventura, pues de otro modo hubiera ido con los demás á ser pasto de los fieros tiburones.

La grita, llanto y votos de los marineros,

los bramidos de las olas, y los continuos truenos acrecentaban el horror y la confusion en que nos hallabamos, quando de repente vibrando el cielo cien rayos á una contra el bergantin, me hallé luchando con las olas cogido al mástil en un abrir y cerrar de ojos, sin poder decir cómo fue. Pero vuelto en mí de aquel repentino enagenamiento, aseguro á vmd. mi señor, que casi me hallaba mas confiado sobre aquel palo en que logré ponerme á horcajadas, que sobre la entera embarcacion: pues aunque estaba muy sobresaltado, sentia con todo una interior seguridad que animaba mis fuerzas y esperanzas.

Al resplandor de los continuos relámpagos veía algunos desdichados combatir á nado con las olas, resollando bascas de muerte, otros traginados de las olas mismas entre pipas y pedazos del roto navío, entre los quales la fortuna de ese caballerito, que lo queria tambien salvo, me lo puso de través sobre el mástil, y agarrandolo como pude me lo acomodé entre los brazos. Confieso mi pecado, que hubiera deseado mas que fuera aquella señorita su hermana. ¡Pobre doncella! ¡Qué suerte te depararon los cielos! Bendita sea tu alma, y Dios tenga en su gloria á los que como tu no hallaron salvacion en la tierra. ¡Qué horrible

y eterria noche fue para mí aquella! ¡Quán deseada de mis angustias la luz del siguiente dia!

Rayaron, finalmente, los primeros albores que auyentaron de mi pecho el ciego espanto en que la noche me tenia, llevandome las olas sin saber dónde, y haciendome tragar á cada instante mil muertes: y aunque la furia del mar y viento era la misma, pero la luz del dia aseguraba mi consuelo, esperando no perecer, pues no habia perecido. El niño se zabullia entre mis brazos despues de los esfuerzos que hizo para vomitar el agua que habia tragado. Las antenas que quedaron cruzadas en el mástil, impedian que no diese vueltas sobre el agua, y me aseguraban en mi asiento.

¿Cómo podré explicar á vmd. mi contento quando ya cerca del medio dia descubri montes que no me parecian lejanos, y que parece me animaban para que tuviese firme, y esperáse llegar á ellos? Valiame de las piernas, que llevaba metidas en el agua hasta las rodillas, forcejando con ellas como si fuesen remos para ganar camino. El viento y el mar ayudabanme tambien para llegar á tierra; pero la noche que se acercaba disminuía mis esperanzas y acrecentaban mis congojas. Mil veces estuve tentado de abandonar el mástil y

la carga inocente para echarme á nado; pero me contuvo la compasion que me causó el niño, haciendome acordar de la providencia, en la qual hasta entonces no habia pensado.

Cerró enteramente la noche, cubriendo de sus tinieblas el mar y la tierra, robandome los montes de la vista y del corazon, el qual se entregó de nuevo á mayores angustias y temores, recelando engolfarme y perderme enteramente. La hambre y sed me aquejaban; recurri á los Santos del cielo para que me amparasen, y asi pasé el horror de aquella eterna noche en continuas plegarias, tropezando con ellas, pues apenas se me acordaban. Mas debió compadecerse el cielo de mí, pues al otro dia, dia para mí siempre feliz, me puso cerca de la playa y á la vista de estos mis piadosos libertadores que me sacaron de las olas.

Acabó de decir Altano su relacion, que Camder refirió en pocas palabras á Henrique y Susana Myden; pero como no dixo nada de la calidad del niño y de sus padres, rogaron á Camder se informáse sobre ello. Inquirido Altano, respondió que no lo sabía, y que solo lo conocia por el nombre que le daban en la embarcacion de Eusebio. Deseaba saberlo Henrique Myden, para que en caso que sus padres hubiesen naufragado, pudiese escribir

á España para avisar del hallazgo del niño á sus parientes si los tenia; y para que á falta de otros hermanos pudiese asegurarle su hacienda. Y no pudiendolo saber de Altano, escribió á Cadiz para certificarse de los de allá.

Comenzaba el invierno á despojar la tierra de sus verdores, haciendo desapacible la estada en el campo: tiempo en que Henrique Myden solia restituirse á Filadelfia, donde lo llamaban sus negocios. Llevó consigo á Eusebio y á Gil Altano, deseando retener á este en su casa para que sirviese á Eusebio de criado, y al mismo tiempo le conservase la lengua, que era daño perdiese. Pero llegado á la ciudad, temiendo forzar la libertad y abusar de la desgracia de un náufrago, quiso saber del mismo, quáles eran sus intentos, si de quedar en la Pensilvania y estar con el niño que habia librado de las olas, ó bien de volverse á su tierra; pues en este caso le costearía el viage.

¿A dónde iré, Señor, exclamó Gil Altano, penetrado de la gratitud de su generosa oferta, á dónde iré que mas valga? Aqui quiero quedar para dedicar mis fuerzas, sudores y vida en servicio de mi adorable libertador. Esta tierra tendré por patria mia, en donde me hizo renacer la fortuna. Serviré al niño, al mas ínfimo de los criados de mi señor, si gus-

táse y como gustáse, para corresponder de algun modo al sumo beneficio que tengo recibido. Condescendió entonces Henrique Myden con sus deseos, destinandole un crecido salario sin otra obligacion que de servir y cultivar la lengua á Eusebio. Era grande el cariño que Henrique y Susana iban cobrando á éste por el dulce genio que manifestaba, y por la pueril seriedad que enoblecia su presencia, no menos que por la facilidad de su memoria en aprender la lengua inglesa por lo que oía, de modo que no se le echaba de ver el nativo acento al año que estaba en Filadelfia, manteniendo en inglés qualquier discurso que su alcance le permitia.

Al cabo de algun tiempo, quando menos lo esperaba, tuvo Henrique Myden respuesta y noticias circunstanciadas de la familia de Eusebio, con lo qual pudo enviar poderes y establecer apoderados en nombre del niño para recaudar las rentas de sus haciendas; y hecho esto resolvió á instancias de Susana de ahijarlo y declararlo su heredero, como lo hizo en manda de testamento. Tomaron desde entonces á pechos su educacion, sufriendola ya la edad y el conocimiento que tenia de la lengua inglesa. Determinaron acostumbrarlo á sus usos y al trage sencillo de Quakero: pero

no pudiendo dudar que Eusebio era Cathólico, temieron violentar su voluntad y entendimiento si lo inducian á profesar su misma religion de Quakeros, vedandoselo la tolerancia. Y asi de comun acuerdo resolvieron dexarlo en su creencia, sin apartarlo de aquellos sentimientos que hubiese podido adquirir en su infancia. Hacianlo bien si exercitar en los actos exteriores de devocion, teniendolo presente en todas las plegarias que hacian en casa.

Dieronle maestro que le enseñáse á leer y escribir en inglés, y para que lo instruyese en la arithmetica, no queriendo pasarlo por entonces á otras ciencias hasta que la naturaleza hubiese fortalecido sus ideas y conocimientos. Reservóse para entonces Henrique Myden buscarle otro maestro que se las enseñáse en preferencia de la contratacion, á la qual no queria aficionarlo. Hablaba casualmente sobre esto con un Quakero amigo suyo, y pidióle si conocia algun hombre hábil en la Pensilvania que pudiese encargarse de la educacion de Eusebio; pues en caso que no supiese darle razon, estaba resuelto á escribir á Londres para que le enviasen uno de Inglaterra, ofreciendose guardar todas las condiciones de emolumento y trato que le prescribiesen.

Dixole su amigo, que sin salir de Filadel-

fia esperaba darle maestro, qual no encontraria tal vez en toda la Inglaterra, Ansioso de saberlo Henrique Myden, pregunta por él. Dicele el Quakero, que era un cestero que vivia no lexos de su casa, y á quien conocia desde que se estableció en Filadelfia. ¿Un cestero? dixo admirado Henrique Myden. ¿Y qué ciencias quereis que enseñe un hombre empleado en hacer cestos? La virtud por primera de todas, dice el Quakero, no habiendo apenas quien la enseñe; y luego todas las demás que pueden formar un hombre instruido, iluminado y sabio. ¿No sabeis el antiguo dicho qué baxo ruin manto anda tal vez encubierta la filosofia? pues tenedlo por verificado sobre mi palabra en ese cestero.

Bien es verdad que jamás he podido saber su condicion y patria, y parece que él mismo se recata de que se sepa; ¿pero el conocimiento de estas cosas, de qué sirve quando solo el proceder debe caracterizar al hombre? En fin yo os digo mi parecer, ningun empeño llevo en ello; antes bien dudo que el quiera tomarse ese trabajo, el mas árduo de quantos hay, debiendose llevar al grado que la cosa merece. Si os resolveis á tomar mi consejo, podeis verlo antes que yo le hable, haciendolo venir con el pretexto de comprarle algun cesto; y si la

conversacion lo lleva, hacedle vos mismo la proposicion. Llamase Jorge Hardyl, y vive en la primera calle que se encuentra á mano derecha.

Vino bien Henrique Myden en hacer lo que su amigo le aconsejaba; y sobre la marcha envia á llamar al cestero para que trajese algunos cestos y azafates de varias hechuras para poder escoger. No tardó á llegar Jorge Hardyl cargado con sus cestos, los quales presenta á Henrique Myden sin decirle palabra. Su vestido era de pobre Quakero, pero limpio y aseado. Contabansele en su modesto rostro de quarenta años arriba, y la circunspeccion de su noble presencia prometia un carácter superior al de artesano que representaba, exîgiendo respeto, sin mostrar pretenderlo de los que trataba, echandosele de ver la virtud que no manifestaba. ¡O sabios de la tierra, engreídos de vuestras ridículas insignias, reid, si os sobra presuncion, del cestero que destina Henrique Myden para maestro de Eusebio! Pidele Myden el precio de dos cestos que habia escogido; y oído, se lo entregó sin rebaja. Recibido el dinero, iba á tomar Hardyl la puerta al tiempo que vuelve á llamarlo Henrique Myden con el pretexto que Eusebio gustaria de comprar alguna de aquellas cosas. Llama-

do, comparece Eusebio, á quien dice Henrique Myden ¿si queria que le feriáse un azafate? Eusebio le responde: no lo necesito; no sé qué empleo darle.

Conoció el modesto Ulises á su Aquiles, y no pudo contenerse de no aprobar su respuesta. Tomó pie Henrique Myden de esto para atraherlo al discurso que deseaba, preguntandole: ¿si á la lengua tenia á Eusebio por Español? No ciertamente, respondió Hardyl. ¿Sois español, Eusebito? ¿De dónde? ¿Cómo os llamais? Preguntóle esto Hardyl en lengua española con admiracion de Henrique Myden que lo oía sin entenderlo, y de Eusebio que lo entendia, y que algo encogido de la sorpresa de oir su lengua, le dixo: soy de S.... para servir á vmd. y me llamo Eusebio M....

Un rayo pareció la respuesta de Eusebio que partió el corazon de Hardyl, el qual sin poder disimularlo dió un paso atrás, ocupandole la palidéz el rostro, y asomandose á sus ojos las lágrimas. ¡O Eusebio, si supieses quién es ese cestero! Pero éste volviendo luego sobre sí, procuró recobrar su afable seriedad y el discurso interrumpido, diciendo á Henrique Myden habia oido decir del naufragio, y de vuestro hallazgo; recibid mis parabienes: veo

que los sentimientos de Eusebio aventajan á su edad. Tales renuevos suelen dar de sí buenos frutos. Asi es, dixo Myden, quando hay quien los cultive. ¿Sabriais por ventura alguno que quisiese encargarse de la educacion de Eusebio? pues por cosa que reputo de mayor monta, no repararia en quanto se me pidiese.

No sé daros razon, dixo Hardyl; pues empleado, como veis que estoy en el trabajo de mis manos, no puedo tener el debido conocimiento de esas cosas. Ved pues, replicó Henrique Myden, quan apartados van los hombres en sus juicios; me habian asegurando que vos seriais bueno para ello. ¿Yo? preguntó Hardyl, os han asegurado lo que no sé yo mismo si sabré hacer, y á que redondamente me negaria si el muchacho fuese de genio avieso y atrevido; pero tratandose del que está presente, por lo que veo y por lo que oí, pudiera resolverme á probar mis fuerzas si vinierais bien á todas las condiciones que debo pretender para ello. A todas vengo bien, dixo Henrique Myden; tenedlas por otorgadas. Si es asi, venid conmigo, Eusebio; no hay para que perdamos tiempo, que es muy precioso. Tomad estos dos cestillos, que no os serán pesados, ni es largo el camino que debemos ha-

cer. Deciale esto á Eusebio en ademan de alargarle los cestos para que los tomáse.

Eusebio lo miraba con los ojos levantados y fijos, volviendole al tiempo mismo la espalda sin decirle palabra; pero el mismo silencio acompañado de su ademan desdeñoso, decia bastante, que aquello no le competia. Henrique Myden creyó á primera vista que aquello era familiaridad que Hardyl se queria tomar con Eusebio; mas no pudiendo ya dudar que trataba veras, instando el cestero con el brazo alargado para que Eusebio tomáse los cestos, se tuvo por burlado el Quakero que se lo propuso; y movido de este mismo resentimiento, le dixo: ¿son esos los estudios que quereis dar á Eusebio? Este, dixo Hardyl, por el primero de todos, y el que mas apreciará con el tiempo; los demás, si los desea, los aprenderá de mí.

La modesta aseveracion con que Hardyl dixo esto, reportó un poco el animo de Henrique Myden, haciendole retraher su juicio; y aunque se le hacia algo duro que Eusebio por primeros rudimentos de su crianza hubiese de llevar cestos por la calle; pero el porte noble y las palabras circunspectas de Hardyl lo pararon. Eusebio, deshaciendo la postura desdeñosa con que habia recibido los cestos, se arrimó

á una silla, en cuyo brazo iba subiendo y bajando el dedo indice por lo concavidad del entalle de la madera, teniendo los ojos fijos en Henrique Myden, como pidiendole que desaprobase la oferta del cestero. Conoció Henrique Myden su embarazo; con todo le preguntó, ¿si gustaria de ir con aquel su maestro hasta la tienda llevando aquellos cestos? Atado de confusion y vergüenza callaba Eusebio jugando con los dedos, y dando á entender la pena en que le ponia tal pregunta.

Hardyl para sacarlo de su congoja, dixo á Henrique Myden, que todos los principios eran arduos, especialmente los de la virtud, tratandose de desarraigar del animo los sentimientos de la sobervia y de la ambicion; los quales si se dexan á su valía, cobran fuerzas de imperio con que exponen al hombre á mil disgustos y desazones. Pero que al contrario, el que se esfuerza en vencerlos, prueba una dulce tranquilidad y elevada satisfaccion, que sin engreirlo lo colman de celestial consuelo. Estos conocimientos, hijo mio, no puedes tenerlos todavia: ellos se forman y conciben á fuerza de las pruebas en que pone el mundo al hombre á cada paso, de las quales no sabe ni puede aprovecharse sin el exercicio de las virtudes.

Escuchabalo Henrique Myden con admiracion, no esperando tal discurso, y comenzaba á echar de sí las dudas que habia concebido: é inclinándose á ponerse enteramente en sus manos, le dixo, que por aquel dia se le podia ahorrar á Eusebio la vergüenza que sentia en llevar los cestos, y que entre tanto se exercitaria en llevarlos por la casa para que le fuese menos sensible sacarlos fuera de ella. A esa condicion, dice Hardyl, aqui los dexo, y parto á mi trabajo; pero mañana volveré sin falta para ver si aprehendió bien la leccion.

Partido Hardyl, abandonóse Eusebio á la tristeza y llanto que se esforzó tener en freno, saliendo de la estancia para ir á manifestar á Susana su sentimiento, contandole con sollozos la determinacion de su padre de querele hacer cestero. ¡Mísera humanidad! ¿tánto ha de costar llevar un cesto? Nacido Eusebio en noble cuna y criado entre regalos, aunque de edad de seis años en que lo cogió el naufragio, habia ya embebido su alma los sentimientos de la ambicion y vanidad; y en casa de Henrique Myden en edad de conocer su estado y su fortuna, se resentia del acto de humillacion á que se le queria obligar. La misma Susana, aunque piadosa predicanta de su secta, no podia inducirse á que pasáse Eusebio por aque-

lla bajeza, segun la llamaba. Asi prueban el efecto de la prevencion y lo arduo del exercicio de la virtud los mismos á quienes es tan facil el predicarla: y serán muy pocos los que leyendo este paso, conciban y se persuadan del bien que debe redundar á Eusebio por hacerle vencer esta repugnancia.

Con todo Susana dió quexas á su marido, mostrando resistir á una educacion tan extravagante; pero sosegada un poco de la risa bondadosa con que Henrique Myden recibió su resentimiento, mostrando con ella ser cosa muy indiferente que Eusebio llevàse aquellos cestos, comenzó á aquietarse, mucho mas lisongeandose, que Hardyl no queria hacer otra prueba de Eusebio, que aquella de los cestos, reputandole un juego de aquellos con que los maestros quieren hombrear á espaldas de la humillacion de sus discípulos. Entre tanto Henrique Myden dió las ordenes para que estuviese aderezada la habitacion que habia destinado para Hardyl, creyendo que éste dexaría su tienda y oficio para venir á educar á Eusebio en su casa. Teniale á este fin prevenidas cincuenta guineas en una cajuela de concha, que entregó á Gil Altano para que se la entregáse en nombre de Eusebio luego que tomáse posesion de su alojamiento.

Al otro dia Henrique Myden, lleno de bondad y de compasion por Eusebio, quiso disminuirle la vergüenza de llevar los cestos por la calle, llevandolos él mismo arriba y abajo de la sala, y haciendoselos llevar tambien al mismo; y en este exercicio los sorprendió Hardyl quando llegó á casa de Myden en hora menos pensada. Recibiólo Myden con festiva complacencia; pidiendole parabienes por el vencimiento que habia obtenido Eusebio, prometiendose mayores cosas de su docilidad. Luego pasó á entenderse con él sobre el dia en que podria venir á establecerse á su casa, y sobre lo que le habia de dar por su trabajo. ¿Cómo, dixo Hardyl, no habeis venido bien en todas las condiciones sin dexarmelas proponer? Y en todas ellas, sean quales fuesen, dixo Henrique Myden, vengo bien de nuevo. Mas á lo que veo, replicó Hardyl, temo que se me quiera faltar á la principal; pues si debo ser maestro de Eusebio, no ha de tener otra casa que la mia, ni otra escuela que mi tienda. En quanto á la paga nada pretendo: solo sí desearia que si llegáse jamás á faltarme trabajo ó dinero por no haber podido despachar mi obra, me suministreis lo necesario para mi y para Eusebio, el qual deberá estar tambien á la condicion de mi mantenimiento.

Quanto inesperada, otro tanto dura hizosele á Henrique Myden la pretension de Hardyl de llevar á Eusebio á su casa, sintiendo vivamente perderlo de vista, por el sumo cariño que le tenia. Culpabase á mas de esto de la facilidad con que condescendió á las pretensiones de Hardyl sin informarse antes de ellas. Veia á mas de esto la invencible repugnancia, que asi Eusebio como su muger Susana, tendrian en ello, temiendo no poderlos inducir á lo que tan á cuesta arriba le venia á él mismo. Ocurrióle darle por respuesta, que si no lo llevaba á mal avisaria á su muger para convenir buenamente con ella en la condicion, á la qual no habia pensado. Muy en hora buena, dixo Hardyl, pues no creo que halle dificultad en tener ausente de cien pasos á su ahijado, quando hay tantos que envian sus propios hijos á tierras estrañas para que sean educados en ellas, sin que tengan tal vez motivos de arrepentirse de la privacion que de ellos se hicieron.

Diciendo esto pasaron á la estancia de Susana, la qual oyendo la inesperada pretension de Hardyl, negóse redondamente: Hardyl sin perder su mesura levantóse diciendo, que el asunto no pedia tergiversacion por su parte, mucho menos no teniendo ningun interés en ello, ó teniendolo solamente en asegurar su

sustento si le llegáse á faltar, lo que hasta entonces jamás le habia sucedido.

Ignoraba Susana esta desinteresada condicion de Hardyl, y oída, le chocó de modo que en el acto que él se despedia, sintiendo que se fuese sin haberle dado razon de su seca negativa, tomó el pretexto de detenerlo, diciendole que el thé estaba ya en camino, y que no lo dexáse deayrado. De hecho, trahialo Gil Altano que sabía ya explicarse en inglés; y aunque esta no era incumbencia suya, quiso cargar con ella, retardandosele siglos el momento en que habia de entregar á Hardyl la caja con las guineas, creyendo que hubiese venido para quedar de asiento en la casa; y despues de haberle presentado la taza de thé, estabaselo mirando sin cespitar, esperando el momento que la hubiese apurado para entregarle la caja, que tenia apretada en la mano puesta en la faltriquera. En esto acaban de beber el thé Susana y Hardyl, alargando á un mismo tiempo las tazas. Altano, no sabiendo á quien primero atender, saca con furia la mano de la faltriquera con la caja, la qual escapandosele de la mano, cae en tierra y hacese mil pedazos, derramando las guineas por la estancia.

La confusion, la vergüenza y sentimiento

apoderanse de Gil Altano, turbanlo de manera, que queriendo abajarse para recoger el dinero, dá con la frente contra el bufetillo, que era de un solo pie, y hacelo caer de la parte de Hardyl con las tazas y la thehera medio llena, derramandose el thé sobre su vestido. Mas éste sin alterarse, como si nada le hubiese sucedido, se abajó para reponer en pie la mesilla; y vedandoselo Susana, que queria limpiarle el vestido con el pañizuelo, no lo consintió, diciendo, que el vestido no merecia tan grande honra, rogándole le dexáse aliviar el afan de aquel hombre confuso y mortificado.

Lo estaba tanto Altano, que iba por el suelo á gatas, dandose palmadas en la frente y recogiendo moneda y tiestos en confuso, como le iban viniendo. Y al oir que Hardyl decia á Susana, que su vestido no merecia aquella honra, levantando hácia él la cabeza le dixo: no le pese á vmd. mi señor Hardyl, que con estas cincuenta guineas se podrá hacer vmd. otros tantos vestidos mejores que ese; pues para vmd. y no para mí las tenia destinadas mi señorito Eusebio. ¡Pesia tal! Las narices quisiera se me hubiesen hecho antes pedazos. Si tal desventura me acaeciera allá en mi tierra, pedazos me hubieran hecho el tra-

sero á puntapies. Bien hayan tales amos. Quakero me quiero hacer á pesar de las barbas de quien yo me sé. Dexe vmd. estar, señor Hardyl, que no le faltará ni un maravedí. Decia esto viendo que Hardyl se inclinaba tambien para recoger moneda.

Henrique y Susana no desplegaron sus labios contra Altano, sintiendo que la desgracia hubiese caído sobre Hardyl, á quien pedian escusas por el accidente, admirando la singular mesura que habia guardado en él. Luego que Altano recogió las guineas, poniendoselas en el cóncavo de la mano, se las presenta á Hardyl, pidiendole perdon por haber roto la caja. Hardyl retrayendo la mano le dixo: no, hijo; tengo ya hoy asegurado el sustento, y no las necesito: le dirás con todo á Eusebio, que aprecio mas su demostracion que las guineas. ¿Cómo? dixo Altano maravillado. ¿No quiere vmd. recibir cincuenta guineas? ¿Quién vió semejante sandez? pues á fé que yo echára de revés los cestos, y tras ellos el oficio, si tal me aconteciera. Tómelas y no sea bobo. Volvióle á decir Hardyl en español: no; vuelveselas á Eusebio, y dile que las aprecio mucho mas que si las recibiera.

Sintiendo Henrique y Susana que Altano le hiciera aquel presente tan fuera de sazon y

lugar, dixeronle que desistiese y se fuese, como lo hizo, llevandose los restos de aquel naufragio; pero sus animos quedaron penetrados del superior caracter que Hardyl descubria, especialmente en la rehusacion de las guineas; maravillandose al mismo tiempo Susana de oirle hablar español tambien ó mejor que Gil Altano. Y aunque la curiosidad de saber si lo era la instigaba á preguntarselo; pero la contenia el respeto que su caracter y virtud le infundian, limitandose á preguntarle por rodeo, ¿si habia aprehendido la lengua española en España? Hardyl le dixo, que habia estado en ella; pero que las lenguas tambien se aprendian en países estraños si se estudiaban. Con lo qual dexó á Susana en las mismas dudas, pero con muy diversos sentimientos de los que antes tenia acerca de llevarse á Eusebio. Tanta fuerza tiene la virtud reconocida; pues mostrandose antes tan repugnantes en concederle Eusebio, ahora están en estado de rogarle que se lo lleve para que á su grado lo instruyese.

Mas como Hardyl tomó la primera respuesta de Susana por decisiva, levantóse para partir, diciendo, que desearía ver á Eusebio para agradecerle su generosa demostracion; pero que ésta no le dispensaría la leccion de los cestos si hubiera de haber sido su discí-

pulo. Henrique Myden le dixo entonces: pues por mí no queda en pie la dificultad: llevadlo quando querais; al cabo no vá tantas leguas lejos. Susana, aunque se le arrancaba el corazon viendo la voluntad declarada de su marido, y considerando tambien que tendria cerca á Eusebio, no se resistió ni opuso á su parecer. Pues, señores, dixo inmediatamente Hardyl, una pronta resolucion es una victoria comenzada; alcancemosla.

Acababa de decir esto quando entró Eusebio, mudado de color y palpitandole el corazon. Hardyl, despues de haberle agradecido el presente, le preguntó, ¿si eran tan pesados los cestos como el dia antes? Eusebio con enfadada vivacidad le responde: no los he pesado. Hardyl para sobreponerse á la resentida ingeniosidad de Eusebio, dixo luego: vamos pues, que en casa tengo balanza que me podrá sacar de la curiosidad. Id á tomar los cestos, que esta primera leccion es la mas importante de todas. Eusebio no se movia por esas, teniendo los ojos clavados en Susana para que se opusiese á los intentos de Hardyl; mas viendo que ella mirandolo tambien se enternecia, comenzó á prorrumpir en llanto, al qual no resistiendo Susana salióse de la estancia.

Henrique Myden, aunque tocado tambien

de la compasion, sacó fuerzas de flaqueza, para acallar los lloros de Eusebio y consolarlo; diciendole, que la casa de Hardyl estaba cerca, y qué tal vez no encontraría ninguno por la calle que lo viese llevar los cestos; y que aunque alguno reparáse en ello, tendria motivo para admirar aquel acto de virtud en vez de motejarlo; que solo exîgia Hardyl aquel vencimiento por su bien. Y si por su propio bien, dixo Hardyl, no lo quisiese hacer, lo debería por reconocimiento á tan buen padre que se lo ruega: el qual si lo desamparáse, lo precisaría á ir por las calles hecho un pordiosero, ó á ganar con que vivir en otro oficio peor que el de hacer y llevar cestos. Mudando luego de tono, pusole blandamente la mano sobre la espalda, y continuó á decirle: no, hijo mio, no quieras diferir esta complacencia á tu generoso padre. Tomólo entonces por la mano, y haciendo un saludo silencioso á Henrique Myden, acompañado de sonrisa, se lo llevó llorando.

Quedó extático Henrique Myden viendo el despejo con que Hardyl habia echado el corte á un negocio que creía enmarañado de nuevo. Y aunque poco despues que salieron, lo asaltaron deseos de seguirlos, contuvolos didiciendose á si mismo, dexemoslos, no des-

compongamos lo hecho. No contuvo del mismo modo el pensamiento que le vino de no haber prevenido al muchacho, que Hardyl se lo llevaba á su casa para educarlo en ella; pues temia que se afligiese sobrado Eusebio si llegaba á sospechar que las idas y venidas de Hardyl, y la compra de los dichos cestos eran un trampantojo y maraña para sacarlo de casa, y para hacerle aprender un oficio en vez de las ciencias que le dió á entender. Tanto llegó á remorderle esta sospecha, que habiendo ido á declararsela á Susana, resolvió de ir á casa de Hardyl para desimpresionar á Eusebio.

Al tiempo que salia de la estancia vé comparecer á Gil Altano con los cestos que Eusebio habia de llevar, y que no llevó; y deciale muy ufano: ese señor Hardyl creía de haberlas con bobos como él; pues á fé que las hubo con mis bigotes. Los cestos aqui están, y mi señor Don Eusebio se fué sin ellos. ¿Bueno sería que un caballero como él anduviese por esas calles haciendo el cestero! ¿Y de dónde sabeis, dijo Henrique Myden, que Eusebio hubiese de llevar esos cestos? El mismo vino muy avergonzado á decirmelo, asegurandome que se le caía la cara de vergüenza. Echó de ver entonces Henrique Myden los estorvos que ponen los criados á la educacion

de los muchachos en las casas paternas, comenzando á loar en su interior la resolucion de Hardyl, en no querer educar á Eusebio sino en su casa. Hácia ella prosiguió su camino con el nuevo deseo de saber el modo con que Hardyl se habia llevado á Eusebio sin los cestos.

¡Quán grandes son los disgustos y daños que acarrea al hombre su propia presuncion! quiero decir, aquella estima y concepto que concibe ó de su nacimiento, ó de su riqueza, ó de su talento y prendas exteriores. A cada paso que dá en el mundo tropieza con mil motivos de humillacion, que lo afligen y desazonan. Un ademan, una mirada agria, aunque inocente, tomada en mala parte, nos llega á lo vivo del alma. Una palabra picante, un gesto, tal vez nos provocan á cruel venganza, ó producen enemistades irreconciliables: el hombre vé, prueba cada dia estos daños y disgustos; mas no piensa en ponerles remedio. Creemos que el mal nos viene de allende, y no del fondo de nuestra soberbia y vanidad: y aunque alguno se persuada de esto, ninguno piensa en remediarlo; porque las pasiones no refrenadas desde la infancia, hechas á sus solturas cobran fuerza de imperio, y avasallan á la edad adulta, hallando motivos de patrocinio en el honor con que la vanidad irritada se abroquela.

Este honor, este fantástico, pero terrible móbil de nuestras pasiones, asentó su trono sobre la opinion, desde donde acrimína y agrava las ofensas, en vez de adjudicarlas al resentimiento de su vanidad y al amor propio. Verdad es, que casi todos los muchachos oyen de sus padres y maestros, hijo, no te ensobervezcas, no te enoges, no presumas de tí. La comun enseñanza se reduce á solos consejos. Llega la ocasion, y el hijo se ensobervece, se enoja y presume siempre de sí. No se le acuerdan mas los consejos despues de oídos; ó si se le vienen á la memoria es para despreciarlos: y aunque sea por ello castigado volverá á dar de pie á los consejos, no habiendolo jamás acostumbrado á practicarlos, ni quedó su mente convencida del bien que se le puede seguir, y de los males que puede evitar, refrenando su presuncion.

Hardyl sin dar razon alguna de su modo de obrar, y sin hacer vano alarde de sus conocimientos sobre la educacion, hizo ver á Henrique Myden quánto mas prestan las mudas obras, que los eloqüentes consejos y amonestaciones; las quales son sin exercicio para los muchachos como la aguzadera para el hierro en masa. Aunque toda la vida hubiese recibido Eusebio consejos de moderacion, de des-

precio de las vanas opiniones de los hombres, jamás se hubiera determinado á llevar un cesto por la calle, ni se hubiera persuadido del bien que por ello le habia de venir. Y aunque entonces no llevó los cestos porque Altano los escondió; pero Hardyl que poseía en sumo grado esta excelente parte en un maestro de no dexarse denostar de las supercherias del discípulo, antes de quedar vencido del engaño si porfiaba en no querer salir de casa sin los cestos, le dixo á Eusebio: no importa, hijo mio, dexemoslos en casa, y vamos á la mia, que alli te enseñaré á trabajar otros, y hechos los traherémos á mostrar á tus padres, los quales los apreciarán mucho mas. Con lo qual sacó mayores ventajas para su intento, tomando motivo del ardid vencido para hacerle entrar en el aprendizage, encareciendole el gusto que tendrian sus padres en ver un cesto hecho por sus manos.

Y asi luego que llegó á la tienda hizolo sentar cabe sí, y dar atencion al entretejo, cruzando muy despacio los juncos, como si acabado aquel cesto que comenzaba á componer Hardyl, hubiese de saber hacer Eusebio otro semejante. En esta ocupacion los halló empleados Henrique Myden quando llegó á la tienda. Grande fue su interior comocion á vista

de la docilidad de Eusebio y de la idea del humilde oficio á que atendia; y sin poder contener sus lágrimas, echandole los brazos al cuello, desahogaba en él su compasiva ternura, diciendo: Hijo mio, hijo que me dió la mano omnipotente para colmo de mi felicidad, te amo, Eusebio, ni jamás conocí quan grande fuese mi amor quanto ahora, hijo mio, en que tu mismo bien te me arranca de mi casa, forzandome á privarme de tu dulce compañia: mas siempre te seré padre, no lo dudes, aunque ceda con dolor mio á la virtud que te llama por el camino por donde ese tu respetable maestro te conduce. Pero aunque ahora te haga hollar una escabrosa senda, es solo con el fin, amado Eusebio, de desviarte del ancho sendero de las pasiones, por donde estas nos arrastran tal vez á la perdicion, y para que pruebes la dicha que la virtud tiene reservada á los que con el vencimiento de sus malas inclinaciones la merecen.

Eusebio, á quien Hardyl nada dixo acerca de quedarse en su casa para ser educado en ella, oyendo que Henrique Myden le decia, que con dolor suyo se veia precisado á privarse de su compañia fuera de su casa, prorrumpió en un amargo llanto y sollozos inconsolables. Hardyl que conocia que el duelo y llan-

to contemplados y compadecidos, especialmente en los muchachos, se acrecientan en vez de disminuirse, tomó el expediente de acallar á Eusebio, haciendole ver á Henrique Myden su casa y la estancia que tenia destinada para Eusebio, instandole para que pasáse adelante y tomáse la escalera. Henrique Myden, desabrazando entonces á Eusebio, asiólo de la mano, de la qual se dexaba conducir bostezando sollozos. Remataba la escalera en una salita que recibia luz de dos ventanas opuestas en los fondos de ella. La una miraba la calle, la otra un huerto espacioso que Hardyl cultivaba con sus propias manos, y que le daba alguna hortaliza y frutos en casi todas las sazones del año. Daban á la misma sala quatro puertas fronteras entre sí, que eran las de los solos quartos que la casa tenia. Habitaba Hardyl el uno de la parte del huerto, y el otro opuesto era el destinado para Eusebio; servia el tercero para el ama, y el quarto de cocina, en donde hallaron á la vieja Quakera ama de Hardyl, quando entraron á verla. Sus utensilios parecian acicalados, brillando en ellos la limpieza de la vieja; y el hogar daba á entender que esperaba huesped aquel dia.

La vieja escondia su gran calva y rostro amojamado en una toca blanca que hacia resal-

tar la tez amarilla de su semblante desapacible. Grande mostraba ser de estatura, mal grado (1) los años que le cargaban la espalda; pero siendo de robusto temperamento, no necesitaba de báculo para apoyar sus arrastrados pasos. Escondiasele la sumida boca entre la nariz atrevida y barba encaramada, resaltando sus ojos entre dos coronas de vivo bermellon, que auyentaban de su aspecto la afabilidad que se esmeraba mostrar á vista de los huespedes. Luego que Hardyl entró en la cocina dixo á Henrique Myden, esta es mi buen ama, y la que conmigo divide los pocos quehaceres de la casa: de hoy en adelante podrá tambien Eusebio, si gustáse, entrar en ellos, menos en los del hogar, en los quales Miss Rimból, este era el nombre del ama, no permite que se le tome la mano; y dirigiendole á ella la palabra, le rogó fuese á abrir el quarto destinado para Eusebio.

Era este de igual grandeza que el de Hardyl, y miraba tambien al huerto. Sus mue-

(1) ¿Mal grado? puro italianismo, que no sufre nuestra lengua. A su pesar decimos. Otra salva importante que hace necesaria la crítica que me vino de España sobre el *mal grado*. Sin duda ignoraba el que me la hizo que Hernandez de Velasco, Herrera y Garcilaso usan mas de una vez á *su mal grado*, *mal su grado*, *mal grado suyo*.

bles eran una cama aseada, algunas sillas, un armario taraceado y un estante de libros frente de la cama entre las dos ventanas. Mas no hay carcel que parezca tan lóbrega y triste á un reo, quanto aquella estancia al joven Eusebio. El llanto que le habia quajado la vista de Miss Rimból, renovósele de recio quando le dixo Hardyl que aquella habia de ser su estancia. Henrique Myden, que no lo dexaba de la mano, esforzabase en persuadirle que luego que hubiese acabado los estudios volveria á su casa, en donde tomaria el manejo luego que su edad y luces lo permitiesen. Y tanto mas presto volverá, dixo Hardyl, quanto mas presto aprenda el oficio y las ciencias; lo que depende de su aplicacion, pues talento no le falta: y mostrandole el estante de los libros, añadió: estos, hijo mio, serán con el tiempo tus delicias si la suerte no te priva de los bienes que este tu generoso padre te destina; y serán asi mismo tu consuelo si te vieres trabajado de ella; pues el hombre debe estar prevenido y aparejado para qualquiera mudanza de la fortuna. No hay bien seguro en la tierra: la virtud sola anda esenta de los caprichos de la suerte. Este será nuestro estudio principal, pues los demás son menos útiles que dañosos.

No sabía desprenderse Henrique Myden

de Eusebio, ni de la casa de Hardyl, concibiendo de su dueño mas alta idea y aprecio, mucho mas al ver el estante de libros, que mostraban no ser materiales de vulgar artesano. La casa tambien, aunque pequeña, y hasta los mismos muebles, inspiraban veneracion, y le avivaban las sospechas de que Hardyl era de caracter superior al que procuraba manifestar en el humilde oficio. Instando la comida, Hardyl ofreció su mesa á Henrique Myden, el qual de buena gana hubiera admitido la oferta, si no se lo vedára el pensamiento de la espera impaciente en que estaria Susana su muger. Esto hizole apresurar su ida, dexando á Eusebio sumergido en amargo llanto.

Ido Henrique Myden, Miss aderezó la mesa con limpios manteles, y llamó á ella á su amo. Este, viendo que Eusebio continuaba en sus sollozos, abrazólo cariñosamente; y encaminandolo á la mesa, le decia: vamos, hijo, á pagar esta deuda á la naturaleza mientras el cielo nos conserva la vida, y cobramos con ella nuevas fuerzas para el trabajo, al qual nos condenó sabiamente la providencia. Eusebio estaba indispuesto con el apetito. Procuraba reconciliarselo la Quakera con instancias cariñosas, sintiendo que hiciese aquel manifiesto agravio á los primeros esmeros de su atenta di-

ligencia. Mas como la falta de apetito no le nacia de obstinacion, parecia que iba á condescender con los ruegos de Miss, quando al tiempo de tomar la cuchara, viendo que no era de plata, la dió con la mano un empujon, diciendo que las de su casa eran de plata; y retirando el brazo á la cintura, con la cabeza baja comenzó á hacer pucheros de regañon.

Echó de ver Hardyl la accion desmandada de Eusebio; pero conociendo que no era sazon de corregirlo, quiso condescender con su vanidadilla aunque sin dexarle llevar la suya sobre hito, diciendole: pues si solo has de dexar de comer porque no es de plata la cuchara, mañana te haré traher la de casa de Myden; pero á condicion que comas ahora con esa. Tomándola entonces Miss se la mostraba diciendole: mirad que limpia está, no parece sino que acaba de llegar de la tienda; probad á comer, hijo mio, dadme este gusto. Cedió finalmente Eusebio, lisongeado de la promesa de Hardyl, y poco á poco dejaba los melindres con que habia comenzado.

Acabada la comida, para no dexarlo fomentar la tristeza en el ocio, llevóselo Hardyl á la tienda para continuar el trabajo del cesto comenzado. Y como Eusebio conocia la forzosa necesidad en que se hallaba de acomodarse

al querer de su maestro y á su enseñanza, plegó la frente á las circunstancias en que la suerte lo ponia. Por otra parte el deseo de salir quanto antes de aquel estado, empeñaba su atencion en el manejo de Hardyl, pareciendole facil á primera vista, y esperando salir con el oficio á las primeras pruebas: pero en ellas conoce el hombre, que nada consigue la industria y el talento, sino á fuerza de sudor y paciencia.

Conociendo Hardyl que Eusebio comenzaba á mostrar aficion al trabajo, desistió de ocuparlo por las mañanas como habia determinado en las lecciones de la Filosofía moral, hasta que no hubiese aprendido á componer con soltura un cesto. Consiguiólo al cabo de muchos dias, contribuyendo no poco para su adelantamiento las freqüentes visitas que Henrique Myden le hacia, y los regalitos que de quando en quando condescendia Hardyl que le traxese, haciendole estos mas llevadera la ausencia de su casa, y empeñandolo mas en aquel trabajo. Susana ansiaba volver á ver á Eusebio, y no podia recabar de Hardyl que lo dexáse ir á casa hasta que no hubiese aprendido la obra que tenia entre manos, queriendo que la primera ida á casa de Myden, fuese con el cesto que no habia querido llevar desde su casa á la tienda.

Temia por otra parte Susana ir ella misma á la tienda, desconfiando de su ternura; y asi debió esperar la conclusion de la obra, de la qual le daba freqüentemente relacion su marido. Gil Altano tenia expresa prohibicion de llegarse á la tienda, por instancia que Hardyl hizo á Henrique Myden sobre ello.

Llegó finalmente el momento de todos tan ansiado, y el cesto que al principio parecia una austéra puerilidad y extravagancia á que todos repugnaban, llegó á ser el objeto de todos mas deseado, y el firme cimiento de la virtud de Eusebio. La fuerza solo desengaña á la falsa prevencion. Provába esto Eusebio en la complacencia que le acarreaba, despues de haber vencido las primeras dificultades, la facilidad del entretejo, y echabasele de ver el contento en su exterior. Hardyl notó aquellos indicios de mezquina vanidad; pero lo dexó en ella sin regañarlo, conociendo que se desvanecería ella misma de por sí, luego que emprehendiese otra obra mas dificil, para la qual podia contribuir aquella vana complacencia, sirviendo muchas veces estos resabios de presuncion para el adelantamiento del hombre.

Tenia Hardyl recabada su máxîma principal de educacion, de hacer aprehender un oficio á su discípulo. Habia vencido todas las contra-

riedades de Henrique y de Susana, y veía á Eusebio aficionado á lo mismo á que tanto repugnaba; pero todavia faltaba que vencer la vergüenza de llevar los cestos por la calle; lo que jamás habia perdido de vista, importandole especialmente dexar castigada, sin que Eusebio conociese su intencion, la astucia de que se valió para no llevarlos. Llegada la hora de ponerlo en execucion, se dispuso Hardyl para aquel pequeño triunfo. Costóle poco hacerle tomar el cesto, porque el animo de Eusebio algo amoldado á la humillacion del aprendizage, y deseoso tambien de ver á Susana, y de hacerle ver su trabajo, sentia menor repugnancia y confusion en dexarse ver del mundo en aquella apariencia de artesano. Lisongeabase á mas de esto, que llevaria solo un cesto, y éste lo podia llevar en aire de juego, con lo qual disimularia á la gente, lo que le supiera mal que sospecháse.

Entrególe de hecho Hardyl aquel cesto solo que habia trabajado el mismo Eusebio, el qual no mostró tanto empacho en recibirlo, quanto Hardyl temia: mas echando de ver este que el cesto habia dado mil vueltas en su mano antes de llegar á la puerta, hora arrimandoselo al pecho, hora poniendoselo baxo del brazo, hora columpeandolo en el ayre, te-

niendolo cogido del mango con los dedos en hueco, y hora en otras posturas, remirandose en hacerlas, le leyó la intencion; y aunque estaba ya fuera del umbral, paróse Hardyl un poco pensativo, y luego le dixo: Ese cesto, hijo mio, va muy desairado, sería bien que llevases otros dos de aquellos mios, para que vea tu madre por el cotejo que me puedes llevar ventaja en el oficio.

Habia procurado Hardyl que el cesto que trabajó Eusebio fuese de varios colores, de los quales se paga mas la vista, y quiso darle otros dos de los suyos mas sencillos, antes para ajar su vanidad, que por necesidad del cotejo. Eusebio herido en lo vivo de su ambiciosa confianza, le dixo luego: no importa, no importa, que en casa quedan otros, con los quales podra hacer el parangon mi madre. Pensaba con este expediente y sugerimiento torcer la intencion de Hardyl; pero éste que tenia ya á Eusebio en la calle, haciendo el desentendido, entra á tomar los otros cestos, y se los ensarta en el brazo. Eusebio no se atrevió á replicar, y de este modo se encaminaron á casa de Myden.

Sonroseabase á cada instante Eusebio, imaginandose que todos clavasen en él su curiosidad, y ansiaba apresurar el paso. Hardyl al

contrario, contaba los suyos, y procuraba detenerse con los conocidos que encontraba. Tenia tambien dado el santo á un mercader vecino de casa de Myden para que quando entráse en su tienda con Eusebio le pidiese precio de los cestos. Y asi quando Eusebio tocaba ya su casa, creyendo de llegar de un salto á ella, y dar al traste con su vergüenza, Hardyl atravesando la calle, dicele: ven, hijo mio, y sufre que diga una palabra al dueño de esta tienda. Al verse en ella Eusebio cargado con los cestos delante de los mozos que lo conocian, sintió acometer su rostro una llamarada que le quitó de los ojos la luz del dia. El respeto y amor que Hardyl comenzaba á merecerle lo contuvieron para que no se evadiese de la tienda, cuyo dueño, haciendo que no le conocia, dicele: ¿qué precio tienen esos cestos, muchacho? Eusebio cortado y confuso, no sabe darle respuesta. Hardyl la satisfizo diciendole, que aquellos cestos no eran para vender; y dando un saludo seco al dueño, se salió para entrar en casa de Myden.

Abriósele el cielo de par en par á Eusebio estando en ella. Su alma desahogada de la pasada confusion, é inundada del gozo de reveer aquel asilo de su fortuna, techo de sus adorables padres y bienhechores, se le salia por los

sentidos. Esperabalo Susana con ansia, y todos los criados, especialmente Gil Altano, que sentia mas avivados sus deseos por la prohibicion expresa que recibió de no llegarse á la tienda; y él fue el primero que le salió al encuentro para renovarle sus acostumbradas caricias: y aunque lo contuvo un poco la severidad de que Hardyl revistió su presencia; pero con todo no pudo contenerse de no decirle, viendole los cestos ensartados en el brazo, bien venido sea mi señorito artesano; ¡y qué lindamente le caen esas encellas! Pues esta, ¡qué graciosita y acabada! ¡Bien hayan las manos que las parieron! La cara se les vá á caer de vergüenza á las que escondimos.

Eusebio, que llevaba todavia impresa en su rostro la humillacion de la calle, saludólo sin aquella confianza que le daba antes su trato, y sin detenerse con él se encaminó con reporte apresurado hácia Susana, que para él se venia. Los sollozos no caracterizaron como antes los exâcerbados sentimientos de Susana: las tiernas lagrimas, que solo empañaban sus ojos, manifestaban el suave alborozo de su alma y la compasion amorosa que le causaba el verlo cargado con los cestos, los quales en vez de parecerle ahora indecorosos, realzaban á sus ojos la docilidad de su genio y los primeros ensa-

yos de su virtud, puesta á prueba de tanto abatimiento vencido.

Eusebio enterneciôse tambien, aunque sin llorar, y despues de haberle besado la mano con cariñoso respeto, le presentó el cesto que habia trabajado. Recibiólo Susana con singular demostracion de estíma, encareciendole quan preciosa le era entre todas sus alhajas aquella obra; y tomandolo de la mano lo llevó á la estancia, siguiendolos Hardyl. Henrique Myden llegó poco despues que hubieron tomado asiento. A su vista se renovaron las demostraciones de amor, de ternura y de alborozo que el conjunto de las circunstancias les pedian, y serenados los semblantes, Susana fue la primera á preguntarle, ¿ si se hallaba bien en aquel oficio ? Eusebio, cuya edad podia tocar á los catorce, le respondió: poco á poco me iré acostumbrando; el tiempo y la necesidad me lo harán mas llevadero de lo que hubiera pensado. ¿ Y has padecido mucha vergüenza, preguntó de nuevo Susana, en llevar los cestos por la calle? Indecible, dixo Eusebio. Bueno vá, dixo entonces Henrique Myden, ¿ y si hubieras de llevar otros te sería tan sensible? Ya no tanto, respondió Eusebio, pues todo el mundo me ha visto. ¿Temias, pues, dixo Hardyl, los ojos del mundo? ¿Y qué temias? ¿que te apedrea-

se ó hiciese befa de tí la gente ? Yo no sé , dixo Eusebio , que me burláse la gente. Ese temor, pues, replicó Hardyl, era engaño de tu opinion, no habiendote nadie motejado. Debia nacer la vergüenza que padeciste de la vanidad y de la estíma de tí mismo : ¿ qué te parece ? Algo habrá de eso , dixo Eusebio. No algo , añadió Hardyl , sino que todo procede de esa mala yerva; de modo que si llegáses á vencer esa vanidad, no padecerias mas angustias ni vergonzosos temores , y hollarias con superioridad las vanas opiniones del mundo. ¿ Estás persuadido de esto ? ¡Oh ! ¡ si yo pudiera caminar , exclamó Eusebio , con esa superioridad ! Pues vas á conseguirlo , le dixo Hardyl: eso se alcanza á fuerza de vencimiento. Me cree Eusebio ; nos hacemos un fantasma de la opinion del mundo , cuyos ojos tememos que nos juzguen en lo bueno , y nada ó poco se nos dá que nos culpen en lo malo. Al cabo, ¿qué pueden decir los hombres porque aprendes....

Iba á proseguir Hardyl , quando Henrique Myden le dice , perdonad si os interrumpo. Deseára que Eusebio satisfaciese á una curiosidad que me viene. ¿Tomarias ahora de propia voluntad , y sin que nadie te forzáse ese oficio ? Oh, de propia voluntad no señor,

no le tomára, si tuviera con que pasar; pero si fuese pobre lo tomaria por fuerza. Entonces Hardyl, no queriendo dexar pasar la ocasion que se le presentaba de convencerlo acerca de la necesidad que tiene el hombre, aunque noble, de aprender un oficio para asegurar su sustento honradamente contra todos los accidentes de la fortuna, á que se ven sujetos hasta los mismos Reyes, le dixo: estraño mucho tu respuesta acerca de tomar de grado un oficio. Pues siendo yo rico, replicó Eusebio, ¿qué necesidad puedo tener de aprenderlo? Sosiegate, hijo mio, dixo Hardyl, y escucha. Tus padres eran ricos, segun parece, y tu lo eras tambien siendo hijo suyo. Ellos naufragaron, y la mano de la providencia te sacó salvo á tierra. Mas si en vez de ponerte en los brazos de estos tus buenos padres, te hubiese expuesto en los de un pobre pescador, ¿de qué te servirian las riquezas que dexabas en España? Entonces, siendo yo tan pequeño, dixo Eusebio, de nada me servian.

Demos, pues, el caso, continuó á decir Hardyl, que ese pescador dixese á Gil Altano: yo soy pobre, y vivo de mi trabajo: id á la ciudad vecina á buscar vuestro sustento, al qual no puede contribuir mi pobreza. He aqui Altano precisado á llevarte en hombros de puer-

ta en puerta, y de zoca en colodra, cansando los vecinos por limosna. Estos, fatigados de ver hecho un holgazan á un náufrago robusto donde no es tolerada la holgazaneria ; id á emplear vuestras fuerzas, le dirian, en un oficio; mas Altano, que no sabe mas que su marinería, cansado de llevarte á cuestas te abandonaria para poder él ganar su pan en ese empleo. Tú crecerías en el seno de la miseria sin oficio ni beneficio con todas tus riquezas en España. Viendote entonces desamparado de todos, y ya crecido y miserable, ¿no deseáras saber algun arte para ganar la vida? ¿No hubieras deseado que tus padres, aunque nobles y ricos, te hubiesen hecho aprender algun oficio, si tu edad lo permitiera? En ese caso veo la utilidad, dixo Eusebio; mas el aprender un oficio ¡viene tan cuesta arriba! No les viene asi, replicó Hardyl, á los hijos de los artesanos; porque éstos criados en los talleres de sus padres, no les ocurre que nacieron para caballeros. Luego si todavía te parece sensible el aprenderlo, será porque conservas humos de hidalguía. ¿Crees por ventura, que no hay muchos caballeros, que persuadidos de los bienes asi fisicos como morales que lleva el aprender un oficio, no aprendan y lo exerciten? Pues sabe que yo conozco algunos cuyas obras miraba

con veneracion. Y tu, hijo mio, ¿ desdeñarás imitarlos? (1)

Henrique y Susana complacianse sumamente en oir las razones de Hardyl, sirviendoles tambien de persuasion. Y en estos útiles discursos llenaron el tiempo hasta que fueron llamados á mesa. Eusebio dexabase llevar del alborozo de verse en ella, sintiendo tanta complacencia quanto en hallazgo de joya que se creyó perdida; no tanto por el apetito de mejores manjares, quanto por la satisfaccion de reconocerse dueño de quanto veía. Su alma no conocia todavia la moderacion que debia enfrenar con el tiempo los sentimientos ambiciosos, á los quales se entregaba. Hardyl no le perdia de ojo para notar sus defectos, y para corregirselos á tiempo; y para dar algun recreo á la seriedad de la mesa, conociendo que Gil Altano, que á ella servia, era hombre de humor, le preguntó: ¿os vais quadrando, Gil, á las costumbres de esta tierra? Y tan quadrado,

---

(1) Entre otros es digno de eterna memoria el Marqués de la Romana, cuya muerte ocupa lugar entre las desgracias de nuestra nacion, y cuyo esfuerzo, talento y nobleza se lo dá entre nuestros héroes. Sus obras de carpintería y de otros oficios humildes ¿no merecerian ser colocadas en un templo dedicado á la industria y al trabajo á expensas de la ociosa hidalguía?

dixo Altano; que ni aunque me dorásen no saldria de ella. Pues no dexariais de hacer, continuó Hardyl á decir, muy linda figura, dorado todo de cabeza á pies. Haga cuenta vmd. dixo Altano, que no se vé otro en nuestras tierras: santos y santas con sus caras y manos doradas. ¿Eso será, dixo Henrique Myden, porque son de oro ó plata maciza? No, señor, respondió Altano; que muy buenos reales he visto llevarse los doradores por los emplastos de oro que les ponian. ¿Pues qué diria vmd. si viese los altares dorados que se levantan hasta el cielo? Pues si estos altares fuesen de oro macizo, y no dorados, ¿á dónde vamos á parar? No dió tanto oro la tierra desde Matusalemo á esta parte.

¿Sin duda habrá muchos años, dixo Hardyl, que murió ese señor Matusalem? Mas ha de cien mil años, dixo Altano. ¿Cien mil años? preguntó Hardyl: largo tirais la barra, amigo: á buen seguro que nadie os pasará la chaza. ¿Segun veo allá en tu tierra hacen y dicen cosas de cien mil años? Señor Hardyl, dixo Altano alterado, allá en mi tierra lo que hacen y dicen es, que al buen creer se tiene por cortesia; y si vmd. anda desavenido con esos cien mil años, vaya y entiendaselo con mi abuela. Hardyl que echó de ver su alteracion, y que

no gustaba de holgar á espaldas de ageno resentimiento, iba á torcer el discurso á tiempo que un loro muy loqüaz, que Susana cabe sí tenia, nombró por dos veces Altano, acompañandolo con tal carcajada, que no pudieron contener la risa los presentes. Altano, que ya estaba montado, oyendo que lo motejaba el loro., se dió á los diablos, jurando al loro en español, para que Susana no lo entendiese, que lo pondria en escabeche en uno de los cestos de Hardyl. Este calló; pero Eusebio no pudo contenerse de no decir á Susana en inglés: ¿sabe vmd. lo que ha dicho? que pondrá en escabeche el papagayo en uno de los cestos de Hardyl. Susana, aunque se alteró un poco, le dixo solo, que se guardaria bien de hacerlo. Entonces Altano, resentido del chisme de Eusebio, vuelto á él le dixo: ¿tambien aprende mi señorito á ser chismoso en la tienda del señor Hardyl?

Hardyl, sin hacer caso del dicho de Altano, dió tal mirada á Eusebio á tiempo que éste sentia toda la vergüenza del reproche de Altano, que bastó ella sola para corregirlo de esta especie de defecto pueril. Henrique Myden volvió á sacar á plaza los altares, las manos y caras doradas, que mucho le chocaban, glosandolas largo rato hasta que se levantaron de

la mesa. Temia Hardyl que se entibiase sobrado el ánimo de Eusebio con aquella primera huelga si se alargaba demasiado; y asi no tardó á disponer los ánimos para el despido. Henrique y Susana sentian que Eusebio partiese tan presto; pero Hardyl insistia, que no era bueno dexar enfriar el hierro, pues se resistiría sobrado al martillo. Entonces dixo Susana, que queria pagar los cestos á Eusebio. Muy justo es, dixo Hardyl, pero Eusebio no sabe tasar todavia su trabajo; su precio no es mas que dos reales y medio. Susana queria usar con él de mayor generosidad, pero la limitó á los dos reales y medio que entregó á Eusebio, y que éste recibió con ánimo y ademan compungido, como que se resentia de la tristeza de dexar tan presto su casa; pero Hardyl, renovando el saludo, se lo llevó á su trabajo.

Era el dia siguiente el destinado para comenzar el estudio de la Filosofía moral antes de emprehender el de las otras ciencias: y despues que Miss les dió el thé, Hardyl se lo llevó á su estancia, donde le puso en las manos el libro de Epicteto traducido en español, haciendole leer la primera regla. Despues de leída entrególe un quaderno blanco para que la copiáse de su letra, y luego la aprendiese de memoria, destinandole toda la mañana para

aquélla tarea, y así las demás en adelante. No habian pasado dos horas quando se lo vé comparecer Hardyl en la tienda con la regla de Epicteto copiada y aprendida. Hizosela repetir, y diciendola Eusebio sin cespitar, mandóle sentar junto á sí, y sin dexar de las manos su trabajo, le dixo de esta manera: Sabes, pues, hijo mio, por ese capítulo de Epicteto, que el deseo del hombre, su aversion, sus anhelos y todas sus demás inclinaciones dependen de su arbitrio, pues las puede fomentar ó desechar á su agrado: pero las cosas exteriores, como la riqueza, el honor, la salud, la fama, no estando en su mano el poseerlas, no puede reputarlas suyas, ni por solo desearlas las podrá jamás alcanzar. Este deseo, pues, es un mal si no lo refrenamos, pues el hombre á cada paso desea; y á cada paso que desea lo que no puede alcanzar, padece.

Te pongo á tí mismo por exemplo: deseáras volver á casa de tus padres, y ese deseo no se te puede cumplir. Vives, pues, entre brasas, y te afliges de continuo; pero si llegáses á desarraigar de tu corazon ese deseo, vivirias quieto y contento conmigo como si fueras hijo mio, y esta casa tuya. ¿Y qué debo hacer, dixo Eusebio, para desarraigarlo y estar contento? Has de saber, continuó á decirle Hardyl,

que la naturaleza no dió al hombre otro aliciente mayor para que obráse que el interes y provecho propio. Hasta en la virtud misma conviene que hallemos interés para exercitarla con constancia. Los mismos que dexan de obrar mal por temor del castigo eterno, ó que obran bien por esperanza de eterna recompensa, encuentran en ese temor y esperanza el interés de su obrar. Mas estos intereses eternos los miramos sobrado apartados, y como de prespectiva, para que empeñen nuestro corazon. Necesita nuestra infelíz naturaleza otro provecho mas vecino y palpable para que obre con la razon contra lo que le dictan las pasiones. Ciñamonos á un hecho de cerca.

No hay duda que el refrenar en tí ese deseo de volver á tu casa y dexar este exercicio, es un acto de virtud; mas no llegarás á refrenarlo, si no vés que por ello se te debe seguir algun bien. ¿Bien se me ha de seguir, dixo Eusebio, por no desear volver á casa? Sí, dixo Hardyl, vas á verlo. ¿No reputas un bien, y un gran bien la tranquilidad y paz del alma? El estar ésta esenta de desazones y desvelos, ¿no es un gran provecho? ¿No dixiste que el aprender un oficio era un bien, porque con él se aseguraba el sustento en caso de una gran desgracia? Asi lo creo, dixo Eu-

sebio. Pues para alcanzar estos bienes, continuó Hardyl, ¿no querrás apartar de tí el deseo de volver á tu casa? ¿deseo que te molesta, mucho mas no lo pudiendo cumplir? Asi obtendrás el no sentir la desazon del deseo, y el probar el sosiego interior y la dulce satisfaccion de haberlo vencido.

Lo mismo que tocas con la mano acerca de esto, le sucede al hombre en todos los demás deseos que no puede llegar á satisfacer, y cuyo vencimiento lleva por interés el bien de la felicidad del alma, que consiste en tener una vida sosegada é imperturbable, esenta de los afanes y anhelos de las pasiones.

Asi iba instruyendo Hardyl á Eusebio, desmenuzandole las máxîmas de Epicteto que aprendia de memoria, y convenciendo con ella su mente. Ni se contentaba de verlo persuadido, sino que tambien queria que las pusiese por obra, haciendolas executar: pues muchas veces nos parece que harémos facilmente una buena obra que fácil se nos presenta á la vista; pero llegado el lance faltan á la voluntad las fuerzas por no haberlas exercitado. La virtud solo se aprende á fuerza de exercicio

Un dia en que Hardyl le explicaba el paso de Epicteto que dice: ***Si te hacen una injuria, armate de constancia***, le encarecia la

dificultad que prueba el hombre en sufrir de otro una injuria. Eusebio le dixo, que no le parecia tan dificil. Consolóse Hardyl de ver los buenos sentimientos de Eusebio, y deseaba verlo puesto á prueba de alguna injuria para ver como la sufria. Pero como era muy dificil que en un país tan morigerado como Filadelfia, pudiese nacer ocasion de recibir de otro una afrenta, mucho mas no dando motivo para merecerla, iba pensando el modo como la podria hacer nacer para probar los sentimientos de Eusebio; pensando muy al revés Hardyl de aquellos maestros de Espíritu, que por exercitar en la paciencia á sus discípulos los injurian ellos mismos entre quatro paredes. De donde nace, que el discípulo que vé la intencion del maestro, la sufre con grande vanidad para salir de allí á darse de cachetes con quien le ofende.

Iba, pues, Hardyl ocupando su mente por algunos dias en hallar medio oportuno para la prueba, quando una mañana se le presenta en la plaza un joven que le pide limosma. Era hermoso de rostro y de gentil talle, pero en sus ojos zarcos echabasele de ver un atrevimiento mayor que su hermosura. Su vestido roto y peor calzado hacian traicion á su presencia; con todo, parecióle á Hardyl que era pintado para el intento. Antes, pues, de dar-

le limosna dicele: ¿si tendria ánimo para hacer lo que le pidiese? Respondele el joven, que estaba dispuesto para arremeter qualquiera cosa á trueque de matar el hambre y la desesperacion en que se hallaba. Para hoy, le dixo Hardyl, la matareis con esta moneda, y mañana os pagaré el servicio que os voy á pedir. Cerca del medio dia pasaré yo por aqui con un muchacho que llevará tres cestos de juncos; yo llevaré tambien uno grande: estád apostado en medio de la plaza, y quando yo pasáre con el muchacho, arremeted á él, y sin hacerle mal dadle un pescozon que le haga caer el sombrero, y luego dos puntapies en vago, de modo que solo toque á su vestido.

Abrazó asidamente el mozo el partido, y aseguróle que lo cumpliria. Hardyl vuelve á su tienda sin descubrir á Eusebio sus intentos; y al otro dia despues de haberle tomado la leccion de Epicteto, hace caer el discurso sobre la magnanimidad del alma en llevar con superioridad una injuria, encareciendo el bien que alcanza el hombre en sufrirla, y los daños que se le pueden seguir por enojarse y vengarse de ella. Confirmabaselo con los exemplos de Sócrates y de Caton, enardeciendo con ellos el ánimo de Eusebio hasta que llegó la hora apalabrada con el mozo. Haciendo entonces Har-

dyl el olvidadizo acerca del encargo de unos cestos para Josías Hakins, cargó con el suyo grande, y entrega los otros á Eusebio.

El hombre puesto en la necesidad de obrar, á todo se acostumbra; y si la virtud llega á hacerle sufrir con fortaleza de ánimo aquello mismo á que la necesidad lo obliga, eleva su alma y dale un caracter superior al de los demás. Eusebio, á fuerza de vencer por necesidad la repugnancia de su ambicioncilla en llevar los cestos, iba perdiendo la vana opinion de su desdoro, y comenzaba á serle indiferente el llevarlos; de modo que quando Hardyl se los entregó, cargó con ellos con desenvoltura, y de por sí se fue á tomar el sombrero para acompañar á su maestro. Llegan á la plaza á tiempo que la ocupaba mucha gente, sin poder descubrir Hardyl al mozo que le prometió estar en ella quando pasásen. No quiso detenerse para no dar que sospechar á Eusebio algun convenio que lo echáse á perder todo. Mas al tiempo que tiraba adelante, queriendo volver el rostro como para mirar otra cosa, pero de hecho para ver si lo descubria, vé volar de repente el sombrero de Eusebio al golpe del mozo atrevido; y despues de haberle tratado de picarillo, le descarga dos puntapies á vista de la mucha gente que se paraba pa-

ra ver aquella reyerta.

Atónito de aquel impensado rayo vuelve Eusebio su turbada cabeza sin sombrero para ver de quien le venia aquel golpe: y conociendo al atrevido autor, se le asoma al encendido rostro la vergüenza mezclada del primer ímpetu del enojo. No sabiendo qué hacer ni qué decir, mira á su maestro, que con gran frialdad lo contemplaba; pero al encontrarse sus ojos con los de Eusebio le carga una mirada llena de sus pasados consejos, que lo hizo volver sobre sí. Entonces Hardyl, volviendose al mozo le dixo: ¿qué os ha hecho este muchachacho para qué lo trateis de esa manera? Si no tuviera justo motivo, respondió el joven, no me hubiera desmandado con él de valde. Seguid vuestro camino, y no os metais en tuertos que no os toca enderezar. Me importa, dixo Hardyl, el saberlo; pues si os ha ofendido, es muy justo que os dé satisfaccion; pero no que os la tomeis. Me lo pedis con tal termino, dixo el joven, que me obligais á no sacarle á plaza sus malas tretas. Id en buena hora, que quanto antes me vereis comparecer en vuestra tienda para daros razon de lo hecho.

Miraba Eusebio ya al uno, ya al otro sin saber lo que le pasaba. Su alma hallabase combatida de los impulsos de la venganza mal con-

tenidos de su tierna virtud, y su inocencia alterada de las acusaciones del supuesto mal alzado que el joven le achacaba. Mas viendo que Hardyl tomaba su parte, acordóse de acudir por su sombrero, y teniendolo en la mano sucio del polvo para ponerselo, instigado de su inocencia, le dixo al mozo: decid, decid, ¿en qué os he ofendido? ¿qué me podeis achacar? El mozo mirandolo de soslayo, ya medio vuelto de espaldas para irse, le dixo: proseguid vuestro camino, que á su tiempo y lugar se sabrá.

Prosiguiendo su camino, pregunta Hardyl á Eusebio: ¿qué treta habeis usado con ese mozo? Os puedo asegurar, respondió Eusebio, que nada sé, ni jamás he visto tal hombre. Verémos, pues, dixo Hardyl, cómo se explica: en todo lance, ya que no habeis dado demostracion de venganza; usad con él de generosidad. Eso haré yo, dixo Eusebio, de buena gana; pero á fé que si no me hubiese prevenido la leccion de Epicteto, y vuestros consejos y presencia, no sé si me hubiera contenido en no descargarle un valiente cestazo en la cara. Bueno, dice Hardyl: ¿y qué hubieras conseguido con eso? Enseñarle, dixo Eusebio, á ser un poco mas reportado. ¿Y eso no fuera un acto de venganza, prosiguió Hardyl, que tan

facil te parecia de reprimir? Es verdad, respondió Eusebio, ¡pero el primer ímpetu! El primer ímpetu, dixo Hardyl, se previene yendo el hombre sobre sí; y esto se alcanza con la moderacien, la qual se consigue meditando el hombre el interés que tiene en executarla. Demos el caso que le hubieses descargado un valiente golpe con el cesto, y que ese mozo audaz, segun parece, resentido por ello, se hubiese desquitado con una puñada que te hubiese roto las narices, ¿qué hubieras hecho entonces? Eusebio no sabía qué responder. Mas qué digo puñada, continuó á decir Hardyl, si ese mozo fuera un desalmado, y que encendido de cólera te hubiese dado una mortal herida, ¡linda venganza fuera la tuya! A buen seguro que quedaba para siempre borrada la injuria.

Supongamos un lance opuesto, para el qual me dá pie tu silencio; esto es, que fueras tu uno de los muchos mozuelos que conozco, que sin vello en el rostro andan ya muy armados con sus cuchillejos, haciendo neciamente los valientes, y que irritado de la injuria del mozo le hubieses dado una herida mortal; ¿quáles te parece fueran las conseqüencias de esta ciega venganza? En primer lugar, verte obligado á desalojar la tierra, é irte fugitivo pa-

deciendo mil trabajos y miserias para ponerte en salvo, huyendo de la justicia; y si cayeres en sus manos, sufrir la ignominia y desdichas de la carcel, y luego tal vez una muerte afrentosa. ¿Te parece que todo esto corresponde á la dulce y alta satisfacion que dexa en el alma el vencimiento del enojo, y sublime paciencia en contenerlo, y á la suave y tranquila seguridad de la conciencia? Añade la mayor disposicion con que queda el ánimo para mayores actos de virtud, y la fortaleza que adquiere para sobreponerse á la vana opinion que se forjan los hombres de reputar vileza y covardia el santo sufrimiento de una afrenta, como si el honor verdadero consistiese en enojarse. Pues esto se alcanza con la moderacion, sin la qual es imposible adquirir la interior constancia y la magnanimidad para mirar con desprecio la ofensa.

En estos discursos llegaron á casa de Hakins para dexar los cestos, y luego se encaminaron á la suya. Desde lejos descubrieron al mozo que los estaba esperando, arrimado el hombro á la puerta cerrada, que Miss Rimból no habia querido abrirle por no conocerlo. Eusebio al verlo sintió apoderarsele su corazon de las temerosas sospechas de lo que le podia acriminar, antes que de los impulsos de la ven.

ganza que Hardyl con sus persuasiones le habia enteramente sosegado. Entrados en casa, comenzó el mozo á pedirles perdon de la injuria que habia hecho á Eusebio, á quien habia tomado inadvertidamente por otro muchacho que se le asemejaba. Equivocacion que le era tanto mas sensible, quanto mas habia admirado el modesto reporte de Eusebio á una injuria hecha en público, protestando que no tenia ningun motivo de queja contra él, antes bien mucho de alabar y admirar su conducta. Callaba Eusebio sonroseado de las alabanzas del mozo, las quales le desahogaban el pecho de los temores que le quedaban de lo que le podia imputar. Hardyl le dixo entonces, que Eusebio venia dispuesto á mirarle generosamente como amigo; pero que le rogaba en su nombre, miráse bien antes de acometer tales lances cómo los emprendia, pues eran siempre funestas las conseqüencias de la ira y venganza no refrenada.

¡Ah! exclamó el mozo, demasiado tengo probados sus funestos efectos, pues los inmensos trabajos que tengo padecidos, y la desesperacion en que me veo, son solo conseqüencias de una venganza. Ojala hubiera yo tenido entonces la moderacion de Eusebio, pues no me viera arrancado de los brazos de una

gran fortuna y precipitado en los de la suma miseria, que varias veces me incita á poner fin á mis desventuras con la vida.

¿Qué ocasion fue essa, dixo Hardyl, de tan funesta venganza? pues holgára saberla, no para daros motivo de que renoveis tan fatales memorias, sino porque sirven tal vez las agenas desgracias de escarmiento á quien de ellas se quiere aprovechar. Y por esto mismo, ya que llegasteis á hora que nos llama la comida, quedaos á participar de la buena voluntad de nuestra pobreza, lo que servirá al mismo tiempo de prueba del perdon que concedemos á vuestra inadvertencia. El mozo ambriento aceptó de gran gana el convite, y acabada la mesa comenzó á decir asi:

LIBRO SEGUNDO.

Al verme vosotros en este estado, tan roto y despreciable, teneis motivo bastante para no creerme, aunque os asegure que soy hijo de uno de los mas ricos mercaderes de Londres. No, hijo, dixo Hardyl; nada estraño en este mundo; ni vos sereis el tercero de aquellos que yo conozco, los quales confiados en las riquezas de sus padres, creen tener en ellas asegurada su dicha, sirviendole solo esta vana confianza para precipitarlos mas presto en su ruina. Mas continuad, pues yo creo todo lo que no es imposible. Mi padre, prosiguió el mozo, procuró darme educacion igual á la de los principales señores del reyno; pero mi genio fiero y vano no sufria enseñanza; y mucho menos las correcciones de mis maestros, los quales aunque dieron por ello quejas á mi padre, éste con todo lisongeado de los muchos caudales en que me dexaba heredado, no quiso que sufriese violenta educacion; antes bien atendió mas á mi llanto y obstinacion, que á las quejas de mis maestros, los quales me desampararon.

Quedé dueño de mi libertad tanto deseada de mi genio, para desahogar en ella los incentivos de mis pasiones mal reprimidas, y

ufano de poder competir en devaneos con los hijos de los señores que conocia, y que con sus exemplos provocaban mi vanidad, dí suelta á mis ardientes inclinaciones, facilitandomelas el dinero con que mi padre me acudia, y con el que me era facil lograr en una casa donde las ganancias no se contaban. Complaciase vanamente mi padre viendome manejar fogosos caballos, y honrarme con su amistad y compañia los hijos de los señores titulados, con los quales hacia alarde de gastar par empeñarlos mas en mi cortejo. Juegos, convites, saraos y disolucion eran nuestros ordinarios pasatiempos, con los quales cobraba mayores fuerzas mi altaneria. Teniamos acaso un dia convite en una de las mas concurridas tabernas de Londres, donde tomados todos del vino nos ibamos motejando mutuamente de burlas, en las quales no podia parar nuestro loco divertimiento. Resentido el hijo del Lord Ut.... de un motejo que le dixe sobre sus piernas delgadas, me respondió muy enojado: tales quales son bastan ellas para castigar tu atrevimiento, y descargandome un puntillazo, me envió á entender en mis negocios antes que los echáse á perder con gastos que no me competian.

Picado yo en lo mas vivo del honor, y cie-

go del enojo que su injuria encendió en mi pecho, lo paso de parte á parte con mi espada, dexandolo yerto en el suelo. Huyo inmediatamente á mi casa, y cuento á mi padre el funesto accidente. El echando de ver tarde el efecto pernicioso de su condescendencia, y agitado de mil desazones y del dolor de perderme tal vez para siempre, haceme pasar á Plimout, en dónde me embarqué en el primer navío que hacia vela, y era uno que partia para Quebec. Llevaba conmigo caudal considerable para esperar muy holgadamente mejor fortuna; mas ésta que se rie de las seguridades en que afianzan los hombres sus esperanzas, aunque me dió felíz navegacion, no quiso que gozáse de mi tesoro, sepultandolo en el mar quando ya tocabamos el puerto, dando el bastimento en un baxío por descuido del piloto.

Salvóse la gente, pero no el navío ni mi dinero, que quedaron presa de las olas; y asi entré en Quebec pobre y arruinado. La incertidumbre del lugar á donde habia de ir antes de embarcarme, no permitió á mi padre darme cartas de recomendacion: con todo determiné presentarme sin ellas á dos mercaderes que conocian la dita de mi padre; pero me hicieron oídos de lo que eran, temiendo que yo

me queria prevaler con picardia de la desgracia del navío para sonsacarles con aparente motivo el socorro que necesitaba. ¿Cómo podré encareceros la vergüenza, confusion y mortales angustias que me oprimian, viendome forzado á mendigar mi sustento si queria satisfacer al hambre que me aquejaba? Acostumbrada mi vanidad á la ostentacion, al luxo y placeres, resentiase vivamente de la terrible humillacion á que la necesidad me exponia; y casi estaba tentado á dexarme acabar antes de la hambre, que de la ignominia que debia tragar si queria sustentar mi vida. Me retrajo de esta resolucion la esperanza de que pudiera mi padre socorrerme algun dia sabida mi desgracia; con lo qual cobró aliento mi vergüenza, y me aconsejó á emplearme en algun oficio.

¿Mas quál tomar, no sabiendo ninguno? Iba de tienda en tienda, de uno en otro oficio ofreciendo mis brazos á los maestros; pero no teniendo práctica de ninguno, me desechaban todos. Recibióme finalmente para peon un maestro albañil, cuyos malos modos y genio colérico me obligaron á seguir otro rumbo. Senté plaza de soldado, que era el empleo que mas conformaba á mi pasada disolucion y holgazaneria. Las lisonjas que iba fomentando del pronto socorro de mi padre volvieron á atizar

la confianza de mis pasiones amortecidas con la afliccion de mi miseria: pero con el trato de los soldados que braveaban mi abatimiento, me familiaricé con sus humos, y volvió á levantar cabeza mi arrogancia y mis malas inclinaciones.

Enamoréme de la hija de un tambor, y comenzé á solicitarla, esperando que mi presencia obtendria de ella lo que mis guineas en Inglaterra. Quedó burlada mi presuncion, mas no desengañada mi luxuria: y no quedandome otro partido para satisfacerla que casarme con ella, lo hice: mas como tal casamiento no tenia otro fin que el de dexar mi pasion vengada y satisfecha, me cansé de mi muger á pocos dias de casado, y un odio invencible sucedió á mi ligero empalagamiento. Era ella celosa, temática, desvergonzada; yo sobervio, audaz é insufrido; y la sangre del Lord derramada inspirabame feroces sentimientos. Aburrido un dia de los ultrages que me hizo, resolví deshacerme de ella y tambien del fusil, que tambien me pesaba. Con estos intentos la saqué una tarde de la ciudad para llevarla á beber cerveza á una granja vecina, que no habia, y de hecho para darle la muerte. Alegéme de la ciudad, fingiendo haber errado el camino para dar tiempo á que la noche

cubriera de sus tinieblas mi horrible execucion, y me facilitáse la fuga.

Hallaron mis intentos abiertos todos los caminos, y la noche no tardó á venir á tiempo que nos hallabamos entre altos arboles, en donde sorprendiendo á mi muger á traicion la dí dos cuchilladas, dexandola anegada en su sangre, cuyos mortales resuellos y debatimiento solo contribuyeron para que aceleráse mas el paso para ponerme en salvo. Caminé sin parar toda aquella noche y el siguiente dia, sin hallarme tampoco seguro en aquellas lejanías. Avisabame el pavor nacido de mi atroz delito, y agoviabanme las congojas de mi conciencia, sin echar de ver el fatal principio á donde yo mismo me arrastraba. No pudiendo mas con el cansancio tendí mi desalentado cuerpo á la sombra de un espeso bosque, cabe un arroyo que entre olorosas yervas bullia. A su blando murmullo quise reconciliar el sueño, pero el triste horror y el lugubre silencio de la selva, comenzaron á despertar en mi mente mil funestas idéas de mi perdída dicha y de mi presente desventura, sin saber qual habia de ser mi paradero.

Presentaronse entonces á mi fantasia todos los peligros de fieras y de selvages si pasaba adelante, la falta de sustento si alli quedaba,

y el horror de una muerte afrentosa si atrás volvia. A estas terribles angustias sucedió un rabioso llanto con que regaba el suelo en que me debatia y revolcaba apremiado de mi desesperacion, quando me sale de la bayna el cuchillo todavia caliente y manchado con la sangre de aquella infelíz. Enardecióse á su vista mi furor, y estabalo apretando con la mano para dar mayor vigor al golpe, quando al tiempo de descargarlo en mis entrañas, un ruido espantoso yela mi fatal execucion, y haceme caer el cuchillo de las manos. Vuelvo palpitando los ojos de una á otra parte, buscando el monstruo ó fiera que parecia haber causado aquel ruido; mas no descubria otros objetos que los silenciosos troncos, cuya sombría soledad acrecentaba mi pavor y angustias, quajandome las lágrimas en los ojos, y haciendo volver mi pensamiento á mi defensa, en el momento que resolví acabar con mi vida miserable. Embayno mi cuchillo y me apodero de mi fusil que dexé arrimado á un tronco, y ocupo su lugar dando vueltas al tronco de espaldas y cara al bosque para ver si descubria la causa de aquel ruido. No pudiendo quedar en tan penosas dudas, iba pasando de un tronco á otro, hasta que ya cerca de dexar aquella selva veo trepar entre las frondosas copas de

los árboles una bandada de gruesas aves haciendo el mismo susurro que me habia antes amedrentado.

Calmada un poco mi turbacion sentí hambre y me puse á comer de la provision que llevaba, sentandome en el rellano de un otero en que aquel bosque remataba. Tendiase ante mi vista una inmensa llanura parte secana, parte frondosa, pero sin indicios de ser habitada. Dudoso estuve buen rato de lo que debia hacer; pero llevado de mis esperanzas determiné finalmente pasar mis dias en aquellos páramos, hora fuese solo, hora en compañia de selvages, si no podia evitarlos. Emprendo, pues, aquella llanura con animo de llegar á unos montes lejanos que descubria; pero tardé llegar á ellos quatro dias en que padecí una hambre y sed rabiosa que acrecentaba mis penas. Remedióme la fortuna luego que llegué á unos collados, y apechugando por la amena y frondosa ladera que me prometia fuente, hallé en la ancha cima un vivo manantial freqüentado de aves, de las quales hice cosecha con mi fusil para asegurar mi sustento. Convidado de la amenidad de aquel sitio, resolví hacerlo mi demora; pero apenas habia descansado en él dos horas, quando me pareció oir voces y algazara de gente alegre y divertida.

Paré mientes, y me confirmé en la verdad de lo que oía. Alegréme al principio; mas luego el temor de dar con iroqueses enfrio las ansias de mi curiosidad: me resolví con todo á satisfacerla confiado en la espesura de las plantas y matorrales; entre los quales medio agazapado, doblaba la ladera de aquel collado paso á paso.

Servianme de guia las voces mismas, las quales se aumentaban asi como adelantaba camino, hasta que mis ojos llegaron á ser testigos del horrible espectáculo que un cuerpo de selvages celebraba en medio de un espacioso prado ceñido del otero en que yo me hallaba, y de otro algo inferior que se levantaba á la parte opuesta, y en cuyas raices veia algunas malas chozas, que debian ser la habitaciones de aquellos hombres. Toda mi triste atencion se la llevaba un infelíz que atado á un palo daba horribles lamentos, quemandose al calor lento de las llamas que los selvages al derredor atizaban, y acabando de echarles pábulo, se ponian á baylar, haciendo á la infelíz víctima mil gestos y visages. Temblaba yo de horror al imaginarme que pudiera ocupar el lugar de aquel desdichado, cuyos gritos interrumpia de quando en quando la sufocacion que el humo y vao ardiente le causaban. Quise con to-

do estar firme, hasta que ya muerto y asado lo ví tendido sobre unas zaleas, acudiendo adultos y muchachos para devorarlo, segun pienso, pues la noche llegó á confundirme los objetos; y á la sola lumbre de la hoguera que ardia no podia distinguir su festin abominable.

¿Qué haré? ¡triste de mí! deciame á mí mismo: ¿Desharé el camino comenzado, y me iré á entregar á las manos de la justicia? pues aunque muy rigorosa la tengo merecida, será siempre menor el castigo de muerte ignominiosa que la de las llamas que me están amenazando. Pero esperaré la noche abanzada, y cubierto de sus tinieblas atravesaré sin riesgo este funesto valle, y me pondré en salvo sin ser sentido de estas fieras. Prevaleció esta lisonja á los intentos que tambien tuve de darme la muerte: y despues de pasadas como tres horas, quando creia sepultados en su primer sueño los selvages, bagé temblando el otero, dejando antes de partir mis vestidos, y medio desnudo con los solos calzones, armado del fusil y del cuchillo tenté la temible empresa.

Procuraba desviarme de la choceria, cuya situacion me quedaba muy impresa, y ya me parecia subir la cuesta del opuesto montecillo; mas el temor y la esperanza haciendome apresurar á ciegas el paso, vine á tropezar con

el cuerpo de un selvage, que tendido alli en el suelo, dormia. ¡Cielos! ¿quáles fueron mis congojas en tan formidable lance? Creí quedar allí muerto sobre el dormido, ya no dormido, antes bien despertado de mi tropiezo, profiere algunas palabras en su lengua, creyendome sin duda alguno de los de su nacion. Viendo que no le respondia renueva en tono mas alto su pregunta. Habiame yo puesto en pie alli á su lado sin moverme, con el cuchillo enarbolado en la mano, esperando que volviese á tomar el sueño; pero queriendo levantarse le descargo el cuchillo por tres veces para asegurar el golpe; pero á la tercera caeseme el cuchillo y lo pierdo, por mas que tuve ánimo para buscarlo á tientas. Perdiendo mi afan en vano, procuré evadirme con quanta priesa pude de aquel parage tropezando y cayendo entre matas, bañado de sudor y sangre con las caídas, hasta que los primeros albores comenzaron á disipar las tinieblas y el horror de la pasada noche. Subíme luego á un gran arbol para guarecerme de los selvages, temiendo que viniesen en mi seguimiento: y fue asi como lo sospechaba, luego que el sol comenzaba á dorar la tierra. Veialos desde la copa en que estaba discurrir en tropas de aqui para alli, temblando yo como un azogado, sin

ánimo para dexar aquella torre de mi ventura aun despues que los perdí de vista.

Pero instigado de la sed que rabiosamente me atormentaba, debió ceder el miedo á la necesidad, irritada especialmente de la vista de un delicioso rio que alli cerca entre frondosísimos árboles corria, y aunque era caudaloso, parecia que no habia de bastar á mi sed. Apaguéla presto de bruces en un remanso, y luego me puse á caminar rio abajo para escapar á la pesquisa de los selvages sin apartarme de la orilla hasta que la noche y los muchos matorrales que el rio fertilizaba me obligaron á tomar descanso, de que sumamente necesitaba. Puseme á dormir sobre la mullida yerva, hasta que ya entrado el dia me despertó con sobresalto un ruido de roncas voces como berridos, que muy cerca oía. Puseme de cuclillas á mirar entre los céspedes en que me habia guarecido, para descubrir la causa del ruido que tanto me habia sobresaltado, y erizóseme el pelo viendo con pavorosa sorpresa una procesion de hombres con hocicos de animales, y muy bellosos, que cerca de los céspedes caminaban con gran mesura y silencio. Llevaba cada uno una estaca larga como de tres pies arrimada al pecho y sostenida del brazo. Causóme tambien suma maravilla el ver

que llevaban sobre sus colas chatas, que les arrastraban por el suelo, un peloton que parecia de argamasa.

Aunque asombrado de tan estraña novedad, no pude dexar de seguirlos con la vista, que su direccion guió á otra compañia de hombres semejantes que iban y venian muy hacendosos, hincando en la orilla del rio otros palos como los que llevaban los procesionantes, entretegiendolos de ramas, y formando una pared redonda, haciendolo todo sin decirse una palabra, lo que me hacia dudar si eran animales. Interrumpiólo Hardyl, diciendole: que no habia que dudar que lo eran, y que esos eran los castores. Pero como yo no tenia noticia de ellos, continuó diciendo el mozo, quedé no menos sorprehendido que asustado de su vista, obligandome á dexar á toda priesa aquel lugar, y á dar una gran vuelta para volver á recobrar la ribera sin ser visto ni oído de aquellos animales. Caminé tres dias continuos sin ver viviente alguno, sin hallar otra planta que me socorriese, que la de una semejante á un madroñal, y un pie de maíz que llevaba tres mazorcas no sazonadas, pero que me parecian pan de Angeles y celestial ambrosía.

Al tercer dia, bajando un otero frondoso que bañaba el rio, ví dos selvages de pies que

hablaban entre sí. Paréme detenido de las dudas si me mostraria pidiendoles socorro, ó bien si me esconderia de su vista ; pero viendo una canoa atada á la orilla, sacudí todo temor, y bajo intrépidamente la cuesta con el fusil delante, resuelto de apoderarme á qualquier coste de la canoa. Vieronme bajar sin moverse los selvages, antes bien me decian algo en su lengua. Cobré con esto mejor ánimo, y llegandome á ellos comedíme á pedirles alguna cosa, haciendo ademan hácia la boca con la mano. Debieron entenderme sin duda, porque despues que miraron y remiraron mi fusil sin soltarlo yo de mis manos, entraron en una choza que alli tenian, y sacaronme algunas frutas silvestres y dos peces por cocer. Aunque mi hambre era grande, no pude resolverme á comerlos sin pasarlos antes por el fuego. Pedíselo con señas, pero no me entendieron. Hube de recoger hojarasca, y encendiendo yesca al golpe del gatillo del fusil con admiracion de los selvages, encendí lumbre, y hechas ya las brasas, tendí sobre ellas los dos peces, y otros quatro que poco despues sacaron ellos de su choza.

Mas luego que ví que el asado podia sufrir el diente, iba fletando la canoa con él, sin echar de ver los selvages mi intento has-

ta que vieron que eché mano del escalamo. Conociendo entonces que queria robarles la canoa, acudieron á defenderla: mas yo ya embarcado, dando un empujon á la orilla me dexé ir rio abajo, muy ufano y glorioso con el robo, probando el mayor contento. Mis pensamientos me prometian la salida de aquellas tierras bárbaras: mis ojos se deleytaban en las frondosas riberas de aquel ameno raudal. Mas ¿cómo podia ser duradero un gozo nacido de un delito, robando con tanta ingratitud la canoa á quien habia socorrido á mi hambre? La necesidad y la fuerza nos hacen ladrones y tyranos; mas ellas no disculpan su maldad ni eluden sus funestos efectos.

Apenas habia caminado una hora por las vueltas y revueltas que aquel rio hacía, quando veo venir hácia mí quatro canoas de selvages, cuyo rumbo y ahullidos no me dexaron dudar que querian cautivarme. El temor entorpeció mis manos sin poder manejar mas el remo, haciendome tambien olvidar del fusil que tenia tendido en la canoa: me lo acordó la descarga que hicieron de sus flechas sin dañarme, y dexandome tiempo para disponerlo, disparo contra ellos y derribo á un selvage en el rio. Esperaba yo que el ruido del tiro los amedrentase; pero al contrario, impelieron

con mayor vigor sus remos, y sin darme tiempo para cargarlo de nuevo, me atraviesan el brazo de un flechazo, haciendome caer el fusil de las manos. Arremeten entonces á mi canoa, y se apoderan de mí atandome con trenzas de juncos; y ufanos con la presa se encaminan hácia donde salieron. Todo el horror que me infundió la vista de aquel desdichado que ví quemar en el valle, vino á ocupar mi memoria mas vivamente, cubriendome de una afliccion que casi me privaba de sentidos; ni veía otros objetos que aquella horrible muerte que me esperaba: solo el agudo dolor de la flecha me lisongeaba de una muerte mas pronta.

Desvanecieronse luego estas tristes esperanzas viendo que los bárbaros comenzaron á proveer á mi herida, bañandola con jugos de yervas y con una especie de balsamo, cuya eficaz virtud alivió mi dolor y me curó dentro de pocos dias la herida. Renovóse mi afliccion, pues bien veía que aquella piedad bárbara con un malhechor no podia tener otro fin que el de una muerte mas atroz y terrible. No tardaron á intimarmela sacandome de la choza en que me tenian atado, á la presencia del cacique, el qual estaba de pie en el fondo de un hermoso anfiteatro que formaban árbo-

les de extraordinaria grandeza y frondosidad, ocupando el circuito sentados en el suelo los selvages que componian aquella nacion. Comparecieron luego aquellos dos bárbaros á quienes habia robado la canoa, delatando probablemente el robo al cacique. Estaba éste apoyado sobre mi fusil. Hizome algunas preguntas, á las quales no supe responder porque no las entendia. Dió entonces una voz al anfiteatro llamando á un bárbaro robusto y bello de facciones en cotejo de los otros, aunque atezado como ellos; y despues de haber hablado con el cacique me pregunta en lengua francesa, aunque corrompida: ¿si era francés?

Respondíle que no; pero que era inglés, y que el deseo de hallar selvages humanos con quienes pudiera llevar una vida quieta y libre, me habia encaminado hácia aquellas partes. Refirió esto mismo al cacique, esperando yo que les lisongearia mi respuesta: pero quedaron burladas mis esperanzas quando me dió el bárbaro la respuesta del cacique, que se reduxo á preguntarme: ¿cómo esperaba hallar humanos aquellos á quienes habia ofendido? Añadiome, que mi muerte estaba determinada por el robo de la canoa, y por la muerte que dí al selvage en el rio. Al oir esto sentia desmayarme de dolor, quando me volvió el

alma el mismo, añadiendome, que se me comutaria la muerte en otra pena si les enseñaba á disparar el fusil. Convine desde luego; y comencé á instruir al bárbaro intérprete, á quien el caciquè habia entregado la escopeta, mostrando éste que habia conocido aquella arma; y aunque despues de instruido le salió de fogon, pareció con todo que quedaron satisfechos, y yo lisongeado que el castigo que me darian sería llevadero.

Mas ¡ó Dios! ¡quál quedé al oir que se me habian de arrancar las uñas! Un frio aterecimiento quaxó toda mi sangre, dandome á probar la imaginacion todo el dolor que habia de sentir en el tormento. El solo fruto que habia sacado de mi educacion era el entender y saber explicarme medianamente en la lengua francesa; y á esto solo debo el haberme librado de la muerte, y el que se me minorase el tormento que me habian decretado. Volvieron á llamarme á la misma choza, donde me dieron á comer maíz fermentado y algunas frutas, engargantandome una muger la comida por no poderme yo valer de los atados brazos. Supe despues que aquella bárbara era la viuda del selvage muerto, á la qual me destinaron por marido. Volvieronme á sacar al otro dia al mismo anfiteatro, en donde se ha-

llaban todos los selvages armados de sus flechas, y tendieronme en medio sobre el prado, palpitandome el corazon, y creciendo mis mortales bascas viendo hincar en el suelo una estaca á la qual amarraron mis pies, haciendo lo mismo de mis manos.

Erízaseme el pelo aun ahora al acordarme de aquel terrible tormento para contarlo. Hallabame tendido boca arriba, atado de pies y manos, quando llegó el intérprete á decirme: que si queria juntarme con los de su nacion y casarme con la viuda del difunto, se me ahorraria el tormento de la una mano; pero que en la una de ellas era indispensable por el hurto cometido. Prometí quedar con ellos, hacer quanto quisiesen y como quisiesen: volví al llanto y ruegos para que se minoráse el tormento; mas no habiendo remision aparejaronse los verdugos para atormentarme. Eran estos los dos á quienes habia robado la canoa. Sentóse uno de ellos en el suelo junto á mi mano derecha, y comenzó á tantear la hendedura entre la yema y la uña con un punzon á manera de escoplo, que al recio golpe que recibió de un guijarro penetró hasta la raíz de la uña, arrancandomela de quajo, y arrancandome con ella el alma, dexandome enteramente privado de sentidos, de modo que so-

lo volví en mí algunas horas despues de la execucion del tormento.

Duróme algunos dias el rabioso dolor; pero sané en fin por la eficacia del bálsamo que componen ellos, á lo que ví, del jugo de un árbol, quedandome los dedos sanos, aunque sin uñas como veis; pero escarmentados para no cometer mas robos. Luego que curé me llevaron de nuevo á la presencia del cacique, el qual me entregó un carcax con flechas, y me puso un arco en las manos. Luego llegóse la india que me paladeó la comida acompañada de otras mugeres, y entregaronmela por muger. Celebróse festin con danzas y borrachera, segun tienen de costumbre. Luego que me ví libre rogué al bárbaro que me sirvió de intérprete, que me dixese quién era, y cómo habia aprendido el francés. El satisfizo á mi curiosidad en pocas palabras, contandome que sus padres le sacaron muchachuelo de una ciudad de Francia, cuyo nombre no se le acordaba, pero á lo que comprendí, debia ser la Rochela, antes que aquella ciudad padeciese el saco de los católicos, y que lo llevaron consigo á unos montes apartados, donde vivió con ellos algunos años, hasta que en una correria de bárbaros se vió arrebatado de sus padres, sin haber sabido mas de ellos.

Hicemele amigo y compañero en las cazas y pescas, y aunque la necesidad me hacia acomodar á aquella vida, en mi interior suspiraba por la Európa, y la esperanza de que mi padre pudiese socorrerme algun dia, avivaban mas mis ansias para tentar la huida. Iba maquinando medios para executarla; pero la ignorancia del lugar en que me hallaba, y del camino que habia de tomar, no menos que el tormento de las uñas me lo quitaban de la cabeza. Mas quiso el cielo depararme un medio el mas estraño que podia yo pensar, y que esperar no podia. Oidlo.

Encontréme una tarde con una india de mi nacion en una espesura algo apartada del rancho, y habiendome sentado junto á ella, comencé á solicitarla con caricias, y ella á corresponderme, quando de repente veo salir de entre unas matas vecinas un hombre vestido de negro de cabeza á pies, con un gran sombrero y un palo en la mano. La estraña figura, el lugar y las circunstancias contribuyeron á pasmarme tanto, que no pude levantarme del suelo en que estaba sentado, aunque me esforzaba con ímpetu. Creílo á primera vista un hechicero; pero viendo que la india sin conocerlo se habia apartado de allí amedrentada tambien de su vista, no podia atinar en lo que

era. Sosególme un poco el ademan sumiso y reverente que me hizo con el cuerpo y manos, encaminandose hácia mí; pero viendo que yo con todo me levantaba para huir, hizome señal con la mano para que me detuviese. Ya cerca habló en lengua que no entendia, pero que me pareció la misma que hablaban aquellos bárbaros. Hice entonces señas á Olura, que asi se llamaba la india, que estaba apartada y temerosa, para que se acercase. Llegada ésta le dice, segun pude comprender, que desearia hablar al cacique. Reparando mas en su figura ví que llevaba un libro debajo del brazo, y que le pendia un rosario de la cintura, haciendome venir la idea si sería algun misionero. Se lo pregunto en lengua francesa, y él no menos alborozado que sorprendido, echandome los brazos al cuello, me dixo que sí; ¿y si yo era francés?

Contéle en breve los funestos accidentes que me habian trahido á aquel lugar, de cuya nacion poco le podia decir no entendiendo todavia su lengua, pero que en ella se hallaba un francés, el qual podria darle razon de lo que quisiese. Instóme para que lo acompañáse, pues desearía verse con él. Dixele yo, que si queria esperarse iria á llamarlo, y que volveria luego con él. Vino bien en ello, y

yo encaminéme con Olura para encontrar á Kelkil, que este era el nombre del francés. Hallélo en su choza, y le cuento lo que habia visto: alteróse él un poco, y habiendo encargado á Olura que callase, se vino conmigo hácia el lugar donde dexamos el misionero. Era ya tarde, y el sol doraba con encendidos rayos los montes desde el orizonte en que se escondia, quando llegamos donde estaba puesto de rodillas, las manos alzadas al cielo. Pusose en pie al oirnos; y luego dixo á Kelkil el fin de su venida. Este comenzó á persuadirle que desistiese de la empresa, la qual tendria seguramente fatales conseqüencias. Dixole el misionero, que éstas no lo amedrentaban, y que no le harian desistir de su empresa, pues venia á exponer su vida por el bien de aquella gente.

Yo que ansiaba dexar aquella vida, y que esperaba que la vuelta del misionero podria servirme de medio, sentia que insistiese en su demanda. Comencé, pues, á decirle, que el tentar una empresa incierta con riesgo de la vida, no me parecia prudencia, pues si llegaba á padecer la muerte no obtendria el fin por el qual la arriesgaba: que lo mas acertado seria que Kelkil dispusiese antes el ánimo del cacique, prometiendole algunos diges euro-

peos, á que se mostraban aficionados, y que él entre tanto volviendo á su residencia podria esperar en ella la respuesta. Kelkil dixo entonces: que de ninguna manera; que lo mas que podia hacer era callar, y encaminar al misionero hácia el cacique; pero que aquella noche no lo creia acertado. Esperaré, pues, hasta mañana, dixo el misionero, agradeciendo á Kelkil sus buenas intenciones; pero que las suyas eran de llevar adelante su empresa, aunque debiese perder la vida en la demanda; pues para llevarla adelante habia dexado tanto camino atrás, y tantos trabajos padecidos.

¿Tanto camino? dixe yo entonces; ¿pues de dónde venís? De Quebec, me responde: y al oirlo sobresaltóseme el corazon. Quise entonces informarme de él, si se habia sabido en la ciudad la muerte de la muger de un soldado de nacion inglés. Dixome, que sí; y que se habia encontrado su cadaver por accidente, ya medio corrompido, en un bosque algo distante de la ciudad, y que faltando su marido John Bridge, le atribuian el delito. El caso es, me añadió.... ¿Cómo? interrumpióle Hardyl, ¿John Bridge os llamais? ¿hijo, por ventura, de Pablo Bridge? Asi es, dixo el mozo: ¿pues qué conoceis á mi padre ¿ No,

no; pasad adelante, oí nombrarlo; no os detengais. El caso es, pues, me añadió, continuó á decir el mozo, que poco despues de su desaparicion, publicó un mercader, que habia recibido una cedula de cambio de tres mil libras esterlinas que se le habian de entregar.

A tal noticia no pude contener las lágrimas, maldiciendo de mis malas inclinaciones que me habian arrastrado á mi perdicion. Mirabame sorprendido el misionero, sospechando por la relacion que le hice y por mis lamentos, que yo debia ser ese inglés; y asi me dixo: ¿pues qué sereis vos por ventura ese infelíz John Bridge? Yo, yo soy, le respondí con lagrimas, el que de delito en delito he venido á ser el hombre mas aborrecido del cielo y de la tierra. Porque ¿á dónde iré que no deba temer el castigo de Dios y de los hombres? Procuró consolarme el misionero, diciendome, que si vivia disgustado con aquella vida, podia ir á la Virginia ó á la Pensilvania, para donde aquel mismo rio me serviria de guia y de conductor, pues iba á unirse con el Delavare. Bendito sea mil veces aquel nuncio del cielo, pues voces celestiales me parecieron las suyas, que inundaron mi pecho de indecible consuelo, y que me incitaban á dexar al instante aquel lugar, é irme á la Pen-

silvania. Roguéle me dixese su nombre, pues lo queria llevar impreso en la memoria y corazon para darle pruebas de mi reconocimiento en caso que la fortuna me repusiese en mi antiguo estado, hallandola él tambien propicia en su empresa. Dixome, que se llamaba Juan Brebeuf, y que el reconocimiento mayor que de mí deseaba era que me aprovechase de mis desgracias.

Agradecíle su buen ánimo, y no pudiendo resistir á los impulsos violentos que me dexó la notica de que aquel rio me serviria de conductor para ir á la Pensilvania, deseandole un éxîto felíz en su mision, á la qual yo no podia contribuir, me despedí de él y de Kelkil, y dando un eterno saludo á Penca mi segunda muger, me encaminé rio abajo con quanta priesa podia darme á la luz clara de la luna, que estaba en su mayor lleno.

¿Para que quereis que os cuente las menudas relaciones de los trabajos y desdichas que padecí, los encuentros con fieras y con otros bárbaros, y la hambre que me atormentó durante mi infelíz viage? Os baste quanto habeis oido para que veais las funestas conseqüencias que tuvo la cólera no refrenada y la venganza que tomé del hijo del Lord Ut.... como os dixe. Creí acabados mis trabajos una

mañana al descubrir unos europeos que contrataban con bárbaros la compra de algunos fajos de pieles. Arrojéme á sus pies implorando su piedad, diciendoles mi nombre y los trabajos que habia padecido. Ellos á la verdad me socorrieron, pero me remitieron á Filadelfia, donde podia emplear mi industria. Comencé á molestar aqui estos ciudadanos pidiendoles limosna; pero el rostro y ademanes de los mas caritativos, parece me decian no convenirme aquel oficio de holgazan. Ofrecíme á varios por criado; pero no teniendo otra recomendacion que mis trabajos, ni otra habilidad que la de contar mis miserias, todos me han desechado, hasta que la fortuna me hizo encontrar con vos....

Hardyl, que temia no se le escapase algun indicio del concierto sobre Eusebio, lo interrumpió, diciéndole: me habeis dado justo motivo para remediar vuestra desgracia; tomad entre tanto esta guinea, y mañana volved, pues espero poder ayudaros con mas generoso socorro. Saltabale el alma por los ojos á John Bridge, no solo por la guinea que veía en sus manos, sino tambien por la mayor esperanza que le hizo concebir de mayor largueza; y dandole muchas gracias con vivas demostraciones, se despidió de él y de Eusebio.

Sentiase éste conmovido de la relacion de John Bridge, y quisiera satisfacer, como hizo Hardyl, á los impulsos de su compasion, dandole los reales que Susana le habia entregado por los cestos: mas no atreviendose á executarlo sin el consentimiento de su maestro, propusoselo poco despues que John Bridge salió de la tienda. Hardyl le alabó su buena intencion, la qual dandole motivo para instruirlo en la verdadera caridad, como tambien para prevenirlo de los engaños que ésta puede padecer, le dixo: has oido, hijo mio, la historia de ese miserable: á la verdad ella lleva visos de verdadera; pero tambien puede ser muy bien fingida; pues de otras relaciones que llevaban toda la apariencia de verdaderas, he visto ir cargados otros holgazanes y falsarios, conque engañaban personas honradas y piadosas, las quales probaron al fin funestos efectos de su crédula y facil compasion, ora en robos, ora en otros daños y perjuicios de la paz de sus familias.

Verdad es, que un buen corazon padece dexando de satisfacer á los impulsos de su piedad; pero quien atiende al daño que no solo puede acarrear á la sociedad, sí al mismo que nos excíta la compasion la demasiada facilidad en socorrerla, se servirá de este moti-

vo para refrenarla á pesar suyo, dexando de fomentar con ella la desidia ó la mala inclinacion de los que huyendo del trabajo se van vagando por el mundo antes que emplear su industria ó su talento en bien propio ó de su nacion. Ni te sirva de exemplo la guinea que entregué á John Bridge, pues yo puedo tener otros motivos justos, como los tengo, para socorrerle. Mas ya que éste queda asistido, y tu te sientes en voluntad de exercitar tu compasion con esos reales, te puedo conducir á sitio en donde puedes emplearlos con mayor satisfaccion. Y gustando Hardyl de sufrir las instancias de Eusebio para que lo encaminase á ese lugar, condescendió finalmente, arrimando el trabajo que habian comenzado, y haciendole tomar el sombrero salieron de casa.

Estando ya en la calle ven venir á Henrique Myden, que se encaminaba á su tienda, como lo solia hacer freqüentemente. Hardyl lo espera, y dicele: que llegaba muy oportunamente para ayudar á Eusebio á socorrer á un infelíz que se hallaba en gran necesidad. Aceptó de buena gana el partido Henrique Myden, y fueron todos juntos á la casa donde Hardyl los conducia. Vivia en ella un joven francés carpintero de oficio, el qual habia un año que lo tenia postrado en la cama

una llaga encancerada que no le dexaba ganar el sustento para sí, su muger y dos hijitos que tenia, de los quales el uno era tambien enfermizo como su padre. Habia prevenido Hardyl de estas circunstancias á Henrique Myden durante el camino; pero queriendole hablar á parte sin que Eusebio lo oyese, luego que llegaron á la puerta de la casa tomó el pretexto de hacer subir á Eusebio para que entregáse sus reales al enfermo, haciendo seña á Henrique Myden para que se quedase. Entonces éste echando mano de su bolsillo en que llevaba algunas guineas, se lo entregó á Eusebio, diciendole, que pusiese en él sus reales y se los entregáse al enfermo.

Subido Eusebio, contó Hardyl á Henrique Myden lo que habia pasado sobre el concierto con John Bridge, y el modo como Eusebio habia sufrido su injuria. Dióle tambien noticia de este joven inglés, cuya rica familia habia él conocido en Londres, necesitando hacerse suma violencia para no descubrirsele; pero que queriendo favorecer al mozo, necesitaba de cincuenta guineas aquella misma noche, rogandole se las enviase. Myden le dixo: que apreciaba mas aquella confianza que usaba con él, de lo que admiró su desinterés quando rehusó las que en nombre de Eusebio le

queria hacer entregar, y que aquella misma noche las tendria sin falta. Sin mas detenerse subieron á la estancia del enfermo, que estaba en un desvan de la casa que los dueños de ella le habian alquilado. Estaban casualmente marido y muger aliviando el exceso de su miseria y necesidad con expresiones amorosas antes que Eusebio llegase. Pedro Robert especialmente, que asi se llamaba el enfermo, penetrado en su miserable estado de la incansable paciencia que le prestaba su joven muger Mally, y del sentimiento de haberle dicho esta, que se hallaban sin un bocado de pan para aquel dia: ¡ó cielos! decia: ¿será posible que nos olvide hoy Hardyl? No, Mally, no es posible, si no vino dodavia, vendrá; en todo lance podeis ir á veros con él, pues sabeis que hoy es el dia en que suele dividir con nosotros su ganancia. ¡O Dios! ¡qué alma aquella! ¡ah! no lo dudes, él vendrá, ó algun motivo grave debe impedirle la venida. El sabe las penas que sufro, no tanto por mi mal, quanto porque soy causa que vos, pobre y adorable Mally, lleveis una vida tan desdichada.

Ella le respondia: ¿para qué quereis acrecentar vuestro dolor y el mio buscando siempre razones de fomentarlos? Sea castigo, sea voluntad del cielo, ¿no vale mas que le so-

metamos con resignacion nuestros sentimientos, que no irritar á estos y nuestras penas con buscadas razones? El mal que vos padeceis, ¿no pudiera padecerlo yo, y entonces vuestro amor no me prestaria la asistencia y ayuda que os debo? ¡O cielos! exclamaba Robert: ¡ó adorable amor mio! en mi suma miseria, postrado en esta cama, ¿cómo puedo daros demostracion digna de tan santos sentimientos? Permitidme el consuelo de exprimir en esa respetable mano antes con mi tierno llanto que con los labios, el digno reconocimiento que vuestra virtud excíta. Aplicaba sus labios Robert á la mano de la joven Mally, quando Eusebio llevado de sus ansias compasivas, subia corriendo la escalera, como si temiese que Hardyl y Henrique Myden le llevasen las albricias. Al ruido, creyendo Robert que fuese Hardyl, aprieta la mano á su muger diciendola: helo aqui, helo aqui. Mally se encamina á la puerta para recibirlo; pero en vez de Hardyl vé á un muchacho á quien no conocia, y que le pregunta por Pedro Robert. Aqui está le dice, aqui está; y dandole entrada se llega Eusebio á la cama de Robert, el qual no sabia qué pensar de aquel muchacho, que medio confuso le entrega el bolsillo que llevaba en la mano, diciendole: tomad esto

que me han entregado para vos.

Recibe Robert el bolsillo, y al tiempo que lo abria le pregunta: ¿quién era el que se lo habia entregado? Pero no dandole el confuso Eusebio respuesta, continuó el enfermo en abrirlo para ver lo que contenia; y descubriendo monedas de oro, sin pasar adelante á contarlas, lo alarga á Mally, diciendole: ahí teneis: el cielo se compadece de nosotros; y volviendose á Eusebio, le pregunta otra vez, ¿quién era el bienhechor? Eusebio se sonrió sonroseado un poco sin darle otra respuesta. Mally que tambien descubrió oro en el bolsillo, apartó de él sus ojos alborozados y enternecidos para ponerlos en aquel modesto muchacho que se sonreia sin dar respuesta á la pregunta de su marido; lo reputa entonces en el fervor de su exaltado agradecimiento como si fuera nuncio del cielo, y como á tal se le arrodilla, pidiendole la mano para besarsela, y obligando al hijito pequeño que tenia de la mano, para que tambien se le arrodillase.

A la humilde postura del niño de rodillas con las manos juntas, y al tierno llanto de la madre que le pedia la mano para besarsela: Eusebio no resiste, y comienza á llorar en acto de evadir las demostraciones de Mally; y en esta postura los hallaron llorando Henrique

Myden y Hardyl quando entraban en la estancia. El buen Henrique Myden, que estaba muy ageno de ver aquel tierno espectáculo, realzado de la suma pobreza de la estancia y del tierno llanto de Eusebio, no puede tampoco contener el suyo, mucho menos el enfermo á quien mas que á todos tocaba aquella demostracion. Los niños que no podian comprender la fuerza de aquellos dulces lloros, viendo llorar á sus padres, se ponen tambien á llorar. ¡O disipadores de vuestras haciendas! torced, si podeis, los ojos á este tierno espectáculo, y prestad vuestros corazones al puro y santo gozo de que os privais, y de que privais á tantos dignos menesterosos que bendecirian vuestro nombre si se viesen socorridos de los desperdicios de vuestra disipacion.

Hardyl se habia llegado á la cabecera del enfermo, el qual volviendo á él su enternecido rostro: ¡ah! le dixo, bien echo de ver la santa mano que me socorre. El cielo remunere á medida de mi reconocimiento vuestros piadosos oficios, no menos que la generosidad de esos señores que se dignaron echar el colmo á su beneficencia. La joven Mally Robert prorrumpia llorando en otras mayores exclamaciones caracterizadas del agradecimiento en su miseria, del amor á su marido, y de los

sentimientos de su virtud. Henrique Myden no sabia que postura tomar para disimular sus lágrimas. Conociólo Hardyl; y despues de haber exôrtado al enfermo á sufrir con fortaleza sus trabajos y enfermedad, despidióse de él y de Mally, que los acompañó con sus tiernas demostraciones.

Ya en la calle dice Henrique Myden á Hardyl, que jamás habia probado tan dulce y pura satisfaccion en el empleo de su dinero, quanto la que sentia en haber socorrido aquella familia, y que por lo mismo debia agradecerle los suaves sentimientos que le habia hecho probar, proporcionandole la ocasion de tan buena obra. Añadióle que iba en derechura á su casa para enviarle las cincuenta guineas, y se despidió de él y de Eusebio. Volvieron estos á su tienda para emplear lo que les quedaba de la tarde en su trabajo. Ocupados ya en él, Hardyl hizo recaér la conversacion sobre el enfermo, diciendo á Eusebio: ¿hubieras jamás imaginado que ese enfermo que acabas de ver en tanta miseria y necesidad, y empleado en hacer el carpintero, fuese de una ilustre familia de Francia? ¿Quién lo pudiera imaginar, dixo Eusebio? ¿Y cómo es que se halla reducido á tanta miseria? La causa es, dixo Hardyl, porque su padre quiso antes des-

amparar su patria que la religion de Calvino que profesaba, y que era perseguida en Francia; y queriendo exercitarla libremente, resolvió vender sus haciendas y retirarse á Filadelfia, como lo executó; pero en muy diverso estado que el que pensaba; porque habiendose embarcado con todas sus riquezas, encontróse el bastimento en que iba con un navío superior, cuyo capitan creyó lícito despojar á todos los que alli habia de sus caudales, dexandolos proseguir sin ellos su camino.

Asi llegó el padre de Robert á esta ciudad pobre é infelíz de rico y noble que antes era; y aunque se vió socorrido de muchos Quakeros compadecidos de su miserable estado; pero siendo muy numerosa su familia, vióse precisado á dar á sus hijos oficios de artesanos para que se pudiesen ganar el sustento. Escogió Pedro Robert el de carpintero, y en pocos años pasóse á maestro por su talento y habilidad, con la qual ganaba muy decente mantenimiento; pero la suerte ha querido acabar de descargar en él los golpes de su rigor, haciendole tambien apurar las heces del vaso de su amargura. Vees, hijo mio, como vá el mundo, y quanto le es al hombre necesario estar prevenido y fortalecido de los buenos sentimentos de la virtud, para no dexarse

lisongear del favor de la fortuna y de sus bienes inciertos, los quales dá y quita á su antojo quando el hombre menos piensa. Pero el mundo te dará sobrados exemplos de esto mismo, que suplirán á quanto yo te pueda decir.

Volvamos á Pedro Robert, y al llanto que ví asomado á tus ojos quando su buena muger se echó á tus pies: y aunque no dudo que hayais tenido ocasion para dar el justo empleo á la piedad, con todo no sé si deba temer que el tierno sentimiento que manifestaste, se mezclase con algun resabio de vanidad: ¿Que te parece? Sí lo tuve, dixo Eusebio, yo no se explicarlo. Pudiera haber sentido tu corazon, continuó á decir Hardyl, cierta complacencia de merecer el respeto y humildes demostraciones de aquella buena gente por reconocerte superior á ella, y si entonces te dexaste llevar de esta vana complacencia tan natural á la ambicion, tu piedad desmereció parte de aquel puro y celestial consuelo que prueba el alma quando hace el bien porque lo es; y no para ser tenido en algo. Si este bajo sentimiento llega jamás á levantar cabeza en tu pecho, sufocalo, hijo mio, para dexar libre campo á la noble y severa generosidad, que desdeña mezclarse con los ruines sentimientos de la altaneria.

Diciendo esto, llegó el criado de Henrique Myden con las cinqüenta guineas y con algunos bizcochos que Susana enviaba á Eusebio. Estaba sobrado fresca la memoria de la miseria de Robert y de sus hijos en el corazon de Eusebio, para dexar de decir á Hardyl el consuelo que tendria en enviar aquel regalo á los hijos del enfermo, pudiendoles servir de provechoso alimento, y asi se lo dixo. Hardyl condescendió con sus buenos deseos, y juntando la mayor parte de los bizcochos en un cestillo, se lo entregó á un criado; rogandole lo llevase á casa de Robert, dandole las señas de ella. Partido el criado continuaron su trabajo, hasta que Miss los llamó á cenar.

Al otro dia no tardó á comparecer John Bridge en la tienda. Habian desaparecido de su rostro los tristes indicios de la miseria y de la desesperacion, y en vez de ellos el júbilo y la esperanza tenian su aspecto de respetoso despejo, ofreciendose á servir á su bienhechor en todo lo que quisiera mandarle. Hardyl habia ya emprendido su trabajo: hizolo sentar junto á sí despues de haberle agradecido su oferta; y para que el favor que le iba á hacer fuese á lo menos sahumado con buenos consejos, le preguntó: ¿si los trabajos y miserias padecidas habian convencido su ánimo de la

necesidad que tiene el hombre de moderar sus pasiones? Yo á lo menos deseára por vuestro bien mismo que sacárais de tantas penas este provecho. Os agradezco de nuevo, respondióle John Bridge, el caritativo interés que mostrais tomar en mi provecho, mucho mas despues que mostrasteis por obra el que tomasteis por mi estado miserable. A la verdad á par de vos ansiaría que tantas desventuras me sirviesen de enmienda para en adelante; pero si mal no conozco mi interior, nada me puedo prometer de los impulsos de mi genio ardiente y vindicativo. Ahora ya tarde veo los efectos perniciosos de la condescendencia de los padres para con sus hijos, especialmente con aquellos que por mala suerte obtuvieron una complexîon colérica y pertinaz. Pues aunque estas pasiones son muy difíciles de sufocar en una alma de fuego y de perversa condicion, con todo no parece que siendo tiernas pudieran sufrir algun freno para no dexarlas tomar tantas fuerzas como las que adquieren quando se dexan á su valía.

Por esto no puedo dexar de alabar la educacion que dais á vuestro hijo Eusebio; y aunque á primera vista no pude comprender vuestra intencion acerca de la injuria que me pedisteis le hiciese, os aseguro que despues me

hube de esforzar para executarla, y para decirle lo que le dixe, no pudiendo dexar de notar sus refenados movimientos. Y este será para mí (os lo digo como lo siento) la mejor instruccion que espero tener en mi vida. Si asi es, dixo Hardyl, serán superfluos ulteriores consejos; pero para estos solos no os llamé: antes bien deseo favoreceros, poniendoos en estado de poder ser socorrido de vuestro padre, puesto que no recibisteis de su educacion ninguna habilidad para emplear vuestra industria, y talento en un país que no sufre los ociosos. A este fin quiero proponeros, ¿si gustariais de ir al Hávre, para donde debe partir quanto antes un bastimento? ¿Y cómo quereis, dixo John Bridge, que emprenda ese viage con la sola guinea que de vos recibí? y ésta no entera, pues ayer noche debí pagar con ella mi cena y alojámiento, y esta mañana la sangria que veis, y de la qual sumamente necesitaba.

Sacando entonces Hardyl de la faldriquerá las cincuenta guineas, se las entregó, diciendole: con éstas bien podreis hacer ese viage holgadamente: recibidlas de la piedad de un Quakero, que por mi medio con ellas os socorre, y que de vos no desea otra obligacion que la de que os sepais aprovechar de vuestras desgracias. Suspenso y atónito quedaba

John Bridge con la mano alargada con que habia recibido el bolsillo, mirando á Hardyl, el qual sin mas ceremonias habia vuelto á emprender su trabajo; y volviendo tambien en sí Bridge de su pasmado alborozo al verse con tanto dinero, inclinóse para besar la mano benéfica que tan generosamente le habia socorrido, exprimiendo con vivas demostraciones los sentimientos de su gratitud. Hardyl se lo prohibió levantandose del asiento con el pretexto de tomar un fajo de juncos, y de hecho para evitar su insistencia en quererle besar la mano, dandole priesa para que fuese á verse con el capitan que estaba para partir, á quien dixo procuraria tambien de recomendarlo. Conociendo John Bridge el noble desinterés del alma grande de aquel cestero, acortó con mortificacion sus expresiones, yendose no menos lleno de admiracion de que un pobre artesano como Hardyl parecia, le hubiese alargado un socorro qual no pudiera esperar en las circunstancias en que se hallaba, del mayor Lord de Inglaterra.

Poco despues de haber partido Bridge, bajó Eusebio á la tienda á dar su leccion acostumbrada. Era ésta el capítulo en que dice Epicteto: „ El sosiego del espíritu se debe „ preferir á todas las demas cosas; pero para

„ alcanzarlo es menester que te ensayes des-
„ de luego en las cosas pequeñas; como por
„ exemplo : si se te derrama el aceyte ó el
„ vino de tu bodega, dí en tí mismo sin in-
„ quietarte : á este precio se compra la tran-
„ quilidad "

He aqui, hijo mio, un medio al parecer facil, pero muy oportuno para comenzar á reprimir los sentimientos coléricos, y para hacernos dueños poco á poco de esta pasion. Apenas hay alguno que no se altere y enoje quando le sucede una de estas desgracias caseras, ó quando cometen alguna falta sus hijos ó sus criados. Pareceles que el dueñazgo y señorio los autoriza para enojarse, imaginandose que su casero imperio se establece mejor sobre los ultrages coléricos, que sobre la mesura de una modesta correccion. Los mismos padres no saben reprehender á sus hijos si no lo hacen con todas las demostraciones de enojo y de ira encendida, dandoles motivo de imitarlos en ella pretendiendolos corregir. Mas á nosotros no nos toca mirar lo que los otros hacen, sino atender á conseguir la moderacion que Epicteto nos aconseja, comenzando por estos accidentes que á cada paso se nos ofrecen. No hay duda que es sensible qualquiera de estas pequeñas desgracias; ¿pero quánto

mas dulce es la satisfaccion que saca el alma del sentimiento refrenado con que se sobrepone ella á esas bajezas? ¿Quánto se fortalece con tal vencimiento para las desgracias mayores? Sensible es á un corazon pequeño que se quiebre el vidrio ó el barro; ¿pero por ventura les volverá su entereza el enojo y la desazon....?

Un recio polpe en la sala rompe el discurso de Hardyl. Envia éste á Eusebio para que se informe de la causa. Va Eusebio y vuelve precipitadamente pálido y acezando, todo asustado, pudiendo apenas proferir que la pobre Miss estaba tendida en él suelo sin haberle respondido á las dos veces que la habia llamado. Sube Hardyl, y hallandola del modo que le habia dicho Eusebio, procura levantarla de los brazos; mas ella no daba señal de vida. Acomodale una almohada bajo la cabeza. y dice á Eusebio, se quede alli mientras él va en busca del medico y cirujano. Eusebio creyendola difunta, se dexa apoderar del miedo, y aunque no osaba manifestarselo á Hardyl, ibale detras siguiendole todos los pasos en quanto hacia, hasta tomar tras él la escalera. Echalo de ver Hardyl, y volviendose muy serio le pregunta: ¿que á donde iba? Eusebio le responde: que bajaba á la tienda en

donde le esperaria. Conoció Hardyl su temor; pero no quiso violentarlo importunamente: antes bien condescendiendo en silencio á un efecto tan natural á un muchacho, lo dexó seguir. Mas no pudiendo tampoco Eusebio quedar solo en la tienda, sale fuera del umbral para esperar alli á su maestro.

No tardó mucho á volver Hardyl con el medico y cirujano, á quienes la pobre Miss habia ya dispensado de recetas y sangrias habiendo fallecido. El medico viendo inutil su ciencia con los difuntos, se despidió: pero el cirujano quedó alli de pies junto al cadaver; y aunque el aspecto de Miss era horrible, afeandolo mas la calva amoratada, perdida la toca del golpe de la caida, y con la lengua á fuera, como de agarrotado, continuó con todo á contemplarla con afectado silencio. Rompiólo finalmente preguntando á Hardyl: ¿si habia muchos años que aquella muger le servia? Ocho años son cumplidos, le responde Hardyl. Tiempo cabal, dice el cirujano, que mi madre desapareció de casa por un grave disgusto que la dí, sin haber podido tener mas noticia de ella desde entonces; y á sus facciones, aunque desfiguradas, me parece reconocerla. Decid por vida vuestra: ¿llamabase Rimból? Y confirmandoselo Hardyl, exclamó

el cirujano arrojandose de rodillas: ¡ó amada madre, qué fatal accidente me trahe á reconoceros en el funesto momento en que no podeis ya recibir ninguna prueba de mi sincéro arrepentimiento, y del desengaño de mi ciego amor, al qual vuestros consejos tan justamente se oponian! ¡Ah! vuestra paciencia y sufrimiento hallaron sin duda la justa recompensa con eterno descanso; mas mis males, tristes efectos de una pasion desordenada, ¿cómo podrán tener fin procediendo de la deshonra, y del cruel engaño de la desleal Clarise, sola causa de nuestra dolorosa separacion?

En estas y otras exclamaciones prorrumpia el cirujano á los pies de la difunta, quando de repente serenado el rostro, le pregunta á Hardyl: ¿si su madre habia hecho testamento, y si sabia que hubiese trahido consigo algunos papeles y dinero? Hardyl sorprendido de su repentina mudanza y de su pregunta, lo estuvo mirando un poco en silencio; luego le dixo: que el dolor que habia manifestado en el reconocimiento de su madre, pudiera haberle hecho creer que fuese hijo suyo; pero que tambien estrañaba que la mira del interés hubiese acabado tan presto con su dolor antes de pensar en dar orden en su entierro y obsequias. Que en quanto á su pregunta no

podia darle respuesta, ignorando que aquella muger hubiese trahido consigo ni papeles ni dinero. ¿Tendrá por lo menos, volvió á preguntar el cirujano, de repuesto el salario de tantos años de servicio? Yo sé solo, dixo Hardyl, habérselo pagado puntualmente; pero jamás le pedí cuenta de lo suyo. Mostradme con todo su estancia, continuó el cirujano, y fiaos de mí, pues como á su legítimo heredero todo me pertenece. O bien, si quereis que echemos barra, dadme treinta guineas, como disteis sin tanta razon las cincuenta á John Bridge, y hago fecha á mi herencia, y cruz doblada.

Hardyl quedó sorprendido al oir las guineas dadas á John Bridge, pero sin manifestarle su sorpresa le dixo: que no debia saber si con razon ó sin ella habia dado las guineas á John Bridge; pero que jamás la tendria para darle sin motivo las treinta que le pedia; que bien sí le entregaria todo lo que hubiese pertenecido á Miss Rimból quando le mostrá, se ser él su legítimo heredero, pues aunque lo tenia por hombre honrado, podia padecer engaño en reconocer la difunta, y podia tener otros hermanos que viniesen como él á reqerir sus trastos.

El cirujano que veia que le iban á salir fa-

llidos sus embustes, lleva muy á mal la modesta integridad de Hardyl, y levantando la voz, pretendiendo amedrentarlo, le dixo en tono de amenaza: que su palabra sola debia servirle de legalidad, y que sobre ella queria ser atendido, pues de otro modo se tomaria la libertad que le negaba su descarada resistencia. Debió llamar Hardyl en su defensa la moderacion, y sin alterarse le dixo: á la verdad se me cayó la cara de vergüenza viendo vuestro ardiente proceder á vista del cadaver de la que habeis llorado por madre; y aunque en mi casa propia pudiera vedaros que os tomeis tal libertad, mas con todo quiero ceder de mis justos derechos para dar fin á tan ruin contraste. Ahi teneis la estancia que habitaba esa muger: id á reconocerla, y satisfaced á vuestro grado vuestra codicia. Eh, amigo, dixo entonces el cirujano, á otro perro con ese hueso; no fuerais tan liberal si no tuvierais de repuesto y á buen recaudo lo que me debe venir: pero á mis barbas no se les echa el gato tan ainas; verémos quien de los dos sabrá mejor llevarlo al agua. Y dicho esto, tomando á largos pasos la escalera con ayre atrevido y colérico, desapareció.

Hardyl quedó cortado y suspenso sin saber lo que le pasaba; y aunque comenzó á

dar vueltas por la sala pensando el caso, no podia atinar en la intencion del cirujano, aunque conocia su picardia. Llegóse finalmente á Eusebio, que estaba arrimado á la ventana del huerto, vueltas las espaldas á la sala para no ver el cadaver, y dixole: ¿Qué te parece, Eusebio, del proceder de ese hombre? Yo me alegro que hayais sido testigo del hecho, para que por él comiences á conocer los hombres con quienes necesariamente has de vivir. Estrañarás que por quatro andrajos se haya desmandado conmigo ese cirujano; pero por menos interés he visto darse la muerte dos hombres, y herirse dos hermanos por el repartimiento de una manda muy escasa: y asi temo que nos quiera dar que entender ese desdichado: mas en nuestra mano está el armarnos de moderacion y de constancia contra todo lo que pudiese intentar. Comencemos entre tanto á exercitar nuestro piadoso reconocimiento con la difunta Miss, que con tanto cuidado nos ha servido, y vamos á dar orden en su entierro.

Con este fin bajaban las escaleras al tiempo que Henrique Myden las subia, informado en la calle de la muerte repentina de Miss Rimból. Cuentale Hardyl lo sucedido con el cirujano, y le pide consejo sobre lo que de-

bia hacer. Henrique Myden le aconseja á no moverse de casa por si acaso volvia el cirujano, y que él entre tanto iria á dar orden sobre el entierro, y á informarse de las pretensiones que podia tener aquel hombre atrevido; y dicho esto se fue inmediatamente. Hardyl dixo entonces á Eusebio: ya que la bondad de vuestro padre nos ahorra estos pasos, vamos á continuar nuestro trabajo, que hoy la leccion moral la deberémos tener por práctica. En la continuacion de su trabajo encarecia Hardyl á Eusebio la gran malicia de los hombres, y la precaucion que debia tener para tratar con ellos: ¿qué importa, le decia, que el hombre sea bueno en sí, segun pretenden, si se dexa pervertir de sus pasiones y del mal exemplo? Verdad es que por mucha circunspeccion que guardemos, tarde ó presto llegamos á ser juguete de la malicia de otro; pero lo será menos veces el que desconfia del ageno proceder, y el que lleva siempre por guardia la moderacion, la qual hará menos sensible el mal que recibiere.

Esta precaucion, hijo mio, es tanto mas necesaria á quien profesa la virtud, por quanto aquellos que echan de ver la bondad de otro, se creen por lo mismo en mas facil derecho de abusar de su desinteresada conducta

con sus finas supercherias; pero por ser buenos no hemos de ser por eso simples y sandios. Tiene tambien sus derechos la virtud, la qual usa de ellos sin vileza. Defiende el bien que posee, mientras puede defenderlo sin menoscabo de la modestia y de la moderacion. Estas armas opone á la violencia; y si con ellas no puede contrastarla, cede para sobreponerse con constancia al mal que no puede evitar, poniendolo en el número de aquellos accidentes inevitables á la humanidad, como son el daño que uno recibe de una caida, ó la herida con el cuchillo que maneja, con que se yere quando menos piensa. Me aprovecha mucho esta consideracion para templar la desazon de la desconfianza y de la vigilancia de guardarnos de los otros hombres para no ir siempre con la barba sobre el hombro. Asentada una prudente reserva por principio, dexo lo demás á la moderacion. Tambien contrapesa aquella reflexîon misma al odio y enemistad que debe nacer de la misma desconfianza, especialmente para con aquellos que á las claras nos causan algun daño, ó nos ofenden, mirandolos como á la piedra con que tropezamos caminando, ó como al cuchillo con que nos herimos. Porque ¿quál es el provecho que yo saco de aborrecer á quien me

dañó? Yo no veo otro sino el añadir al mal recibido el de la desazon que me causo á mí mismo con el odio y con el rencor que debo fomentar; lo que lleva siempre al ánimo inquieto y desasosegado.

Asi para no ser sobre paciente apaleado, como dicen, procuro torcer el ódio y rencor en compasion de aquel que me daña, y en desprecio tal vez, si es que merece ser antes despreciado que compadecido. Todo esto, hijo mio, no lo digo para tí solo, pues tambien yo necesito de estas reflexîones para estar sobre mí, mucho mas ahora, en que parece que ese cirujano nos amaga algun golpe; pero si ha de venir, venga en hora buena; pues estando ya prevenido, no sé por qué lo deba temer. Cogiólos en estos discursos la llegada de los que habian de llevar el cadaver, y de los vecinos que querian acompañarlo. Puesto en las andas, y hechas las debidas ceremonias, bajaronlo á la tienda, de donde estando para moverle, llegan los alguaciles y vedan tocar el feretro si el dueño de la casa no depositaba en sus manos cinqüenta guineas. Hardyl dixo al Juez, que no encontrandose con aquella cantidad á mano, no podia satisfacer á la demanda por dos razones; pero que siendo suya la casa, la ofrecia por fianza.

El juez teniendo ordenes rigorosas del Gobernador vino bien por respeto del entierro en aceptar la casa por fianza; pero tras el cadaver hizo salir á Hardyl y Eusebio, dandoles en los talones con la puerta, como de casa embargada, sin darles tiempo de tomar los sombreros. Hardyl viendose en la calle, echado de su casa, toma con rostro risueño á Eusebio de la mano, diciendole: vamos hijo, que la justicia nos pone en trotes de alcanzar al entierro, y de hacer este buen oficio, que no pensaba, con la pobre Miss. A tí te parecerá esto un sueño; mas estos no son mas que polvos y lodos del camino de la vida: desdichados aquellos que no viven prevenidos para estos lances; y llegandose ya á incorporar con los de la comitiva, cerró la boca para revestirse de la modesta compostura y silencio que debia al acompañamiento y á la pérdida de la buena Miss Rimból.

Volvió entretanto Henrique Myden á casa de Hardyl con las informaciones sobre el cirujano, y viendola cerrada, y embargada por la justicia, maravillóse sobre manera, afanandose por él y Eusebio, no sabiendo donde paraban; pero informado de los vecinos que habian echado tras el entierro, azoró sus pasos para alcanzarlos, encontrandolos á tiempo que

acababan de sepultar el cadaver. Comenzó Henrique Myden á consolar á Hardyl, como si el caso le debiese ser muy sensible: pero éste le dixo: que mayor pena le daba la incomodidad y el cansancio que se habia tomado por causa suya, que la pérdida de la casa, la que siempre habia mirado como prestada, pensando que lo que no hubiese hecho la justicia, tarde ó presto lo hubiera executado la muerte; y que la huesa que habia visto abrir para el cadaver de Miss, le acababa de enseñar la segura habitacion que le esperaba.

A pesar de vuestros buenos sentimientos, dixo Myden, no dexareis de estrañar que sucedan en Filadelfia, tales atropellamientos. Ved qual es el poder de la maldad, la qual llega á engañar los ojos de la mas incorrupta justica. Sabed que ese cirujano es un inglés advenedizo que llegó poco tiempo hace á esta ciudad con recomendacion del Gobernador de la nueva Jersei para el nuestro, de cuya bondad ha sabido abusar con sus embustes en tanto grado, que no es esta la vez primera que hizo servir la integridad del Gobernador á sus marañas: pero estad seguro que de esta vez se le agoten sus embelecos. Vamos entre tanto á casa, y esta tarde os prometo que os será res-

tituida la casa. Era algo tarde, y la comida esperaba la llegada de Henrique Myden, estrañando Susana su tardanza, y aunque recompensó las solicitudes de su espera la vista de Eusebio y de Hardyl, trocósele luego el alborozo en disgusto quando supo la muerte de Miss y el embargo de la casa. Sentaronse luego á la mesa, y Hardyl queriendo templar el disgusto de sus huespedes, y apartar la conversacion del cirujano, hubo de apelar á Gil Altano, á quien dixo: Vengo, Altano con grandes ganas de gastar con vos quatro palabras á tanto por tanto: pero os montais tan presto, que me agotais luego el caudal.

¿Pues qué, respondió Altano, deberé dexarme la espina en el dedo? ¡Bueno seria que se dexase el mozo enharinar como fruta de sarten! Eso no, señor Hardyl; hable vmd. y hablaré yo: haga cada qual su baza, y estémos á raya; porque, vive Dios, que no me dexaré hacer la barba al redopelo. Con esta condicion tire vmd. adelante, que aqui estoy, y chito con todos. Asentado, pues, este pacto, desearia saber, dixo Hardyl, si teneis amigos ó conocidos en esta tierra; porque si asi fuera, os encargaria que ó por vos, ó por vuestros conocidos me informeis si se halla alguna casa ó tienda por alquilar de que necesito, habien-

dome embargado la mia la justicia. No hay peligro que esa señora embargue la que no tengo. Quedamos iguales en pelo, bendito sea Dios. Y para consuelo de vmd. y tambien mio le quiero contar un cuentecillo que viene encajado al lance como pieza de taracea. Oigamos, pues, el cuento, dixo Hardyl, pues á las veces los sábios tienen mucho que aprender de los que no lo muestran ser. No lo digo por mí, que bien lejos estoy de serlo; sino porque me acordais algunos hombres que conocí, los quales sin tanto estudio de ciencias alcanzan saber dichos y sentencias dignas de Sócrates y de Platon; y cuyos hechos pudieran igualar los de Zenon y Epicuro, sin creer hacer gran cosa en ello. Contadlo en hora buena, pues lo oiré con gusto.

Ha de saber, pues, vmd. que hubo un Rey en Inglaterra llamado Píter, al qual le pasó por la cabeza el mas estraño pensamiento del mundo, que fue dar un conviton á todos los animales. Para esto envióles mensageros, haciendoles saber sus generosas intenciones. Ellos, ya se vé, de contado quisieron disfrutar la real beneficencia de tan gran Rey, y ponense en viage para ello. Iba azorando su lentitud el elefante, meneando la trompa de aqui para alli. El rinoceronte tras él iba pen-

sando á quién de los dos daria el Rey Píter la preferencia, y este pensamiento hacialo ir algo atrasado. Luego seguia el leon con unos ojos, que Dios nos libre, sin darsele gran pena por el lugar que el Rey le habia de destinar, pues si no le daba la cabecera de la mesa, hacia cuenta de tomarsela el mismo. Caminaba el tigre muy abispado y suelto, aunque algo temeroso de la precedencia del leon. El oso no queria salir de su paso ordinario, sin fatigarse mucho por llegar; pues pensaba que tarde ó presto llegaria á hora de la comida. Iba el caballo con huello altanero, encaramando las orejas y lozaneandose muy ufano, seguro que seria preferido del Rey á todos los demás. Mirabalo el lobo de reojo, tentado á cada paso de humillar con un zarpazo su altaneria; pero lo contuvo la solemindad del dia, remitiendo á otra ocasion su venganza. La zorra iba algo apartada con la cola baja, hollando paso el suelo por temor del domine lobo que la precedia: ella de quando en quando relamiase los bigotes pensando en los pavos y gallinas que el buen Rey Píter le tendria muy pringados de mano de sus cocineros.

Henrique Myden lo interrumpió diciendole riendo: jamás ví comer asado á las zor-

ras: ¿ de dónde has sacado ese cuento? Señor, dixo Altano, por amor de Dios, que esto es cuento: tampoco vió vmd. hablar á los animales, y la burra habló á Balaán, Dios sabe en qué lengua. Prosigue, prosigue, dixo Susana. El caso es, dixo Altano, que no sé donde paró el cabo. En el rabo de la zorra, dixo Hardyl. ¡Ah! sí; dixo Altano, á fé que no podia quedar atado en peor lugar; pero yo me daré tiento en cogerlo sin desgracia: y no piense vmd. que por ser mesa real habia de faltar el cerdo, que tambien iba él gruñendo y hozando á cada paso el suelo sin pensar mucho en los pollos y pasteles del Rey Píter: y con decir que fue el cerdo, se entiende que fueron todos los demás animales que no nombro por evitar prolixidad. Estaban ya todos juntos, y faltaba solamente la tortuga. Cansado, pues, de esperarla el Rey, dió orden que los otros se sentasen y comiesen. Habian llegado á los postres quando ven comparecer la tortuga que alargaba el cuello para ver si llegaba á tiempo; mas llegó á los postres. Enojado el Rey por su tardanza le preguntó el motivo. Ella muy humilde le responde: la casa es apreciable, la casa es buena. Pues ya que tal te parece, llevala á cuestas; y desde entonces anda en boca el refran, á la desgracia haz concha

de galapago. Aplique ahora vmd. al cuento su provecho.

Veo la moralidad, dixo Hardyl, aunque algo tirada con los dientes, mas no sé en qué tiempos pudo reynar en Inglaterra ese Rey Píter que decís. Sin duda le errais la gracia; pues á lo que entiendo fue el Dios Júpiter el que dió ese convite, y no el Rey Píter, que no hubo tal carnero en Inglaterra. Sea Píter, ó Júpiter, dixo Altano, ¿qué hace eso para el caso? ¿Será bueno que haya de andar siempre vmd. buscando el pelo en la masa? Pues algunas dificultades me ocurren, dixo Hardyl sobre ese cuento. Una de ellas es, ¿cómo pasaron esos animales el canal be la mancha? A la verdad, dixo Altano, la dificultad es grande para que Gil Altano se arredre: ¿pues bueno sería que ese Rey Píter ó Júpiter, ó como diablos quiera vmd. llamarlo, no enviáse á convidar esos animales con un navío de alto bordo? No me parece que esté vmd. tan falto de dientes que sea menester desmenuzarle tanto el pan, aunque echo de ver que es algo estrecho de tragaderas. Lo soy, respondió Hardyl, mas de lo que os parece: á buena cuenta llevo atravesado otro hueso de vuestro cuento, que sería menester un cuello de grulla para sacarlo.

Ese será sin duda semejante, dixo Altano, al del paso de Calais, el qual no le deberá doler mas. Pero veamos ese otro hueso, pues tal vez sin cuello de grulla se lo podrémos sacar á vmd. Dixisteis, que todos los animales acabaron de comer quando llegó la tortuga. ¿Esta, pues, no debió de llegar á tiempo de embarcarse en ese navío de alto bordo? No mas, no mas, que veo el blanco; y á la verdad tenia mejor concepto de vmd. no es esta la vez primera que veo confirmado, que el Duero tiene la fama, y el agua lleva Pisuerga: así va el mundo: á los sabios se les atraviesan huesos, y necesitan de grulla que se los quiten. ¿Me explico? ¿Para qué habia de enviar á buscar ese Rey ó Dios, ó esa calabaza de Júpiter, como quiere vmd. llamarlo, los animales que tenia en su tierra? ¿Pues qué cree vmd. que no hay tambien tortugas en Inglaterra? ¿Para qué hacer el cuento eterno y enfadoso con ridículas menudencias? Pero sin ir mas adelante creo que le habré quitado las ganas de que le quite otros huesos.

Gran lastima, dixo Hardyl, que no hayais cursado artes en Salamanca; pues ahora os veriais poseedor de un grueso Beneficio en alguna de aquellas Iglesias de vuestra tierra, en.

vez de liquidar cuentos en Filadelfia. No hay duda, respondió Altano, que otro pelo me luciria si hubiese tomado ese rumbo, y no el incierto de los vientos, en los quales no se coge bodigo ni mazorca: porque ¿á quántos conocí peores que yo, los quales se fueron á Alcalá ó á Salamanca, en donde aprendidos quatro ergos, volvieron á sus tierras trocados en gerifaltes, llevandose de vuelo una gruesa prebenda. Bien bobos serian ellos, como yo y otros que nos metimos á luchar á brazo partido con la muerte y con los trabajos por un pedazo de pan de municion para dividirlo entre nuestros hijos.

Segun eso, dixo Hardyl, ¿estais mal avenido con esas Universidades? Temo que no haya algo de envidia. Tengala ó no la tenga, yo haria con ellos lo que acaba de hacer la Justicia con la casa de vmd. Entonces no las freqüentarian, dixo Hardyl, tantos millares de estudiantes. Otros tantos labradores, artesanos y marineros, dixo Altano; y sino digame vmd. ¿qué necesidad tiene la España que cursen las artes tres mil Giles Altanos? ¿Qué le quereis hacer, dixo Hardyl? Estos son males que solo los remedia el tiempo; y asi dexemosle la cura y volvamos á lo que nos importa, pues el cuento de la tortuga nos ha

trahido á cosa que no nos toca. Ved, pues, esta misma tarde si podeis darme razon de alguna casa por alquilar.

Eso no lo permitiré, dixo Henrique Myden: á cubierto estais, y llevaré á mal que insistais en tales pretensiones: á mas de que no veo por qué debais perder las esperanzas de recobrar vuestra casa; pues no se hubiera embargado si hubieseis tenido prontas las cinqüenta guineas que os pidió el juez. Y sin decir mas se levanta para ir á verse con el Gobernador, sin que lo pudieran detener las instancias de Hardyl. Acordóse éste entonces de la promesa que habia hecho á John Bridge, de encomendarlo al capitan del navío que habia de partir al otro dia; y no sufriendole el corazon faltar á su palabra, fue á cumplir con ella en compañia de Eusebio, que deseó seguirle. Llegado á bordo, vió á John Bridge en la proa, que hablaba con un joven que á primera vista le pareció de espaldas el cirujano que le habia hecho embargar la casa; pero haciendo el desentendido entró en el camarin para hablar con el capitan y encomendarle á John Bridge, á quien hizo llamar para certificarse de las sospechas que le habia dexado la vista de aquel joven. Preguntóle, pues, si lo conocia. John Bridge le dice, que

era un cirujano portugues, al qual habia conocido á la puerta del hospital, donde acudió para sangrarse; y que habiendose ofrecido él mismo á hacerle la sangria, hizosele amigo, y que acababa de llegar entonces al navío con intencion de seguirle á Francia.

¿Dixisteisle por ventura, preguntó Hardyl, que os entregué las guineas? Se lo dixe, respondió Bridge, tan grande fue mi alborozo, que no pude ocultarle la generosidad que habeis usado conmigo. ¿Dixisteisle tambien, prosiguió Hardyl, el nombre de la muger que me servia? Quiso saber de mí, respondió Bridge, todas las circunstancias de vuestra casa, y yo se las dixe, queriendo despues apostar conmigo dos guineas, á que os sacaria otras cinqüenta. Cayó entonces Hardyl en la cuenta de donde le venia el mal; pero no queriendo descubrir cosa alguna á John Bridge, se despidió de él dandole buen viage. Hardyl volvió á casa de Myden, donde esperó que éste volviera, como sucedió poco despues de su llegada, trayendole las llaves de su casa, diciendole al entregarselas: que la casa quedaba desembargada, y que podia restituirse á ella quando bien le pareciese. Preguntóle Hardyl, ¿si habia dado al Gobernador el dinero que pretendia, ó bien si le habia entregado

las llaves sin apremio? Mas no dandole Henrique Myden otra respuesta, sino que aquellas eran las llaves de su casa, le dixo Hardyl: no os lo pregunto sin justo motivo; pues á lo que entiendo el cirujano está para partir á Francia, habiendolo visto embarcado en el mismo navío en que vá John Bridge, el qual me acaba de decir que no es inglés, sino portugues, y que quiso apostar con él que me sacaria igual cantidad de dinero á la que de mí habia recibido.

No hay, pues, para qué perder tiempo, dixo Henrique Myden: vuelvo ahora mismo á casa del Gobernador para descubrirle los embustes de ese picaron antes que salga del puerto. Y yendo á tomar el sombrero, vedóselo Hardyl, diciendole: que se sentia en ánimos de ir á verse él mismo en persona con el Gobernador, pues de qualquier modo habia de ser llamado para contextar en quanto le pudiera él mismo decir. Quiso tomar Hardyl este pretexto para evitar al cirujano el mal que le podia venir si lo prendia la justicia, y para ahorrar tambien á Henrique Myden ulteriores molestias y cansancio: y agradeciendole el que habia tomado por su causa en el desembargo de su casa, se despidió de él y de Susana, despues de haber prometido á ésta

que volveria á su casa con Eusebio luego que éste hubiese concluido el azafate de juncos que tenia entre manos comenzado.

LIBRO TERCERO.

Entró Hardyl en su casa acompañado de los conocidos que lo encontraban por la calle, y de los vecinos que esperaban su llegada para congratularle por su felíz restitucion, confirmandole con su apasionado y numeroso concurso la estima y la veneracion que su virtud y caracter les merecia. Solo Eusebio entró en ella triste y pesaroso, arremetiendole todos los objetos que se le presentaban, renovandole todos la memoria de la muerte de Miss. Ibasele acrecentando el miedo al paso que se acababa el dia y se acercaba la noche, sin tener aliento para dar un paso en la casa que no estuviese apegado á su maestro. Este dexabalo seguir sin decirle cosa alguna, sabiendo que el miedo no sufre razon de ningun modo; y que antes bien se apodera de ella hasta que con los hechos y experiencias no llega el hombre á desimpresionarse de sus ilusiones.

Esperaba Hardyl poder recabar esto de Eusebio; y para ello no quiso dexar pasar

aquella noche sin comenzar á disponer su ánimo para las pruebas en que lo habia de poner. Llegada la hora de la cena, estando sin ama que los sirviese, aparejaron entre los dos la mesa, sobre la qual asentó Hardyl un plato de lonjas de jamon ahumado, que agradaba mucho á Eusebio. Entre cena hace venir Hardyl la conversación sobre el miedo que tienen los hombres á la muerte, de dónde les nacia el horror que cobraba el ánimo á la obscuridad, á los lugares solitarios, á los derrumbaderos y á los cadaveres. No hay duda, le decia, que la vista de éstos es fea y desagradable; mas solo infunde miedo á los que no consideran, ni llegan á persuadirse que los difuntos no les pueden dañar en cosa ninguna; pero al contrario el hombre que sacude las preocupaciones de la niñez, y que desprecia las consejas que oyó de sus amas ó de sus padres acerca de las apariciones, hablas y resurrecciones de los finados, ese contempla sin miedo el cadaver de otro hombre como el de qualquier otro animal, aunque su vista pueda causarle disgusto.

Y prueba de que este temor vano se puede sacudir, son los sepultureros y los que llegan á familiarizarse con los muertos en los hospitales así hombres como mugeres, los quales

los manejan y envuelven como una niña sus muñecas. Este miedo es muy vergonzoso en el hombre; y asi le es necesario que lo sacuda de sí por los muchos inconvenientes, y tal vez daños, que le puede acarrear; como tambien porque le impide varias operaciones, como tu lo pruebas, hijo mio, pues no te atreves á dar un solo paso por la casa sin ir atado á mi faldriquera como cuchillo de bodegonero. Para esto conviene que comiences á sacar fuerzas de flaqueza, pues el miedo si no se le hace frente jamás llegará á sacudirse. Yo bien écho de ver que tu no querrás ni podrás dormir solo esta noche; pero si hemos de dormir juntos en un mismo quarto, este ha de ser el que dexó de habitar Miss, pue no murió en él. Asi comenzarémos á tratar de cerca al enemigo, y verás que no es tan fiero como te lo imaginas.

Dicho esto, hace que Eusebio le ayude á trasladar su cama á la estancia que fue de la difunta; y él pasó solas sus sábanas al lecho en que dormia Miss, en el qual se quiso acostar, para que Eusebio con su exemplo empezase á perder el enhado del temor, viendolo dormir en el mismo lecho de la muerta. Dispuestas las camas, cierra Hardyl la puerta y se acuestan despues de haber apagado de pro-

posito la luz. Tomó placidamente Hardyl el sueño como si durmiese en su propia cama; pero Eusebio no hallaba medio de pegar sus ojos, palpitandole de continuo el corazon, pareciendole ver la difunta Miss tendida alli en el suelo de la estancia, como la vió la vez primera perdida la toca, con los ojos encontrados y la lengua fuera, y el rostro horrible y amoratado.

Podia haber pasado media hora despues que se acostaron, quando el desvelado Eusebio oye ruido á la puerta del mismo quarto, como si alguno diese golpes en ella ó la menease. Un sudor frio baña sus agazapados miembros, y la voz se le anuda á la garganta sin poder llamar á su maestro, aunque se esforzaba. Pero volviendo de alli á poco á repetir el mismo ruido y golpes semejantes, alterado del miedo dá un grito tan agudo, acompañado de llanto, que Hardyl dispertado le pregunta la causa. Respondele Eusebio con mascadas palabras, sin acabarlas de proferir, que tocaban á la puerta. Hardyl, que estaba seguro que no podia haber ninguno en casa, creyendolo efecto de su exàltada fantasia, le dixo: que no habia nada, que durmiese. Mas apenas acababa de decir esto, quando oye repicar á la puerta., dando de tanto en tanto

ciertos golpes como si verdaderamente llamáse algun importuno para entrar. Eusebio no resiste mas entonces, y se pone á gritar y llorar tan desaforadamente que aturdia la estancia, comunicando su temblor á toda la cama.

Hardyl, que tampoco pudo quedar muy sobre sí oyendo aquellos golpes, se incorpora esforzadamente en la cama, y en voz alta pregunta: ¿quién vá? ¿quién está ahi?. Eusebio renueva sus gritos y llantos, y Hardyl en vez de respuesta oye duplicarse el ruido y el meneo de la puerta. Entonces llamando á cuenta sus pensamientos, comienza á recapacitar de qué podiá proceder aquel extraordinario ruido; pues no hay mas eficaz remedio para el temor en tales lances, que el inquirir la causa de aquello que nos lo causa. Despues de haber dado mil vueltas á su imaginacion, ocurrele si podria ser la perrilla que tenia en casa, la qual acostumbraba á dormir en un cestillo á la puerta del quarto de su amo, habiendolo visto pasar al otro pudiera haber tambien mudado de sitio, recostandose á la puerta, á la qual pudiera dar los golpes con la cola, ó menearla con el motivo de rascarse.

Era asi como Hardyl lo sospechaba; y él no puso duda en ello despues de haberle ocurrido la especie: pero queriendo convencer á

Eusebio con el hecho, aunque estaba ageno de oir razon, encendió lumbre, y mandóle que se vistiese, para que pudiese desengañarse por sus ojos de quán vanos son las fantasmas que fabríca el miedo en la sobresaltada fantasia. Aunque á vista de la luz pareciòle á Eusebio que renacia temiendo con todo que Hardyl quisiese abrir la puerta, rogabale con lágrimas que no lo hiciese. Hardyl despues de haberlo sosegado un poco y acallado su llanto le preguntó: ¿si habia pensado de dónde podia proceder aquel ruido? Dixole Eusebio, que no tenia otra cosa presente que el cadaver de Miss, y que era ella sin duda. ¿Luego crees, dixo Hardyl, que el cadaver que viste enterrar ayer y cubrir en la huesa con dos palmos de tierra, pueda venir por sus pasos contados á entrar por los ojos de las cerraduras de la puerta de la calle, y venir á tocar á esta del quarto sin entrar en él, por el bello gusto de tenerte desvelado? No temo eso, dixo Eusebio; pero el miedo me lo representa. Luego la causa de tu temor es vana; y si te dexas apoderar de él, es solo porque no das lugar á la reflexîon.

Mas puesto que no crees que sea el cadaver de Miss la causa de ese ruido, piensa un poco lo que puede ser. Su alma, respondió

Eusebio, será la que ha tocado. Pero el alma, dixo Hardyl, asi como ha llegado á la puerta pudiera entrar del mismo modo dentro sin perder el tiempo en repicar con las manos que no tiene; y estás ya advertido que estas especies son espanta muchachos. Otra debe ser, pues, la causa del ruido, piensa un poco si tenemos en casa alguna cosa animada que lo pueda causar. Eusebio despues de haber estado un poco suspenso, le dixo: que no atinaba. ¿Te parece, le preguntó entonces Hardyl, si puede ser Clú (llamabase asi la perrilla) la que hizo ese ruido? Eusebio cayó entonces de sus vanos castillos, y la perra impaciente, que se oía nombrar, comenzó á gemir, y á rascar en la puerta para que la abriesen. Serenóse un poco Eusebio, reconociendo ser ella la que rascaba, y aunque se desvanecieron en parte sus temores, quedaba todavia sobresaltado, hasta que Hardyl llevandolo como por fuerza á la puerta, tiró el cerrojo y dió entrada á la impacienre Clú, la qual dando saltos, zarandeandose y comiendoselos á fiestas, parece que decia, especialmente á Eusebio, que dexáse de temer, pues era ella la que lo habia amedrentado.

No se contentó con esto el paciente Hardyl; antes bien para que Eusebio se desenga-

ñáse enteramente, quiso recorrer con él, llevandole asido de la mano, todos los quartos; bajó á la tienda, entró en la bodega y almacen, haciendole ver que nada habia en casa que lo pudiera amedrentar de nuevo: y vuelto arriba, antes de encerrarse en el quarto, tomó la precaucion de pasar el cestillo en que la perra dormia á la puerta del otro quarto, para que no volviese á hacer ruido; y dexando sosegado á Eusebio, restituyeronse á sus camas. Pudo dormir Eusebio lo restante de aquella pesada noche; y venido el ansiado dia parecióle que sentia su ánimo libre del grave peso del temor pasado, y como alentado para no sentirlo tanto en la noche venidera, y asi se lo dixo á Hardyl, el qual no dexó de confirmarle de nuevo que lo podia vencer, y que para ello era tambien un buen medio acostumbrarse á ir de noche á obscuras por los lugares que tenia medidos de dia sin tropiezos. Esto prometió de hacer Eusebio en el fervor de su animosidad, y que lo comenzaria la siguiente noche.

Esto discurrian entre sí mientras Hardyl hacia el thé. Despues de haberlo tomado hace Hardyl del embarazado, preguntando á Eusebio: ¿cómo lo habian de hacer para proveer la comida? pues á falta de ama se veian ne-

cesitados á ir ellos mismos á proveersela hasta que se les presentáse persona de satisfaccion que los sirviese. Eusebio le respondió, que él lo haria con gusto si se lo mandaba. ¿Que os lo mande? dixo Hardyl: eso no, pues puedo ir yo solo; y aun dado caso que no pudiese, jamás os lo mandaria. Bien sí tendria placer que vuestro ánimo quisiese prevalerse de esta ocasion para comenzar á plegarse á las circunstancias de la suerte, acomodandoos á ella con firme sumision, y noble constancia. Y diciendole Eusebio, que yendo con él no probaria repugnancia. Ea pues, dixo Hardyl, aqui estoy, vamos á ello. Esta es la espuerta que queda á mi cargo; tuyo será el contratar y rematar las compras: aqui tienes el dinero, conmigo no debes contar para nada, pues estoy resuelto á no hacer mas que cuerpo presente: haz cuentá que eres tu el amo y yo el criado que debe cargar con el peso y no chistar.

Deseaba Hardyl esta ocasion para que Eusebio empezase á desatar su genio algo encogigido y pundonoroso, y holgó que se le viniese á las manos. Otros muchachos hay naturalmente atrevidos y descarados, los quales entran con la misma frente en un bodegon que en una antecamara de un Rey, y necesitan antes de freno que de soltura. Eusebio

era al contrario de genio tímido y presumido, y le convenia esta prueba. Pero como no tenia experiencia de comprar, llegado apenas al mercado, arrimase al primer frutero, á quien pidió precio de las peras que vendia, y sin rebajarle nada de lo que le pidió por libra, le dexa la mitad del dinero que llevaba en la excesiva compra, llenando la mitad de la espuerta. Hardyl callaba y lo dexaba hacer, sonriendose Eusebio con encogimiento. Pasan de alli al tajon, donde llegado Eusebio mas confuso y turbado por la gente que alli habia, pide ocho libras de vaca y seis de ternera. Echa el corte el xifero, y pesadas sendas carnes, importaba otro tanto de lo que Eusebio tenia. Visto su fallo dexase apoderar mucho mas de su turbacion; y poniendo los ojos en Hardyl, lo vé extraviado atendiendo á otras partes de la carneceria, aunque muy atento á su gran compra, dexando hacer á Eusebio, el qual se vió obligado á llamarlo para decirle que se hallaba sin dinero bastante. Dixole entonces el cortante, que no importaba, que se llevase la carne, y que otro dia se la pagaria. Desahogado un poco con esta fianza, iba á tomar la carne para ponerla en la espuerta, al tiempo que Gil Altano llegaba al mismo tajon por carne para Henrique Myden; y maravi-

llandose de ver echar mano á Eusebio de la carne para ponerla en la espuerta, apresuróse á servirlo, diciendo: ¿ y en esto vienen á parar las lecciones de la escuela del señor Hardyl? Bien se vé el gran provecho que saca de su discípulo: enseñale á hacer cestos y hacerlo servir de esportillero. Dexe vmd. mi señor Don Eusebio, que no permitiré que esas manos, hechas para encages de Flandes, se ensucien en este oficio. Decia esto en ademan de quererle quitar la carne, mas Eusebio sin mirarlo y sin soltarla, le dixo: dexa, y no te metas donde no te llaman. Cedió Altano con no poca confusion. Hardyl haciendo del que nada habia oido ni visto, reparando que la espuerta era demasiado pesada para Eusebio, llegóse á quitarsela de las manos, y aunque él repugnaba, insistió Hardyl en quererla llevar, diciendole: que habia cumplido con su encargo, y que aquel le pertenecia. Quiso comedirse entonces Gil Altano á llevar la espuerta á Hardyl; mas éste le dixo: no quiero tanto provecho, Altano; bastame el que acabo de sacar de Eusebio; con lo qual le dexó confuso y resabiado de su dicho.

Llegados á casa comenzaron á entender ambos á dos en el hogar y comida: y en vez de la leccion de Epicteto de aquella mañana,

quiso darsela Hardyl entre aquellas manualidades, diciendole los muchos que se empleaban en tales cosas, sin haber tal vez uno que las hiciese con firme y resuelta voluntad, acomodada con superior discernimiento á las disposiciones de la suerte, sin anhelar descargarse de ellas, por trabajosas y bajas, ó por inferiores á otros que pudieran envidiar. Y en esto, hijo mio, les decia, se diferencia el hombre sabio y virtuoso del vulgar y mundano: pues éste se emplea en el exercicio de vida que le fuerza á tomar la necesidad, como esclavo reñido con su mala ventura, suspirando por otra suerte mejor que aquella en que se halla como mula de atahona tapados los ojos, sin saber levantar su mente á los principios de la sabiduria, que pudieran hacerle discernir los bienes verdaderos y sólidos de los imaginarios que dependen de la opinion.

Pero al contrario, el hombre que profesa la virtud se emplea en qualquiera estado en que lo coloca el destino con alma inflexîble y superior á su suerte, sin darle igual en razon de ocupacion de vida el gobernar una monarquia, si lo hiciese, que el conducir un ganado al pasto: y con la misma satisfaccion se emplea en un oficio humilde que en otro de honor y

de lucimiento; porque para sus ojos la vana opinion, que solo diferencia aquellos exercicios, no tiene aliciente alguno; antes bien hacesele sospechosa, y tal vez temible, como principal mobil de la ambicion, causa de mil anhelos y desazones, enemigas de la pura tranquilidad del espíritu, en que solo coloca su felicidad.

Mientras decia esto Hardyl disponiendo la comida, Eusebio dabale mientes en algunas de las cosas que hacia por no saberlas él hacer ni manejar, admirando de cada dia mas la grandeza de ánimo de su maestro, que hacia realzar aquellas cosas humildes con tales documentos. Hecho esto le entregó el dinero para que fuese á satisfacer al xifero que con tan generosa cortesia les habia hecho la fianza. Dexóle ir solo para que comenzase á despejar mas su genio, pudiendose ya fiar de la circunspeccion que le infundian los buenos sentimientos, y para que continuáse á exercitar los actos de virtud sin mezcla de sugecion y de dependencia de su maestro; frenos que jamás llegan á domar la voluntad de los muchachos mientras sienten el impulso de sus no domadas inclinaciones: porque su recto proceder siendo solo aparente y violentado del temor del maestro, luego que se ven dueños de sus accio-

nes reputan la enseñanza como cosa que ya no les toca, y como yugo aborrecible lo sacuden.

Poco despues de haber partido Eusebio para la carneceria, llegó Henrique Myden á la tienda con rostro muy alegre, para decir á Hardyl, que el Gobernador acababa de saber la partida del cirujano, despues de haber tenido otros recursos contra su ruin proceder; y que habiendose certificado de algunas de sus estafas, no le quedaba duda que fuese una semejante la de las pretensiones sobre la herencia de Miss Rimból, y que por lo mismo se creia obligado á restituirle el dinero que él habia dado por el desembargo; y que de hecho se lo habia entregado, con que quedaba arrasado el negocio. Luego pregunta por Eusebio. Hardyl agradecióle tantas demostraciones de su fina voluntad, y le añadió el motivo por el qual lo habia enviado á la carneceria. Afanóse Henrique Myden por ello, pesandole no haberle ocurrido despues de la muerte de Miss el ofrecerle criado que los sirviese; pero dixo, que partia para enviarle á Gil Altano. Respondió Hardyl, que quedaban provistos los quehaceres domesticos, y que habia determinado no proveerse de criado por algunos dias, prevaliendose de esta ocasion que pudiera servir á Eusebio de algun provecho para exerci-

tarlo en los oficios caseros, los quales eran una buena leccion práctica para el hombre, que aprendia en ellos á componer su voluntad con los accidentes de la suerte; pues ablandaban insensiblemente sus altiveces, tomando tales exercicios de grado y sin violencia.

Todo va bien, dixo Henrique Myden, y yo no puedo dexar de admirar vuestras menudencias acerca del adelantamiento de Eusebio; pero no habiendo tenido jamás idea de estas cosas, permitidme que os diga, que el exercicio de tales máxîmas me parece que exîge un continuo estudio y reflexîon sobre ellas, lo qual no solo os debe fatigar el alma á vos que las enseñais, sino tambien á Eusebio que las debe exercitar; y por esto creo que se disgustan facilmente del exercicio de la virtud los que lo emprenden, como cosa pesada y casi imposible de conseguir. Ese es el engaño, respondió Hardyl, á que nos inducen las pasiones, representandonos sumamente agrio y escabroso el camino de la virtud; y del primer paso que en él asentamos con pena, deducimos engañados la aspereza y escabrosidad de su continuacion, como en la subida de un inhiesto monte, en cuya cumbre ningun fruto nos prometemos coger despues de habernos afanado para vencer su agria subida.

Mas esta deduccion es error de la inexperiencia en aquellos que á los primeros pasos desamparan el camino de la virtud; semejantes á los muchachos, que de la dificultad y del disgusto que prueban en los primeros rudimentos que aprenden infieren ser imposible su adquisicion; y que aun dado el caso que lleguen á aprender las ciencias, ninguna utilidad se prometen de su dificultoso estudio, del qual los retrahe no solo su errada persuasion, sino tambien el amor del juego y del divertimiento que alhaga sus genios, y que les hace preferir la holgada ignorancia á la dificil sabiduría. Pero preguntad á los sabios que tuvieron ánimo y constancia para vencer las primeras dificultades, ¿si hay gusto, complacencia ó divertimiento en la tierra que iguale á lo que ellos prueban y disfrutan en sus retretes en el exercicio y posesion de las ciencias mismas, que tan costosas y pesadas en sus principios les parecian?

Persuadidos, pues, que acontece esto mismo, y con mayores ventajas en la posesion de la virtud, por mas que sus principios parezcan y sean de hecho mas dificultosos y ásperos; pero una vez vencidos, su continuacion hacese dulce y sabrosa, dando á probar al alma aquella inalterable seguridad y celestial

satisfaccion en la tierra á prueba de todos los funestos accidentes que le puedan acontecer; pues sobre ellos levanta su soberano asiento la virtud, inflexible á todas las desgracias, en donde dá á probar al alma el fruto de la dicha, tras la qual andan todos los hombres afanados; pero como desamparan el verdadero camino para alcanzarla y poseerla por seguir el que les enseñan sus pasiones, vagan toda su vida en su busca, hasta que llegando al paso de la muerte, ésta la hace ver su ilusion é irreparable engaño.

Vos no necesitais de estos discursos para convenceros de esta verdad: ni el exercicio en que ocupar pretendo á Eusebio es absolutamente necesario para el conseguimiento de la virtud; antes bien no hubiera tal vez pensado en exîgir de él tales ocupaciones si la muerte de Miss no me hubiese proporcionado la ocasion. Con todo, estad seguro que hay muchas de estas cosas, las quales parecen menudencias superfluas y pueriles á quien todo lo mira por encima; pero de ellas se compone la ciencia moral tan mal mirada y desatendida de los hombres. De esto se sigue, que hay muy pocos que quieran hacer estudio de su interior, y de los infinitos siniestros que en él retoñecen cada dia para sufocarlos ó repri-

mirlos. Por lo mismo vereis tambien á muchos que siendo buenos de complexîon poseen una ú otra virtud que tienen heredada con el genio; pero á pesar de ellas se hallan sujetos á mil sinsabores y disgustos que las pasiones les acarrean.

Si pudiera reputar bueno mi genio, dixo Henrique Myden, tomaria como dicho para mí lo que acabais de decir, pues me tocaria de lleno: mas soy ya demasiado maduro para ser enderezado de la práctica de esas virtudes ó del exercicio de ellas, bueno solo para las plantas tiernas de los muchachos, los quales se ven en la necesidad de obedecer y de plegarse á lo que se les obliga. Verdad es que oimos cada dia estas lecciones de moderacion, de humillacion, de desprecio de la vanidad, que nos dan los predicantes; pero como solo son consejos generales, que no nos ponen en necesidad de acostumbrarnos á su exercicio, y que tampoco convencen nuestra voluntad, alabamos sus sermones, y obramos diversamente; pues estoy persuadido que tales consejos de nada aprovechan, ó aprovechan solo por momentos, si primero no se quitan del ánimo y de la voluntad los estorvos que no los dexan arraigar en ella.

Llegó en esto Eusebio con jovial modes-

tia y respeto á besar la mano á Henrique Myden, manifestando en su rostro y en su circunspecto exterior la dulce satisfaccion que le dexaba el encargo que venia de cumplir. Hardyl esperaba que llegáse para contar á Henrique Myden el miedo que habia padecido la noche antes con el ruido de Clú para ver si lo podia avergonzar; pues es tambien remedio del temor la vergüenza que el hombre padece en que otros sepan esta flaqueza suya. Generalmente la muger, que sabe que no debe presumir de fuerte, hace afectado alarde del miedo, para grangearse con ventaja la proteccion del sexò valeroso; pero al hombre es siempre vergonzosa esta pasion, y halla tal vez motivo de vanidad en disimularla ó negarla aunque la padezca. Tal vez tambien esta misma vanidad haciendose pundonor, dá esfuerzo al alma para hacer frente al miedo, y para destruirlo en su pecho.

Informado Henrique Myden del caso, comenzó á motejarlo cariñosamente, y Eusebio á escusarse, y prometerle, que quando fuese de mas edad veria que no tendria mas miedo. Animólo de nuevo Henrique Myden, y quiso saber de él el estado en que tenia el azafate que habia prometido llevar á su madre. Eusebio fue inmediatamente á tomarlo, y mos-

trandoselo á mas de medio hacer, dixo, que procuraria acabarlo quanto antes, y si podia, para el dia siguiente. Levantandose entonces Myden, le dixo: que no queria tardar á llevar á Susana esa alegre nueva, y despidiendose de ellos, se fue. Eusebio ansioso de acabarle por el deseo de llevarlo al otro dia á Susana Myden, despues de haber comido se fue con el bocado en la boca para proseguir la obra. Dexóle Hardyl satisfacer sus ansias para reprimirle los deseos con mayor ventaja. Pero no bastandole á Eusebio toda la tarde para concluir el azafete, pidió á Hardyl se lo dexáse acabar con la luz artificial, siendo pocas las manos que le quedaban.

Hardyl condescendió de buena gana, queriendo prevalerse de su instancia para dexarlo trabajar solo en la tienda, diciendole: continuad en hora buena, pues entre tanto aparejaré yo la cena y mesa. El ansia de rematar la obra no le dexaba pensar que quedaba solo, ni llegar á su memoria ninguna temerosa imaginacion; pero de alli á rato el mismo silencio y soledad de la tienda se las fueron poco á poco avivando, de modo que llegó á punto de abandonar el trabajo: mas lo contuvo la memoria de los motejos de Henrique Myden, y de los consejos de Hardyl, teniendose firme,

aunque luchando con el temor, hasta que no vió concluido el azafate. Entonces dexando por cortar los remates de los juncos sobresalientes, sin acordarse de tomar la vela, sube arriba precipitadamente. Hardyl oyendole subir tan de priesa, aunque echaba de ver la causa, le preguntó no obstante: ¿qué venia á ser aquella corrida tan arrebatada? Aunque el rubor y la vergüenza sugerian á Eusebio escusas mentirosas, no se atrevió á valerse de ellas por el horror que le habia inspirado Hardyl á la mentira, y porque siempre lo habia tratado con tal confianza, que jamás le habia dado motivo para valerse del embuste. Mentimos quando queremos encubrir un mal hecho en que incurrimos, ó propalar lo que no hicimos; ó quando queremos decir lo que no somos, lo que prueba vileza de ánimo, que teme los agenos juicios. Un corazon recto y firme en su proceder, se levanta sobre las agenas opiniones, acompañado de la verdad que ilustra y ennoblece sus acciones.

Eusebio, aunque acometido de las sugestiones de la mentira, no tenia por qué cederles los nobles sentimientos de la virtud, y asi mal grado de su vergüenza, confesó haber sido el miedo la causa de aquella corrida. Oyendo Hardyl su sincéra confesion, en vez

de motejarlo le dixo: que nada lo estrañaba; que antes bien habia de padecer muchos de aquellos arrebatos antes de llegar á sacudir el miedo de su corazon; pues no era obra de dos dias: pero que lo conseguiria tanto mas presto quanto mas se esforzase en vencerlo, puesto que tambien contribuia para desengañarse de las vanas ilusiones de la imaginacion. Dicho esto ibanse á sentar á la mesa quando repara Hardyl que se habia dexado la vela en la tienda, y le pregunta por ella. Responde Eusebio habersela dexado en la tienda. He aqui, dice Hardyl, que el miedo te ha dexado arma para que lo venzas: ¿tendrás ánimo para ir á chamuscarle con ella los vigotes? Eusebio esfuerza su rubor, y le dice que sí. Ea pues, quiero irte detrás para ver con qué esfuerzo te portas. Eusebio llevado de su pundonor, baja á la tienda temblando, confiado en que Hardyl lo seguia; mas éste no se movió de su asiento, en donde lo halló de vuelta Eusebio con la victoria alcanzada de la vela. Recibelo sonriendo Hardyl, y le dice: os manifesté deseos de seguiros; pero reparé inmediatamente que os iba á quitar parte del merito del triunfo: ahora puedo decir que es todo vuestro, y asi llevareis á la cama esta mayor satisfaccion. Vamonos á acostar.

Al otro dia, conociendo Hardyl que la priesa que se dió Eusebio el dia antes para rematar el azafate procedia de ganas de ir aquella mañana á casa de Susana, quiere quebrantarle estos deseos; y para hacerlo sin que él conociese su intencion, le dice: ¡gran lástima, Eusebio, que hicieses una compra tan excesiva de carne! pues esta mañana pudiéramos ir á comer á casa de tus padres, si no fuera por la necesidad en que estamos de consumirla hoy, no pudiendo durar tal vez hasta mañana. Sí durará, dixo Eusebio, y quando no, la podrémos llevar de limosna á casa de Robert. La limosna, hijo mio, dixo Hardyl, es buena, pero conviene tambien que contemos con nuestras fuerzas, y Robert se halla hoy dia mas rico que nosotros. Pero hay otra razon mas fuerte para que quedemos hoy en casa, y es que me han venido ganas vehementes de ir á casa de Henrique Myden; y para darme un motivo de reprimirlas, poniendo en práctica la leccion de Epicteto sobre el reprimir los deseos, me he dicho á mí mismo: ¿qué importa al fin que dexemos de ir hoy á comer á casa de Henrique Myden, si podemos ir mañana? Esto no es mas que diferir el cumplimiento de los deseos por pocas horas: y por término tan corto, ¿no querré vencer

las ansias que me molestan ? ¿Si dexo pasar estos lances, que son acuerdos de las pasadas lecciones, quándo exercitaré la virtud? Quiero, pues alcanzar este provecho. ¿No te parece que he razonado bien? ¿Y si tu tuviste tambien los mismos deseos, no se te proporciona ocasion para poner en práctica el consejo de Epicteto?

Eusebio bajó la cabeza, disminuyendo no poco su disgusto la parte que se tomaba Hardyl en el quebrantamiento de su voluntad; y asi en vez de ir á casa de Susana, debió ir á decorar su leccion. Era ésta sobre los medios de evitar las mociones de la envidia, acerca de lo qual dice Epicteto: „Quando veas al- „ guno promovido á dignidades, ó favoreci- „ do ó acreditado, no te dexes llevar de aque- „ lla apariencia del honor y aplauso, dicien- „ do: el tal es dichoso; pues la dicha verdade- „ ra consiste solo en la tranquilidad del espíri- „ tu; esto es, en no desear sino aquellas cosas „ que dependen de nosotros mismos. Ni debe „ causarte envidia el explendor de la grande- „ za, ni has de anhelar el ser Consul, Sena- „ dor ó Emperador. Lo que mejor te está es el „ ser libre, fin principal de nuestras pretensio- „ nes, y para alcanzarlo hay solo un medio que „ es menospreciar todo aquello que de noso- „ tros no depende.

Dada esta leccion, le dixo Hardyl sobre ella el poco cuidado que tienen los hombres en desarraigar de sus ánimos las semillas de esta baja pasion de la envidia; porque todos ellos están persuadidos que no tienen origen en su amor propio y en su vanidad, sino en los objetos que se la excítan, como son la riqueza agena, la dignidad, la hermosura, el talento, las quales cosas nos pesa ver en otros, porque quisieramos que fuesen solo nuestras. De aqui es, hijo mio, le decia, que quando las oimos alabar en otros, parece que nos resentimos, y que nos llenamos de un amargo rubor, principalmente quando vemos levantados á dignidades y honores, ó bien muy aplaudidos aquellos sugetos, en cuyo ensalzamiento no nos interesamos; porque entonces por lo mismo que interiormente los reputamos felices, la envidia que nos causan nos roe el ánimo, y nos incita á tachar la fortuna de caprichosa, y á poner tal vez nuestras lenguas en las calidades de aquellos mismos sugetos levantados, como si pretendieramos ofuscar el lustre de sus honores con nuestra maledicencia.

Este mal procede solo de la errada opinion que nos forjamos de la felicidad, creyendo que la sola riqueza, el honor y la opulencia

la tienen estancada. Pero si nos llegamos á persuadir que esta dicha es solo aparente, nuestros deseos envidiosos no alzarán cabeza para pretenderla, ni se abatirán á acecharla en quien la posee; porque nadie envidia ni anhela lo que no ama ni aprecia. Y si no nos persuadimos que esta felicidad no es sólida, ni quál parece, la causa es porque nos paramos á contemplar el exterior lucimiento de los poderosos, y no penetramos en su interior agitado y roido de los deseos y desazones de la ambicion, la qual no les dexa disfrutar lo que nos parece que poseen, por las molestias y desvelos que les acarrea. Vemos solo sus rostros ufanos, y las pomposas muestras de su ostentacion, y jamás las ocultas pesadumbres y tormentos de su conciencia.

No es esto decir, hijo mio, que el sabio, el hombre de virtud, no pueda ser verdaderamente dichoso en la posesion de estos mismos honores, riquezas y dignidades; pero es dificil que se halle muy bien con ellas, siendo opuestas á la libertad y á la independencia superior de su ánimo, que consiste, como dice Epicteto, en despreciar, en no poner nuestra aficion en las cosas que no dependen de nosotros mismos. Y asi el hombre de virtud no tomará en ellas ninguna vana compla-

cencia, y mucho menos se engreirá por poseerlas. Antes bien avendráse con las mismas como con un vestido de estrecho corte que mal se le adapta, y que no le dará ningun pesar si se viese de él despojado, estando persuadido que su dicha mayor la tiene colocada en la quietud de su pecho.

Tu no estás en estado todavia de probar estas verdades, no teniendo motivos de sentir los efectos de la envidia; pero estando tu ánimo prevenido podrá resistir mejor á los asaltos de esta ruin pasion, á cuyos disgustos andan sujetos los hombres, porque no saben despreciar lo que no saben dexar de admirar. A estas razones añadia otras Hardyl, llenando el tiempo hasta que se acordó de disponer la comida. Despues de ella volvieron á la tienda para continuar su trabajo, viendose precisado Eusebio á enmendar algunos entretejos del azafate que habia errado con la priesa y el miedo, teniendolo empleado toda la tarde la dicha recomposicion. Acabada ésta subieron á preparar la cena; mas queriendo Hardyl poner en la mesa la redoma de la cerveza, vé que estaba vacia, y asi como la tenia en la mano, comienza á zarandearla llamando á Eusebio, y diciendole: pues á buen seguro que pase esta noche sin cerveza si no la obtengo á

punta de lanza de tu esfuerzo. ¿Te atreverás ir por otra botella á la bodega? Eusebio le responde esforzadamente, que sí se atreverá yendo con luz. Aqui la tienes, pues, dice Hardyl, he aqui tambien la llave. Eusebio la toma, baja la escalera pisando fuerte, dando motivo de reir á Hardyl; abre con ruido la bodega, entra en ella y se apodera de la redoma. Mas como el miedo suele apresurar la salida de los lugares en donde se padece, Eusebio que tan esforzadamente habia entrado, sale, no por sus pasos contados; sino muy apriesa; y queriendo cerrar de corrida y golpe la puerta, dá con la botella en la esquina de la pared, hacela mil pedazos y se derrama encima la cerveza, quedando estático y confuso de aquel funesto accidente.

Oye el ruido Hardyl, baja abajo, y viendo á Eusebio parado con la luz en la una mano y con el cuello de la botella en la otra sin saber lo que le pasaba, le dixo sonriendo: vandera rota honor de capitan. Animo, Eusebio, que de vidrios rotos huyeron los enemigos. A buen seguro que podrás dormir solo esta noche: y sobre mi palabra que no se atreva á darte el miedo camisada. Verás qué poder tuvo el estruendo de esa botella: y entrando á tomar otra él mismo se subieron á cenar,

quedando Eusebio muy mortificado por el accidente, y dispuesto por lo mismo á pasar por la determinacion de Hardyl de hacerle dormir solo en su quarto aquella noche, como sucedió despues de haberle pasado la cama.

Despues de tales esfuerzos preparaba en el ánimo de Eusebio la confusion y tristeza del accidente, mas que el miedo que sentia, pero que no le impidió el dormir toda la noche. Llegado el dia en que habia de llevar el azafate á Susana Myden: sentia Eusebio disminuidos sus deseos por la gran mancha de la cerveza, que cabalmente le cogia la delantera de la chupa y de los calzones: sobre lo qual mostraba alguna repugnancia. Hardyl le dixo, que toda la culpa la tuvo el miedo; y que asi como el esfuerzo que hizo para entrar en la bodega se lo habia no poco disminuido, asi tambien el vencimiento de aquella repugnancia que sentia en dexarse ver manchado por la calle, contribuiria para mas disimularlo, ó para acabarlo de perder, pues asi lo humillaria. Hubo de pasar por ello el pobre Eusebio, y algo avergonzado, procurando llevar al descuido el azafate delante de la chupa para esconder la mancha, se encaminó con Hardyl hácia casa de Myden.

Susana, que amaba sumamente el asco,

viendolo comparecer muy alegre con el azafate, con el qual encubria su mancha, recibiólo con cariñosa afabilidad, alabandole mucho aquel trabajo: pero luego que lo descubrió tan manchado y hediondo trocóse su placer en alteracion, pidiendole la causa de aquella suciedad. Hardyl le cuenta entonces la desgracia; mas Gil Altano, que estaba presente, le dixo: no dude vmd. mi señora, que no salga Don Eusebio de la escuela del señor Hardyl tan buen tabernero como buen oficial de cestos, y muy abispado esportillero, pues el otro dia lo ví en el tajon comprando carne, que pudiera darme quince y falta. Habiase resentido Altano del reproche moderado que le hizo Hardyl quando se le ofreció para llevarle la espuerta, y reservó á esta ocasion el contarselo á Susana, sabiendo que lo habia de llevar á mal, para que diese que sentir á Hardyl, como si este fuese hombre de resentimientos; pero consiguió en apariencia su intento, porque Susana algo alterada le dixo: que estrañaba que hubiese mandado accion tan indecente.

Hardyl, superior á todas estas pequeñeces, sin mostrar la menor alteracion, ni al reporte de Altano, ni á la estrañeza de Susana, con todo le respondió con afable moderacion:

que jamás mandaba; pero sí hacia esas cosas en compañia de Eusebio, porque no reputaba ninguna accion ignominiosa, sino las ruines y deshonestas: que muchas otras pudieran parecer bajas á los ojos de la ambicion y de la vanidad, pero que no lo eran en sí; mucho menos siendo voluntarias y animadas de la virtud, y no desemejantes en su género á las de servir en los hospitales, y al lavar los pies á los pobres; no habiendo entre ellas otra diferencia que la que les pone la opinion, y la idea que nos formamos de tales actos de virtud que el uso canoniza. Añadió Hardyl á estas otras razones, las quales aunque movieron el ánimo de Susana, no pudieron recabar de ella que dexáse volver á Eusebio aquella tarde con Hardyl, queriendo que quedáse en casa hasta que tuviese acabado otro vestido.

Esta razon dió Susana á Hardyl en presencia de Henrique Myden para que Eusebio no fuese á la tienda; y Henrique Myden que no habia estado presente á la disputa de Susana, vino bien en ello muy alegre, porque la mancha le proporcionaba la quedada de Eusebio, sin penetrar el resentimiento de su muger. Pero Hardyl, á cuyos ojos no se encubrian los agenos sentimientos, debió moderar los suyos: calló, y se fue sin su amado Eu-

sebio, resuelto á hacer triunfar su desinteres y moderacion de los resentimientos de Susana. De hecho, creyendo Henrique Myden que Hardyl volveria á su casa por su discípulo viendo que no comparecia, despues de llevar Eusebio el vestido nuevo, determinó ir á verle. Hallóle ocupado en su trabajo, y alegrandose con él porque el motivo de no venir por Eusebio no hubiese sido su salud, le preguntó por la causa de su tardanza. Hardyl sonriendose modestamente le respondió: haberle parecido que su muger Susana queria encargarse de la educacion de Eusebio, y que siendo al parecer opuestas las máxîmas de entrambos, creia superflua su enseñanza. Myden que ignoraba lo pasado, oyendo con sorpresa el discurso de Hardyl, suplicóle le aclarásé un mysterio que no comprehendia.

Contóle entonces Hardyl la disputa y el resentimiento de Susana; y aunque Henrique Myden lo torció á bulla, culpando los antojos de las mugeres, no dexó de sentirlo, interesandose el afecto y veneracion que al caracter de Hardyl profesaba. Este le dixo, que no estrañaba el modo de opinar de su muger, al qual por lo mismo no debia ningun resentimiento; pero bien hubiera podido darselo el afecto que Eusebio le merecia á títulos ma-

yores que los de discípulo : mas que le habia costado poco sacrificar su cariño á la tranquilidad de su corazon ; lo que unido á su desinteresada conducta esperaba que serviria de razon á Susana para convencerla , en vez de entrar en ridículas disputas , las quales de nada aprovechan ; y que antes bien son dañosas á los muchachos que las saben ó que las escuchan, haciendoles mas desabrido el yugo de la educacion si ven hacerse sus padres los patrocinadores de sus siniestras inclinaciones.

Voy , pues , á enviaroslo , dixo levantandose un poco alterado Henrique Myden , con el mismo vestido manchado con que vino: haré que lo acompañe Altano , y con este motivo daré orden al mismo para que se quede á serviros. Hardyl le respondió , que no se fiaba todavia enteramente de los tiernos sentimientos de la virtud de Eusebio para que pudiese sobreponerse á los modos truanescos de Gil Altano (y callando el cuento que habia llevado á Susana , prosiguió diciendo) : pues aunque no lo creo hombre viciado , sino antes bien de buenas entrañas; con todo los muchachos contrahen insensiblemente las maneras libres y descompuestas de los criados; las quales siendo contrarias á la circunspeccion y modestia , infunden disgusto y enfado á las máximas de la

virtud, y una pesada resistencia para plegarse á ellas; de donde imperceptiblemente les nace el anhelo de la libertad para dar suelta á sus oprimidas inclinaciones, perdiendo en un dia el fruto de muchos años de educacion.

Añadese á esto las vellaquerias y trampas que les sugieren ó que les fomentan al escondite, para congraciarse mas con los muchachos, desahogando con ellos la sujecion de su servidumbre: y aunque esto sea en bagatelas, engendran con todo en ellos una astuta desconfianza que poco á poco degenera en manantial de embustes y de sagaces desvelos, para eludir lo que se les manda, ó para negar ó fingir lo que quieren que no se sepa ó que no se ignore. Y el muchacho que llega á este extremo está perdido. No es posible que preste su corazon á los severos sentimientos de la virtud, y es vano el trabajo que se emplea en sugerirlos. Y asi os ruego suspendais por ahora enviarnos á Gil Altano, no siendonos nesario, y esperando yo una ama que me prometió un vecino á quien encargué antes de ayer que me la buscáse.

Mi deseo, dixo Henrique Myden, era solo aliviaros de las molestias caseras; mas ya que teneis mayores miras que yo sobre el adelantamiento de Eusebio, no hay para que in-

sistia en mi oferta; pero sí persistiré en enviaros á Eusebio con el mismo vestido manchado con que vino. Tambien debo rogaros, dixo Hardyl, que desistais de ese empeño, no sea que eche de ver Eusebio que nace de obstinacion por parte vuestra y por influxo mio, pues podemos desmerecer su confianza en cotejo de Susana, que quiso hacer el cortejo á su tierna ambicion: y este es un punto no menos delicado que esencial. Nada se consigue con la obstinacion declarada y con la violencia. Con esta podeis bien sí hacerle poner el vestido sucio, cediendo el muchacho á la fuerza, pero su ánimo no se convencerá del bien que se le desea; y es el ánimo el principal objeto de la instruccion, no el cuerpo ni la apariencia exterior; pues ésta, hora sea pobre, hora rica, llega á ser indiferente para un ánimo ya amoldado á la virtud.

No es prueba de vana ambicion el llevar un rico vestido, sino el preferirlo á otros decentes; y quien se avergüenza de llevar una casaca pobre, ese pretende ir muy ufano y presumido con otra recamada. Ni creais que yo apruebe que lleve Eusebio ese vestido sucio en cotejo de otro aseado; pero como vi su repugnancia en llevarlo manchado, quise que pasáse por la vergüenza de ir él mismo á bus-

car otro, sin hacerlo traher de vuestra casa para acostumbrarlo á moderar su ambicioncilla tan natural á los muchachos, y de la qual si ellos mismos no se desengañan á fuerza de oir y practicar buenas máximas por mas que se les haga llevar la tunica de un Dumplers (1), tarde ó presto luego que se ven dueños de sí mismos, les vuelve á retoñar.

Persuadido Henrique Myden de las razones de Hardyl, se fue á su casa, y envió á Eusebio con otro criado suyo llamado Juan Taydor. Eusebio llegó á tiempo que Hardyl aparejaba la comida. Adelantóse Eusebio apresurado para manifestarle con su confuso y respetoso silencio el sentimiento que habia probado de su ausencia. En el asomo del llanto á sus ojos leiansele las sospechas de su afecto, que dudaba de la correspondencia del cariño de Hardyl. Este queriendo poner á logro del mismo Eusebio las demostraciones de su amor, lo recibe en sus brazos, y lo tiene cerrado en ellos: luego lo aparta un poco de su pecho para reparar en las lágrimas que le salian de los ojos, y poniendose él tambien

(1) Una secta de hombres reducidos á comunidad separada de los Quakeros en un terreno de la Pensilvania. Su vestido es una tunica de lana con un capucho que les sirve de sombrero.

á llorar, vuelve á cerrarlo entre los brazos, diciendole: hijo mio Eusebio, ¿ merece por ventura ese tu llanto la correspondencia del de tu Hardyl? ¿A caso te lo arranca el sentimiento de dexar la casa de tus padres, y la tristeza de entrar en esta mia, ó bien la complacencia de volver á ver al que mas que ellos te estima? ¿Podré lisongearme que vana no sea esta confianza que mi consuelo te manifiesta? Eusebio sin darle respuesta continuaba con su tierno llanto, imitando, como suelen hacerlo los muchachos, la vergüenza de las mugeres, que rara vez confiesan amar á los mismos á quienes aman.

Pero tampoco Hardyl exîgía de él esta confesion, como suelen hacerlo los necios amantes, que pretenden á fuerza de insulsa y enfadosa importunidad sacar esta declaracion del rubor de la persona amada. Antes bien se contentaba del tierno y confuso silencio de Eusebio, mucho mas que si se lo declaráse de palabra, viendo que lo penetraba su demostracion; con la qual imprimió de nuevo en su pecho sus santos y piadósos sentimientos. Mas conociendo por lo pasado que la pasion mas arraigada á pesar de su buen caracter era la vanidad, y temiendo que Susana se la hubiese fortalecido con el pretexto del aseo, pu-

so su mira principal en combatirla con máximas adaptadas á su capacidad, haciendo recaer los discursos sobre ella en las lecciones que daba, y citandole exemplos de antigüos filósofos, todo á fin de recabar de él la exterior moderacion en el vestir. Y buscando en su imaginacion ocasiones para que la practicáse, se le proporcionó una sin pensar una tarde en que mas inculcaba sobre los motivos de oprimir los vanos sentimientos del corazon, diciendole, que la causa de la ambicion del hombre en vestir ricamente, era el ansia de ser tenido en algo de los otros, y el temor de desmerecer su aprecio. Lo que hacia al hombre esclavo dependiente de la agena opinion, teniendo atada su noble libertad interior á lo que pueden pensar ó decir los que lo miran, y á lo que tal vez ni piensan ni dicen; ó porque mirandolo no reparan, ó porque reparandolo no lo conocen.

Pero demos el caso, continuaba á decirle Hardyl, que te vean vestir pobremente: los que advierten en ello, y no te conocen, pueden pensar ó decir; este muchacho es hijo de padres pobres; de donde se seguirá que no se dignarán acompañarse contigo, ó no te convidarán á su mesa. ¿Mas te parece que estos motivos deban empeñar una alma grande pa-

ra que fomenten la vanidad? Mas demos tambien el caso que los que reparan en tu vestido pobre te conozcan; si ellos saben que haces estudio de la virtud tendrán motivo de alabarte por ello, y dirán en su interior: este muchacho ha de ser muy honrado; la entereza del alma echase de ver tambien en el vestido: á la verdad promete mucho su tierna moderacion. Esto dirán, no hay duda, los hombres cuerdos. Verdad es tambien que los presumidos y vanos dirán tal vez: Ved este mueca y simplon, cómo anda haciendo el Democritillo, pudiendolo lucir y tratarse como conviene: por cierto que es muy ridículo y gran necio. ¿Necio, qué quieras parecer pobre? ¡Locos! Pero en hora buena. Para que seas dichoso, solia decir Sócrates, conviene que parezcas necio (1). La dicha verdadera tiene otros visos diferentes de aquellos que creen los ambiciosos: y en tal caso poseyendo tu la verdadera felicidad, ¿qué te debe importar que te tengan por necio los que de hecho lo son?

Añade á esto, hijo mio, los daños que acarrea al hombre este vano prúrito de parecer lo que es, y lo que no es en sus vestidos: los afanes y desazones que padece si le faltan modos

(1) Ut sis felix, et te alicui stultum videri sine.

con que satisfacer á su ambicion; los engaños y estafas viles que ella les induce á cometer; los desvelos en acortar imaginarias cuentas que el corte y tigera del artesano hace salir fallidas; las importunidades de préstamos, empeños y deudas que le hace contraher; la servíl dependencia en que lo pone de seguir las modas, los caprichos y devaneos de los otros. ¿Qué mas? Hijo, familias enteras ricas y acomodadas he visto yo caidas en necesidad suma y en miseria por esta loca ambicion; y otras no poder por la misma levantar cabeza, prefiriendo antes satisfacer los ojos de la opinion agena que sus propias comodidades y bien estar. Los mismos señores poderosos y ricos llegan á resentirse de los daños que la misma les causa, sacandolos de la esfera de su posibilidad.

Esto iba diciendo Hardyl al tiempo que entró un muchacho que le proporcionó la ocasion de que Eusebio pusiese por obra estas mismas máximas. Su estatura era un poco mas ó menos igual á la de Eusebio, y entró en la tienda á comprar una cuna de juncos, pidiendola con tal desenvoltura y despejo, que no pudo dexar de llamar la atencion de Eusebio. Admiraba éste su singular descaro en tanta pobreza de su vestido, el qual le reia por los

codos hasta mostrar las carnes, y por delante baylabanle dos remiendos prendidos de los sobacos de color mas vivo que el del paño de la raida casaca. En su sombrero mugriento parecia haberse cebado algun perro, por los bocados que llevaba, y por las que fueron puntas de sus rotos zapatos asomaban la cabeza las de los dedos de sus pies entre las deshiladas medias comidas del lodo.

Hardyl oyendo que le pedia una cuna, se levanta para descolgarla, y se la presenta, diciendole, que valia diez reales. Esos tuviera yo, dice el muchacho, y plantara buque en el astillero: diez reales dixo; con ellos iba yo á contratar en perlas á la california. Esto decia mirando por todas partes la cuna; Hardyl continuaba en su trabajo sin responderle, dexandole decir. El muchacho insistiendo en su regateo, continuó diciendo: ea, partamos por mitad el cohombro: cinco reales, y los paro limpios por la boca de este bolsillo, tocandose el codo. Hardyl sin darle tampoco respuesta, se vuelve á Eusebio, y le pregunta: ¿conoces, Eusebio, á este muchacho? No, no lo conozco, respondió Eusebio. Pues si no me engaño, dixo Hardyl, es hermano de Pedro Robert: ¿no es asi? ¿No eres hermano de Pedro Robert el carpintero? ¿no te llamas

Luis? Si señor, tal nombre me puso mi mala ventura, dixo el muchacho. ¿Tu mala ventura, dice Hardyl? ¿Por qué? La razon os la dice con cien vocas este mi sombrero, respondió el muchacho, mostrando el sombrero al ayre. Pero segun veo, le dixo Hardyl, estás muy bien avenido con tu pobreza, de modo que me excitas la curiosidad de preguntarte: ¿si te avergüenzas de llevar ese vestido? ¿Vergüenza? responde el muchacho, ni en la cara, ni en el corazon. Este andrajo es de los dias de hacienda; otro á quien no le dá gana todavia de reir tanto, me lo guarda en un rincon un garavato para los dias festivos: pero ni en uno ni en otro pienso que lo llevo despues de metidos y encajados.

¿Llevarias de mejor gana, volvió á preguntarle Hardyl, un vestido rico que ese pobre? ¡Oh sí lo llevára! dixo el muchacho, ¡Oh, esto sí que es bueno! ¿Y quién no quiere llevar antes un vestido rico que un andrajoso? ¡Yo que le tuviera! Volviendose entonces Hardyl á Eusebio le dirigió la palabra, diciendole: ¿y tu, Eusebio, eres del mismo parecer que Luis Robert? ¿Gustarias mas de llevar un vestido rico, que otro roto? Dime sincéramente tu sentir. Mayor repugnancia me parece que tendria, dixo Eusebio, en lle-

var un vestido roto, que vanidad en llevar uno rico. Has vencido, pues, dixo Hardyl, el prúrito de parecer rico, y te dexas sojuzgar de la vergüenza de parecer pobre. A la verdad esto cuesta mucho mas; pero quien venció lo primero, ¿no podrá alcanzar lo segundo? Una firme y pronta resolucion puede recabarlo; y ésta podrá encenderse en tu ánimo si llamas á tu memoria las máxîmas de la moderacion, los exemplos que te conté y los daños que te dixe acarreaban al hombre los anhelos de la vanidad, y los bienes que con su vencimiento consigue. Si animado de todas estas memorias te atrevieras á trocar tu vestido con ese que lleva Luis Robert, no dudes, hijo mio, que tu pecho llegaria á poseer aquella sublime libertad del ánimo que tu mismo mostraste deseos de poseer.

Eso haré yo, si gustais de ello, dixo algo encogidamente Eusebio; pero mi madre Susana se resentirá de nuevo si me ve comparecer con esa casaca. Madres, ved aqui los efectos de vuestro vano y ambicioso amor. ¿Y os quejareis despues si vuestros hijos ya grandes os son ingratos? Vuestra madre, respondió Hardyl, no tendrá ya mas justo motivo de resentimiento; vuestro padre probeyó sobre ello. Yo tendria gusto que lo hicieses, mas sentiria

fuese solo por darme gusto, antes que por el bien que se te puede seguir. Si estás persuadido que te ha de venir provecho de la heroycidad de tal accion, por el vencimiento de tu vergüenza, y por la caridad que exercitarias al mismo tiempo con este pobre hermano de Pedro Robert, á quien me sugeriste llevásemos la carne el otro dia, no tienes por qué detenerte; antes bien hazlo, hijo mio, hazlo.

A estas voces dexa caer Eusebio el trabajo que tenia entre manos, desnudase con modesto denuedo de su casaca, y se la presenta á Luis con tal firmeza, que tuvo parado y atónito al muchacho, dudando éste si era verdad lo que veia. Hardyl notando la suspensa admiracion de Luis Robert á la oferta de Eusebio, le dice: ea, toma lo que te dan: ¿dudas de trocar tus andrajos por esa casaca nueva? ¿Pues qué, va de veras? dixo Robert, bien, quieres trocar tu casaca por esta mia? Si la deseas, dice Eusebio, ahi la tienes, tomala. Luis Robert entonces recobrando su desenvoltura, quitase la casaca que entrega á Eusebio, y ambos á dos se visten las trocadas (1). Eu-

(1) Si Ciro hubiese de juzgar de este trueque como de aquel de sus condiscípulos, no creo que tendria por qué azotarlo su maestro, como lo hizo entonces, segun re-

sebio sin mirarse vuelve á tomar su asiento y trabajo. Robert se mira una y otra vez diciendo: hola, que me viene pintiparada. Hardyl rebosaba de dulce complacencia, pero sin manifestarla: antes bien encubriendola con despegada severidad, dice á Luis Robert; nada mas tienes que ver aqui: toma tu cuna, y parte, sin quererle hacer mencion del precio; del qual olvidado el muchacho, ufano con el vestido nuevo, carga con la cuna, y salese de la tienda á saltos.

Eusebio y Hardyl continuaron su trabajo en silencio, atando sus lenguas el delicioso consuelo que suele dexar un acto de heroycidad; en Eusebio por haberlo executado, en Hardyl por ver cumplido lo que tan facil no le parecia: pero en vez de alabarle el hecho, aunque lo admiraba, temiendo que la vanidad se apropiase parte del vencimiento, le preguntó: ¿si sentiria ir á casa de sus padres con aquella casaca? Nada me parece que lo sintiera, dixo Eusebio; antes me parece que con la casaca me desnudé de toda repugnancia, y en el interior siento una dulce satisfaccion y

fiere Xenofonte. Esto queda trahido para aquellos que tengan que tachar en el trueque de Eusebio; pues ya en tiempo de los Persas tenian educacion semejante los muchachos.

complacencia que hasta ahora no habia jamás probado. Ves, pues, hijo mio, le dice Hardyl, el ventajoso procedimiento en la práctica de la virtud: adquirida una dispone insensiblemente el ánimo para la adquisicion de otra; y tal vez el vencimiento de lo que mas árduo nos parecia, obtiene al alma el señorio de las demás pasiones, como si quedasen éstas humilladas; de modo que no se atreven á levantar la frente. Y si quieres consultar tu corazon sobre el mismo miedo que poco antes señoreaba tu pecho, verás que éste se siente fortalecido contra la vana ilusion de la fantasia, como si el quebrantamiento de la vanidad y de la ambicion, hubiese tambien quebrantado el triste ceño al miedo.

Cortó este discurso de Hardyl la entrada en la tienda de una moza bien parecida y agraciada, aunque mostraba ser labradora, la qual pidió por el dueño de la casa. Dicele Hardyl, que el dueño le tenia presente, ¿y qué era lo que queria? Me envia dice ella, Mister Hoode para serviros de criada. Hardyl, aunque la reprobó desde luego en su interior, por haber pedido á Mister Hoode una muger anciana, y le enviaba una, cuya presencia agradable era lo que menos le convenia, estando especialmente con Eusebio; quiso con todo

darle largas con varias preguntas para ver qué impresion hacia su presencia halagüeña en los ojos de su discípulo. Pero viendo que éste no los levantaba de su trabajo, la despidió con buenos términos, resolviendo desde entonces servirse de uno de los criados de Henrique Myden, por las dificultades que veía en hallar criada de las calidades que deseaba para su casa.

Conociendo Hardyl la buena disposicion en que dexó al ánimo de Eusebio el trueque del vestido, no le quiso dexar enfriar para que no le fuese sensible la prueba que le queria hacer tomar en el exercicio de la sobriedad y templanza. Para esto comenzó á disponer su ánimo encareciendo las ventajas que se le seguian al hombre de la moderada abstinencia, y los daños que se ahorra quando llega á dominar el apetito de la gula. Yo, hijo mio, le decia, para disfrutar los bienes que engendra la templanza, acostumbro exercitarme en ella algunos dias del año, pasandolos á pan y agua. Tu si quisieres tenerme firme compañia en este banquete de la salud, mañana es uno de los dias destinados; mañana, si gustáres, podrás decir con Atalo: tengamos pan, tengamos gazpacho, y disputemos la felicidad á los poderosos. Y diciendole Eusebio: que sí

tendria firme, remitió la prueba al otro dia.

Llegado éste, fue Hardyl á dispertar á Eusebio para reconvenirlo sobre su proposito, y le dice: no quieras engañarte, hijo mio; sino consulta con tu apetito tu determinacion, pues vengo para esto; perque si no te sientes con voluntad de ponerlo por obra, irémos á proveer la comida. Sí la tengo, dice Eusebio: os haré compañia. Bien pues, dice Hardyl: pero entre tanto que te vistes voy á preparar el thé; porque aunque yo suelo privarme de él en estos dias, mas no quiero que tu primer ensayo sea tan rigoroso. Bebelo, y ves á decorar tu leccion. Hizolo asi Eusebio: tomó el thé de mejor gana que los otros dias; y despues de haber decorado su leccion fue á darla á la tienda. Era ésta cabalmente el capítulo de Epicteto en que trata de la sobriedad, diciendo: „Si aprendiste á sustentar tu cuer„po con poco, no te glories por ello interior„mente; ni andes alabandote por haberte acos„tumbrado á ser abstemio. Si te exercitas en „tales cosas, hazlo á solas, sin desear ser vis„to de los demás, como suelen hacerlo aque„llos que siendo perseguidos corren á refu„giarse á las estatuas, abrazandose con ellas „para convocar al pueblo, y hacerlo sabe„dor que les hacen violencia. Qualquiera que

„ por tal via busca la gloria tan livianamente,
„ pierde el fruto de la paciencia y templanza;
„ haciendo fin de estas excelentes virtudes el
„ concepto de los otros: y toda obstentacion es
„ vana y de ninguna utilidad.

Oida la leccion, sonrióse Hardyl, diciendo: parece que el buen Epicteto nos quiere poner la bola en el emboque. A mejor tiempo no pudieran venir sus consejos, ni yo supiera darles realce con la amplificacion. Sobrada fuerza tiene su exposicion sencilla para que pueda recibirla mayor de mis razones. Bastan esas pocas lineas para desmentir á los que llevados de su liviano modo de juzgar, tachan de sobervio á ese sublime Stóico; como si ellos dexasen de ser sobervios con hacer mofa de aquellos á quienes no son capaces de imitar. ¡Lástima! que dexáse Hardyl de continuar sobre esto, por deber atender á Luis Robert que entraba en la tienda con su hermano mayor, el qual quiso informarse de Hardyl, si era verdad el trueque hecho de la casaca. Dixole éste ser mucha verdad, y para confirmarsela le mostró á Eusebio, que estaba alli de pies con la casaca rota, que causaba compasion al mismo Pablo Robert, el replicó luego, que aunque tenia mucho que alabar á Eusebio por el trueque, pero que con todo

le suplicaba se hiciese el destrueque; pues no permitiria que su hermano llevase un vestido que no convenia á su pobreza, y volviendose á él le manda quitar la casaca y entregarsela á Eusebio.

Hacelo asi Luis Robert, y presenta aunque de mala gana, la casaca á Eusebio, que ya contaba por suya. En este ademan los sorprendió Henrique Myden, que entraba en la tienda al tiempo que decia Eusebio á Luis Robert, que le presentaba la casaca, que lo que habia dado y habia sido admitido, no lo reconocia por suyo. Admirado estaba Henrique Myden de aquel espectáculo, chocandole sobre manera ver á Eusebio con aquel andrajo, y al otro muchacho que tenia en la mano la casaca en ademan de ofrecersela. No lo habia visto entrar Eusebio por venirle de espaldas, ni tampoco Hardyl, porque los oia y los dexaba hacer, prosiguiendo en su trabajo, hasta que oyeron la voz de Henrique Myden, que preguntaba admirado: ¿qué viene á ser esto? Pablo Robert, que le conocia; lo saluda haciendole plaza: Eusebio se vuelve á él sonroseado y confuso; y Hardyl levanta los ojos á su voz, y sonriendose le cuenta el trueque de la casaca, y las pretensiones con que venia Pablo Robert para que se destrocasen.

Digitized by Google

Henrique Myden, que conoció que Hardyl habia salido con la suya, preguntó á Pablo Robert, ¿si el trueque se habia hecho con consentimiento de las partes? Sí señor, segun parece, dixo Pablo Robert; mas mi hermano debe contar conmigo. En hora buena, replicó Henrique; pero habiendoos tocado la parte mejor, ¿de qué os quejais? Las pretensiones que traigo, respondió Pablo, no llevan por mira el interes, sino que nacen del disgusto de que mi hermano haya aceptado una casaca que no le compete, y solo le ha de servir para fomentarle pensamientos que no sufre el estado en que la suerte nos puso: Luis Robert miraba á su hermano de reojo y con ayre indignado. Preguntó entonces Henrique Myden, que tambien conocia á Pablo Robert, ¿si eran hermanos de Pedro Robert el carpintero? Y diciendole Pablo que sí, quiso informarse del oficio que habia dado á Luis. Pablo le dice: Señor, lleva ya ensayados tres oficios; pero su genio y condicion perversa hizoselos abandonar. Malo, dixo Henrique Myden, malo; pero eso será tal vez porque no acertasteis en la eleccion; y si no yerro, su genio inclina á la mercaduria: si asi fuere puedo yo emplearlo y ponerlo en camino de su fortuna: ¿se os asienta esta ocupacion, Luis?

Se me asienta tan bien como esta casaca, levantandola con la mano.

Henrique Myden se aficionaba mas á su despejo y franqueza, y Pablo estaba alborozado de aquella proporcion tan inesperada que se le ofrecia á su hermano; y volviendose á él le instó para que hiciese alguna demostracion de agradecimiento á tal bien hechor. Henrique Myden, que no gustaba de ceremonias, dixole: la mayor demostracion que recibiré con gusto es que se ponga la casaca. Apenas oye esto Luis, dice inmediatamente: pues la ofrezco y no se acepta, razon es que me la meta: y terciando la casaca sobre la cabeza, se la puso con una desenvoltura que no pareció bien á todos, especialmente á Eusebio, que veia de mal ojo la complacencia que Henrique Myden tomaba por el descaro de Luis. Pablo Robert, dirigiendo la palabra á Hardyl, le pide el precio de la cuna que se llevó Luis olvidandose de pagarla. Hardyl le pregunta, ¿para quién habia de servir? Respondióle Pablo, que para un hijo suyo, si llegaba á buen término el vecino parto de su muger. Pues bien, dice Hardyl, quiero ser acreedor al hijo que os naciere: con él ajustaré cuentas, si es varon. Pablo, que conocia su intencion, se la agradeció, y volviendose á Henrique Myden, le pi-

dió licencia para llevarse á su hermano, á quien procuraria enseñar la aritmetica, para que pudiese emplearse en su escritorio. Henrique Myden le dixo, que podia partir sin Luis, pues desde aquel instante quedaba á su cargo su instruccion. Partió con esto Pablo Robert, rebosando de contento por aquel feliz accidente.

Luego Henrique Myden dixo á Hardyl: espero que no dexareis desairado este nuevo huesped en mi mesa; y que vendreis á participar de las quejas de Susana por mi consentimiento al trueque de la casaca. Hardyl que veia la buena ocasion para que Eusebio saliese con aquel vestido de triunfo, no queriendo dexarla pasar, le respondió: aunque habiamos destinado este dia para exercitarnos en la templanza y frugalidad, con todo, como no lo hacemos por obligacion, sino de grado; podremos diferirlo á otro dia; á mas de que la templanza se puede exercitar en el mas opíparo convite. ¿Y á qué se reduce ese exercicio? preguntó Myden. A pan y agua, dixo Hardyl; y quedando Henrique Myden con la boca abierta de risa, continuó á decirle Hardyl: ¿sin duda os imaginais que crio á Eusebio para Bonzo? A buena cuenta, replicó Myden, haceis lo que ellos hacen. Hicieramoslo del mismo modo si ellos no lo hicieran; y hacemoslo

con diverso fin; ellos para mortificar sus cuerpos, nosotros para adquirir la frugalidad. Exercitamos la moderacion, no la penitencia; y hacemoslo para ser mejores y estar mas sanos, y para que nos sea tan indiferente una pechuga de faisan, quanto la de una cerceta; y para comer con el mismo ánimo un pedazo de pan prieto que otro floreado. En fin imitamos á los Persas y Lacedemonios, de quienes dice Xenofonte, que criaban asi á los muchachos para ser buenos ciudadanos, y no imitamos á los Bonzos y Bracmanes, para no ser buenos para ninguno.

Bien, bien, como querais, dixo Myden; basta que lo dexeis para otro dia, pues hoy os espero en casa. Me adelanto para prevenir el ánimo de Susana, que bien será menester, no sea que se resienta demasiado de ver á Eusebio con esa casaca, que á la verdad es algo indecente. Dicho esto parte con Luis Robert, el qual se despidió de Hardyl y de Eusebio haciendoles saludo con la pierna, arrastrandola tiesa hácia adelante con risa fizgona, haciendose ayre con el sombrero. Ya de espaldas dióle Eusebio tal mirada que parecia qué con ella quisiera arrancarlo del lado de Henrique Myden.

¡O miserable humanidad! ¿No se agota-

rán jamás tus siniestras y malas inclinaciones? ¿No podrá recabarlo la virtud? Destroncada una pasion, ¿habrá de retoñecer luego otra nueva? Mas ¿cómo fuera tan admirable y digna del acatamiento de los hombres la virtud, si no fuesen tan costosos sus vencimientos? ¿Quién se hubiera persuadido que despues del heroyco trueque de la casaca, y acabando de oir Eusebio tales consejos contra la pasion de la envidia, se rindiese á su primer asalto? Notó Hardyl la ceñuda tristeza que de repente se apoderó del rostro de Eusebio, ocupando el lugar de la sublime y candorosa alegria con que lo habia bañado el trueque de la casaca. Y no dudando que fuesen causa las demostraciones que habia hecho Henrique Myden á Luis Robert, le dixo: ¿podré saber, hijo mio, de dónde procede ese abatimiento que descubro en tu rostro? ¿Es acaso arrepentimiento del trueque de la casaca, ó bien disgusto por ver favorecido de tu padre ese muchacho?

No lo sé, dixo Eusebio: siento bien sí que su ida con mi padre me dexa triste, y mi corazon abatido. Parecia que Luis Robert me miraba con desprecio y superioridad despues que mi padre le dixo que quedaba á su cargo su fortuna, de modo que casi me lo hace odio-

so. Hardyl se levanta de repente, é inclinandose para abrazarlo sentado como estaba, exclamó: ¡ó cielos! ¡quánto vale esa tu ingeniosa confesion! Yo no sé apreciarla bastantemente. He aqui, amado Eusebio, cómo brotan insensiblemente las pasiones en el corazon sin que tal vez lo echemos de ver. Asi se apoderan del alma, y la avasallan si no acudimos al remedio. Nada estraño, hijo mio, ese disgusto y tristeza que te ha dexado el favorecido Robert: ¿ pero conoces á lo menos qué esos son efectos de la envidia? ¿Estos son efectos de envidia? dixo Eusebio. ¿Pues qué se te olvidó tan presto, dixo Hardyl, la leccion de Epicteto? Epicteto, replicó Eusebio, sólo dice que no debemos llamar dichosos á los que son promovidos á dignidades, ni desear ser Cónsules ni Emperadóres. Pero deduxe esto, prosiguió Hardyl, á otros casos particulares; y si no me engaño, te hablé del resentimiento que probamos quando vemos hacer aprecio de otros ó por su talento, ó por su virtud ó riquezas, ó porque los vemos favorecidos; pues la envidia á nada perdona, como lo pruebas tú mismo, envidiando á ese pobre muchacho la comiseracion que usa con él tu padre.

Mas á poco que reflexiones verás quan ruin y ratera es esa tristeza que padeces, la

qual es bien que conozcas para que te sirva de acuerdo en otras ocasiones, echandola de tí como indigna de la nobleza de un alma libre y superior á tales bajezas. No digo yo que sea cosa ruin el sentir esos bajos afectos, sino el dexarse avasallar de ellos; y asi para que esto no nos suceda conviene conocerlos. Exâminemos, pues, ese resentimiento que pruebas por la generosidad de tu padre con ese muchacho. Para esto pasa los ojos por la generosidad que tú mismo con él usaste dandole tu vestido. ¿Hale dado mas tu padre? No por cierto; pues tu le diste lo mejor que tenias; y tu padre no dió otra cosa que demostracion de afecto, ¿Qué hay aquí que envidiar? Nada para un corazon que está sobre sí, y mucho para el amor propio, que todo para sí lo quisiera: y como las demostraciones de tu padre son señales de aficion, temes que Luis Robert no te usurpe el amor que tu padre te profesa? ó bien que éste no lo divida. He aqui la fuente del mal que conviene desviar: ¿mas quál remedio? El que has oido tantas veces, y el que importa llevar siempre á la mano para aplicarlo en la ocasion en que á cada paso nos ponen las pasiones. No desear sino aquello que depende de nosotros. Esto lo tienes fresco en la memoria; pero por no haber conocido la

envidia, no has sabido aplicarlo, y te dexaste vencer de sus ruines recelos y temores. Combatamoslos, pues, de cerca, y para esto supongamos que todo lo que puede temer tu envidia, está ya cumplido.

Demos que tu padre llevandose á su casa á Luis Robert lo ame mas que no á tí, que á instigacion de Susana lo adópte por hijo, y á tí te desherede. Que Luis entra en la posesion de los bienes que habian de ser tuyos; y que tu en vez de disfrutarlos quedes en la calle pobre y desnudo como saliste del mar. ¿La envidia puede acaso temer mayores rayos? No ciertamente. ¿Pero todos ellos podrán envilecer el ánimo de Eusebio? Eusebio que aprende á mirar con indiferencia todos los vanos bienes de la tierra, ¿temerá con ruindad que otro le usurpe la parte que le puede usurpar antes la muerte? ¿Mas cómo lo tomará el que armado de un fajo de mimbres puede atreverse á provocar la suerte y á decirle: este hacecillo es mi hacienda, y la insignia de mi consulado: vé, busca otro Sila y Mario, en quien cebes tus caprichos de tu liviana inconstancia; no depende el que lleva su hacienda en sus brazos y su mayor bien en la virtud. Si tales reflexîones no sufocan la envidia en tu corazon, hijo, te lo arranca antes que como á esclavo lo

traten sus viles sentimientos.

Sin añadir mas Hardyl dexa su obra, se levanta y manda tomar el sombrero á Eusebio para ir á casa de Myden. La seca energía con que acabó su discurso, y la impresion que hizo en el ánimo de Eusebio, no dexó á éste mucho lugar para reflexîonar en los andrajos de su casaca que iba á sacar á la calle, y para que ya en ella disminuyese su vergüenza, respecto de los que conocia, en quienes excitaba comiseracion viendolo hecho un arapo. Llegado á la presencia de Susana, anticipóse á decirle Hardyl: os traygo á vuestro hijo pobre voluntario, como lo veis. Si os parece mal, toda la culpa es mia; pero si un acto de virtud merece alabanza, esa no se me debe á mí, sino á Eusebio que lo exercitó. Susana, aunque prevenida del hecho de su marido, y aunque se le echaba de ver que contenia con aspecto severo su resentimiento, respondió á Hardyl: que ella no sabia alabar una indecencia, mucho menos habiendose hecho publicidad; y diciendole, que pasáse adelante, quedó con Eusebio, á quien mandó fuese inmediatamente á ponerse la casaca manchada de la cerveza, que habia mandado lavar.

Hardyl insensible á la severa demostracion de Susana, pasó adelante á la estancia en

donde lo esperaba Henrique Myden en compañia de Guillelmo Smith (aquel Quakero que le aconsejó á tomar á Hardyl por maestro de Eusebio), de su muger y de una hija suya muy agraciada, á quienes habia convidado á comer Susana aquel dia sin saber la venida de Eusebio y de Hardyl; la qual hizosele solo sensible por temor de que Eusebio compareciese con aquel andrajo delante de los convidados; y para evitarlo, despues que su marido le hizo saber la venida de Eusebio, lo estuvo esperando un gran rato para hacerle poner el otro vestido, con el qual pudiese comparecer ante los huespedes. Tampoco sabia de estos Eusebio; y asi despues de haberse mudado la casaca, quando entró en la estancia, y se vió delante de Gillelmo Smith, de su muger y de su hija, la confusion y vergüenza lo sorprehendieron de modo, que no sabia á quien atender ni acudir primero.

Habialo dexado Hardyl hasta entonces en su natural rudeza y sencillez, sin haberle dado ninguna regla sobre el trato; persuadido que la sola moderacion y modestia eran el cimiento de la urbanidad, que despues con la práctica del mundo de por sí se desenvuelve y toma los trazos que le competen, sin tener necesidad de estudiadas maneras; las quales

degeneran en afectacion, con que desmienten los hombres su interior, cargandolo de embarazos, tal vez molestos á los mismos que los echan menos si no los sufren.

La urbanidad, ¿qué es sino el retrato simbólico de los sentimientos de la virtud? No decir ni hacer cosa que ofenda: guardar la debida conveniencia con quienes tratamos. ¿Y esto quién lo observa mejor que el hombre moderado, sincéro, frugal, modesto y circunspecto? Todo lo que á esto se añada son vanos diges que hacemos servir de suplemento á la sinceridad que falta al corazon. ¿Quién hay que prefiera los afectados modos de un francés, ó los ceremoniosos y viles de un soplado romano, á la rustica integridad, si asi se puede llamar, de un Quakero, que pasa delante de un Rey con su sombrero calado?

Pero Eusebio sin saber el galateo será descortés. No será tal mientras sepa el de la virtud. La prudencia, la circunspeccion y modestia si no le enseñan á inclinarse cien veces antes de llegar á la mitad de una sala para darse despues ayres de franco, descarado y presumido, no importa; le instruirán por lo menos á cumplir con la urbanidad con un saludo, pero sincero. No sabrá hacer el impor-tante ni el ledo espíritu, ni degollará con im-

portuna parleria á los que están lejos y cerca; ni querrá meter en todo su cucharada, ni temerá parecer ignorante por su silenciosa reserva; pero responderá y preguntará á tono y sazon. Haráse admirar por su recato y por su ciencia, sin mostrar que la posee. Adaptará sus discursos al caracter y condicion de las personas con quienes trata sin afectadas y molestas expresiones.

Ahora todavia es muchacho, y la primera vista de gente que no conoce, especialmente de mugeres, lo tiene atado y encogido; ni Hardyl hace con él el importante, ni el domine, exîgiendole ceremonias y cortesias que los Quakeros no sufren. Henrique Myden, viendolo entrar con el otro vestido, le pregunta por el trocado. Eusebio le dice, que su madre se lo habia mandado mudar. Pues os aseguro, le dixo Myden, que estos señores, principalmente esta señorita, señalando á la hija de Smith, hubieran gustado veros con el vestido de pompa de la virtud. Si quereis, le responde Eusebio, me lo iré á poner. Pero Henrique Myden, aunque la muger de Smith y su hija habian aprobado su dicho, por no renovar el disgusto á Susana, le dixo, que no importaba. Entró á este tiempo Gil Altano á servir el thé, y despues de servido, dicele

Henrique Myden : ve á llamar al muchacho con quien Eusebio trocó su casaca. Eusebio al oir nombrar al muchacho, quita los ojos, que tenia absortos en Henriqueta Smith, este era el nombre de la muchacha, para ponerlos en Hardyl, el qual hacia rato que reparaba en la atencion con que estaba mirando á Henriqueta; y al encontrarse sus ojos le carga Hardyl una mirada sobre el llamamiento de Luis Robert, que le quitó las ganas de envidiarlo.

Vuelta en sí su alma de este extravío, mientras los convidados hablaban, pone otra vez los ojos en el tierno y dulce objeto que los llamaba. La naturaleza infundió á los sexsôs esta simpatia, y el genio la particulariza. La hermosura, las gracias y la edad ya nubil de la doncella, atrahian insensiblemente la inocencia de Eusebio, el qual estaba á obscuras todavia sobre los secretos del amor. Hardyl procuró tener siempre alejada su mente y su curiosidad de tales materias. Por querer hacer castos antes de tiempo á los muchachos con piadosos consejos y ridículas advertencias, dispertamos sus incentivos: y antes de ser viciosos dexan de ser inocentes. Las mismas instrucciones aceleran la corrupcion de sus costumbres.

Hardyl teniendo alejado á Eusebio del tra-

to y malos exemplos de los otros muchachos y de los criados, sin aclararle secretos que debia ignorar, obtuvo lo que de pocos otros de la edad de Eusebio se recaba, que conservase puro su candor. Era modesto, casto y virgen, sin haber jamás oido tales nombres, y sin saber su significado; dexára de ser inocente si lo supiera. Y asi estaba mirando á Henriqueta Smith como quien contempla á una hermosa aurora, cuyo dulce esplendor lo arrebata, y suavemente lo enagena. De esta amable contemplacion lo distraxo de nuevo la respuesta que trahia Gil Altano á Henrique Myden sobre Luis Robert, diciendole : señor, ese bribon de Luisillo no parece, y lo peor es que con él desapareció una azucarera con sus tenazas de plata, que no se encuentran; y apostaré que hizo salto de mata con ellas. Linda pieza traxo vmd. á su casa: ya se vió por el vestido. Henrique Myden hizo buscarlo de nuevo; pero siendo vana toda perquisicion y en hora que los esperaba la comida, se fueron á sentar á la mesa, distrayendo de Luis Robert la atencion que se debia á los convidados.

Henriqueta que habia oido de sus padres las calidades de Eusebio, y que se sentia aficionada á la tierna y garbosa presencia del mis-

mismo, le daba cara siempre que podia, con que empeñaba mucho mas su inocente afecto. Creció éste al verse colocado Eusebio al lado de la muchacha á tocar ropa, habiendo destinado los puestos Henrique Myden con su acostumbrada sinceridad. Hardyl sentia la colocacion; pero debia pasar por ello. La amable doncella, que era de la edad de Eusebio poco mas, no podia ocultar su complacencia á pesar del disimulo del sexô: decianlo sus ojos por mas que los recataba volviendolos siempre á la parte de Eusebio; y si el modesto rubor de éste no le permitia manifestar su contento, echabase de ver su tierna aficion en las continuas y largas miradas que le pedian los dulces y graciosos modos de Henriqueta.

El café despues de la comida llegó á encender mas la llama de su aficion, con el motivo de haber puesto Susana los dos solos en una mesa en que apoyasen las tazas para que no se derramasen. ¡Qué miradas suaves, aunque inocentes! ¡Qué eloqüente silencio sin saberse qué decir! ¡Quán cortas fueron aquellas horas para Eusebio! ¡Qué novedad de blandos sentimientos sentia su corazon sin conocerlos! ¡Quán amargas las disposiciones para la despedida! ¿Ausentarse de aquella imagen celestial para ir á ocupar sus manos en el

trabajo de pobre cestero? ¿Romper aquel delicioso enagenamiento para oir las austéras lecciones de la virtud? ¿Cómo podia dexar de suceder á su desvanecido contento una tristeza que lo anochecia? Avivóse ésta en el acto de mover Hardyl para partir. El amor y el respeto que Eusebio le tenia refrenaban sus lugubres pensamientos; para que no le arrancasen el llanto, ya pronto á prorrumpir. La contemplacion de Susana hizo dar al través el resto de su firmeza, y los halagüeños esmeros para acallarlo, acrecentaron sus sollozos.

Creia Susana que su tristeza procedia por el trueque del vestido, y por volver á la tienda; y como se habia formalizado con Hardyl, resintiendose de su severa educacion, llamó á Eusebio á otra estancia para consolarlo; y á este fin le dixo: que no dudáse que la escuela de Hardyl le duraria poco, pues estaba resuelta á tenerlo en su casa: advirtiendole que nada de esto dixese á su maestro, porque no convenia. Con estas y otras razones logró serenarlo, y pudo partir con Hardyl, arrancandole el alma la hermosa hija de Smith al despedirse.

¡O Eusebio, Eusebio! ¿dó están los santos sentimientos, las severas máxîmas, los repetidos consejos? ¿Dónde el desprecio de los

bienes de este suelo, y el heróyco ardor que te animó para preferir un andrajo á tu vestido? ¿La vista de una doncella echó á tierra por ventura el edificio de la virtud? No; pudo ser combatido: pueden flaquear sus cimientos á un terrible impulso, faltandoles todavia consistencia. La santidad no es obra de un dia. Mas la constancia de Hardyl y la fuerza de su enseñanza podrán mas que el breve deslumbramiento de una superior hermosura.

No dudaba Hardyl que la declarada tristeza de Eusebio naciese de la impresion que habian hecho en su alma los atractivos de la graciosa hija de Smith; con todo no quiso tomarle cuenta si él mismo de por sí no se descubria. Y aunque ni por la calle, ni despues de llegados á casa nada le dixese, quiso callar tambien él, esperando que aquella tristeza se desvaneceria con la noche. Mas haciendo vana al dia siguiente su esperanza el triste abatimiento que lo cargaba; en vez de hacerle ocupar aquella mañana en su leccion acostumbrada, hizolo bajar á la tienda para que trabajase. Era ya Eusebio bastante diestro en el oficio, y pudiera ganarse con su trabajo el sustento sin las asistencias de Henrique Myden. Tomó ocasion de esto mismo Hardyl para pregun-

tarle, ¿quál de los dos estados preferia, si el de trabajar en la tienda, probando ya que era tan util para el hombre, ó bien de la ociosidad en casa de Henrique Myden? Queria con esta pregunta darle materia para que viniese á explicarse sobre su tristeza, y sobre lo que se la habia causado; pero la respuesta inesperada de Eusebio hizole mudar de rumbo, quando le dixo: que no dudaba preferir el estado de su trabajo, como mas provechoso en caso de una desgracia; pero que teniendo ya casi aprendido el oficio, temia quedar poco tiempo en su tienda.

Quedó cortado Hardyl oyendo esto, y estrañandolo sumamente en la boca de Eusebio, le preguntó: ¿pues de dónde os viene ese temor? Eusebio viendose en precision ó de decir una mentira, ó descubrir el secreto y la confianza que le hizo Susana, despues de haber sudado interiormente tuvo por mejor evitar la mentira y caer en la confesion del secreto, diciendo á Hardyl, que le habia confiado su madre que presto le sacaria de la tienda, encargandole que no se lo dixese á él. Aunque Hardyl tenia ya bastantes motivos para resentirse de las intenciones de Susana, era grande su moderacion y superioridad de sentimientos, no menos que las miras de su prudencia y ta-

lento para resentirse tampoco de los nuevos designios que le daba al ver la respuesta de Eusebio. Y asi en vez de mostrar hacer caso de ella, hizola servir para corregir á Eusebio de la violacion del secreto que le habia encargado Susana. Para esto volvió á inquirirle, ¿si era verdad que su madre le hubiese dicho que no se lo dixese? y aseverandoselo Eusebio, le dixo entonces: ¿pues cómo es que habeis faltado á tal encargo?

Eusebio que nada menos se esperaba que esta pregunta, encoge su corazon, y no sabe qué responder. Entonces le dice Hardyl: yo os compadezco, debiendo recaer en mí mucho mas que en vos la culpa, por no haberos instruido todavia sobre esta excelente práctica de la social fidelidad: y asi no lo estraño en tí, sabiendo quan pocos son los hombres que estudien en adquirirla. Parece que la vanidad nos infunde este prúrito de revelar á otros lo que se nos encarga, por lo mismo que se nos encarga; como si el secreto fuese un peso que nos molestáse, si no lo descargasemos en ageno oido. De esta manera por querer mostrar que hacemos confianza de otro, hacemos traicion á quien se fió de nuestra entereza: semejantes en esto á las tejas, que el agua que recibe la primera la comunica á su vecina, y ésta á las

demás, hasta que el secreto hacese publicidad! Por esto debes guardar como máxîma principal de tu conducta entre los hombres, que lo que no quieres que se sepa, á ninguno lo comuniques, sea quien fuere: esto se entiende en todas las cosas que son propias tuyas, y que no te se encargan; porque si fuere secreto que te confian, entonces debes guardarlo por obligacion, haciendo á tu silencio ley severa de prudencia y de integridad; lo que te será facil de conseguir si comienzas á exercitarlo en cosas de poca monta, en que parece que se te encarga el secreto por sola costumbre, bastando á quien te lo encarga que se calle su nombre; pero si comenzases á callar uno y otro, el nombre y la cosa, podrás entonces llegar al estado á que muy pocos llegan, de no serles costoso el callar.

Aunque otro mal no llevára la traicion de una confianza que se nos hace, que el arrepentimiento que luego prueba el que la descubre, esto solo debiera bastar para que estemos siempre sobre nosotros mismos; quanto mas pudiendose seguir otros disgustos y daños que comunmente acompañan á tal traicion. Y sino dime: ¿si yo prevaliendome de tu respuesta fuese á dar quejas á tu madre, y pedirle razon de sus intenciones, qué motivo de disgus-

to no tendria ella contra tí y contra sí misma por su indiscrecion? ¿Y qué motivo no te diera yo para quejarte de mí y de tí mismo por la facilidad en habermela comunicado? Pero yo me guardaré bien de hacerlo, no solo por el amor que te tengo, sino tambien porque siempre anduve muy mirado en esto. ¿No se lo direis, pues, á mi madre? dixo Eusebio. No, hijo mio: tengo motivos, le dixo Hardyl, para amarte mucho mas que no ella. ¿Para amarme mas que ella? dixo Eusebio: ¿pues por qué? He aqui, respondió Hardyl, que me pones á prueba de la máxîma que te acabo de insinuar: lo que no quiero que se sepa no lo digo á quien mas amo. Pero tal vez lo sabrás algun dia, y entonces no te estará tan á cargo mi confianza.

Compareze en esto Henrique Myden, que venia á contarles el hurto de Luis Robert, consistente en algunas alhajas de plata que le acababa de traher á su casa Pablo Robert el mayor, habiendo sorprendido á su hermano con el hurto al tiempo que lo escondia en su casa. Hardyl le dixo: sin duda os servirá de escarmiento este caso para que en adelante no sea tan pródiga (si me permitis que asi la llame) vuestra piedad: pues tambien las virtudes pueden padecer excesos; á esto aludia el

dicho de los antigüos : ,, nada demasiado. " Lo mas dificil de la ciencia moral es señalar el termino á nuestras acciones, bien asi como el notar los extremos de las mezclas en los colores del Iris que todos distinguimos sin poder fijar el punto en que rematan; pero siempre es preferible la demasia en las obras buenas á la de las malas.

Por lo mismo que quedo escarmentado, dixo Henrique Myden, vengo á tomar consejo de vos; pues el llanto y protestas de Pablo Robert para que no desamparáse á su hermano menor, me conmovieron tanto, que casi estoy propenso á volverlo á recibir en mi casa. No hagais tal, dixo Hardyl. La comiseracion es buena, pero declina en floja facilidad si no la sostiene la prudencia. Exercitad en él vuestra generosidad, favorecedlo en hora buena; pero jamás en vuestra casa: procurad darle otro oficio, asistidlo con vuestras limosnas; pero desconfiad de tal serpiente. Nada me prometí de su descaro, y mucho menos os podeis prometer de la ingratitud en su delito.

Resuelto á seguir Myden el consejo de Hardyl, antes de partir tomó ocasion del hurto de Robert para encarecer á Eusebio la estima que le grangeaba su buen proceder y adelantamiento en la virtud, haciendole ver

el mal fin de los muchachos por falta de educacion, ó por no querer aprovecharse de ella.

Estos son los consejos generales que se dan comunmente á los muchachos en tales lances. Consejos buenos á la verdad, pero que dexan mas satisfaccion á quien los dá, que provecho en quien los recibe: son como lluvia de nube pasagera que baña la tierra sin fertilizarla. Hardyl que ponia su esmero en penetrar los pliegues del corazon para desarraygar sus siniestros, luego que partió Henrique Myden, preguntó á Eusebio: ¿si habia sentido complacencia con la nueva del hurto y de la huida de Luis Robert? Y sin esperar su respuesta continuó á decirle: porque si la sentiste no seria de estrañar; no la culpo; pues seria el residuo de la envidia, de la qual el hombre no se cura tan presto. De la desgracia de los que envidiamos, suele nacer júbilo en el corazon; pero conviene sufocarlo, hijo mio, no porque se nos siga algun daño, sino porque la moderacion cobra mayor señorio con tal represa, y el hombre hacese con ella mas severamente honrado. Omito ponerte ante los ojos la ruin maldad de ese muchacho, pues estoy seguro que la nobleza de tu ánimo no te dexará abatir á tan detestable vileza. Pero si jamás hubieses de olvidarte á tal grado que llegá-

ses... ¡cielos! pueda yo verte antes aniquilado.

No, Eusebio; el hurto de Robert no es aquello á que quiero que atiendas, sino á la fea ingratitud que su alma infame y baja manifestó á las generosas demostraciones de tu padre: y hagotela advertir para que comiences á no estrañarla en el mundo, en donde pocos llegarás á conocer que sean agradecidos. Para serlo, como es justo que el hombre lo sea, conviene tener su pecho esento de interes, de ambicion y de codicia; vicios que no solo sufocan los sentimientos de gratitud, sino lo que peor es, la mudan en odio; y no hay odio mas ruin que el que nace de la ingratitud. Todo beneficio se aprecia antes de recibirlo, porque se desea: luego que se recibe, en nada ó poco se considera; porque parece que se nos debe; y si nos queda algun residuo de conocimiento, sentimos que nos acuerde que dependimos de quien nos obligó con sus beneficios. Estos dexan deuda en quien los recibe; mas como son un préstamo sin alvalá de pago, los acreedores son muchos, y pocos los buenos pagadores. Creeme, hijo mio, cuesta bastante el ser grato, y por lo mismo conviene que sea el hombre virtuoso si ha de ser agradecido.

El que pospone la riqueza á su reconoci-

miento, ese solo socorrerá con ella á quien con ella le ayudó: quien antepone su gratitud á la codicia, á la ambicion, á las comodidades, ese solo se incomodará para corresponder con buenos oficios al que en su favor los empleó. El hombre verdaderamente agradecido olvidará antes una injuria de su bien hechor que sus favores; porque lo que mas aprecia no es el beneficio, sino el haberlo recibido.

Por el contrario, hijo mio, si no quieres echar menos la gratitud en los hombres, no pongas jamás á logro ningun favor. Hazlo, si; mas no para ser correspondido, sino para satisfacer á la buena inclinacion de hacer bien, porque es bien, y en esto coloca toda la recompensa. En vano esperas otra si la esperas del reconocimiento entre los hombres. Tal esperanza acusaria de interesada tu virtud, y su entereza se resentiria de ella. Quien se queja de un ingrato, ese culpa inadvertidamente el interes que ponia en su beneficencia.

Basta de esto por ahora; pues me parece que es tarde, y la venida de tu padre con la noticia del hurto, no me dexó pensar en la comida. Lo peor es que no tenemos hecha provision. Pero podrémos hacer muy bien virtud del descuido, exercitemonos hoy en la frugalidad á pan y agua como teniamos resuel-

to el otro dia. ¿Te sientes con ganas para ello? Haced lo que os agradáre, respondió Eusebio. No, dixo Hardyl; ocurreme otra cosa; y es, que para que nos nazca de mayor voluntad tan solemne dia, será mejor que nos acostumbremos á él por grados. Los actos mayores y singulares de virtud parece que nos dexan mayor satisfaccion de nosotros mismos, tal vez por que nos infunden mayor concepto de nosotros; aunque yo no veo que concepto tan sublime formar pueda el hombre por vivir un dia á solo pan y agua. Mas en eso se ve quan vanos y pequeños son nuestros corazones.

A buena cuenta ahí tenemos jamon de repuesto, haremosle pagar nuestro descuido; en adelante queda á tu voluntad el destinar el dia de la abstinencia; y el que tu determináres ese se celebrará. Toma, ahí tienes dinero para pan: veslo á comprar, entre tanto haré yo lonjas del jamon y aparejaré la mesa. Trahido el pan sentaronse á la mesa, y luego preguntó Hardyl á Eusebio: ¿quántos millares de hombres, no digo mendígos, sino artesanos y labradores, te parece que hay en el mundo, los quales nos envidiarian nuestro solo jamon por verse reducidos á solo pan y cebolla? Pero para hacer este cálculo necesitarias de tener conocimiento del mundo, de su extension

y de la miseria de las naciones, lo que no es facil de saber; pero servirá de consuelo para muchos esta reflexîon, los quales sin ella se creen los hombres mas desdichados de la tierra, y se enojan y entristecen si alguna vez les llega á faltar ó la holla, ó el asado, ó algun otro plato de costumbre. Yo puedo asegurarte, que quando me hallaba en estado de grandeza y de abundantes comodidades, solia sacar mucho provecho de estos pobres hombres necesitados á vivir de su trabajo, viendolos en las horas en que restablecian con el sustento sus relajadas fuerzas, llenos de polvo y de sudor sentarse cabe un negro hogar, ó arrimarse á un arrinconado banco para satisfacer á su apetito con solas aluvias ó pan mugriento, comiendo con tal gusto y alegria, que casi me sacaban lágrimas de compasivo consuelo. Las reflexîones que sobre ello hacia contribuyeron tal vez para hacerme preferir el estado presente de artesano en que me ves, al de la grandeza y riquezas que desamparé para adquirir, si me fuese posible, aquella dulce paz é inalterable consuelo que tanto alaban los antigüos filósofos, y que veia confirmado en aquellos hombres necesitados en quienes lo envidiaba.

¿Erais, pues, noble y rico, le preguntó Eusebio, y habeis querido ser pobre y arte-

sano? Sí, hijo mio, respondió Hardyl: sabes ahora tu solo lo que todos ignoran en este país; pero no lo sabes todo. Te sirva no obstante esta confianza de prueba del cariño que te tengo, pues te fio un secreto que es de mi mayor interes que ninguno otro sepa sino tú. Soy libre y dueño de hacertele, y hagotelo ahora que la ocasion lo lleva, despues que quedas instruido sobre la obligacion que te debes hacer en guardarlo. No te pido promesa sobre ello, pues temiera ofender al concepto que me mereces, y agraviar al mismo tiempo no menos la integridad de tu corazon, que mi misma confianza. Vé á lo que me ha trahido el deseo que tengo que ames la frugalidad y que te acostumbres á exercitarla, sin que la mires como ingrata austeridad y penitencia, sino como cosa saludable al hombre y comun á infinitos, á quienes puedes llevar la ventaja de hacer virtud lo que es en ellos servil necesidad. Nó es ciertamente cosa muy agradable un pedazo de pan y un vaso de agua, pero es cosa superior probar en ello celestial complacencia, nacida de la privacion voluntaria de las cosas que la templanza niega al gusto y al apetito.

De este modo iba imprimiendo Hardyl las máxîmas de la virtud en el pecho de Eusebio,

y haciendoselas exercitar con la suave fuerza de su exemplo. La bondad venerable con que se acomodaba y abajaba sin abatirse á la capacidad de su discípulo, le grangeaba su respeto y amor, y atrahia su voluntad á todo lo que queria, sin asomo de mando ni de violencia, porque no queria sino su provecho. Eusebio no conocia castigo ni colérica reprehension, que por lo mismo enseñan á los muchachos á ser coléricos y obstinados. Si mostraba repugnancia á lo que le proponia, lexos de fijarse Hardyl en su empeño para verlo executado, cedia al contrario sin mostrar que cedia, porque no se lo mandaba; pero no dexaba triunfar su obstinacion. Buscaba caminos y rodeos imperceptibles al muchacho para obtener de grado por otras vias lo que jamás hubiera hecho bien y con provecho, si lo hiciera por fuerza manifiesta. Las ciencias pueden sufrir una tiránica enseñanza, y un verdugo por maestro; la virtud pide ser enseñada de la mansedumbre y de una prudente bondad. Todo castigo es imagen de venganza en quien lo dá, y ésta no es medio para enseñar lo que con ella se desenseña. La fuerza y la violencia llegan á triunfar del exterior, no del corazon del muchacho; y si no se convence el ánimo, ¿qué se consigue sino es la sola satisfaccion de haber hecho

obedecer á quien de voluntad no obedece? Se obtiene el medio sin conseguir el fin; quiero decir, toda la enseñanza se pierde.

Eusebio era vano, astuto, ambicioso, pusilanime, sobervio, envidioso, tenia todos los defectos que contrahe el hombre desde la cuna. ¿Ha desarraygado Hardyl tales vicios? No; esto es imposible en la naturaleza del hombre; pues si fuera posible no necesitariamos entonces de virtud; pero bien sí hales disminuido las fuerzas, las ha sujetado y rendido. Podrán aún asi reprimidas las pasiones cobrar nuevas fuerzas de los alicientes del mundo, del mal exemplo, de la costumbre y del terrible incentivo del amor, que todavia no ha hecho sentir á Eusebio su suave tiranía: pero Eusebio es todadavia discípulo de Hardyl. Bajo de su enseñanza ha cobrado amor á la virtud y horror al vicio: arraigó el tronco en su alma la compasion y la humanidad, y si todavia quedan en ella resabios de vanidad, de ambicion, de sobervia y de codicia, tiene gravados en su voluntad los medios para combatirlos, y motivos para exercitar la moderacion. Tentará de acometer su pecho la envidia; pero desdeñará de haberlas con tan feo vicio, sabiendo contentar su corazon con los bienes que posee, ó con los que solo dependen de su voluntad.

Será poderoso el temor para rendir su pecho en mil accidentes repentinos, pero por el caracter de la naturaleza, no por vicio de la opinion y de la fantasia, despues que aprendió de Hardyl á no temer la muerte, origen de los miedos en el hombre.

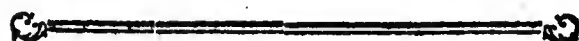
Esto consiguió de Eusebio con su exemplo y con el exercicio de las mismas virtudes, no con solos consejos. Estos rara vez convencen, y poco ó nada con ellos se alcanza. Dad á un aprendiz todas las instrucciones y reglas necesarias para el arte que debe aprender, y sabidas por sola especulativa, haced que vaya á ganar su vida con el oficio: no sabrá por dónde comenzar. ¿Qué arte ó ciencia mas ardua y repugnante á nuestras protervas inclinaciones que la moral? ¿Y ésta se aprenderá solo con consejos dados desde los púlpitos, ó de los maestros que con su exemplo desmienten lo que aconsejan? A fuerza de obrar se contrahe la ciencia práctica, no de otro modo; y hecha ya costumbre dificilmente se desampara. Los vicios mismos son rudos, por decirlo asi, en sus principios, ninguno nace malvado. Mas á fuerza de exercitarse el hombre en el mal, va contrayendo la costumbre de ser malo, luego perverso, iniquo, monstruo.

Los que pretenden que poco ó nada se re-

caba con la educacion: traherán tal vez por prueba á Neron, discípulo de los mejores hombres que entonces el mundo conocia. ¿Cómo es que de tal enseñanza salió tal aborto de la naturaleza detestable á todos los siglos? porque Séneca y Burrho solo podian darle buenos consejos, quando ya Aniceto habia corrompido su infancia, y á tiempo que Narciso lo exercitaba en la maldad; sirviendo esto mismo de mayor prueba, que los consejos mejores por si solos nada recaban de las perversas inclinaciones. Si no se le hubiese hecho la forzosa á Eusebio de entrar en la tienda de Hardyl, ¿hubiera jamás sufocado los sentimientos de la sobervia, de la vanidad y de la ambicion? ¿Se hubiera acostumbrado á la paciencia, á la moderacion y la frugalidad? Verdad es que la adquisicion de estas virtudes pide toda la vida del hombre; ¿pero quánto menos las exercitará si no comienza jamás á exercitarlas?

Esto es lo que se propuso Hardyl por primera enseñanza de Eusebio: luego pues que creyó bastantemente fortalecido su ánimo en el exercicio de la virtud, determinó instruirlo tambien en las ciencias, pues tambien habia venido á su tienda para aprenderlas, siendo ellas ornato de la virtud, y pudiendo contribuir para fortalecerla. Llegó, pues, el tiem-

po de instruirlo en ellas; y Eusebio modesto, moderado, frugal, docil y comedido, se prestó mucho mejor á la nueva enseñanza de su maestro.



LIBRO QUARTO.

Desde el dia que Eusebio conoció á Henriqueta Smith, en casa de sus padres, echó de ver Hardyl la propension de su discípulo á los suaves atractivos del sexô. A pésar de la inocencia, que caracterizaba todavia su edad de diez y siete años, no dexó de hacer dulce y profunda impresion en su alma el talle delicado y el garvoso continente de una muchacha linda y agraciada. ¿Quién no siente el fuego del amor luego que la naturaleza llega á poner en movimiento sus resortes? Eusebio lo sintió sin conocerlo, y probó los tristes efectos de la pasion naciente sin conocer su malicia.

Esperaba Hardyl que le descubriese sus sentimientos para instruirlo en aquellos terribles misterios, y para prevenir con su instruccion y consejos sus fatales resultas. Pero viendo que nada le decia, y que su tristeza se habia disipado insensiblemente con el trabajo, creyó

que no se habia cebado su imaginacion en el objeto que se la causó; y asi tuvo por mas conveniente dexarlo en su candorosa ignorancia, estando seguro que lexos de todo mal exemplo y ocasion; no era posible que se amancillase su alma. Pero para dar con todo mayor distraccion á sus ocultos incentivos, no halló mejor medio á la mano, ni mas poderoso que empeñar su imaginacion y mente en el estudio de las ciencias, cuya novedad llama la aficion, y cuya dificultad ocupa y ata la entera atencion del alma.

Verdad es que la inocente confianza que le hizo Eusebio de las intenciones que Susana llevaba de sacarlo de su escuela, pudiera retraher los esmeros de todo otro maestro para comenzar á darle los estudios; pero Hardyl que no tenia otro dia que el presente, y que á éste solo reducia su vida, sin prometerse del venidero, solo se aprovechó del dicho de Eusebio para instruirlo en la guarda del secreto, sin hacer otra impresion en su superior prudencia y entereza, que pudiese obligarlo á dilatar el adelantamiento y provecho de su amado Eusebio; bien asi como el labrador que por tener sus campos á par del rio no dexa de sembrarlos y cultivarlos por temor de la inundacion. Prometiase á mas de esto eludir las inten-

ciones de Susana, teniendo ganada la voluntad de Henrique Myden. Resolvió, pues, poner á Eusebio de qualquier modo en la carrera de los estudios, abriendola con el de la lengua griega, la qual quiso enseñarle antes que la latina, porque no veia otra razon de posponerla á ésta en la enseñanza, como se hacia comunmente, sino la falta de maestros que la enseñasen, viendose por lo mismo privados los talentos de conocimientos y erudicion no mendigada en su estudio.

Pues aun dado caso que muchos aprendan la lengua griega despues de la latina, son raros los que en su estudio perseveran, ó porque fatigados en edad ya adulta del estudio de la latina, les falta ánimo y paciencia para forzar su memoria en mas difíciles rudimentos, ó porque tocando con la mano el fruto que se prometian de la latina, temen no percibirlo tan presto si se enredan en la adquisicion penosa de la griega, que poca utilidad les presenta, ó no tan segura y pronta quanto la latina.

He aqui, pues, á Eusebio muy alborozado y enagenado de todo el mundo, y de la misma Henriqueta, que desde lexos no trocára por el estudio de la lengua de Athenas. Un resumen de sus rudimentos que habia hecho Hardyl para sí, servia á Eusebio tambien de

gramatica ó de copia de ella, pues queria Hardyl que la mano de su discípulo ayudáse á su memoria, haciendole copiar los nombres y verbos al paso que los habia de decorar. Contribuia esto para que los aprendiese mas facil y tenazmente, haciendole mas clara y ordenáda impresion en su memoria el dibujo de la pluma.

El ánsia que padecen los jóvenes de salir quanto antes de las dificultades y del enfado que experimentan en las conjugaciones de los verbos, especialmente irregulares, haceles empeñar antes de tiempo su curiosidad en la traduccion de los autores; y el gusto que en ello perciben les aumenta el apuro y repugnancia en volver á las conjugaciones que dexaron medio aprendidas; y que para siempre quedan por aprender, lisongeandose que la misma lectura y traduccion de los libros les proporcionará mas agradablemente su adquisicion por práctica.

Hardyl estaba firme en ella, y hasta tanto que Eusebio no respondia sin cespitar á sus mas intrincadas preguntas, no le puso en las manos libro alguno para traducir. El primero á quien se debia esta honrosa preferencia era Epicteto. Eusebio sabia su traduccion de coro: esto mismo le facilitaba mas su inteligencia, y

empeñaba mas su aficion. El estudio de las lenguas es antes obra de la memoria que del talento ; pero si éste acompaña á una tenaz retentiva, acelera su inteligencia. Viva penetracion y facil memoria eran dotes del discípulo de Hardyl, aunque sin muestras de tenerlas, porque se las encubria su reserva y modesta circunspeccion. ¿Quán funestos no le hubieran sido los intentos de Susana si hubiesen llegado á la execucion? Meditaba Susana de hacerlo al tiempo que habia de ir á la granja, y dar este pretexto á su resentimiento; pero la enfermedad que le sobrevino, y que no la desamparó por algunos años hasta su muerte, desvaneció su proyecto y execucion. Dicen que el acaso decide de la educacion de los hombres: éste de Susana decidió ciertamente de la de Eusebio, pudiendo fortalecer mas su pecho contra los reveses de la fortuna y los muchos trabajos que le esperaban para hacerlo exemplar de sólida virtud.

Continuaba entre tanto en el estudio de la lengua griega, á la qual dedicaba las mañanas, pues las tardes estaban indefectiblemente destinadas para el trabajo de la tienda, hasta que ya práctico en todo el oficio hacialo ocupar Hardyl en limpiar, ordenar y regar el huerto de su casa, y en su plantío y cultivo;

empleo á que Eusebio se mostraba aficionado, permitiendole ya sus fuerzas ocuparse en aquel exercicio. Mereciale particular atencion un plantel de diversos frutales que llamaba Hardyl el huesal, porque poco tiempo despues que Eusebio estaba con él haciale plantar los huesos de las frutas que iban comiendo en un bancal que destinó para esto solo. Ve, hijo mio, á sembrar esos huesos, le decia, y de aqui á pocos años te sentarás á su sombra, te regalarán nuevos frutos, y te calentarás á su lumbre. Si en tu tierra se acostumbrasen á este juego los muchachos, verian crecer con el tiempo y con su edad un tesoro mayor que el que se van á buscar con peligro de sus vidas á otras regiones.

Veia Eusebio verificado el dicho de su maestro, deleytandose en ver crecidos aquellos verdes milagros nacidos de sus manos, y esmerabase en pulirlos de sus inutiles renuevos para que creciesen rectos los troncos; y se empleaba en trasplantarlos ó en ingerirlos luego que sus creces lo permitian: ocupacion digna del discípulo de Hardyl y del hombre; sirviendole al mismo tiempo de solaz y alivio en sus estudios, y de corporal exercicio á falta de juegos, tal vez dañosos, tal vez impertinentes en los muchachos.

Si Henrique Myden se complacia en verlo trabajar y entreteger los juncos al principio de su aprendizage, áhora crecia su complacencia con admiracion oyendole pronunciar las palabras griegas, y descifrar los caracteres que á su inedita comprehension parecian imposibles de convinar; deleytandose sobre manera en oirle traducir alguna fabula de Esopo en lengua inglesa, que le procuraba cultivar Hardyl juntamente con la española, empleandose promiscuamente en el trato familiar, aunque desde que comenzó sus estudios quiso Hardyl dar la preferencia en las traducciones á su lengua nativa, teniendo ya en casa criado inglés, con el qual exercitaba la del país.

Llamabase este criado Juan Taydor, hombre maduro, taciturno y respetoso, y de aquellos que parecen nacidos para ser fieles por afecto á sus amos. Y habiaselo pedido Hardyl á Henrique Myden señaladamente, prefiriendo al socarron de Gil Altano, el qual sintió sumamente la preferencia dada á Taydor, por no poder servir á su señorito, á quien amaba entrañablemente. Recibiólo Hardyl en su casa al tiempo que Eusebio habia de comenzar los estudios, no queriendo que se emplease mas en los oficios caseros, habiendo ya sacado del tiempo que lo ocupó en ellos el fruto que pu-

diera desear, quebrantando los siniestros de la ambiciosa opinion. Aunque si alguna vez le daba gana de entremeterse en ellos, y de ayudar á Taydor en la cocina ó en barrer la casa, dexabalo hacer aunque perdiese la leccion de la mañana, sabiendo que poco ó nada se aprende de mala gana; pues si esta falta hoy en el estudio, vuelve mañana; contribuyendo tambien aquella especie de humilde relaxa de ánimo para renovarle los sentimientos de la moderacion, sin tomar ayres de amo y señor, por solo reconocerse con medios de pagar la fatiga y sudores de quien los emplea en su servicio por no tener aquellos mismos medios que á él la fortuna le concede.

No se proponia Hardyl otro fin en el estudio de las lenguas griega y latina que habia de aprender Eusebio, sino la sola inteligencia de los autores. Resentiase él todavia del tiempo que habia malgastado en el exercicio de componer en tales lenguas en su mocedad: y como no habia de hacer alarde al público de los adelantamientos de su discípulo, como se practicaba en las escuelas públicas, no tenia tampoco motivo para hacer perder el tiempo á Eusebio, haciendole hacer pueriles y ridículas composiciones, asi en prosa como en verso griego y latino: exercicio que conduce muy

poco para la mejor inteligencia de dichas lenguas, y que tal vez con el tiempo hacese dañoso para el exercicio del estilo de la propia, como lo veia en muchos hombres doctos y eruditos contemporaneos suyos, los quales presumiendo escribir como Demóstenes y Ciceron, no sabian componer una llana en su lengua nativa, por falta de criterio y de estilo en ella (1).

Antes que Eusebio llegáse á la perfecta inteligencia de los autores griegos, creyó Hardyl no dilatarle la enseñanza de la latina, no dañando la una á la otra, como dice Quintiliano; guardando el mismo método en aprender los rudimentos como lo practicó en la griega y en las traducciones de los autores. Pe-

(1) Es cosa digna de compasion ver hombres que emplean veinte ó treinta años en el exercicio de las lenguas griega y latina para darnos despues una historia escrita con frases y centones de Plauto y de Terencio; ó bien poemas en el estilo mezclado de Juvenal, Virgilio, Horacio y Lucano, y asi de otras obras. Si los antiguos echaban de ver que el estilo de Tito-Livio sabía á patavinidad, ¿á qué dirian que saben nuestras composiciones latinas? ¿Qué dirian de la linda lengua latina con que enseñamos la Filosofía? ¿Cómo? ¿Esto tambien tenemos de nuevo? ¿Dexar de enseñar la Filosofía en lengua latina? Yo no veo necesidad; antes mucho daño enseñandose en una lengua tan bárbara como ella. Este es un error de opinion de siglo, que otro siglo llegará á destruir. Tanto cuesta el buen criterio á los hombres.

ro no le daba otros conocimientos en las dichas lenguas que los que prestaba la gramatica y la sintaxis; esto es, traducia á Homero, á Demóstenes, á Ciceron y á Virgilio, sin saber lo que eran oratoria y poësia: aprendia en estos autores la sola lengua, no las artes de los estilos; estudio que quiso darle á parte Hardyl despues que entendia bien los autores, y tal vez mejor que aquellos que hacen muestra de ser oradores y poëtas griegos y latinos, llevando esto mas fondo de vanidad y presuncion, que substancia.

En vez, pues, de hacerle imitar los autores antigüos en sus lenguas, haciale copiar traducidos en español los pasages mas sobresalientes en quadernos limpios, desmenuzandole en qué consistian sus bellezas, asi de lengua como de pensamientos; y en otros quadernos haciale apuntar los dichos y sentencias mas notables, y los sucesos de corta narracion de que se servian los autores para adorno de sus escritos. Aparejabale asi insensiblemente un almacen de copiosa erudicion para la memoria; pues ésta por felíz que sea tiene muchas veces motivos de quejas contra su vana confianza, por haber dexado de notar lo que despues olvida á tiempo que lo ha mas menester.

Podia entender Eusebio Tucídides, He-

rodoto, Tácito y Tito-Livio; pero asi como no le habia enseñado todavia lo que era oratoria y poësia; mucho menos quiso empeñarlo en el estudio de la historia, que tenia reservado para el postrero: estudio del qual descuidan generalmente los maestros, y que pide mas maduro juicio y criterio del que suelen tener los muchachos que la suelen aprender, y del que entonces Eusebio tenia. Sus ideas en todo lo que hasta entonces habia aprendido eran meramente pasivas. Con ellas no supuiera hacer un exôrdio, una amplificacion, un verso. Hardyl no sabia exîgir de su discípulo que emplease todo un dia sobre un asunto oratorio ó poëtico, sin saber qué decirse, aunque lo suministráse la materia, para llenar un pedazo de papel de pensamientos muchachales é incoherentes. A Hardyl nadie le corria, mucho menos el enemigo mas perjudicial, la costumbre. Antes que Eusebio produxera sus pensamientos, era necesario que el juicio los maduráse, y que supiese que el hombre piensa, y que tiene rectos modos de pensar y juzgar. Esto pertenece á la Logica, y ésta quiso que aprendiese antes que supiera componer cosa alguna, aún en su propia lengua.

Pero el ánimo de Hardyl estaba resentido del tiempo que le habian hecho perder en

el estudio de la Filosofía escolástica, para que se lo hiciese mal gastar á Eusebio en el estudio de la misma. De hecho, ¿qué fruto sacan los ingenios de tantos años de disputas sobre entes imaginarios, y en qüestiones de voces inteligibles; que deben olvidar para no parecer ridículos en la sociedad? De aqui los genios sofísticos y altercadores en todas materias que ocurren en el trato, y la ira descortés con que se encienden, sin saber defender la razon sino á gritos, y con tonos y ademanes descompuestos, cosa indigna de un hombre bien nacido, agena de la moderacion y de la modestia que se debe á la verdad y á la virtud.

Un compendio que hizo Hardyl del libro de Loke sobre el entendimiento humano, que acababa entonces de publicarse, y algunas otras qüestiones añadidas del mismo, sirvió de Logica á Eusebio. Luego le enseñó los primeros elementos de Geometría antes que la Física, y en esta se contentó de que supiese Eusebio los sistemas de los Filósofos, y las qüestiones mas probables, sin empeñarlo jamás en disputas, las quales no contribuyen para llegar á tocar la verdad. Asi ponia solo su entendimiento en el camino de las ciencias para proseguir despues con mas intenso estudio aquellas á que su genio mas inclinase; siendo im-

posible al talento del hombre abarcarlas todas en su basta extension. Ni podia tampoco Hardyl enseñarselas todas, porque no las habia estudiado.

Asi en pocos años con el estudio privado y con la aplicacion y retentiva de Eusebio, lo instruyó Hardyl en las ciencias principales, y conociendo haber con ellas adquirido luces bastantes para tratar de por sí las materias que le proponia, comenzó á darle reglas de poësia y norma de los mejores exemplares de los griegos y latinos, le daba asuntos para sus composiciones; no porque quisiese hacerlo antes poëta que orador; sino que la versificacion contribuye para facilitar el estilo en prosa, y para darle mas alma y brillantez. Despues que tambien en esta lo tuvo exercitado, haciendole renovar con el motivo de la imitacion la memoria de la lengua griega y latina, y fortalecido ya su entendimiento y juicio lo bastante para poder emprehender el estudio de la historia, quiso que le diese principio por la sagrada; sobre cuyo estudio le decia, que se habia de aprender á tres arremetidas. La primera lectura para cebar la curiosidad; la segunda para retenerla en la memoria; y la tercera para sacar el fruto de ella, conociendo los hombres de los tiempos pasados para con-

vinarlos con los presentes y los hechos que caracterizaban sus pasiones.

Al paso, pues, que Eusebio cobraba mayores luces y juicio, lo ponia Hardyl en estado de limarlo, llevandolo consigo á las visitas de algunos amigos y conocidos suyos, principalmente de aquellos que conocia mas instruidos en materias literarias; con lo qual conseguia dar mayor despejo y facilidad á su trato, y al mismo tiempo empeñaba mas su aplicacion en los mismos estudios. Entre los amigos que Hardyl tenia de mayor capacidad é instruccion era cabalmente Gillelmo Smith padre de Henriqueta. Hardyl no queria privarse de su amigable trato, ni privar tampoco á Eusebio; pero para no darle motivo de volver á encender su pasion, que creia enteramente apagada, hizo la confianza á Smith de la inclinacion que habia notado en Eusebio á su hija, diciendole, que aunque juzgaba que era solo una inocente llamarada, con todo creia no debersela fomentar antes de tiempo, siendo estas primeras impresiones las mas funestas para un joven; que por lo mismo le rogaba, que las veces que llevase á Eusebio á su casa los recibiese en una estancia aparte en que pudiesen tratar de materias literarias, hasta que Eusebio estuviese en estado de casarse;

tiempo en que se podia permitir alguna relaxa: á la pasion.

Alabó Guillelmo Smith las intenciones de Hardyl, y vino bien en lo que le pedia, admitiendolos en su retrete, sin que jamás Eusebio viese el rostro de Henriqueta, hasta que un dia, ó por convencion, ó por pretexto de que quiso valerse la muchacha, ó por accidente, compareció llena de dulce magestad y graciosa compostura, con que dá realce á la naturaleza el gusto y sentimiento del sexô en sus adornos. Estudios, ciencia, virtud, cielo y tierra todo desaparece de los ojos de Eusebio, como huye el dia del brillante rostro de la Luna en su mas entero y suave resplandor. Tal pareció la doncella al turbado mancebo, que atado de confusion apenas correspondió al afable saludo que hizo al entrar la muchacha, dexando enagenada el alma de Eusebio con su inesperada venida.

Cumplida la comision que parece llevaba para su padre, al tiempo que renovaba el saludo para irse, viendo Hardyl la inmobilidad de Eusebio, preguntóle, si conocia á aquella señorita, por ver lo que respondia. Paróse ella á tan lisongera pregunta, haciendo valer su cortés y amable afabilidad para esperar la respuesta del encogido Eusebio, el qual, sal-

tandole el corazon del pecho, respondió, que la tenia muy presente desde el dia que tuvo la fortuna de conocerla en casa de sus padres. La muchacha no menos recatada, agradecióle la expresion con una modesta sonrisa y muy animado saludo por despedida. *Et vera incessu patuit Dea.*

Hardyl y Guillelmo Smith miraronse con afectos diferentes, alusivos á la confianza hecha sobre la aficion de Eusebio. Y aunque procuraron volver á tomar el hilo de sus discursos, vieron que el ánimo de Eusebio estaba sobrado absorto para continuarlos; lo que sirvió de motivo para despedirse, y para que Hardyl resolviese tomarle cuenta de sus sentimientos. Su edad era ya madura para que Hardyl se recatáse mas tiempo de entrar en tales materias. Con esto llegados á casa y sentados ya para proseguir su trabajo, sin valerse de preludios y rodeos le preguntó: ¿si era grande la impresion que dexaba en su alma la vista de Henriqueta? Eusebio, no sabiendo disimular la verdad de lo que queria saber de él su maestro, le respondió ingenuamente, que su vista lo habia dexado en tan grande desazon, que el alma se le iba tras ella, padeciendo en su interior violencia igual á la que prueban las cosas fuera de su centro. Enton-

ces Hardyl arrimando su obra, y haciendole tambien dexar la suya para que le diese mayor atencion; le habló de esta manera:

Sabes, hijo mio, que la naturaleza nos dió generalmente á los hombres las pasiones para que animasen nuestra voluntad y encendiesen nuestros deseos hácia los fines diferentes para que nos formó. Sin pasion el hombre fuera un animal estúpido: naciera para acabar: moriria antes que levantar un brazo para llegar á la boca su sustento. Proveyó, pues el admirable autor de la naturaleza que diesen vigor las inclinaciones del hombre á los resortes del cuerpo, no solo para que miráse por sí y por su conservacion, sino tambien para que con ella contribuyese á la conservacion de toda la prodigiosa armonia del universo, cuyas partes siendo perecederas y destructibles, debian reproducirse para la reparacion de lo que no podia ser eterno. El medio, pues, principal de la conservacion de la naturaleza es la propagacion, con la qual ella renovandose se conserva. Y para que el viviente no pudiese frustrar este fin, infundióle para ello un dulce fuego abrasador é irresistible, á quien se le dió el nombre de amor.

El amor, pues, es una ardiente inclinacion en todo animal á la regeneracion: y como

para que esto se efectuáse dispuso el mismo Omnipotente autor de la naturaleza, que concurriesen los dos sexôs, asi tambien inflamó en ambos á dos este deseo vehemente de la union, que es el término del amor asi del hombre como del bruto. Mas como éste quedó destituido de razon, la qual pudiese servir de freno para contener este terrible apetito, se lo acotó la naturaleza, segun parece, de modo que cumplido el fin, se le agota la concupiscencia.

El hombre al contrario, padecela sin medida, como si fuese censo de los dones de razon y entendimiento con que lo enobleció la naturaleza. Pension cara y fatal tributo de que no sé si podrá gloriarse nuestra humillada preeminencia sobre los demás animales. Pero la sola razon no era freno bastante en los hombres para reprimir los incentivos de la concupiscencia, si los zelos, que le son desvelados compañeros, no hubiesen aconsejado al hombre social instigado del amor propio, á poner por intercesora la naturaleza para con la justicia, á fin que ésta impusiese leyes y penas para legitimar la union de los sexôs, y para que no sufriese violencia. Y he aqui el matrimonio establecido, sobre el qual hubiera mucho que decir respecto de los ritos diferentes con

que lo celebran las naciones; y no es esto de lo que quiero hablarte, sino proponerte los motivos por los quales la razon debe refrenar este apetito, cuyos primeros incentivos avivó en tu pecho la vista de Henriqueta.

A esto debias llegar: has ya llegado. Comienzas á probar el desorden y enagenamiento de los sentidos que causa la vista de una hermosura; mas todavia no has probado sus fatales conseqüencias; é infelíz de tí si llegas jamás á probarlas por haberte dexado arrastrar de sus engañosos alicientes y formidables atractivos. Sufocarlos debes desde luego, hasta las sucedentes memorias que de sí dexan, si quieres que la virtud conserve en tu pecho el inalterable señorio sobre las demás pasiones. Porque si llegas á rendirte al incentivo del amor, me cree, Eusebio, éste solo basta si llega á levantar cabeza en tu corazon para dar suelta á las demás pasiones, y para hacerte esclavo de las mismas. Serás entonces ambicioso, vano, codicioso, tal vez cruel, tal vez ímpio é inhumano.

¿Tan funestas conseqüencias debe tener el amar á un objeto cuya perfeccion parece agotó el poder de la naturaleza? Sí, hijo mio, á extremos tan funestos nos puede arrastrar el amor. Su apariencia hermosa, dulce y lison-

gera no nos lo promete: este es el cebo con que encubre su violenta ponzoña, y la cruel tirania con que trata á los que rindieron sus corazones á su aparente blandura. Con esta irrita y provoca nuestra concupiscencia, é inflama nuestros deseos, prometiendonos la suprema felicidad en su posesion. Si el hombre que tal se la representa no puede conseguirla, veráslo hecho vil esclavo de sus irritados deseos, de crueles desazones y desvelos que agitan su interior, que atropellan su conciencia, que ofuscan su razon y que entorpecen su entendimiento. Veráslo suspirar, gemir, envilecerse en los brazos de una rabiosa desesperacion, ultrajando al cielo y su destino, maldiciendo de la luz que no debia alumbrarlo, y detestando de la vida de que se hace indigno. ¿De qué arrojo, de qué delito no es capaz el hombre en el delirio de esta intratable pasion?.

Mas no es esta la sola haz por la qual la debemos contemplar. No se aflige ni se desazona tanto el amor por la dificultad, quanto se envilece y empalaga por la facilidad de la posesion. A ésta sigue el sacio arrepentimiento que muerde y roe el ánimo, cubriendolo de despreciable é indecoroso rubor. Añade los funestos lances á que anda expuesto, y los efectos no menos fatales á la salud que al honor,

y á la propia reputacion. Bien es verdad que la riqueza, el luxo la vanidad y la ambicion parece que quieran autorizar desde sus volantes y dorados carros este funesto apetito. ¡Mas ah Eusebio! su apariencia no hay duda es leda, halagüeña, y al parecer envidiable: pero entra, penetra su interior, y verás quanto mas eloqüentes son sus desengaños solapados que todos los consejos de la virtud. Á su rostro es verdad asoma la risa liviana y la altanera desenvoltura; caen pendientes las rosas de sus sienes perfumadas: parece que el contento ufano brilla en sus ojos loqüaces y desvanecidos, y que la delicia se afanó y sudó en adornar sus relaxados cuerpos: mas cebanse en su interior como vívoras las conseqüencias del vicio; las inquietudes y desazones lo despedazan, y á despecho de su vanidad les amargan la risa y les emponzoñan su contento.

Todo esto es sobrado general, y ageno de tus buenas costumbres é inclinaciones, para que te convenzan de la verdad que te persuado. Deduzcamoslo á un hecho de mas de cerca, y que te interesa, quiero decir, á Henriqueta. Vistela, y la amaste: no lo estraño: fue el primer objeto hermoso que se presentó á tus ojos inocentes. Vuelves á verla, y la pasion que antes era tierna por la edad, ahora

con la misma edad ya crecida, cobra mayores brios y robustez. La virtud por boca de Epicteto te dice luego: no Eusebio; no desees lo que tal vez no puedes alcanzar. Lo que de tí no depende no te desazones por conseguirlo. Ese hermoso objeto que te arrebata y enagena irritando tu concupiscencia, te puede ser funesto. Su exterior es de blanda paloma; ¿pero quién te asegura que su interior no sea de Esparavan? No te dexes llevar tan facilmente de la apariencia de la hermosura. Tal vez bajo exterior modesto y severo encubre la disolucion. La veleidad, la sobervia y el capricho anidan tal vez en su pecho bajo el velo de una afectada compostura. Si no bastan estas razones para dar sofrenada á tu pasion, he aqui el caballo y flecha; armate y huye. A guisa del pelear de los Parthos el amor solo se vence con la huida.

Tal vez me estará objetando tu pasion, que si el hombre ha de casarse debe rendir su pecho á los dulces atractivos de la hermosura que empeñó su amor. Es asi, hijo mio. Las leyes del cielo, las de la tierra, las de la virtud y honor no dexan otro lícito arbitrio á la concupiscencia, que el casamiento. Este parece ser una obligacion que nos pone la naturaleza, con la qual yo cumplí, y con ella cumplirás

tú quando será tiempo, conviniendo con tu padre. Mas ahora ¿quién te asegura que éste, ó bien el de Henriqueta condescienda á los indiscretos deseos de tu mal fundada pasion? ¿Quién te promete que la doncella misma no esté prendada de otro amante mas rico tal vez y mas apuesto que tú? Si tu amorosa presuncion te lisongeó de su correspondencia por alguna de sus demostraciones, ¿no pudo ser antes efecto de su buena crianza, que prueba de inclinacion que tal vez no te tiene? Y si es asi he aqui tu amor cercado de estorvos y de contrariedades invencibles, y expuesto tu pecho á las crueles desazones de un desordenado apetito.

Mas no quiero que sea tan dificil su adquisicion. Demos que tu padre, que el de Henriqueta misma la deseen y te la faciliten, y que la doncella misma arda por tí en mayor fuego amoroso que el que tu sientes por ella, y que al fin la obtengas por esposa. He aqui Eusebio sin experiencia y conocimiento del mundo, con la leche todavia en los labios, hecho amante y marido sin haber visto otro rostro y presencia que la de su Henriqueta: hete aqui, digo, que entras en la gran feria del mundo, en que se presentan á tus ojos otras hermosuras mas finas y delicadas, nue-

vas gracias, y talles mas bien cortados y zalameros; composturas mas nobles y magestuosas, modestias mas afables y atrayentes, dulzura de rostro, y de ojos mas insinuantes y eloqüentes; discrecion y virtud mas amable, y prendas mas cabales que las de tu esposa, la qual comienza á descubrir sus defectos, luego tal vez los vicios que celaba, y he aqui á Eusebio disgustado de su eleccion, poco despues arrepentido é infelíz para toda su vida.

Si te parece que no tienen fuerza estas reflexîones para obligarte á contrastar esa aficion, ¿ no podré invocar el dulce y suave imperio de la virtud y de la paz de tu inocencia? Esta ha desaparecido, lo veo; mas te queda la virtud, la qual puede traher la paz á los santos afectos de tu pecho. Ella puede volverte aquel celestial consuelo que nacia de la tranquilidad de tus inclinaciones rendidas al señorio de la moderacion, y á la fortaleza de tu alma, la qual parecia que habia de provocar á otra hydra lernea y otro leon nemeo. Mas Iole se dexó ver, y rindió con sus ojos al que destrozó con sus brazos las mas terribles fieras.

!Ah! Eusebio, la fiera mas terrible es esta cruel pasion, y la que avasalló y venció á los vencedores de las naciones; el mayor esfuerzo y fortaleza es la que toma el ánimo de

la virtud, la qual á pesar del resentimiento del amor sufoca los incentivos del deleyte. La gloria mayor de Scipion no fue la que le dió Cartagena tomada apenas combatida, ni la que le cedieron Anibal y Cartago, mas la que venera nuestra admiracion quando lo vemos restituir al joven Alucio su inviolada esposa. La orgullosa libertad que infunde la victoria, los derechos que ésta se apropia sobre los vencidos, el llanto de la doncella cautiva que realza sus gracias, inocencia y hermosura á los ojos de un joven vencedor, no fueron motivos bastantes, aunque fueron los mas terribles, para que el moderado Scipion satisfaciese á la libertad de su pasion provocada. ¿Abstuvose por abstenerse? No; ninguno obra de modo tan insulso, mucho menos dó se interesa esta viva pasion, especialmente en un joven poderoso, General romano y vencedor. Mas preponderaron en su pecho las leyes del honor en cotejo de la violacion de una doncella; la compasion magnánima respecto del amor jurado á un joven amante, y del dolor de entrambos si les usurpaba tan envidiables primicias. Preponderó el exemplo que debia al exercito que queria reformar, y á la tierra que queria conquistar antes con su clemencia y moderacion que con las armas.

Estos motivos fortalecieron su virtud para que triunfáse de los incentivos de su pasion; y á este triunfo debió tal vez el ser el terror del Africa y la admiracion de todos los siglos, y de la misma Roma en el destierro de Literno. ¿Si en lugar de la esposa de Alucio te hubieran presentado los soldados á Henriqueta Smith estando tú en lugar de Scipion, te hubieras comportado como él? Tal vez los motivos mismos hubieran dispertado en tu pecho los mismos sentimientos de virtud. Hay, pues, motivos y medios para sobreponerse al amor; mas esto lo creerás tal vez ageno de tu obligacion sobre el casamiento.... ¿ Dudais todavia, interrumpióle Eusebio, que no me convenzan tales razones? Lo creo, respondió Hardyl, pues lo confesais, y me persuado que aun sin ellas hubiera quedado firme vuestra virtud á prueba de las sugestiones, estando aun só el abrigo de la dependencia. Mas el tiempo de la libertad debe venir, debeis entrar en un mar desconocido, y navegar entre escollos y sirenas; y para entonces debe prevenirse ahora el prudente Ulises. Sin esto vanos fueron mis consejos: en la ocasion el hombre desprevenido degenera. Por lo mismo sufre que vuelva á tu objecion sobre el casamiento. Ni trataré ya de Henriqueta: dexemosla ahí, dexemos

todas las demás mugeres, para venir despues á escoger la que mas te venga, aunque sea Henriqueta misma.

El hombre que ha de casarse debe amar, debe rendirse á las gracias del sexô que mas empeñan é irritan su pasion. Este poderoso aliciente que dió la naturaleza al sexô, lejos de oponerse á la virtud, se reconcilia con ella, y con ella apura sus quilates: de modo que el amor mas puro y mas delicioso es el que nace y crece con la virtud, y el que con ella se eterniza. Sin ella ama tambien el hombre: antes bien este es el amor comun y vulgar entre los hombres. Raros son los corazones que una en la tierra un virtuoso amor; y por esto son raros los amantes felices. Pueden bien sí parecerlo, lo serán por momentos; pero luego los funestos efectos de las otras pasiones no domadas sufocan los dulces sentimientos del amor, el qual tan felíz parecia: mas ellas quebrantando la constancia lo disponen al desabrimiento, fomentando á la infelicidad la ambicion, á la qual segun los cuidados y desazones que desengañan los infelices amantes de sus lisonjas y esperanzas en que fundaban su felicidad.

¿Pues qué, la virtud tiene poder para eludir estos fatales efectos? Si llega á unir dos

buenos corazones, no hay duda. Esta felíz combinacion sucede raras veces, mas depende de nosotros en parte el que suceda: pues es mas facil que logre esta ventura el que lleva al altar de Imeneo un alma pura y esenta de vanidad, mal avenida con la ambicion, y severa en sus obligaciones, que no aquel que lo llevan atraillado sus desordenadas pasiones á prometer livianamente una fé que no puede mantener. La curiosidad entonces, terrible mobil del amor, no tarda en apagarse; agotanse los alicientes con ella, y el ardor del afecto se amortigua. Al empalagamiento suceden los disgustos, y éstos crecen á vista de otros nuevos atractivos; y si la virtud falta el hombre cae y perece. Oye.

Onfis joven noble, hermoso y rico amaba ardientemente á la bella Earina. Todos los que sabian sus amores envidiaban de antemano la suerte felíz de su esperado casamiento; pero desgraciadamente su mismo padre se lo estorvaba por ciertos disgustos de pundonor, fatal enemigo que se forja la vanidad. ¿Pero de qué no se lisongean los amantes? Tienta Omfis de obtener el consentimiento de su padre: el infelíz no sabia el poder de la enemistad, mayor tal vez que el del amor. Mas lo probó en la indignacion de su padre á su im-

portuno llanto, y en las exêcraciones de quo lo cubrió si llegaba jamás á ofender su paterno afecto, tomando por muger á Earina.

El amor contrastado crece y toma fuerzas de la represa misma, como las cobra la corriente de los obstáculos que se cruzan en su avenida. Omfis gime y se desespera. Su imaginacion se irrita con el temor de perder las gracias y los amores de su amada. Quedanle no obstante lisonjas de rendir la obstinacion de su padre, poniendo por intercesores sus deudos y amigos. Pero el padre mas duro y sordo que los escollos de Icaro, se niega á todos, y persiste en su negativa; y el hijo vuelve con mayor encono á sus profanas quejas y lamentos. Acusa al cielo y tierra de contrarios á su felicidad, y en el exceso de su dolor, jura de casarse á qualquier coste con su amada Earina.

Hálla medio de hablarla: exponele su sentimiento y la cruel obstinacion de su padre; y proponele la huida de entrambos, facilitandole los medios para executarla. Earina oye sus quejas y su proposicion: lo aprueba todo; pero el temor y decoro atan las alas á su amor. Dale con todo por respuesta, que estando la mayor oposicion de parte del padre de él, éste no podia impedir la execucion de su casa-

miento si el padre de ella, como lo esperaba, se lo facilitáse: ó en caso que tambien éste se opusiese, recurririan al expediente de la fuga; pues ella estaba resuelta á sacrificarlo todo por satisfacer su pasion.

Ufano y sosegado Omfis con tan lisongera respuesta, oculta sus designios al padre, mostrandosele sumiso. Earina entretanto cuenta al suyo, para ver de indagar su ánimo, la indignacion que habia manifestado el de Omfis á la proposicion que le hizo de casarse con ella: mas sin dexarla acabar, creyendo que el padre de Omfis se oponia al casamiento con su hija por presuncion de nobleza; toma su negativa por agravio hecho á su honor, y en el resentimiento de su vanidad envia al padre de Omfis mensage de desafio. Lo acepta éste, y entrado apenas en liza, cae víctima del ciego pundonor, quedando tendido y muerto en el campo.

¡Omfis desnaturado! ¿Jubiló acaso tu impio amor á la nueva de la muerte de tu infeliz padre? ¿El filial amor dió á lo menos sofrenada á tu furiosa pasion? No; pues te desnudaste del luto para adornarte de las galas del Himeneo. La nobleza, el valimiento y el dinero mas poderoso, echan ceniza á la memoria del delito del padre de Earina; y és-

ta coronada de joyas se presenta al altar en que jura á su amado Omfis fidelidad eterna entre el festejo y envidiados parabienes de los que sus bodas solemnizaban. Ves ya los amantes al colmo de su dicha imaginaria, obtenida al caro precio de la sangre de un padre que pedia al cielo venganza de la desenfrenada pasion del hijo.

¿Tomóla acaso el cielo? ¡Ah! Eusebio; el cielo abandona al delinqüente á su delito: la misma culpa toma venganza del que la comete. Omfis era ambicioso, presumido y colérico. Su amor tenia por solo objeto satisfacer á su pasion. Amaba en Earina el solo exterior que conocia: los alicientes de su hermosa presencia no le dexaron conocer el pérfido corazon que abrigaba, ni la loca ambicion de ser cortejada y adorada de otros amantes. Omfis presumia sobrado de sí y de su apostura para recelar de su amada estos agravios, como si la hermosura del hombre fuera el solo señuelo del amoroso capricho de las mugeres. Esmerabase en hacer alarde de sus riquezas, fomentando mas con ellas su vanidad y la de su Earina. Los convites, los saraos y las superfluas galas acrecentaban sus gastos, y éstos las deudas que alcanzaban á sus rentas. El juego destruidor de las familias, acortó las largas á los

acreedores, y dió al traves con su ambicion.

La vanidad no podia ya suministrarle ingeniosos medios para mantener en boga el tren y alto tono que habia dado á su dita. Convino, á pesar de su humillada ambicion, recoger velas y retirarse á cala. ¿Earina, la vana Earina podrá reducirse á dividir con su Omfis el grave peso de sus desaciertos y locuras? ¿Tendrá valor para aliviarle con dulces consejos la afliccion de sus tardos desengaños? ¡Ah! no es este el proceder de la vanidad y de las pasiones desordenadas. Amargas quejas, reproches violentos, importunas desazones, llantos, lamentos y desesperacion esperaban á Omfis en asechanza para agrazarle su ideada felicidad. Rebotaban en su intolerante oido los ásperos acentos de su muger que irritaba su impaciencia, dispertando poco á poco el odio en que se muda el cansado amor y arrancabale demostraciones de su entibiado afecto, de aquel afecto que parecia habian de hacer eterno sus primeros abrazos. Antes su dicha pendia de las dulces miradas de Earina y de su suave compañia. Ahora las rehuye y abrevia los momentos de la odiosa estada con ella; ni ella echa menos la ausencia de su disgustado marido, mostrandole desprecio igual al que éste le manifestaba.

Silio, su primo Silio vino á romper enteramente su aflojada union. El amor que le habia manifestado Earina le dió prendas que no seria desechado en tan oportuno lance, del qual supo aprovecharse el astuto Silio para cubrir de ignominia á Omfis, á quien con fingidas demostraciones ocultaba el odio que le profesaba. Era Silio quanto bien apuesto y galan de cuerpo, feo otro tanto y de rostro desapacible. Y aunque las freqüentes y largas visitas con que entretenia el ocio de Earina, daban á Omfis sospechas, mas presumido éste de sí mismo, y confiado en la fealdad de Silio, tuerto de un ojo y devorado el rostro de viruelas, hizolo sobreseer al asomo de sus zelos dexandolo freqüentar su casa. Mas como la curiosidad lleva al ánimo y á la mente por cerros imaginarios, haciendo posibles las mas extravagantes ideas, dispertó en Omfis los deseos de oir lo que los dos primos entre sí trataban.

A este fin levantase un dia de la mesa antes de acabada, fingiendo ocurrirle un negocio perentorio, y en vez de tomar la puerta de la calle toma la de la estancia en que Earina recibia á su amante Silio; y escondese en la alcoba agazapado, esperando el momento que habia de apresurar, sin temerlo su rabiosa ig-

nominia. Confiada Earina en la ausencia de su marido, cuenta los momentos de la tardanza de su primo, el qual llegó finalmente á saciar de deshonor la funesta curiosidad del que palpitando sin cespitar alargaba atento oido para mejor satisfacerla, creyendo que tratasen todo otro asunto que los declarados amores á que sin embarazos se entregaron. Las caricias y ardientes ósculos eran otros tantos rayos que aturdian y traspasaban el alma atónita del ultrajado marido, el qual tremante de indignacion é irritado de despecho, sentiase impelido á prevenir su entero deshonor. Pero la misma fatal curiosidad lo contenia para ver si llegaban al increible estremo, pareciendole imposible que ninguna muger, mucho menos la suya, pudiese avasallar su decoro á la horrible fealdad del rostro de Silio.

Tardó poco á desengañarlo la violencia de éste y la flaca resistencia de su Earina, que dexandose arrastrar para ser mas poderosamente vencida, iba á cederle el triunfo de la jurada fidelidad á su marido, bien agena de sospecharlo testigo de su infamia, quando bramando de rabia y de furor se levanta de su escondrijo, y se manifiesta á los traidores, oprimiendolos de atonita confusion, y dexandoles quajados en las venas sus profanos ardores.

Llevado de la sola curiosidad, no pudiendo sospèchar tan fiero desacato, no acordó Omfis de ocultarse armado; y aunque era colérico faltabale esfuerzo y corage para haberlas con el resoluto y adelantado Silio, el qual aunque reo, y casi cogido en el cuerpo del delito, sacando mas irritado aliento de su aturdida sorpresa, corre á tomar la daga que habia dexado, y empuñandola se presenta con ella al desvalido Omfis, que á tal vista oprimido mas del dolor y de la rabia de su ignominia, que del temor de la muerte, dexáse caer sobre la cama, abandonandose á los amargos sollozos con que regaba aquel mismo lecho que antes creyó el altar de su dicha. Puedes figurarte quál quedaria Earina viendo patente su infidelidad el mismo á quien ofendia, y cuya terrible aparicion la oprimió de abatimiento tal que iba á entregarse á un fiero desmayo, quando encendió de nuevo su aliento el resplandor del desnudo acero en las manos del fiero Silio en ademan de acometer á su miserable y desarmado marido.

Corre fortalecida de un resto de compasion á detener el brazo de su primo, ofreciendole su interpuesto pecho qual estaba desnudo, para que borráse con su sangre la confusion de su culpa. Mas Silio la asegura que no en-

sangrentará su acero en un desarmado : pero que solo se lo haria embainar, el juramento que pedia á su marido sobre el perdon que para entrambos requeria. Nada de esto oia el infeliz Omfis por los roncos sollozos que exâlaba de su enconado pecho, teniendo tendidos los brazos sobre la cama, contra la qual oprimia su confuso rostro, no atreviéndose á levantarlo para no alterarse de horror volviendo á ver aquellos detestables complices de su indeleble ignominia, ni se movia de aquella postura por mas que el atrevido Silio se esforzase á tirarlo del brazo para obligarlo al juramento que pretendia.

Quisiera la pálida y confusa Earina quedar antes muerta que esperar el fin, creyendolo funesto, de las pretensiones de Silio. Tentó evadirse de la estancia ; pero Silio le impidió la salida apoderandose de la llave, resuelto y firme en no dexarlos salir de alli hasta que Omfis no le juráse el perdon que le pedia. ¡Ah! ¿quien no tuvo aliento para preferir la muerte en tan horrible circunstancia, lo tendrá para dexar de ceder á tan oprobriosa violencia? Cedió; pero no tanto por temor quanto por sacudir mas presto de su presencia aquel detestable violador de todo derecho, jurando sobre el desnudo acero que no tomaria ningun ge-

nero de venganza ni contra él ni contra Earina.

Asegurado de su promesa parte Silio dexando al infeliz Omfis sumergido en el letargico dolor que sucedió á su agotado llanto. ¡Cielos! ¿dónde está aquel amor ciego, ardiente y furioso, que á trueque de dexar satisfecho hubiera atropellado Omfis las leyes humanas y divinas? ¿Dónde aquella terrible pasion á la qual pospuso la vida de su propio padre? ¿Dónde aquella eterna fidelidad que le juró su Earina, y aquellas caricias y concambiados regalos de sus primeros amores? ¿Dónde el júbilo y parabienes de sus envidiadas bodas, y aquellas dulces y seguras esperanzas que la prometian una felicidad eterna? Todo desapareció qual humo. Un felíz sueño tan presto no se desvanece. Al falso gozo, al fugaz deleyte, á la vana ostentacion de una aparente dicha, sobrevino el llanto, la amargura, la confusion, el horror y la ignominia que se emposesionaron de aquella infelíz casa, y de sus mas infelices dueños.

¿Crees que se limitáse á esto solo la desventura de su inconsiderado casamiento? Escucha todavia.

Atado de su mismo juramento el enojo de Omfis, y de los recelos que le daba el esfuerzo del atrevido Silio si tomaba venganza de

su pérfida Earina, resuelve á no mirarla como muger; separase de su cama y mesa, y tratala como á cosa que no le pertenecia. Este justo desprecio y enagenamiento de su marido, peor tal vez que el castigo, fomentaba en ella la fiera confianza y odioso atrevimiento con que correspondia al desden que Omfis le mostraba, sin apagar en su alma la torpe pasion por Silio, con quien continuaba á mantener secreta correspondencia. Temia éste exponerse á un fatal desafuero y aventurar sus seguros amores si volvia á dexarse ver en casa de Omfis á la descubierta: pero teniendo sobradas prendas para temer que éste diese sobresalto á sus sueños, pasaba algunas noches con Earina, añadiendo el atrevimiento á la desvergüenza y á la protervia del desacato. ¿Creyeralo esto Omfis? ¿Creyera que las ardientes protestas y ansiosas demostraciones pudieran llegar á convertirse en odio tan cruel, que llegáse á maquinar con Silio quitarle la vida aquella misma Earina?

Estos horribles intentos iban madurando los traidores, quando la suerte queriendo desviar la muerte de Omfis, le inspira una invencible aversion al país y casa que habitaba, avivando mas en su fantasia la fea opinion de su oprobrio, é instigandolo á irse á donde no fue-

se conocido. Cede Omfis á estas instigaciones, y aunque procuró executar su salida sin que ninguno la penetráse, no la pudo ocultar á la sagaz muger, que se alegró de ella, pues le ahorraba la terrible execúcion de sus fieros designios. Avisó, pues, á Silio del dia de la partida de su marido; y éste creyendo que ninguno sabia su determinacion, salió de su casa para ausentarse tambien de la ciudad.

Avisado el impaciente Silio de su ida, vuela á los brazos de Earina para satisfacer su pasion sin estorvos, y sin la enfadosa sugecion de la presencia de Omfis. Era ya tarde y á boca de noche quando éste dexó su casa, encaminandose fuera de la ciudad, donde tenia dada orden que le llevasen el caballo para seguir su viage. Mas cansado el destino de la maldad de su muger, y queriendo castigar su perfidia, hizo de modo que el esperado caballo no compareciese ya cerrada la noche, obligandole asi á volver á su casa, donde se lisongeaba que no seria echado menos. Silio entre tanto arrojado todo respeto obliga á Earina á retirarse antes de tiempo, necesitando del descanso del lecho por el dolor que sentia, efecto de haber querido probar sus fuerzas aquella misma tarde con sus amigos, sobre apuesta de quién de ellos levantaria mayor peso.

Quedó por él la victoria; pero al caro precio de su salud, quedandole su pecho tan resentido del violento esfuerzo, que solo su pasion mas violenta pudiera hacerlo entrar en la nueva lid de amor. ¡O locos desvaríos! Mientras se esfuerza en hacer triunfar tambien su apetito entre los brazos de Earina, rompesele una vena, tal vez ya consentida, é inunda el rostro de su enagenada amante de bocanadas de negra sangre, echando con ellas el alma, y dexando aplomar su cuerpo sin vida sobre el de la misma que abrumada del difunto peso, y del horror del funesto y repentino accidente, no sabia qué expediente debia tomar en tan horrible circunstancia. Preponderan en ella el susto y el dolor de aquel fatal acaso que comenzó á sacarle mil dolientes expresiones al tiempo que Omfis muy paso, para no ser sentido de alguno, entraba en la casa bien ageno de aquella catastrofe, y de la que él habia de añadir.

Habianse retirado los criados dexando reynar en la sala un profundo silencio, que solo rompian las quejas y los lamentos de la desolada Earina. Estos yeren el oido de Omfis, el qual temiendo que su muger hubiese penetrado su fuga, sospechaba que se afligia por su ausencia. Un inflexîble sentimiento de despre-

cio hizole proseguir su camino; mas la fatal curiosidad lo detuvo, haciendole aplicar el oído á la puerta para ver si su muger lo nombraba en sus lamentos. ¡Omfis desdichado! no te llama á tí ni te nombra; mas llama en vano á su difunto Silio. A tal nombre se escandece, y sobresalta de ira. Toda la rabia de su indignacion é ignominia no vengada enciende ahora con mayor vehemencia los deseos de su venganza, é impelelo á ello la vista del montante que llevaba ceñido para el viage: echa mano de él, y acosado de su ciego furor impele la puerta mal cerrada que le dexa entrada libre. Sus ojos centelleantes de enojo y el funesto resplandor de su desenvaynado acero deslumbran los de Earina, que arrojando á su terrible é inesperada presencia un seco alarido, cae sin sentidos en el suelo.

Nada menos pudiera sospechar el indignado Omfis, que ver su lecho transformado en funesto cadahalso del traidor que lo violó; ni advirtió en ello cegado del enojo hasta que la caida en el suelo de Earina, enfrenando un poco su furor, dexóle tiempo para descnbrir á la luz escasa que alumbraba la estancia, el yerto cadaver que alli yacia. El terror que le causó tan horrible sorpresa no pudo impedir la entrada al furibundo enojo que lo incitó á ce-

bar su vengativa saña en el pérfido seno de su esposa; vengando asi el oprobrio de que lo cubrieron las profanaciones y delitos de la que un tiempo llamaba su adorable Earina.

¿Parecete, Eusebio, que pudieran tener tan desastrado fin tan tiernos y ardientes amores, y los transportes de Omfis para obtener á qualquier coste esa misma Earina? La obtuvo, creyendo obtener con ella la felicidad que su loca pasion le representaba. Mas ve quales fueron sus quilates. Persuadete, pues, que no inferiores fines, aunque no sean tan horribles y sangrientos, llegan á tener los casamientos á los quales no preside la virtud. Extravíos, quejas, desazones, roimientos de zelos, afanes, lloros, disgustos, y arrepentimiento son por lo comun las arras que el indiscreto amor les reparte.

¿Y á qué toque, pues, me dirás debe quilatarse el santo amor? Al del afecto, contenido en su mayor ardor de la moderacion y de la prudencia; las quales antes de fomentar la llama en un objeto que la enciende, lo miran y exâminan por todos sus visos, y los comparan con sus sentimientos, sin perder de vista los medios que le presentan el decoro, la reputacion y fuerzas de su estado. Este puro afecto contenido de la descaprichada entereza, pre-

fiere un dulce genio á una brillante hermosura, y pospone una rica nobleza sin virtud á una virtuosa pobreza. Si á la doncella destinada por esposa se presenta un temor respetoso, contiene al atrevimiento de la pasion que la blanda flaqueza del sexô le irrita. Antes se abandona á los dulces transportes del alma bañada de los destellos de la ternura, que al justo deleite robado de un protervo desacato. La noble reserva, el magestuoso poder y el suave continente de su amada merecen antes su aprecio, que las gracias zalameras y el suelto despejo que anuncian sentimientos indignos del rubor adorable y de la inocente vergüenza dada de la naturaleza por dote principal al sexô.

¿Llega por ventura el Himeneo á romper los velos con que cubrian sus tiernas frentes la inocencia y la honestidad? ¿Llega la bendicion del cielo á quitar los estorvos á la union de sus castos pechos? La virtud que contuvo sus inculpables afectos, enciende y aviva antes los tiernos sentimientos de su segura confianza, que los de su concupiscencia. Inunda antes sus enagenados corazones del llanto de un gozo inexprimible, que del fugaz deleite que lo acompaña. Vanidad, ambicion, riqueza, luxo, modas, el mundo todo se anonada en cotejo de los preciosos atractivos de su mutua y

santa correspondencia. La casa y la familia de la muger fuerte son su templo, su theatro y las delicias de su alma. Su inflexîble honor cerró las puertas con mano firme á las ocasiones en que pudiera ser asaltada su flaqueza: y si es combatida á pesar de su reserva, el fiero pudor y el noble decoro que velan en la defensa de su severa honestidad, cortan las esperanzas al atrevido enemigo humillando su osadia.

Reconcentrada en los límites de su decente ó rico estado no la tienta, ni la provoca la riqueza mayor, ni las galas y obstentacion de sus vecinas. Ama el aseo y la decencia, y aborrece toda vana superfluidad que pudiera ser gravosa á su estado: y si la tienta alguna fantasia y capricho, les opone le entereza y moderacion, y la memoria de sus dulces hijos. Los cuidados y desvelos que le piden éstos con su crianza endulzaselos su virtuoso cariño y la paciencia que les presta, la suaviza el dulce afecto que no divide entre vanos objetos de luxo y de ambicion.

¿Nace algun contraste de genio, de opinion ó de voluntad entre los que no son Angeles? Su amor mismo se afina en sus mismas diferencias, cortando todo motivo de disension la voluntad que cede con nobleza, previnien-

do todo disgusto y alteracion indigna de las tiernas confianzas de sus corazones. Si alguna falta cometió el descuido, ó cayó en ella la humanidad, tocala la moderacion y prudencia para repararla, no para realzarla sin provecho, ni para agravarla con modos altaneros. ¿Propasase tal vez la indiscrecion? El pronto y tierno arrepentimienso hacese acreedor á la ternura de un ánimo compasivo y humano que perdona á un inadvertido transporte.

No, Eusebio; la ira mas enconada de la suerte, ni su terrible mano armada de las necesidades de la pobreza, y si quieres de la ignominia misma, no tendrá poder para desarraigar el santo amor de los pechos, en que lo fecundó la virtud con los divinos destellos de su dulzura. El desastre y el oprobrio quedan aniquilados en los tiernos y ardientes abrazos de dos virtuosos corazones. ¡Oh, si todos los amantes llegasen á probar las celestiales impresiones de la virtud! ¡Ah! los hombres serian demasiado felices, y no es esta felicidad la que desean. Quieren establecer su imaginaria dicha sobre la opinion y aprecio de los otros hombres, y la vanidad les usurpa el precioso y puro contento de la dicha verdadera, la qual no puede pasar los límites del corazon, en que sola la virtud la disfruta.

Segun esto, ¿te parecerá, hijo mio, que no habrá felices casados en la tierra? Mas el mundo no está todavia tan pervertido, y la virtud no dexó la tierra, como se dixo de Astrea. Cabalmente ella no necesita de suntuosos templos, ni magnificos edificios, ni de dorados zaquizamies. Mas se contenta tal vez de una choza, si la tiene; y una decente habitacion es el mayor palacio á que tampoco aspira; pero está en ella y la goza si la suerte se la presenta. Esto me trahe á la memoria el caso de un dichoso casamiento: y puedes creer que no lo tomo del tiempo de Filemón y Baucis. Tales historias son demasiado lejanas para que hagan impresion en nuestros pechos. El caso es reciente, pues es de un joven amigo mio, el qual contribuyó tambien para que yo escogiese la vida que llevo. Pero tu estarás ya cansado de oirme, y será mejor que lo dexemos para otra ocasion. No, no, dixo Eusebio, proseguid; dadme este placer, pues os aseguro que lo tendré en escucharlo por largo que sea.

Prosigo, pues, dixo Hardyl. Era este joven conciudadano mio, y de una ilustre familia, bastante rica á la verdad; pero como el mayorazgo absorve casi todos los bienes de un linage, privando de ellos á los segundones, se vió necesitado Isidoro, que asi este joven se

llamaba, y era el quinto de sus siete hermanos, á vivir á la capa de la fortuna hasta que ésta le abriese algun camino á las dignidades ó á los cargos y honores de la milicia; pues los claustros, que son tambien el otro refugio de la necesitada nobleza, no parece tenian mucho atractivo para con Isidoro. Su genio tierno, sensible y apasionado sentiase llamado antes para llevar el yugo de Himeneo que para padecer la desnaturada crueldad en el templo de Cybeles. Su alma, su corazon, sus sentidos pedianle una amante: por ella ardia y suspiraba de continuo, hasta que ya libre de las cadenas de una pesada educacion voló como sediento ciervo á buscarla en los retretes que su nobleza freqüentar le permitia.

Lleno, pues, de sí y de sus prendas exteriores iba en su imaginacion entretegiendo palmas de conquistas, creyendo, como sucede á todos los bisoños en el amor, que el trato y comercio familiar está cortado á la medida del de Angelica y Medoro; sin que mil desengaños lleguen jamás á sufocar las falsas lisonjas de sus engañadas esperanzas. Con estos vanos principios echó la vela al viento, no teniendo otro norte que lo guiáse y preserváse de los escollos del vicio, que su honrada timidez de genio y bondad de corazon, por la qual era á

la verdad adorable, y su natural inclinacion á la virtud, que se le acrecentó con la lectura de Séneca y de Plutarco, autores que le pusieron en las manos, no sus maestros, sino mis persuasiones, mereciendome su dulce genio particular aficion.

Siendo santas, aunque ardientes, las intenciones de su pasion, llevando por fin el casamiento, y no las indignas asechanzas á otro lecho ni al honor reputable de las doncellas, ocupaban estas los desvelos y esperanzas de su amor, fixandolo en una no menos hermosa que astuta y prevenida, la qual dando ojo á su galanteo cebó las llamas de la presuncion de Isidoro para llevarlo atado al carro de su beldad, y asi añadirlo al número de otros tres amantes cautivos que lo seguian. Era ella de igual nobleza que él, pero rica heredera, lo que ella no ignoraba, y lo que la hizo preferir desacertadamente el mas rico de sus amantes, dexando asi sumergido en una rabiosa confusion al pobre Isidoro, cuyo dolor ni pudieron mitigar mis consejos ni los de otros sus amigos. Estos remedios del amor se los reserva el tiempo; y éste le curó por la via mas expedita, abriendole la puerta de otra noble familia, aunque no muy rica, proporcionandole el conocimiento y amistad de la menor de tres hermanas,

de las quales el orgullo de la madre habia hecho de antemano en su idea tres ilustres condesas: opinion que no era muy favorable para el amante Isidoro; pero como se lisongeaba que la doncella se habia de enamorar de su bondad y nobleza como Safo por Faon, esmerabase en su cortejo, esperando encender á fuerza de insinuantes expresiones y caricias el fuego que deseaba ver arder en su blanco pecho.

Desgraciadamente un dia en que se le proporcionó quedar solo con ella, atrevióse á doblarle la rodilla para implorar su piedad y para declararle sus intenciones; mas ella volviendole con aire severo la espalda, lo dexó en seco en aquella postura, en la qual le sorprendió la madre, cuya presencia le quajó la pasion en las venas; y él quedára alli para copia del poder de Medusa, si echandole en cara la misma madre su atrevimiento, no lo hiciera volver sobre sí, encendiendolo de confusion y vergüenza con el fiero reproche que le hizo de su pobreza. Penetróle esto el alma, cubriendolo de tristeza tal que por mucho tiempo se negó á la sociedad y á sus mas intimos amigos, desahogando su oprimido pecho con continuo llanto y quejas contra la desigualdad de la herencia, y contra la vanidad y ambicion del sexô.

Para aliviar su mortal pesadumbre en el retiro recurrió á los libros á quienes era aficionado : vinole casualmente á las manos Lucano, sin quererlo tomar antes que otro, sino por mero maquinísmo del dexamiento en que la tristeza lo tenia. Abierto, saltale á los ojos el paso del Cesar y del buen Amiclas, cuyo contraste de ambicion y pobreza, animado del fuego del poëta, hizole tanta impresion en el alma, dispuesta ya á los sentimientos de la moderacion, que lo preparó insensiblemente para la fuerte resolucion que despues tomó de preferir la dichosa quietud de un pobre estado á las desazones y anhelos de buscar otro honroso sobre sus fuerzas, sin poder tal vez jamás alcanzarlo.

He aqui, Eusebio, como la virtud hacese comunmente refugio de la desgracia. La ambicion humana humillada de la forzosa necesidad, si desespera de conseguir la dicha que le presentan las pasiones, se ve forzada á plegarse y á reconcentrarse en su interior para buscar en él la felicidad que le niega allende la suerte. Mas si desgraciadamente en vez de los buenos sentimientos de la virtud halla solo en su corazon los renuevos de su vanidad quebrantada, que quieren retoñecer con violencia á pesar de la misma desgracia, muerden su

interior y lo exâsperan ; y excitando en él la rabia y la desesperacion, lo reducen á ser el objeto mas infelíz y miserable.

Pero si al contrario reconcentrandose en sí mismo halla en su corazon los santos sentimientos de la virtud, recibe de ésta compensacion bastante de los bienes inciertos y vanos de que lo priva la fortuna: entonces sufoca el residuo de sus vanos anhelos, fomentando en vez de las desazones de la ambicion los consuelos de la tranquilidad de su conciencia que le dá la moderacion ; de cuya dulzura regalada el alma, goza de aquel estado en el qual sin desvelos y sin zozobras prueba la dulce satisfaccion que le negaba la vanidad y la ambicion, quando haciendolo correr tras los honores y placeres, huian de él al paso que alcanzarlos esperaba.

Por esto, hijo mio, aunque parezca á primera vista estraña la máxîma de Epicuro de preferir que la fortuna lo tuviese á prueba de sus reveses antes que de sus favores (1) ; pero bien considerada se ve que dimana de la persuasion de una acendrada sabiduria, pues la

(1) *Malo me fortuna in castris suis, quam in deliciis teneat.* La razon de esto la dá Tácito : *Miseriæ tolerantur, felicitate corrumpimur.*

prosperidad y el favor de la fortuna parece que nos hincha, engrie y enagena, y los trabajos al contrario nos humillan y nos corrigen infundiendonos moderados sentimientos. Por esto mismo quando la virtud no fuese buena para mas que para hacer felices los desgraciados, este solo titulo debiera bastar para empeñar los hombres á exercitarla, para tener en ella sobrada recompensa de los bienes que la fortuna por otra parte les niega.

Esto probaba Isidoro, y como sabia que la virtud no se oponia al amor, sino que antes lo acendraba, determinó casarse con un objeto digno de sus buenos sentimientos, y aunque fuese pobre, que pudiese contribuir por lo menos á la tranquilidad de la vida, á la qual aspiraba. Con esta determinacion salia una mañana de J... camino de la villa de M... á donde llevado de sus pensamientos llegaba á hora que tocaban á Misa. Ocurrele que tal vez en la Iglesia se le podria presentar objeto que llenáse sus deseos, como le sucedió á Aconcio con Cydipe en el templo de Diana. Entra, pues en la Iglesia, y ponese á tiro de satisfacer sus esperanzas de modo que no pudiese ser notado. Fluctuaba su inclinacion al paso que herian mas ó menos á su genio los diferentes obgetos que entraban, hasta que la compostu-

ra y gracioso talle de una que le pareció doncella, fixó su aficion de modo que resolvió seguirla á su casa acabada la Misa para pedirla por muger á sus padres, como lo executó palpitandole el corazon de alborozo.

Entrado en la casa poco despues de aquella doncella, pide por el dueño á una atezada labradora que acudió á su llamamiento. Respondele ésta: que su marido, que era el dueño de la casa por quien pedia, estaba fuera. A las instancias del impaciente Isidoro, que decia importarle sumamente hablar con él, envia la madre á Dorotea, que asi se llamaba la muchacha, á buscar á su padre para que viniese á verse con un caballero que deseaba hablarle.

Entre tanto que Dorotea iba en busca de su padre, abrió su pecho Isidoro á la madre, manifestandole sus intentos. Ella aunque algo lisongeada de la presencia de aquel joven caballero y de sus pretensiones, temió con todo que tan gran desigualdad de estados pudiese amagar asechanzas al honor de su hija: y en esta suposicion, tratando algo despegadamense á Isidoro, le dixo: que á Dorotea le estaria mejor el honrado Anton Rodriguez, que no su señoria. Golpe fatal, y que hirió en lo vivo de sus esperanzas y lisonjas al amante caba-

llero. Pero le volvió el alma á su ser la cortés rusticidad, y los modos afables, aunque abiertos, que usó con él el padre de Dorotea luego que entró en su casa; y asi pudo exponerle con mayor confianza sus deseos, y el modo de vida que queria llevar, renunciando á los honores y pompa de su nacimiento.

Damian Valdés, que á la modestia y afectuosas expresiones de Isidoro, conoció que trataba veras, no le parecia verdad lo que oía; y desde luego le dixo: que se tendria por muy bueno con tan ilustre parentesco, pero que solo lo detenia la indignacion que debia temer de parte de sus deudos si condescendia en darle su hija. Abriósele el cielo á mi amigo oyendo la respuesta del padre; y en el transporte de su alborozo echóle los brazos al cuello. El viejo Damian enternecido con tal demostracion, lo abrazó tambien con lágrimas en los ojos, dando voces á Dorotea para que viniese; y en esta postura tierna los halló la muchacha, que acudió al llamamiento del padre: el qual desprendiendose entonces de Isidoro, tomó la mano á su hija, diciendole: que aquel caballero la pedia por muger; pero que él á pesar del honor y complacencia que recibiria de su casamiento, no queria forzar su voluntad; pues si ella no venia bien, se consolaria con su ne-

gativa del honor que pudiera darle aquel parentesco.

La inocente Dorotea condescendió antes con los ojos enardecidos de rubor, que con las palabras, excita nuevo transporte en el pecho de Isidoro, el qual le dobla inmediatamente una rodilla, y tomandola por la mano aplica á ella su boca bañandola de lágrimas de consuelo. Y despues de haber renovado su reconocimiento al padre con tiernas demostraciones, encargandoles encarecidamente el secreto, volvióse á la ciudad para disponer las cosas necesarias al casamiento. Formó de antemano el sistema de vida que habia de llevar casado, de la tierra que habia de comprar, que era un pedazo de terreno, parte monte, parte llano cerca de la ciudad de M... en donde antes habia estado; y cuyo sitio delicioso hirióle tanto el gusto y fantasia, que por verse en él casado hubiera despreciado el imperio mayor de la tierra. Y ahora que entraron en posesion sus esperanzas de la prometida Dorotea, levantaba en su imaginacion la casa que habia de habitar, el bosque que habia de coronar el otero, y á cuyas plantas habia de echar el cimiento de su habitacion. Ya le parecia estar dulcemente sentado á la sombra de los plantios que le habian de dar sobrados fru-

tos: veiase ya vestido del honrado sayo que habia de tomar, y contaba ya las cabezas del rebaño que habia de capitanear por aquellos herbosos valles.

Mil dulces memorias, mil ideas de una dicha cumplida inundaban de consuelo indecible su alma, bien ageno de las dificultades y estorvos que habian de contrastar su ideada felicidad. Origen de ellos fue la misma madre de Dorotea, muger de aquellas que se hallan mal avenidas con la gente principal, y que contó á Anton Rodriguez el motivo por el qual habia venido Isidoro á su casa, y como su marido le habia prometido su hija por muger. Quanto era mayor el rival de Anton, tanto mayor dolor y envidia excitó en su amoroso pecho la determinacion de Damian Valdés, y el odio contra el poderoso usurpador; de modo, que resolvió á qualquier coste no dexarse llevar la presa, ora fuese con buenos términos, ora con violencia.

Era sobrino Anton Rodriguez del Cura de aquella villa, el qual esperaba tiempo oportuno para pedir á Damian Valdés su hija para su sobrino; porque siendo Dorotea hija única, y por consiguiente heredera, esperaba acrecentar con su herencia, aunque pequeña, la hacienda corta de su sobrino. Informado,

pues, el Cura por éste de la resolucion del padre de Dorotea, creyó medio oportuno para romperla el hacer sabedora la familia de Isidoro de las intenciones que éste llevaba. Y á la verdad no andaba errado el buen Cura, pues logró alzar tal polvareda y alboroto entre los deudos de Isidoro, que no bastando consejos ni amenazas para hacerle desistir de su empeño, resolvieron hacerle encerrar en un castillo para que se desvaneciese su pasion.

Llegó á penetrar esto Isidoro; y siendo yo amigo y confidente suyo vino á comunicarme su afliccion, y á pedirme consejo sobre lo que debia hacer en tal lance. Yo sabiendo que habia ya dado palabra á Dorotea, aconsegéle que pidiese ir á Nápoles á seguir la milicia en aquel Reyno, á lo qual condescenderian desde luego sus parientes; y en caso que esto consiguiese, le dí traza de todo lo que debia hacer para efectuar su casamiento, como lo oirás en adelante. De hecho sus deudos á trueque de no verse afrentados en su opinion con aquel casamiento, concurrieron á porfia en equiparlo, y en proveer su bolsillo de mayor cantidad de dinero de la que pudiera esperar y desear. Pero como esta ida á Nápoles era solo pretexto para dar mejor salida á sus intentos opuestos, llegado el dia de la partida, cor-

tejado de sus parientes y amigos, entre los quales me hallaba yo, salió de la ciudad, pero para diferente destino. Sabian el Cura y el sobrino la partida de Isidoro, y dabanse los parabienes de su acertado consejo, mientras la triste Dorotea devoraba su dolor, creyendo para siempre perdido su amado Isidoro. Y aunque Damian Valdés estaba informado del verdadero camino que habia de tomar, y del modo y dia que habia de llegar á su casa, consolaba á su hija afligidísima en terminos vagos sin atreverse á descubrirle el secreto, temiendo que no se enmarañáse de nuevo el negocio, si por sobrada compasion con su hija se descubria.

Caminaba entre tanto Isidoro abriendo su corazon al colmo de la ansiada libertad, la qual rotos los fuertes lazos de la vana opinion, llegaba á inundarlo de extraordinario alborozo; y aunque salió de la ciudad camino de Italia, debia torcerlo para efectuar sus intentos al paso de un riachuelo, á donde llegó á tiempo que pasaban tambien unos gitanos que encaminabanse hácia el mismo lugar para donde Isidoro torcia. Al verlos parecióle que la fortuna se los representaba para poder deshacerse mas presto del caballo que montaba, y al qual ellos habian antes echado el ojo que al dueño.

Salido apenas del esguazado arroyo, no pudiendo tener su júbilo á raya el montado caballero, dixo por dos veces gritando: pasóse el Rubicon, pasóse el Rubicon. Uno de los gitanos que lo oia, y que otro no veia que el caballo, no entendiendo tampoco la alusion del dicho de Isidoro, se prevalió de él para echar lance sobre la compra del caballo, diciendole: Rubican (1) querrá decir umd. señor galan, pues ese nombre tenia el caballo de Astolfo, si no me engaño, y no Rubicon: y á fé, que si tal fuera el que vmd. fatiga con tanto garvo, el oro que llevo encima no pagarian sus cernejas.

Fuera largo y ageno de mi proposito el contarte la gustosa conversacion y el remate de la venta del caballo que Isidoro les hizo. Ellos se lo pagaron á mas subido precio que el amante ya libre pudiera desear, haciendosele siglos los momentos que estaba ausente de su adorada Dorotea. Vendido, pues, el caballo y los vestidos de gala que llevaba, se puso el holgado sayo que tenia prevenido, y que besó tres veces antes de ponerselo: luego comenzó su viage á pie hácia una villa no muy dis-

(1) El gitano erraba á campanas dobles: Rabican, y no Rubican era el caballo de Astolfo, que antes fue de Argalia.

tante de la de Damian Valdés, para disponer con el Cura, que era conocido suyo, el modo y hora de la celebracion de su casamiento; y hecho esto pasó inmediatamente al lugar de Damian, que lo estaba esperando ansioso por su tardanza; pues era ya noche muy entrada, temiendo que algun accidente no le hubiese impedido la llegada.

Cansado, pues, de esperarlo habia cerrado su casa é ibase á acostar, quando oyó tocar á la puerta: él es, él es, dixo alborazado el viejo. Pero la suspension en que lo tuvo al verlo con el sayo, por no reconocerlo á primera vista en aquel trage, quedó compensada con el consuelo de su descubrimiento luego que se le manifestó quien era. La madre y la hija, que nada sabian; y que estrañaban que Damian tardáse tanto aquella noche á ir á la cama, se sorprendieron al llamamiento de la puerta, y luego que Isidoro entró, no podian atinar en quién fuese aquel labrador tan bello y aseado, sabiendo de cierto que Isidoro habia pasado á Italia; hasta que él mismo, despues de haber abrazado á Damian echóse á los pies de Dorotea, la qual enagenada del repentino gozo al reconocerlo, dió un grito de sorpresa, faltando poco para quedar desmayada. Despues de haberla confortado su amante, satisfe-

r

chos ya sus tiernos alborozos, propusoles las medidas que habia tomado para efectuar el matrimonio en la vecina villa de Ce... y aprobandolas Damian, partieron todos tres al otro dia antes de rayar el alva. La vana pompa, el gravoso lujo y los molestos parabienes no se atrevieron á profanar el celestial consuelo que la virtud derramaba sobre aquellos corazones.

Al otro dia despues de la celebracion de las bodas en casa del mismo Cura que les habia prestado alojamiento, el buen viejo Damian, llamando á parte á los venturosos casados sus hijos, haceles un breve discurso, enterneciendose el viejo al tiempo de encomendar á su hija; luego le entrega á Isidoro un bolsillo en que iban mil escudos, diciendole: que aquel era entre tanto el dote de Dorotea. Isidoro que estaba muy lejos de esperar cosa alguna, al ver la cantidad tan inesperada, en el fervor de sus heroycos sentimientos, y solo penetrado de la dulzura de su amorosa pasion, no queria recibir el dinero de ninguna manera. Entonces Damian le dió el bolsillo á su hija diciendole, que se lo entregáse ella, y que asi lo aceptaria; como lo hizo Isidoro con toda la ternura y vivas demostraciones del agradecimiento que merecia tal oferta de su virtuoso desinteres.

Llegada la hora de la separacion para todos sensible, dando suelta á las lágrimas, sin exîmirse de ellas el Cura, aunque se esforzaba retenerlas para consolarlos, arrancaronse de sus padres los dichosos hijos, encaminandose hácia la ciudad de M... donde Isidoro debió tomar alquilada de ante mano una casilla para tratar desde allí la compra del terreno que deseaba, y no le habian permitido hacer antes del casamiento las oposiciones de sus parientes.

Era dueño libre de aquella porcion de terreno que queria comprar Isidoro el Marques del V... el qual reputandolo de suelo intratable y esteril, remató á Isidoro la venta por el precio que le quiso ofrecer. Pero la industria de este lo transformó dentro de pocos años en sitio tan ameno y delicioso, que el mismo Marques pasando acaso por allí un dia, é informado que aquel era su jaral vendido; he aqui, exclamó, confirmado el tesoro escondido del labrador de Esopo. ¡Ciegos que somos! dexamos el tesoro que tocan nuestras manos, y nos vamos á buscar imaginarios á un nuevo mundo. Era Isidoro muy aficionado á la agricultura, y aunque no estaba acostumbrado á las fatigas del campo, la virtud recababa de su esfuerzo lo que sin ella pareciera dificil de alcanzar. Dorotea tambien, aunque hija de padres

labradores, no se acostumbró á los trabajos del campo; y aunque los deseaba dividir con su adorable marido, éste no le permitia sino aquellos que pudieran servirle de desahogo á sus tareas domesticas; mucho menos despues que puestos en auge los plantios y sembrados, percibian de ellos bastante renta para llevar una vida mas descansada.

No podia olvidar el reconocido Isidoro á su mayor amigo, el qual le habia sugerido los medios para poder llegar á la dicha que disfrutaba; y quando ya ninguno pensaba en él, mucho menos sus sosegados parientes, me hallé con carta suya, en la qual con vivas instancias me convidaba para que fuese á recibir en su yermo las demostraciones de la eterna gratitud que le debia su joven Coricio; aludiendo al viejo de quien dice Virgilio, si te acuerdas:

Namque sub œbaliis memini me turribus altis
Coriscium vidisse senem, cui pauca relicti
Jugera ruris erant &c.

Yo que conocia sus sentimientos, aunque lo suponia muy dichoso, no hubiera podido imaginarme que fuese tan grande su dicha como quando llegué á verla con mis ojos. Bien te podré describir el sitio que habitaban, mas no

la sublime satisfaccion é inexprimible consuelo de aquellos amantes habitadores. Lejos de la confusion y del tumulto de la ciudad, aunque la tenian á la vista, y libres de las importunidades y desazones del trato, no menos que de los perniciosos exemplos del ocio y del luxo; vivian ceñidos á su tranquila decencia, gozando en ella de todos los bienes que solo pueden dar la pura y envidiable felicidad.

Para colmo de su bienaventuranza, habiales dado el cielo á sus amores el fruto deseado de un hijo que empeñaba la mas pura parte de su afecto, y en el qual comenzaba Isidoro á exercitar la educacion: siendo máxîma suya, y creo muy acertada, que los sentidos del hombre comienzan á recibir impresiones desde la cuna: y segun esta máxîma, obraba y hablaba en la presencia de aquel niño que ya contaba quatro años, como si lo que decia ó hacia debiese servir de leccion á sus sentidos; aunque no necesitaba de mucha advertencia para ello, porque su dulce porte y modesta circunspeccion era tal, que no debia forzarlo para que el niño recibiese santos exemplos.

Mi pecho participaba de las efusiones del tierno contento que veia rebosar por los ojos y exterior de aquellos jovenes casados, como si

estuvieran en los primeros dias de su casamiento. La dulce languidez, y el cariñoso empeño en robarse los quehaceres domesticos, como á quien mas pertenecian, manifestaban el suave fuego del amor que animaba sus corazones. Ningun ridículo desman de desvanecida jovialidad, ningun chiste descompuesto, ni resabio alguno de insulsa superioridad no vi jamás en aquel dichoso techo. La amable moderacion, la respetosa confianza mezclada á una cariñosa facilidad, la blanda reserva sin nota de dependencia, ni de gravosa sujecion allí habitaban. El aseo animado del gusto de Isidoro en los muebles y alhajas, daba resalte á la decencia de todo la habitacion que llenaba el ánimo sin engreirlo. No se veia mesa ni armario de valor, ni el oro llegó á ensobervecer ningun mueble; pero sí para mayor economica pulidez habia dado de color el mismo Isidoro á todo el maderage movible; y como sabia manejar el pincel trasladó á las paredes de sus estancias los mas amenos paisages que hirieron su fantasia.

Una *villanica*, hija del labrador á cuyo cargo estaba el grueso de la labranza, ayudaba al servicio de la casa. Toda su lenceria era producto del telar de Dorotea, á quien aconsejó Isidoro aprender aquel oficio, en que empleaba las horas deshacendadas del dia, sin que

jamás la grave pesadumbre del ocio enfadáse aquellos felices casados. En los mismos dias festivos serviales de recreo conducir ellos mismos su manadilla por los romerosos senos de aquellos valles y playas, haciendolas tal vez resonar con el son suave de su caramillo el noble pastor Isidoro, y con el dulce canto de su amada Dorotea....

La casa aunque pequeña, era bastante para la familia que la habitaba: levantabase al pie de un montecillo coronado de castaños, como se lo habia antes ideado Isidoro, el qual defendia del septentrion las espaldas de la casa, y ante ella un huerto espacioso cercado de un verde y florido valladar se estendia hasta donde la tierra fertil se mezclaba con la esteril arena de la playa, proveyendolos de todas las legumbres y frutas necesarias en todas las estaciones. Lo demás del terreno, aunque no muy estendido, servia ya de siembra, ya de viñados, divididos de hileras de arboles; cuya verdura ocupaba luego la atencion de los que salian de la ciudad, pareciendo que se levantáse entre los eriales del contorno el ameno templo de Gnido.

El tiempo que disfruté de la santa compañia de aquellos dichosos amantes solia subir freqüentemente ya solo, ya acompañado de

Isidoro ó de Dorotea, al montecillo de los castaños, á cuya amena sombra saciaba mi alma con la vista deliciosa que me presentaba hora el mar que se extendia á las costas de Africa, viendola sulcar los vageles que entraban ó salian del Mediterraneo ó de los vecinos puertos. Hora á la parte opuesta se me presentaba una dilatada llanura, sembrada de villas, cuyas torres descollaban entre las arboledas de los campos, los quales iban á perderse á los remotos montes, cuya verdinegra perspectiva resaltaba entre los dulces celages del orizonte. Hora entregaba mi oido al canto de las aves que venian á escoger aquel sitio para anidar y recrearse en aquellas amenas frondosidades.

Puedes imaginarte los dulces ratos que alli pasé con la honesta Dorotea, oyendole encarecer la bondad de su marido, y la vida felíz que le daba su compañia. Qué sublimes discursos no me tuvo Isidoro acerca de la dicha que probaba, en cotejo de aquella tras la qual andan los hombres afanados, quejandose los mas ricos y poderosos de no hallarla ni entre sus tesoros, ni entre los honores y dignidades, en los quales abrazarla se lisongeaban. Un dia entre otros, en que me encarecia su dichosa tranquilidad, y la satisfaccion de su espíritu,

estando á la sombra de aquel bosquecillo, hechóme de repente los brazos al cuello, y llorando tiernamente me decia: á vos, ó incomparable amigo, á vos debo la bienaventuraza de que gozo. El acreedor sois de las santas delicias y del sumo consuelo que divido con mi buena Dorotea. Mi corazon sabe y siente lo que os debe; mas mi lengua, no, mi ruda lengua no puede proferirlo: estas lágrimas son la prueba mayor que os puede dar mi agradecimiento. Y despues de haberlo yo acallado con tiernas expresiones, continuó á decirme:

Si yo llevado de los insaciables anhelos de la ambicion y de las idéas vanas de mi nacimiento, hubiese aspirado á cargos y dignidades, ahora me hallaria hecho todavia el perro de la fabula, arrastrando una vida infeliz, juguete de mis esperanzas, sin llegar tal vez jamás á verlas cumplidas: ó bien me veria hecho esclavo de mis inquietas pasiones, hallando en los mismos alicientes del mundo invencibles estorvos para satisfacerlas, al mismo tiempo que mas irritarian mis esperanzas; de las quales preocupado el corazon del hombre se esfuerza y debate en su imaginacion para llevar sus deseos á obgetos altos, pareciendole tanto mas faciles de alcanzar á su vanidad, quanto mas dificiles se le presentan. Pero como depen-

den del capricho de la fortuna, ó no llegan jamas á conseguirlos, ó si los consigue, solo entran en su corazon para provocarlo á desear bienes mayores, añagaza con que la suerte juzga y se burla de los infelices mortales.

Ved al contrario, quan dulce vida me grangearon los sentimientos de la moderacion luego que esta encaminó la tierna sensibilidad de mi pasion amorosa por el camino opuesto al de las vanas opiniones del mundo. Por esto no estrañeis si reputo la grandeza y los honores, estado violento en la naturaleza, como enemigo de la igualdad en que parece quiso poner los hombres, dandoles por solo forzoso empleo la labranza. Y por lo mismo, quando volvemos los ojos del alma fatigada del tumulto y de los engaños de las ciudades hácia el estado y vida del labrador, nos parece que él solo goza en la quietud del campo la felicidad que le envidiamos á pesar del atractivo de la ambicion, con la quál quisieramos ser lo que es el labrador sin ella.

Bien es verdad que no todos los habitadores de los campos son felices, ó porque no saben apreciar su estado, ó porque se dexan deslumbrar de aquella misma ambicion que atropella á los ciudadanos. Solo goza de la dicha el que la siente y conoce: mas esto es solo

propio del ánimo aburrido y desengañado de la ostentacion del mundo y de sus vanidades, despues que alumbrado de la virtud llegó á conocer los bienes sólidos que se esconden á los ojos ambiciosos, y el hombre que no siente la suave mocion de la virtud no es posible que guste el precio de la felicidad verdadera.

Fuera largo decirte los muchos discursos que me tuvo sobre esto. Mas solo he querido darte un bosquejo de la vida dichosa que llevaba con Dorotea, por prueba y exemplo de los felices casamientos, que aunque raros, se ven con todo en el mundo. Y si no se cuentan mas freqüentes, la culpa está de parte de aquellos que los contrahen faltos de los principios de la Filosofía moral, ó por mejor de los de la religion, creyendo cumplir con ella á fuerza de exteriores devociones y plegarias que dexan sí satisfecha su opinion, mas no el ánimo que queda expuesto á los funestos y arrebatados efectos de sus pasiones.

Depende, pues, de tí, hijo mio, el procurarte un casamiento tan dichoso quanto el de Isidoro; pues aunque sea dificil hallar tambien otra Dorotea, dependiendo esto en parte de una felíz combinacion; pero con todo ve que no tiene el hombre por qué desesperar; mucho menos si en su eleccion prefiere el recato,

la modestia y la compostura de una amable doncella á la veleidad y desenvuelto despejo de aquellas que con tales prendas, si este nombre merecen, pretenden manifestar lo que valiera mas tuviesen de repuesto que no que lo llevasen de manifiesto. Puede bien sí la doncella modesta en apariencia ocultar bajo el velo de pálido recato una alma proterva, vana y caprichosa: ¿pero qué no podrá la virtud y prudente bondad del marido? Y si éstas nada consiguen tiene en su virtud escudo contra tal desgracia, pudiendo reconcentrarse en su pecho para sacar de su misma integridad y moderacion, fortaleza bastante para contrastarla y para gozar en él del sublime consuelo que la suerte no le permite gozar á fuera. No, Eusebio; la vivora de Xantipo no puede emponzoñar el corazon de un Sócrates, como ni tampoco alterar su felicidad la copa del mortal veneno.

Si estás persuadido de esto, vé y escoge á Henriqueta Smith antes de haber conocido á otras doncellas.

LIBRO QUINTO.

Si Hardyl no recabó destruir en el ánimo de Eusebio la aficion que habia cobrado á la graciosa hija de Smith, obtuvo por lo menos sosegar su pasion é infundirle temor para no abandonarse á ella ciegamente, divirtiendosela tambien en parte el estudio de la historia que continuaba, como tambien el exercicio del estilo con que la interrumpia, sin perdonarle Hardyl el trabajo del oficio por las tardes, ó el exercicio de sus fuerzas en el huerto, siendo ya Eusebio tan crecido que le faltaba poco tiempo para salir de su minoridad. Para este tiempo habia tratado Hardyl con Henrique Myden enviarlo á España, para que tomáse posesion personalmente de sus haciendas, y con este motivo hacerle viajar, condescendiendo Hardyl en acompañarlo en su viage.

Despues de haber dexado asentada esta resolucion, estaban una noche cenando Hardyl y Eusebio, quando oyen tocar á la puerta. Era un criado de Henrique Myden que venia á suplicar á Hardyl de parte de Susana para

que al dia siguiente no dexáse de ir á verse con ella, importandole hablarle. No atinaba Hardyl con el motivo de un recado tan extraordinario y tan á deshora; pero sospechando por lo mismo que fuese de alguna consideracion, dandole temores la enfermedad habitual de Susana, fue al otro dia en compañia de Eusebio para informarse de sus deseos. Eran estos nada menos qne de llevarse á Eusebio al campo, habiendo determinado los medicos en la consulta del dia antecedente que fuese á tomar los ayres de mar y monte; y no queriendo diferir el remedio, no queria tampoco privarse de la compañia de Eusebio; pero que la suya le seria tambien muy apreciable; y en caso que su oficio no le permitiese prolongarle el consuelo que en ello recibiria, le rogaba encarecidamente se lo diese todo el tiempo que pudiese complacerla.

Hardyl le respondió: que no le era posible condescender por entonces con sus ruegos respeto de él, por deberse desempeñar de una comision de cestos que debia remitir á la nueva Jersey: pero que entre tanto podia llevarse á Eusebio, pues luego que él hubiese satisfecho su comision, le prometia de ir á estar con ellos en la granja. Llegó en esto Henrique Myden, avalorando las instancias de su mu-

ger; y Hardyl le renovó la misma promesa, pidiendole le dexáse entre tanto á Juan Taydor, con quien iria á encontrarlos luego que se desembarazáse de su comision, pues no necesitaba de coche para hacer el viage, teniendo costumbre y mayor complacencia de caminar á pie.

Quedó Eusebio en casa de Myden hasta la partida para la granja, la qual hizose felizmente hasta media legua antes de llegar á Salem, en donde habiendoseles roto una rueda del coche, se vieron precisados á quedar en el camino hasta tanto que venia de Salem el expediente para continuar su viage. Envian á este fin á Gil Altano, el qual á pocos pasos dando con una casa de campo, creyó encontrar mas pronto remedio. Hallabanse en ella los dueños, los quales informados por Gil Altano de la desgracia del coche, salieron para ofrecer en persona su habitacion á los viajantes. Vieronse éstos obligados á aceptar tan cortés oferta, especialmente por la indisposicion de Susana, que necesitaba de la cordial hospitalidad de aquellos señores, á cuya casa fue trasladada.

Era el dueño un español rico mercader de Salem, el qual por cierto encuentro habido en su mocedad con un frayle á quien maltra-

tó, debió dexar su patria y retirarse á la America poco despues de casado, estableciendose finalmente en Salem con su familia, que se reducia á su muger y á una hija suya, que les nació en Mexico, á donde se retraxo en su fuga. Llamabase la muchacha Leocadia, y era ya de edad de diez y ocho años, en cuyos negros ojos brillaba la modesta vivacidad de una alma ardiente que animaba la dulzura de su noble circunspeccion. Su rostro delicado, aunque prendaba á primera vista, empeñaba mas la aficion de quien contemplaba sus finas facciones. El talle sutil de su cuerpo daba mayores quilates á pesar de la modestia á un pecho realzado, y mayor que el que su edad y talle pudieran prometer. Su estatura casi igual á la de Eusebio, que no era pequeña, levantabase sobre dos pies cortados de las gracias, y enseñados de ellas á caminar sin arte, infundiendo á toda su presencia un atractivo hechicero. Agravaba á su espalda una rica trenza de cabello, digna de Berenice, hermanando un santo y recatado candor á la discrecion de su amable trato y cortesia.

Vióla apenas Eusebio, quando su corazon se sintió acometido del tumulto de los sentimientos que le excitaron los atractivos de su hermosura. A Dios Henriqueta. Todas las ins-

trucciones y consejos de Hardyl presentanse en confuso á su memoria, y refrenan su comocion sin destruirla. Solo en particular se le acuerda, pero vivamente lo que Hardyl le dixo acerca de la diversidad de objetos que se le presentarian entrando en el mundo, y que empeñarian mas su aficion que la hermosura de Henriqueta; y viendolo confirmado por prueba con la vista de Leocadia, sirvióle de motivo para contener su comocion, aunque no podia dexar de empeñar vivamente su genio el dulce objeto que se la causaba, y en cuya casa habitaba.

Un desmayo sobrevenido á Susana, obligóla á hacer cama, y diferir por algunos dias el viage, facilitando á Eusebio el poder hablar á Leocadia, lo que no hizo en los dos primeros dias aunque se le presentaron las ocasiones. El deseo de Susana de querer tener siempre á Eusebio en su estancia, y la reserva de la misma Leocadia no se lo permitian, y si alguna vez tuvo proporcion Eusebio de paso, la timidez y natural modestia de su genio atabanlo de manera que solo se ceñia á medios cumplimientos, supliendo lo demás los ojos de entrambos, resarciendo con miradas ardientes la eloqüencia que faltaba á su atrevimiento. Esta misma encogida privacion alimentaba mas la

llama de su afecto, dexando mayor campo á la imaginacion para aumentar las calidades y perfecciones de Leocadia, y para admirar mas en provecho de su aficion, la estraña combinacion de la suerte que unió en una misma casa dos jovenes españoles casaderos, y en pais tan lexano, á donde los traxo por tan estraños caminos, y accidentes, pues no tardaron á quedar informados de ésta circunstancia tan realzante para su amor. Es siempre dulce la satisfaccion de verse los patriotas en paises estrangeros; ¿quanto mas dos amantes! Leocadia aunque sabia la lengua inglesa, no habia olvidado la propia, hablando siempre en ella con sus padres; y sabiendola bien Eusebio, tenia mayor motivo de complacer á su amoroso genio, y de merecer la confianza de su amada; pero el modesto encogimiento de entrambos, le servia al mismo tiempo de irritante estorvo, hasta que una mañana, en que Susana se dexó tomar del sueño, velándoselo Eusebio, entró en la estancia Leocadia enviada de su madre, para informarse de la salud de la enferma.

El justo pretexto de su venida, el silencio y escuridad de la estancia tan favorable á los amantes, el sueño de la enferma, facilitábales una larga conversacion, y á Eusebio el

lance de declararle sus sentimientos. Este, al verla entrar en la estancia, sintióse oprimido de la palpitacion que le causó su vista. Leocadia que ignoraba las circunstancias del sueño de Susana, y de que estuviese allí solo Eusebio, acercóse á la cama sin distinguirlo por la escuridad, mas conociendo por el resuello que la enferma dormia, íbase á retirar pasito, quando Eusebio cobrando haliento se acerca á élla para ver lo que deseaba. Leocadia sorprendida dícele su comision; mas sintiendose asir de la mano, y queriendo apartarla antes por recato, que por disgusto, dió motivo á Eusebio para que apretándosela mas, la detuviese con modesta porfia, diciendole con voz baja, y que mas exprimia su ternura: ¡cielos! huir de quien os adora! de quien anhelaba este momento, para juraros un amor eterno! ¿si por ventura mi puro afecto pudiera merecer vuestra correspondencia? ¡oh Dios! dexadme Don Eusebio, dice Leocadia; ¿pensais merecer con esta violencia el ser correspondido? Sabeis que tengo padres, esos solos serán los depositarios de mi afecto: si mis ojos dieron alguna confianza á vuestra inclinacion tendré motivo de arrepentirme, sin averoslo dado jamas para abusar de mi inadvertencia.

Eusebio, que á la primer tentativa de su

honesta aficion, probó tan noble fiereza de parte de un objeto tan adorable, aunque sintió enfriàrsele su atrevimiento, se le dobló el aprecio y el respeto para con ella, sin entibiarsele la pasion; antes bien obligado de ésta misma, le dobla una rodilla diciendole: no, amable Leocadia, mi corazon no es capaz de ofender vuestra modestia. Si un transporte de irresistible afecto, provocó mi osadia, hacemela detestar vuestro noble recato, merezca mi tierna sumision vuestra piedad como vuestra virtud, y vuestras gracias obtuvieron mis adoraciones. Si vuestros Padres deben ser los depositarios de un secreto de que depende mi dicha, ¿podré atreverme á consultarlos? ¿obtendrá por lo menos vuestra aprobacion este designio de mi amor ardiente?

Don Eusebio, respondió Leocadia, vuestros designios no necesitan de mi aprobacion, ni buestras intenciones deben depender de las mias, mucho menos debiendo estar estas subordinadas, á quien puede tener sobre ellas, pretensiones opuestas á las vuestras. ¿Opuestas pretensiones á las mias? replicó Eusebio. ¡Justos cielos! ¿por ventura seré tan desgraciado, que otro tal vez usurpe... ¡Ah! lo veo. ¡triste de mi!.. el llanto interrumpió sus lamentos apasionados, y Leocadia sintiendose

tambien comovida, tomó el expediente de salirse de la estancia, al tiempo que en ella entraba Henrique Myden para saludar á Susana: y oyendo sollozar á Eusebio, pensó que hubiese sobrevenido algun accidente á su muger: sobresaltado acorre á la cama, pero dispertando al mismo tiempo la enferma los sollozos de Eusebio, pregunta la causa de ellos á su marido que llegaba.

Henrique Myden sosegados sus temores con la pregunta de su muger, la dice, que lo ignora; y acercase luego á Eusebio para saberlo de él mismo: mas éste le responde con mas doliente llanto, el qual dió motivo á Henrique Myden para sospechar la causa, acordandose de la salida de la estancia de Leocadia. Procura Myden de consolarlo, y no sufriendole el corazon dexarlo en tan doloroso estado, previene su vergonzosa confesion preguntandole, ¿si era Leocadia la causa de su tristeza? porque si lo és, le añade, dilo luego; pues si la amas, y deseas casarte con ella, pronto estoy para pedirsela á sus padres. Eusebio penetrado de la facil bondad de Henrique Myden, y del dolor de las sospechas, que le habia infundido la respuesta de Leocadia, por temor de que estubiese prometida á otro, prorrumpió en nuevo llanto, y aflige mas los

ánimos de sus padres, especialmente el de Susana; la qual llamándolo á la cama, le toma la mano, y le ruega con vivas instancias, que le descubra su corazon; pues veia quan dispuesto estaba su padre, para satisfacerle sus deseos. Eusebio algo confortado, les declara los temores en que lo dexó la respuesta de Leocadia, quando le dijo, que sus padres pudieran tener sobre ella pretensiones opuestas á las suyas.

Nada mas que temores, dijo entonces Henrique Myden: pues verás, bobillo, como se hace para salir de ellos, sin llorar como un niño: y levantándose de su asiento, se fue en busca del padre de Leocadia, á quien cuenta lo sucedido, deseando saber de él solamente, si habia prometido á Leocadia. Diciendole éste, que no; sin inquirir mas, vuelve inmediatamente á Eusebio, y lo asegura de la verdad por boca del mismo padre. Aunque quedó aliviado su pecho de este temor, dando en él la entrada á un consuelo, que no esperaba no se lo dexó disfrutar todo entero la nueva sospecha que le vino, si por ventura los rigores de Leocadia procedian de inclinacion que tuviese á otro. Recaian estos asomos de celos sobre un joven frances muy bien parecido y dispuesto, que el padre de Leocadia tenia en

su casa llamado Orme, y en cuyo talento descansaba su confianza, dirigiendo él con mucho acierto los intereses de su comercio.

Iban mal fundadas estas celosas sospechas de Eusebio respeto del inculpable corazon de Leocadia, pero bien se las merecia el amor que el joven Orme alimentaba por ella, y las esperanzas que tenia, de que la misma pusiese el colmo á su felicidad, y á su fortuna, y asi no podia ver con ojo quieto á Eusebio, cuyas tiernas miradas encontradas con las de Leocadia en la mesa, eran tantos rayos, que pasaban su corazon y que lo abrasaban vivo; maldiciendo á sus solas del accidente de la rueda, causa de que Eusebio conociese á Leocadia. Asi se amartelaban por ella los corazones de los dos amantes; y Eusebio que no podia á su grado alimentar sus tristes pensamientos en presencia de sus padres que se lo estorvaban, tomó ocasion de la entrada en la estancia del padre de Leocadia, para evadirse y retraerse á la suya, en donde libre de testigos, soltó de nuevo la rienda, al llanto reprimido, y dexó vagar su imaginacion por todas las ideas que su pasion le sugeria; hasta que cansado de trasegarlos, dió lugar tambien á los consejos, y máxîmas de Hardyl, que le presentó su conciencia, y despues de haberlos

rumiado en su pensamiento, decia: ¡cielos! ¿en qué estado me veo? ¿yo soy aquel que enardecido de los documentos de mi santo maestro, me lisongeaba, que el amor no avasallaria mas mi pecho? ¡oh desvanecida confianza! oh Hardyl? ¿donde estás? ...

¡Ah! si vieras á tu Eusebio hecho juguete vil de aquella pasion misma, contra la qual lo habian fortalecido tus sabios consejos y precauciones: no, tus ojos no me reconocerian, pues yo mismo no me conozco. Dulce tranquilidad del alma, ¿qué te has hecho? ¡oh paz inalterable de la virtud! mil veces preferible á todos los atractivos de la belleza, ¿dónde estás? ¡ah! el solo seno de Hardyl es tu templo y tu asilo. Alli te reconozco, despues que rindiendo yo mi corazon á los alicientes de la hermosura, te desechė de mi pecho, dexandolo apoderar de las pasiones, que como en vil esclavo egercen en mi su desasosegado imperio. ¡Oh si pudiese desprenderme y detestar....

¿Detestar? por qué? ¿No me dijo el mismo Hardyl, que me aconteceria todo esto, si hubiese de casarme? Isidoro el feliz, Isidoro, ¿no sufrió por Dorotea mucho mas que lo que yo padezco por causa de Leocadia? ¿es ésta acaso inferior en gracia y en belleza á Dorotea? ¡Ah! no es posible. Ojos teñidos de mas

ardiente dulzura , talle mas fino y mas delgado , magestad de porte mas agraciada , facciones mejor delineadas, pecho . . . . ¡Oh Dios que pecho ! ¡Ah cielos! no resisto. ¡Oh Leocadia ! ¡oh dulce amor mio! ¡oh si conocieras el puro y santo ardor de mi pasion , que tuvo poder para rendir los sentimientos de un alma superior á toda belleza qne la tuya no fuese ! Por ti sola puede dignamente abatirse Eusebio , y suspirar sin bajeza. Tu superior hermosura , engrandece la flaqueza de mi pasion , y ennoblece mi abatimiento. ¡Oh ! si estuviera cierto de ser de ti correspondido ! si llegase á fomentar ese adorable pecho algun asomo de afecto por Eusebio, ¿qué concepto no mereciera tu virtud armada del fiero recato , que humilló mi honesta osadia ?

¿ Mas la virtud se opone acaso á una honesta correspondencia ? ¿ Tanto le costaba á su recato mismo el confesar afecto si lo tenia ? no, no rebajemos los quilates de la delicadeza de sus sublimes sentimientos . . ¡ Loco de mi ! ¿para qué voy fantaseando perfecciones , y buscando escusas á un corazon , que tal vez otro tiene ocupado ? ¡ Oh Orme ! Oh feliz Orme! ¿Por ventura el reconocimiento de Leocadia á tu fidelidad y á tus honestos sudores , abrió brecha en su alto y adorable seno ? ¿ Tu her-

mosa presencia, y tus atentos esmeros, fijaron su atencion con el pretexto de serte agradecida? ¡Ah! si tu fueras el dichoso! esta felicidad te embidia Eusebio. Otro objeto no tiene la tierra digno de mi aprecio... ¿Mas yo quien soy? huesped advenedizo, para contrapesar los derechos, que tiene Orme á su posesion? ¡Ah! lo veo: puedo amarla: amola si, mas que tú, mas no soy mas digno de poseerla. A despecho del resentimiento de mi pasion, fuerza es, que el resto de la virtud que me queda, use contigo de la forzosa necesidad de cedertela. Devoraré mi dolor, pero sugetaré mi frente á las leyes irresistibles del destino. Hallaré en esta mi obligacion, compensacion bastante á todas las acervas penas de perderla. ¿De perderla? ¡Oh Dios! ¿de perder Leocadia?..! Oh Epicteto... ¿mas no es ésta tu severa sombra que viene á fortalecer mi constancia vacilante? He aqui, he aqui mi pecho, apoderate de él: ardo ya del deseo de espiar en los brazos de Hardyl mi indigno abatimiento.

Asi iba recobrando Eusebio la entereza de su virtud, quando lo llamaron á comer. Entretanto que él daba vado á sus amorosos sentimientos en la soledad del quarto; Henrique Myden contaba al padre de Leocadia, con la

ocasion de la pregunta que le hizo poco antes las circunstancias de la venida de Eusebio á Filadelfia, la nobleza de su nacimiento, y las excelentes partidas de su ánimo, la dulzura y docilidad de su genio, y las luces que habia adquirido con la educacion de Hardyl. No necesitaba de tanto el padre de Leocadia, para concebir ardientes ansias de casar su hija con Eusebio, bastandole haber oydo con admiracion el apellido de su ilustre familia, que él conoció muy bien en la ciudad de S. . . . . para abrazar la suerte que se le presentaba, de enoblecer su casa con tal union, y para hacer feliz su hija con un joven de prendas tan singulares. Con esto fue el primero, que solicitó el casamiento. Dijole Henrique Myden que por su parte no quedaba estorvo, pero que debiendo ir Eusebio á España á tomar posesion de sus haciendas, y queriendolo hacer viajar con este motivo, podian establecer desde entonces el casamiento, para efectuarlo á la vuelta de su viage.

Prestóse á estas condiciones el padre de Leocadia, y en ellas quedaron convenidos, al tiempo que entró en la estancia la misma Leocadia para llamarlos á la mesa. Su padre sin poderse contener, transportado del júbilo del efectuado contrato, hechale los brazos al cue-

llo, le da mil parabienes por el noble y rico esposo, que el cielo tan inopinadamente le habia traido á su casa, nombrandole Eusebio. Leocadia sorprendida, aunque procura disimular su alborozo con modestia, hacele traicion el llanto que empañó sus ojos, y que procuraba ocultar con mayor recato, mientras ofrecia á su padre su corazon para que dispusiese de él á su grado. Susana oydo su tierno, y modesto consentimiento, hacela acercar al lecho, donde llevada de su mismo padre, hacele demostracion de darle un abrazo como estaba desde la cama, y la dice: hija de mis entrañas, pues tal expresion me arranca la ternura y el gozo de verte destinada á Eusebio, aunque éste no es hijo mio, sino por adopcion, no estrañes que jubile mi pecho de ver tu amor prometido, á quien mas que ninguno en la tierra lo merece; y á quien será entre todos los hombres de tí mas digno.

Leocadia llora entonces de ternura. Henrique Myden para explayar la suya, salese de la estancia con el pretexto de llamar á Eusebio, para no diferirle mas tiempo tan cumplido gozo. Y viendolo en la sala en compañia bel joven Orme, á quien tenia de la mano, hablandole cariñosamente, lo llama, bien ageno del colmo del consuelo, que le habia de

causar tan serio llamamiento. Entra: Su hermoso rostro, todavia conservaba los dexos de la tristeza á que se habia abandonado, aunque mezclados con la dulzura y magestad de los nobles sentimientos que le habia inspirado la virtud, y la generosidad de ceder á Orme el triunfo del corazon de Leocadia. Su afable seriedad se turba al verla asida de la mano de Susana, y rodeada de sus padres, que hácia él volvian sus llorosos ojos. Henrique Myden lo toma del brazo, y presentándole á Leocadia, le dice antes: ¿no es ésta señorita, la que deseabas por esposa? Eusebio sobresaltado dice: ¿cómo? ¿qué es? ¡cielos! ¿será verdad? el padre de Leocadia levantando entonces la mano á su hija, se la ofrece á Eusebio, diciendole: tened; esta es su mano; recibidla de su amado padre, pues como á esposa os la presenta.

Eusebio enagenado, inundado del colmo de tan grande consuelo, imprime en la mano de Leocadia un beso ardiente, y la suelta para doblar las rodillas, á quien le habia ofrecido tan precioso don, el padre que lo vé en aquella postura digna de la efusion de su tierno y agradecido amor, lo abraza, y desahoga asi su alegre ternura con lagrimas, y la compuncion que su postura le causaba. La madre de Leocadia no pudiendo tampoco contener

su ternura abraza á su hija tambien, y ella esconde entonces en el seno de la madre, el dulce y tierno llanto de su modesto contento, teniendola todavia Susana de la mano sin dexarla.

Almas que no conoceis el sublíme consuelo del santo amor, vedlo aqui mal delineado en los ojos, y suave tristeza de los corazones de los padres, y de los amantes. La vana risa, el ufano gozo y el presumido contento con que exhalais vuestros corazones, reciben solo fomento del interes y de la vanidad que presiden á vuestros contratos, y que os usurpan las mas puras delicias de la tierra. Ellos os hacen libar la alegria en copa de oro, para amargaros despues con las heces que brinda la ambicion á un corrompido imeneo.

¡Oh Myden! no quieras interrumpir estos deliciosos instantes con el pretexto de la comida que los espera. Sus almas enagenadas, se prestan solo, al sublíme consuelo de la virtud que las tiene absortas. ¿Qué manjar equivaldrá al destello de la ambrosía que regala sus corazones. Eusebio á instancias de Henrique Myden se desprende del padre de Leocadia; y esta levanta del seno de la madre su lloroso rostro, semejante á la estrella de la mañana bañada de brillante rocio. Una dulce y

serena satisfaccion sucede al tierno gozo, sin privarlos de sus suaves y deliciosos resabios. Susana que los vé encaminar hacia la mesa, sientese con fuerzas para no dexar de asistir á ella y lo egecuta, sin atender á los que le aconsejaban lo contrario.

El desgraciado Orme, rabioso y cansado de tanto esperar, viendo á Eusebio que conducia de la mano en triunfo á su Leocadia para asentarla á su lado, se abandona al furor de las funestas sospechas que le habian causado la tardanza. Los amargos sentimientos que á tal vista le excitan sus envidiosos celos, acrecientan la rabia de su desesperacion, y el dolor de la pérdida de su fortuna con la herencia de Leocadia. Esta terrible idea, redobla la confusion de su estado pobre y dependiente. En el alborozo que veia jubilar en el semblante de los padres, y en las ardientes y desfallecidas miradas, que de soslayo se daban los amantes, leia la fiera sentencia de su desgracia irreparable. Parabasele la comida en la garganta, ni las bebidas repetidas sin sed, podian humedecerle la seca aspereza que sentia, y no pudiendo al fin resistir á la rabia y escarmiento de sus celos, ni al dolor de su desventura, se levanta de la mesa para ir á desahogarlos en secreto.

¡Oh Orme! ¿dónde vas á fabricar tu perdicion? ¿Qué esperanzas dió jamas á tu amor el recato de Leocadia, para que á tanto grado las fomentáse tu codicia? Tu pasion otro cimiento no tiene, que tu vana fantasia. Cede al desengaño aunque amargo, que no te dá la traicion de Leocadia, mas bien sí, el cielo, que premia la virtud de su rival. Usa con él de la misma generosidad que usó contigo, y de que te dió pruebas despues de su vencimiento, tratándote como á su mas feliz amigo, aunque te ocultó la cesion que te hizo de Leocadia. Pero el tuyo no conoce la sublimidad de la moderacion de los sentimientos, y tus pasiónes te van á precipitar en tu ruina.

Enagenados todos los demas del gozo de tan solemne dia, no repararon en la ida de Orme estandose ya para acabar la mesa. Mas Susana no pudiendo dexar de acordarse del caracter de quakera Sacerdotisa, sintiendo su manifiesta mejoria, tomó ocasion de ella para hacer un breve discurso sobre los medios al parecer estraños de que se vale la providencia para conducir las cosas á sus fines, haciéndolo recaer sobre el accidente de la rueda y sobre su desmayo, para detenerlos asi en aquella casa y concluir el matrimonio de Eusebio y Leocadia. Recapituló mil menudencias, ha-

ciendolas resaltar de su dulce eloqüencia, y finalmente, dedujo de su discurso, que quedando cumplido el querer del cielo, no debia prolongar la incomodidad á sus huespedes, ni el remedio á su mejorada salud, manifestándoles la intencion que tenia de partir al otro dia para su granja. No pudiendo recabar de ella los padres de Leocadia, que difiriese por algunos dias la partida; pusieron su hija por intercesora, á cuyas instancias no pudo negar Susana otro dia mas de quedada. ¡ Cielos ! que dia éste para los amantes ! ¡ Que excesos de delicias en los mismos transportes de su amor refrenado de la virtud ! ¿ Por ventura igualan todos los deleytes de la tierra á la suave confianza y ternura de un santo afecto reprimido del recato ? No, todos los placeres de Sibaris y los excesos de un Sardanapalo, no son preferibles á un suspiro de un casto pecho con que exhala el contenido ardor de su pasion un amante, que respeta las leyes del honor y continencia.

La ardiente sensibilidad de Eusebio, llevaba todavia el velo, aunque no tan escuro de su inocencia. Leocadia no menos inocente y sensible, probaba como él, los asomos de la concupiscencia sin conocerla, por mas que el recato, y la reserva de entrambos se guarda-

sen provocarla, tratándola como á sospechoso y no conocido amigo, de cuya entereza fiarse no se atrevian. En los cortos momentos que podian robar al afectado descuido de la madre, Eusebio lejos de empeñar el afecto de Leocadia con las vanas ideas de riqueza y nacimiento, que no le ocurrian, procuraba al contrario inspirarle el desprecio de la vanidad y de la ambicion, como enemigos de la pureza y constancia del santo amor, que se apura en la virtud, como el oro en el crisol. Encareciale las ventajas de la superioridad del alma, que levanta su aficion y su vista sobre todas las bajezas de la tierra, buscando por digno asiento y asilo de sus sentimientos, el templo de la sabiduria.

Aunque Leocadia no estaba acostumbrada á oir tales discursos, prestabales con afectuosa admiracion su oído, sintiendo con gusto de la boca de su amante, las nuevas y dulces impresiones que en su corazon le hacian, cimentando al mismo tiempo el alto concepto, que el blando y sublime caracter de su Eusebio le merecia. Ella por otra parte sin permitirle la menor libertad, aunque decente, lo irritaba mas con su severo recato, el qual da mayores atractivos á la noble flaqueza del sexô, y mayor motivo de concupiscencia al

vigor del sexô de los amantes ; y asi decianse mas con los ojos, lo que no sabia, ó no se atrevia á decir la lengua. A tan dulces transportes y sentimientos, debió seguir la tristeza en la separacion forzosa, renovandose en ella todos los huespedes, las demostraciones de su jubilo, y las bendiciones al cielo, como el feliz suceso se los pedia, hasta que ya montados en su compuesto coche, se perdieron de vista.

Solo el infeliz Orme, desvanecidas las esperanzas que habia puesto en la segura posesion de Leocadia, quedaba sumergido en una profunda tristeza que irritaba su desesperacion. No acababa de entregarse á ella, porque lo contenian las lisonjas que todavia fomentaba de poder mover á compasion, y de ganar por ella el ánimo de Leocadia. Para esto, se atrevió un dia á declararle sin embozo su ardiente pasion, y le expone los servicios que tenia hechos á sus padres, encareciendo el esmero, y la felicidad de su trabajo, todo animado del afecto que sus gracias y hermosura, habian encendido en su pecho. Rogola, que considerase el rabioso dolor que lo devoraba, viendo pospuestos su antiguo amor y servicios, al efimero afecto de un huesped pasagero que apenas conocia, y que tal vez burlaria sus esperanzas.

Leocadia sorprendida de tan inesperado discurso, y atemorizada del ceño triste, y de los ojos descarriados del atrevido Orme, no fiandose del lugar en que se hallaba sola con él, sin darle respuesta, le vuelve la espalda y salese huyendo del quarto, dexandolo encendido de despecho, y de deseos de vengarse del manifiesto vilipendio con que lo trataba. Este justo desden de la recatada doncella exâsperó tanto su dolor, que juró alli mismo de hacersela muger por fuerza, ó de violarla aunque deviese costarle la vida. Para poner mejor por obra su bárbaro juramento, disimula su indignacion de modo, que proporcionandole otro encuentro echasela á sus pies y la pide perdon de su atrevimiento, mintiendo en su exterior humilde, el horrible proyecto que maquinaba.

Varias veces quiso ponerlo en execucion, mas otras tantas la fortuna de Leocadia puso estorvos que se lo impidieron, hasta que finalmente cansando á la misma fortuna, le proporcionó el medio de tentarlo, un convite de bodas de un mercader vecino, al qual devieron asistir los padres de Leocadia dexandola á ella en casa por no parecer bien las doncellas en tales regocijos.

Vivia cerca de la casa de los padres de

Leocadia en el campo, un labrador, á quien Orme tenia confiado un perro de caza, no permitiendole la madre tenerlo en su misma habitacion, por el temor que cobró á los perros, desde que uno rabioso mordió á un hermano suyo. El motivo de ir á tomar su perro á la casilla del labrador, todas las veces que Orme iba á cazar, le grangeó la confianza y respeto del labrador y de su muger, con cuya ayuda, meditaba Orme egecutar sus traidores designios, y en su misma casa, atrayendo á ella con engaño, á la infeliz Leocadia. Estaba esta bien lejos de imaginarse tal osadia de parte de Orme, mucho menos la impía y cruel que urdia, valiendose del pretexto de que se sirvió. Pues siendo ya algo tarde, y hora en que el convite á que sus padres asistian podia estar acabado, entra Orme en casa de Leocadia por el postigo que daba al campo y que de propósito dexó abierto; subiendo arriba en busca de ella y habiendola encontrado la dice, que sus padres la esperaban en el fondo de la alameda.

Leocadia alhagada de tan cariñoso aviso, y deseosa de ver á sus padres de vuelta del convite, sigue al traidor que la precedia de trecho, para quitar toda sombra de sospecha á su detestable trama. Llegada al postigo, po-

nese á mirar desde el umbral á una y otra parte; mas no pudiendo descubrirlos con los ojos, y temiendo salir sola con Orme, le pregunta á este; ¿ donde están, Orme? donde están? Orme la responde; hallá en el cabo de la alameda los dexé: sin duda se habran sentado en algun ribazo para esperaros, y tomar entre tanto el fresco. La tarde ya caia, y no fiandose por lo mismo, Leocadia, dales voces desde el lintel diciendo á gritos; madre mia, madre mia. Orme carcomido del temeroso recelo de Leocadia vuelvesela diciendo; ¿ paraqué esos insulsos temores? no os dixe que están allá bajo? si quereis venir, enhorabuena; si no, parto.

Acababa de decir esto, quando unas voces, y el eco de una risada de gente que atravesaba el campo sin ser vista, viene á herir el oido de la doncella, pareciendole la misma risada de su padre. Asegurada de este engaño, despidió sus temores, y hecha á correr avivando sus pasos la verguenza de salir sola de casa, y el ansia de juntarse con sus padres.

Orme que vé en su mano la victoria mas presto de lo que esperaba, hecha tambien á correr tras ella para mas apremiarla, no como Apolo tras Dafne, que no merecian tal comparacion sus traidores intentos, sino como

lobo rapaz tras la inocente cordera, que balando y palpitando, corre empos de la madre, de quien cree ser llamada desde el abrigo del redil. ¡ Mas hay ! qual fue su confusa sorpresa, quando andada yá la alameda, volviendose á todas partes no ve ninguno, mucho menos sus padres, que respondiese á sus repetidos llamamientos. Orme que se la habia ya juntado, finge igual sorpresa, va y vuelve, como para ver si los descubria, dando con estas detenciones tiempo á la labradora de la cala que estaba alli vecina, y á quien tenia instruida de todo lo que debia hacer para que saliese de ella á decir á Leocadia, que sus padres la esperaban alli en su huerto.

Alborozada de éste nuevo aviso, corre tambien hacia la casilla, y apenas puso dentro los pies llamando vanamente á sus padres, quando el traidor jubilando de impio contento, se precipita tras ella, dexando afuera la labradora, y tira con esfuerzo el cerrojo, cuyo triste y áspero chirrido, llamando la dudosa atencion de Leocadia, excitó en su pecho los mortales temores y angustias que no tardó á confirmarla la descarada libertad de Orme, y el ademán imperioso con que comenzó á tratarla, asiendola del brazo para descubrirla sin ningun reparo sus horribles intentos, á los

quales le dixo, era forzoso que se prestase.

Pálida y palpitante Leocadia por la descarada violencia de Orme, y por la soledad del lugar donde se veía atraida y encerrada; se esfuerza con todo de desprenderse de la mano con que asida la tenia del brazo, para acudir á la puerta y tentar descerrajarla, diciendole; dexadme Orme, dexadme. ¡ Cielos! ¿ qué intentais? Orme sin soltarla la dice; no Leocadia, no penseis evadiros de mi poder. Todos los pasos están tomados, y asi, serán no menos vanas vuestras tentativas que vuestra resistencia. Solo os queda el medio de venir bien en casaros conmigo. El caballo nos está esperando, falta vuestro consentimiento. Prometedme de venir sobre él á pedirme ante los jueces. Esto solo podrá exîmir vuestro honor de mi violencia, y os podrá dexar intacta vuestra honestidad.

¡Qué cruel opinion! y en que lugar! ¡Oh Eusebio! ¿ de qué modo se comportaria tu virtud, tu moderacion, si vieras los terribles extremos en que se vé puesta tu fiel Leocadia?

Hizole Orme la proposicion, con un aire y tono de superioridad tan maligna y resuelta, que irritada Leocadia, mudando su pavor en enojo, atrevióse á decirle; como: ¿ pensais abusar de mi entereza como abusasteis de

mi simplicidad, atrayendome con tan cruel engaño á este lugar, para executar en él vuestros infames designios? No, traidor, no te lisongees, ni de tu poder, ni de la flaqueza de mi sexô. Podrás bien, si, quitarme la vida, ¿ mas el honor? ! Oh Dios! ¿ y esto se atreve á intentar, el que sacado de mi mismo padre del seno de la mendicidad y de la desesperacion y acogido en mi misma casa, era tratado y mirado en ella como hijo...? El llanto interceptola las palabras; mas no por esto se enterneció el cruel Orme; antes bien, lisongeandose que aquellas lágrimas eran indicio de titubear y de querer condescender con su pretension, soltóla el brazo para abrazar con el suyo la delgada cintura de Leocadia, como lo hizo sin poderlo ella precaber, y sin poderse desprender despues de cogida, por mas que se esforzaba con enojo de paloma que se debate para escapar de las garras del azor, no dexandole acabar los requiebros de endulzado acibar con que procuraba ganarla y rendirla, mezclando la ternura y la violencia.

Mas ella apartaba quanto podia su encendido rostro de la impura boca, que con estremo atrevimiento se esforzaba en robarle un beso, diciendole; quita hallá detestable y cruel enemigo, no lo recabarás; y levantan-

do el brazo para defenderse de su violencia, hiere con el codo el ojo de Orme, el qual obligado del dolor, la suelta para repararse, acudiendo con la mano á la herida que lo habia deslumbrado. Ella al sentirse suelta, corre á la puerta, y cogiendo el cerrojo, iba á tirarlo llamando en su ayuda á la labradora para que la amparase: mas en vano, que Orme olvidando su dolor, se lanza como herido y provocado tigre sobre ella, y cogiendola con los dos brazos por la cintura, queria arrastrarla con todas sus fuerzas al aposentillo de la labradora, para cebar en ella su venganza. Ella no viendo medio para defenderse que dexarse aplomar en el suelo, y cobrar en él nuevas fuerzas como Anteo, consigue sentar en él sus rodillas, y en aquella humilde postura con las manos juntas, procura mover á piedad á Orme con ardientes ruegos y lagrimas diciendole; no querais por vuestra vida amancillar mi honestidad. Pensad los funestos efectos que os puede causar una violencia tan opuesta á aquella confianza que hicieron mis padres de vuestra honradez, de la qual, les disteis tantas pruebas. Añadid á estas la mayor, que aqui postrada á vuestros pies os pido. Eterno silencio, tendrá oculta por mi parte, sí Orme, os lo juro ante el Dios que nos

es testigo, eterno silencio tendrá oculta por mi parte la fuerza de una pasion, de que tal vez no pudisteis exîmiros. Fuera yo de la casa de mis padres, vais á quedar solo en ella, y á obtener de ella todas las demostraciones de cariño y de estima, que antes profundian solamente en esta su hija desdichada. Si os tientan las riquezas, os prometo de hacer que mi padre os tome á la parte de sus haberes y ganancias, y si os tienta la hermosura, podreis conseguir otra mayor que esta mia ya prometida. Otra mas hermosa doncella, os hará mas dichoso con su correspondencia, que no yo que no puedo, teniendo ocupado el lugar en mi corazon, aquel que quisieron mis padres que lo poseyese.

¡ Ah ingrata y desleal!, exclamó Orme; ¿ para dexarme oprimir de tan cruel verdad, os he dado paciente oido? mas no, Leocadia, no me dexo alucinar de razones especiosas, ni prevenir de fingidas lagrimas ni de afectadas humillaciones. Si desistí de mi violencia, no creais que fue causa la compasion á la qual, cerré la entrada en mi pecho. Hicelo solo para daros otra vez tiempo de reflexîonar sobre mi inflegible demanda. Ninguna hermosura de la tierra, no, la mayor hermosura no envilecerá mi aficion en cotejo de la vuestra, de

esa vuestra mil veces mayor para mi despues que queda á otro prometida. Mas ó ese advenedizo no la obtendrá, si Leocadia, os lo juro ante el Dios que nos es testigo; ó si la obtiene, será solo á cuenta de mi violencia, á cuyo arbitrio queda espuesto vuestro honor sin remedio. Escoged os lo vuelvo á decir; el caballo está pronto, y yo, solo espero vuestra postrera determinacion. Resolved.

La turbacion mezclada de sollozos y lagrimas, preocupaba la mente de Leocadia, reteniendo aquella humilde postura como la mas segura defensa de su honor, hasta que viendo que Eusebio solo la obtendria con menoscabo de su virginidad, enardecióse en tan grande enojo, que prorrumpió en injurias y amenazas contra el descarado Orme. Este rota enteramente su paciente esperanza, dandole nuevas fuerzas su desesperacion y luxuria, arrebata con ella, y arrastrandola sin respeto alguno con vehemencia, la llega á tender sobre el infeliz lecho de la labradora, procurando poner á prueba todo su esfuerzo para executar sus horribles intentos.

En tal estado no dexando conocer á Leocadia su inocencia, el poder que tiene una doncella contra un hombre solo, creyose perdida sin remedio, y aunque oponia esfuerzo

igual de resistencia, al del furor de Orme, el ignorante temor á vista de la fealdad del peligro, la obligó á escoger antes la promesa del casamiento, que le dió para que desistiese de su deshonesto empeño. Orme, que mejor que ella sabia y probaba, lo imposible de haberlas con el inflexîble honor de una resoluta doncella, al oir promesa de casamiento, desiste de sus vanas tentativas y empeño: pero sin soltarla las manos, la pide juramento, y obtenido ya con todas las solemnes propuestas ayuda á levantarla de la cama, trocando su violento furor en respetosa ternura y acompañala de la mano al lugar donde el labrador lo esperaba con el caballo, sin poder agotar Leocadia sus gemidos y lamentos.

Muy estraña parece á primera vista la ley de la Pensilvania sobre el rapto de las doncellas, pero que bien considerada, prueba las grandes miras del legislador. Dexa esta ley en todo su vigor las penas contra los raptores criminales, dexando al mismo tiempo arbitrio á la violentada libertad de los amantes, para usar de ella con las condiciones prescritas de la ley misma. Son estas; que todo joven que enamorado de una doncella, y ésta de él, la pidiese á sus padres, y estos se la niegan, pueda sacarla de la casa paterna montada acaballo,

y el amante detras de ella en la grupa para presentarse asi ante el tribunal de los jueces, como haciendo el oficio la doncella de raptora de su amante pidiendolo por marido; lo que obtiene de la justicia, sin incurrir en pena alguna, no habiendo faltado á estas condiciones.

Con el pretesto de esta ley, mal entendida de su ciega y violenta pasion, creía Orme forzar de grado la libertad de Leocadia para poderla obtener en casamiento y quitarsela á Eusebio. Los contrastes y resistencia que ella opuso á la violencia del traidor, habian dado tiempo á la noche para cubrir con sus tinieblas la execucion de sus designios, aunque la luna menguada daba luz bastante para poderla colocar en el caballo; lo que Orme solo, no hubiera podido executar sin la ayuda del labrador, á quien tenia apalabrado de antemano, el qual mal grado de Leocadia, cogiendola con sus robustos brazos, recabó, aunque con fatiga, ponerla sobre el caballo á orcajadas, dandola la mano Orme que montó luego tras ella, y picando de trote, teniendola bien asida con un brazo, llevósela por sendas estraviadas hacia filadelfia, evitando quanto podia el camino real.

La Madre de Leocadia vuelta del convite á casa, llama, y hace llamar á su hija pa-

ra regalarla con algunos dulces que la traia. Mas llamada y buscada Leocadia, no se encuentra. Buscan de nuevo por toda la casa, y haciendose vana toda diligencia, da motivo á la madre para entrar en mil funestas dudas y temores. Piensan en Orme, y no encontrandose este tampoco, recaen sobre él todas las fatales sospechas. Los padres fuera de sí, agravando sus angustias las circunstancias del establecido casamiento con Eusebio. Envian recados y mensages por la ciudad y requisitorias á todas partes, sin omitir aviso á la granja de Henrique Myden, en caso que la pasion la hubiese encaminado hacia aquella parte. Pasaron toda aquella infausta noche en claro con continuos sobresaltos, fomentado su duelo con llantos, y pidiendo al cielo su perdida Leocadia, mientras esta por las tinieblas de la noche era llevada, gimiendo el forzado casamiento, oprimiendo su corazon la memoria de Eusebio, y invocandolo á veces sin temor del traidor, el qual á su nombre tambien gemia y suspiraba.

La oculta confianza que sin conocerla, tenia puesta Leocadia en la justicia de los jueces, y que le hizo preferir en el peligro la promesa del casamiento, la confortaba mas entre los temores del camino, lisongeandose

que los jueces se persuadirian de su padecida violencia, y la devolverian á su Eusebio. Orme que no tenia mucha practica del atajo pierdese en el camino, ni hechó de ver su error, hasta que se lo hizo advertir el nuevo dia hallándose en la carretera de Salem á Filadelfia, que devió seguir para no perderse de nuevo.

Aquella mañana misma habia salido Hardyl de Filadelfia en compañia de Juan Taydor; encaminándose á pie hacia la granja de Henrique Myden: y habiendo caminado como una hora, ven venir hacia ellos á todo trote un caballo, distinguiendo de alli á poco una doncella montada y un hombre que la conducia. Eran cabalmente Orme y Leocadia, la qual, viendo desde lejos aquellos peones, pareciola ver en ellos sus libertadores, y luego que la pudieron oir, comienza á pedirles amparo con lamentos. Hardyl que sospechó lo que era, determina socorrer á la doncella; y sin decir nada á Taydor parase en medio del camino esperando á pie firme el caballo, á quien Orme habia azorado el galope; pero el imperterrito Hardyl tomándole el paso, consigue pararlo del diestro.

Orme viendose detenido, le dice encolorizado: suelta infame; ¿qué atrevimiento es ese? Leocadia prosiguiendo en sus sollozos,

dice á Hardyl; oh buen hombre, compadecete de esta infeliz que contra su voluntad, engañada, arrastran á un violento casamiento. Toda violencia, dixo con mucha mesura Hardyl, es injusta ni la fuerza la autoriza, y por lo mismo devo oponerme á ella, y puesto que la suerte me proporciona este buen oficio, de aqui no pasareis si no dexais libre esta doncella. Orme irritado, pica de nuevo su caballo para huir, pero en vano, que Hardyl le tenia la mano en el bocado. Entonces Orme salta de la grupa, y desenvainando el cuchillo de monte que ceñia, lo levanta contra Hardyl diciendole con voz y gesto amenazante, suelta, ó te parto por medio. Hardyl inmobil é inperterrito como una piedra, sin soltar el caballo le dice con mucha frialdad; si me partis por medio, no habrá mas que hacer, pero si cortais este brazo que detiene el caballo, queda estotro para hacer el mismo oficio.

Taydor, que se habia adelantado algunos pasos, viendo á Orme que se encaraba con el cuchillo levantado contra Hardyl, acude á él en ademan de defenderlo con el palo que llevaba. Orme atemorizado del rostro feo del resoluto Taydor, y parado mucho mas de la inalterable pertinacia de Hardyl; tomadla pues, les dice, ahi la teneis. Leocadia al ver

el cuchillo desembainado en manos de Orme, comenzó á gritar sollozando, é iba á precipitarse del caballo, á tiempo que Taydor previniendo su arrojo acudió á recibirla en sus brazos.

Hardyl viendo ya en pie á Leocadia, entrega el caballo á Orme sin decirle palabra, el qual embainando su acero con rabia, y vomitando mil denuestos y blasfemias, vuelve á montar y á todo correr desaparece metiendose por una senda.

Leocadia, aunque gozosa en su interior por el jubilo de su recobrada libertad, pero casi desfallecida de tanto apremio, trabajo, y temores de la noche y del camino apenas podia estar en pie, ni responder á las preguntas de Hardyl: pero penetrada de reconocimiento besabale la mano, á la qual debia su libertad, dándole mil gracias con interrumpidos suspiros. Hardyl la consolaba, y la pedia buen animo, aconsejandola á tomar descanso sobre el herboso ribazo del camino para donde la encaminaba, sosteniendola del brazo mientras Taydor iba á una casa que se descubria en el campo para ver si encontraba un jumento con que conducirla á Salem, de donde decia, que la habia sacado el traidor Orme. La tardanza de Taydor, dió ocasion á

Hardyl para preguntar á Leocadia quien era, y el modo como Orme pudo sacarla de aquella manera. Ella le da relacion de todo, añadiendole que su dolor habia llegado al exceso, por la circunstancia del establecido casamiento con un joven español de singular circunspeccion, y de carácter adorable, el qual yendo con sus padres á Salem, habiendoseles roto una rueda del coche, viose precisado á detenerse en su casa, lo que dió motivo para que se enamorasen y se estableciese el casamiento.

Hardyl, que á pesar del abatimiento de Leocadia, hechaba de ver sus singulares gracias y hermosura, no menos que las de su buen alma, al paso que oía de su boca las circunstancias del coche y del casamiento con un joven español, y las alabanzas que le daba, sentia una dulce comocion en su pecho, no dudando que hablase de Eusebio, con todo la dixo: ¿y no se puede saber el nombre de ese joven adorable? Sí, responde Leocadia, llamase Eusebio M... Al oir confirmadas sus sospechas Hardyl, no puede contener su alborozo, saliendole por los ojos transformado en llanto exclamando con lagrimas: ¡O hijo, ó hijo mio! Leocadia que no conocia aquel hombre, maravillandose que lo llamase hijo

suyo le dice ; ¿cómo hijo vuestro es Eusebio? Hijo mio puedo llamarlo responde Hardyl, como os puedo llamar à vos desde ahora hija mia. Pueda la virtud á prueba de todas las desgracias, cimentar la dicha en vuestros amantes corazones. ¡ O sabiduria infinita ! adoro los admirables medios de que se vale tu mano para conducir las cosas á sus fines. Quiera esta misma llevar estos mis dulces hijos por la senda de la verdadera bienaventuranza.

Leocadia sorprendida de oír hablar aquel hombre de este modo, tenia fijos en él sus ojos sin saber combinar lo que decia con el humilde trage en que iba por mas que su presencia comenzase á infundirla veneracion, y extrañando sobremanera de haberle oido decir que podia tambien llamarla hija suya, le dice: aunque os admiro no os entiendo. ¿Hija podeis llamarme, cómo podeis llamar hijo vuestro á Eusebio ? Le sois acaso verdadero padre ? pues á lo que entiendo, Henrique Myden lo ahijó ; y habiendo sabido que su padre habia naufragado, seriais vos ese por ventura que quiso tambien librar el cielo, para que por tan extraña combinacion, vinieseis á ser mi libertador y me restituyeseis á vuestro hijo mi amado Eusebio ? ¡Ah! si es asi ó adorable padre mio, dexad que mi reconocimiento....

Iba á ponerse de rodillas Leocadia para besarle la mano en aquella reconocida postura, mas deteniendola Hardyl la dixo : no hija mia, sosegaos. No soy su padre naufragado, pero le soy poco menos que padre. Tal vez un dia llegareis á saber quien soy ; entretanto sabed, que de padre le he servido desde su infancia. Yo le he criado, y conmigo ha vivido hasta su salida de Filadelfia para la Granja, y á verle me encaminaba, quando por tan impensado accidente, llego á saber de su misma esposa el concertado casamiento. ¡ Cielos ! derramad sobre ellos las bendiciones, á las quales son sus virtudes acrehedoras.

Acababa de decir esto Hardyl, quando ven comparecer á Taydor con un jumentillo, conducido de un labrador, que no lo habia querido fiar á cuerpo ausente. Sentaron en él á Leocadia á mugeriegas, cuya verguenza al verse conducida de aquel modo de hombres extraños, como fugitiva de la casa de sus padres, la templaba el conocimiento y la confianza que la daba Hardyl, el qual procuraba sosegarla yendo arrimado á su lado, llevando de la siniestra el cabestro, y teniendo apoyada la diestra sobre la albarda, á la qual se tenia asida con las dos manos Leocadia. De este modo iban camino de Salem, guardando

Hardyl con suma complacencia el mayor tesoro de su amado Eusebio.

Podia este en aquella hora estar informado de la desaparicion de Leocadia por el mensagero que el dia antes habian enviado sus padres. ¡ A qué terribles y congojosas dudas no va á quedar expuesto su amor ! Qué contraste de acerbos sentimientos no va á sufrir su pecho! ¿pura felicidad,do estás?¡Ah! la tierra no es tu asiento. La virtud sola nos dexa probar el destello de tu ambrosia con que confortas nuestros corazones. ¡ Oh Eusebio , esta sola puede templar tu dolor y contener tu desesperacion. Aprende desde ahora á purificar tu afecto , y no á colocar tu mayor dicha en perecedera hermosura , pues estando expuesta á mil fatales accidentes te puede hacer esclavo de tu pasion , si la moderacion no la refrena.

El padre de Leocadia desvelado toda aquella noche enviando y recibiendo recados y mensages vanos , confirmandose en las sospechas que Orme pudo robarle su hija , determina encaminarse á Filadelfia para implorar el brazo de la justicia. Su corazon agitado, no le permitia sosiego en el coche en que iba, volviendo á una y otra parte de los campos su vista y oido para recibir algun indicio , si aca-

so le venia, de su perdida Leocadia. Habia ya dexado atras casi la mitad del camino quando le advierte el cochero que descubria una muger conducida de algunos hombres. Todo lo que se espera se cree; y asaltado del júbilo de tal aviso, se asoma y le parece que la reconoce. Vuelve á mirar y duda; teme y cree de nuevo, influyendo en sus ojos los sentimientos de su alma. Leocadia al mismo tiempo, viendo el coche, espera que viene en él cosa que la pertenece. La esperanza mezclada de rubor y de júbilo, comueve y agita su pecho, hasta que la cercania quitando á entrambos las dudas, especialmente al padre, lo obliga á saltar del coche no parado toda vía y corre precipitadamente hacia su reconocida Leocadia.

Ella conociendo á su padre dexase caer del jumento y se arroja en sus brazos. El júbilo y la ternura atanles las palabras, quedando abrazados en silencio, y absortos bañandose de lagrimas, hasta que rompiendo el silencio el padre la dice: Si, te tengo hija mia, te tengo, apretandola á su seno. Leocadia ansiosa de quitar á su padre toda duda sobre su inocencia, le decia: el traidor Orme no pudo salir con su malvado intento. Volviala á apretar el padre á su seno y volvia á decirle: si

Leocadia, te poseo; ¿no eres tu mi dulce hija? si, el cielo te me devuelve. Hardyl dexoles desahogar su alborozo, y mirando por el labrador que les habia alquilado el jumento, quiso pagarlo para que volviese á su trabajo, dandole una guinea de regalo á mas del precio concertado. El ruido de la moneda llamó la curiosidad del padre de Leocadia, y desabrazandola la dice: ¿qué hace, hija mia, quién es ese hombre? y diciendole Leocadia que era su libertador; vá hacia el penetrado de su generoso reconocimiento, y hechando mano de su bolsillo, qual estaba lleno, se lo presenta, diciendole: toma, buen hombre, pagate de lo que diste por la caballeria, y recibe lo demas de mi agradecimiento por la libertad de mi hija.

Hardyl haciendo ademan de retraerse un poco, lo rehusa diciendole: quedo ya pagado de mi misma obligacion: la parte mayor de la libertad de vuestra hija la tiene ese hombre, señalando á Juan Taydor, pues sin él, tal vez hubiera yo quedado víctima del traidor. Saltabale á Taydor, oyendo la noble peroracion de Hardyl en su favor, el alma por los ojos tras el bolsillo, que el padre de Leocadia sorprendido de la recusacion tenia todavía pendiente de la mano, no sabiendo que

lugar dar en su concepto á aquel hombre á pie y humildemente vestido que habia pagado por su hija, despues de haberla libertado, pero haciendo fuerza á su reconocimiento su insinuacion en favor de Juan Taydor, que tenia el ojo hito sobre el bolsillo, se lo entrega. Este lo recibe de mil amores, dando repetidas demostraciones á su generosa cortesia, haciendo tambien á Hardyl una profunda inclinacion de cabeza y brazos, como para decirle, que de su mas generoso desinteres lo recibia.

No hay cosa que nos de mas alta idea de la nobleza y superioridad de un alma, que el desinteres: porque la opinion y alta confianza que los hombres ponen en el dinero, haciendolo mirar como el instrumento mayor de su dicha, reputase heroicidad. La accion de aquel que á tal opinion se sobrepone, sobreponiendose á la codicia, que parece imposible poderse desarraygar del corazon; y si este desinteres procede de quien vive en pobre estado hacese mas de admirar, dando mas viva idea del caracter excelso que menosprecia los bienes que se pudiera grangear.

Esto mismo hizo recelar al admirado padre de Leocadia, que aquel hombre, á quien habia tuteado, fuese persona principal, pues

quanto mas lo contemplaba, mayor respeto le infundia, y aunque se sentia movido á ofrecerle lugar en el coche, lo detuvo el trage humilde en que iba Hardyl, y que lo hacia parecer un hombre vulgar. ¡ O vanidad ! ¿ mas poderosa has de ser que el agradecimiento ? ¡ O quantas veces somos mas generosos de volsa que de opinion ! Contentóse pues de renovarle mil demostraciones de su gratitud, rogándole, que llegado á Salem, fuese á su casa á recibir las pruebas que su reconocimiento no podia darle en aquel lugar. Leocadia, aunque quiso tomarle la mano para besarsela, no se lo permitió Hardyl; entonces ella le renovó las instancias de su padre para que viniese á su casa, y prometiendoselo Hardyl ayudandola á montar en el coche, volaron á Salem para llevarse el padre é hija las albricias de su madre.

Estaba esta sumergida en profundo dolor, impetrando al cielo con plegarias y llantos, por el hallazgo feliz de su hija, sirviendole de nueva agitacion la ida del padre á Filadelfia, á la qual se oponia, temiendo que interpuesto el brazo de la justicia, no llegase su hija á probar alguna ignominia, si por ventura hubiese padecido fragilidad á que pudiera quedar expuesta. Idea aguda que le pasa-

ba el alma, y que la sacaba fuera de sí, yendo y viniendo por la casa, pidiendo á todos los objetos que se la presentaban, su perdida Leocadia, quando un ruido de ruedas hacela parar, y pareciendola que habia cesado en su puerta, es ella, es ella, exclama; y corriendo desalada, baja la escalera, y aun no acabada descubriendo su hija que la llamaba, tomóla un desmayo y cae sin sentido en el suelo.

A la vista de su desmayada madre, el dolor y el espanto sufocando el gozo de Leocadia, hacenla tambien desfallecer. Toda la casa adolorida, apenas alborozada, acude en ayuda de sus amas, y del afligido padre testigo de aquel lastímoso accidente. A fuerza de alivios, vuelven finalmente en sí pudiendo ser conducidas á tomar descanso, del qual sumamente necesitaba Leocadia. El padre entretanto entregandose al sosiego que le habia restituido el dichoso hallazgo de su hija, y el restablecimiento de los desmayos, no pierde de vista enviar luego aviso á la Granja de Henrique Myden del hallazgo de Leocadia: y como esta durante el viage habialo informado de quien era Hardyl y del modo como la libró de Orme, hizo volver imediatamente el coche para obligarlo á venir á su casa: pero habiendo des-

pedido Hardyl al cochero desde el lugar en que le encontró, no queriendo entrar en el coche sino proseguir su viage á pie, llegó á Salem á hora en que Leocadia y su madre, despues de haber restablecido un poco sus fuerzas, de sus afanes, no dexandolas sosegar los deseos de verse y hablarse, se entretenian desahogando sus alborozados corazones con tiernas demostraciones de cariño, principalmente la madre oyendo la relacion que la hacia Leocadia de la traycion de Orme, de los peligros en que se vió, y del modo como Hardyl la libró de las manos del traydor; de él hablaban al tiempo que entraba él mismo en la estancia acompañado del padre que con duplicados esmeros, queria suplir á la cortedad en que habia quedado en el camino.

Leocadia al verlo, corre hacia él y lo toma de la mano renovándole los títulos de padre y de libertador; luego lo coloca entra ella y la madre á quien se lo mostraba, dandoles Hardyl al mismo tiempo mil parabienes. La madre por no saber bien el Ingles, quedaba corta y atada en sus espresiones, pidiendole perdon de esto mismo por ser Española. ¿Española? preguntó Hardyl, pues vuestra hija no me dió á probar esta complacencia. Tambien sé yo explicarme algo en esa len-

gua, y asi no os embaraceis con la Inglesa; hablemos español. ¿Mas no pudiera yo saber vuestra gracia y patria? mi patria dixo ella, es S... y O... mi apellido. Al oir uno y otro el gozo mezclado de sorpresa arrancó una demostracion á Hardyl, que á pesar del esfuerzo que hizo para reprimirla y disimularla, fue notada de Leocadia y de su madre que á una le preguntaron; ¿pues qué sois tambien vos Español? Hardyl interrumpió su pregunta exclamando; ¡cielos! sabe el hombre donde nace, ¿mas quién le dirá el lugar de su sepulcro? el padre de Leocadia, que tambien estaba presente, viendo que eludia una pregunta que le picaba su curiosidad, sacóla de nuevo á plaza, é insistió en ella preguntándole, si era él tambien de S.... pero Hardyl que conocia el apellido de la madre y de su familia, como dependiente que habia sido de la suya, estubo sobre sí haciendose superior á un afecto tan dulce y tan natural al hombre de manifestarse, mucho mas, quando su ilustre nacimiento puede grangearle la veneracion de quien lo pudiera reconocer.

Este modesto silencio de Hardyl hacia mas venerable su caracter, especialmente despues de saber el concertado casamiento de Eusebio con Leocadia, la qual le era tan in-

ferior en calidad; pero el alma grande de Hardyl, superior á estas vanas ideas, y que tuvo fuerza para ocultarse en tantos años á Eusebio, halló menor dificultad en celarse al padre de Leocadia; á cuya nueva instancia respondió; que su vida era un texido de estraños accidentes, por los quales se vió precisado á vivir algunos años en S... en donde aprendió la lengua española, y empeñandose en las alabanzas de dicha ciudad y en otras particularidades, divirtió de tal modo la curiosidad de los oyentes, que fueron llamados á mesa sin ocurrirles, que quedaba por satisfacer la pregunta.

En la mesa no pudieron dexar de tocar el punto del casamiento de Eusebio, sabiendo que Hardyl habia sido su maestro y lo habia criado desde su niñez. Esto sirvió de motivo para que Hardyl se estendiese en las alabanzas de su discipulo, que deseaban oir de su boca y que contribuyeron para hacerles apreciar mucho mas el casamiento, y para que Leocadia mas se le aficionase, hinchendose su pecho de complacencia por los elogios que le daba Hardyl, teniendola colgada de sus labios y bien agena de sospechar que el mismo Eusebio llegase á su puerta. De hecho, no habian tocado á la mitad de la comida, quan-

do uno de los criados los avisa de su llegada. La sorpresa, la comocion, y el alborozo, unidos á la prevencion de sus elogios que acababan de oir, hacenlos suspender la comida y levantarse de la mesa, al tiempo que entraba Eusebio precipitadamente diciendo: ¿Hardyl libertador de Leocadia? ¿Hardyl en su casa? y diciendo esto abrazase con él.

El mensagero, que el padre de Leocadia enviaba con la noticia del hallazgo, habiendolo encontrado en el camino, se la dió; y Taydor á quien habló en el zaguan, habialo informado de su venida. Mas viendo Hardyl que Eusebio no lo soltaba, prosiguiendo en sus tiernos sollozos, le dixo: pues que, ¿no quereis que acabe de comer? ¡Ah! sí, respondió Eusebio, y dexandolo, se acercó á Leocadia para darle el parabien y el jubilo que sentia en su hallazgo; mas el padre le dixo: tiempo habrá para eso, ahora lo es de comer: volvamonos á asentar.

Habian entretanto añadido los criados asiento y cubierto para Eusebio. Los celos que en aquella misma mesa le habia dado la presencia de Orme, avivaronse mas amargos con el motivo de su ausencia, dandoselo tambien para hablar sobre el asunto, que tenia clavado en su corazon; pero lo contuvo la pruden-

cia y se lo impidió la pregunta que le hizo Hardyl sobre la salud de Susana Myden. Leocadia que estaba sentada á su lado, en vez de manifestar ansiosa jovialidad por su venida, se revistió al contrario de afable aunque afectada seriedad. Las dudas en las quales temió dexar á su padre sobre su inocencia, quiso dexarlas todas para Eusebio, haciendo punto de honor la reserva de su entereza para con su amante. ¡ O impenetrables corazones ! contribuyó tambien á fomentarle la seriedad del rostro, la preferencia que habia dado Eusebio á Hardyl quando entró en la estancia pretendiendola para sí como debida á su hermosura.

Eusebio notó á primera vista la suave sequedad de Leocadia; pero ¿ cómo podia penetrar un amante bisoño tan profundos y delicados sentimientos ? Antes bien dispertando aquella dulce austeridad de su amada las terribles sospechas de sus celos con la idea de la violencia de Orme, é irritadas mucho mas de lo de los presentes atractivos de su hermosura, dexabale en el alma una cruel carcoma que lo trastornaba. ¿ Qué no diera por poder penetrar este fatal secreto : y por callar tan acibaradas sospechas ? Estas tenianlo á ratos tan absorto que le hacian importunas todas las

preguntas á las quales, solo forzado respondia. Notóselo Hardyl como quien mas que todos lo conocia; y suponiendo que aquel enagenamiento le naciese de ganas de hablar á solas con Leocadia, luego que se acabó la mesa dixo: Eusebio sabe pasar sin cafe; á lo menos pasará sin él de buena gana á trueque de decir una palabra al oido de Leocadia.

Pues que, dixo la madre, ¿no se la podrá decir bebiendo á solas el cafe con ella? saltábales el alma á los amantes que oian esto, callando. ¿Cómo pudieran exprimir mejor sus recatados deseos? Leocadia sonriose viendo que Hardyl la miraba, como dandole á entender que lo habia penetrado. ¡Qué dulce sonrisa para Eusebio! fue para su alma como blanda lluvia de primavera que baja á recrear los nacientes verdores. ¡O hechizos incomprensibles del sexo! ellos son las delicias y el tormento de los mortales.

Habiendo pues quedado á solas los amantes como lo deseaban, dixo suspirando Eusebio á Leocadia,,,

Eusebio. ¡Quánto comenzais á costar, adorable Leocadia, á este corazon que os tengo consagrado! ¡Mi lengua no hallará expresiones al mortal dolor en que los dexó la nueva de vuestra desaparicion! ¡qué dia aquel pa-

ra mi ! ¡ cielos ! qué infernales sospechas hijas del delirio de mi amor ! pudiera ser otra la causa.... Mas no, Leocadia. Pudo mi mente enagenada delirar ; pero el alto concepto que vuestra virtud cimentó en mi pecho , no padeció alteracion ni tacha : antes bien él mismo tuvo á prueba mi alma de aquel rabioso dolor que pronto á perder la moderacion contra la osadia de Orme , mantuvo con todo entera la memoria de vuestra inflexible honestidad. El torpe atrevimiento del vicio si hubiese profanado el santuario ¿debiera por eso merecerme la deydad que en él preside menor adoracion ?

LEOCADIA. Quanto creeis bien merecido ese concepto que mi honor os debe , creo tambien yo tener tanto derecho de dispensarme de la obligacion , que parece pretendeis imponerme , de daros inútiles declaraciones que ofendieran tal vez mi recato.

EUSEBIO. ¿ Yo imponeros obligacion ? ¡ Ah ! Leocadia , son bastantes las de la virtud , para que vuestro amante quiera cargaros con la de la indiscrecion. Mas si tal es vuestra delicadeza que se empañe al leve haliento de un amoroso recelo , podrá mi acendrado afecto tirar el velo á memorias que vuestra aprobacion no merecen.

LEOCADIA. Don Eusebio, no es sobrada la delicadeza, quando faltan títulos á la honesta confianza para declararse; y en el santuario donde no debe penetrar la profanacion del vicio, no se si es licita la entrada á sospechas ofensivas tal vez, siendo injustas.

EUSEBIO. ¿Injustas mis sospechas? ¡O amable Leocadia! mi amor, mi respeto, mi corazon, fueran insensibles si á vuestras plantas no expiase con la mas ardiente veneracion la nota de una flaqueza que siendo de vos declarada injusta, hace vuestra sentencia inestimable.

LEOCADIA. ¿Qué haceis Don Eusebio? No lo sufro; alzaos, ó si no parto.

EUSEBIO. ¿Y en qué os ofende una tierna demostracion del mas reconocido afecto que no exîge una declaracion que me asegura de la entereza de mis dichas?

LEOCADIA. ¿Y no es ofensa querer lisongear mi vanidad para que padezca la sensibilidad de mi am ... de mi afecto?

EUSEBIO. ¿De vuestro amor quereis decir? ¡O cielo! ¡O cielo! ¿y tanto debe costar una confesion que solo confirma el consentimiento á la voluntad de vuestros padres? ¿creeis acaso que se ofenda mi sensibilidad como se resintio la vuestra? ¿O bien temeis que se lisongee sobrado mi vanidad á costa de

vuestra sobrada reserva?

El café que les vinieron á presentar interrumpió el dulce contraste de sus tiernos afectos; y la madre que creyó haberles dexado sobrada oportunidad para desahogar sus corazones, entró poco despues para rogar á Eusebio se quedáse aquella noche en casa. Mas éste le dió por escusa la salud alterada de Susana Myden, la qual solo le dexó venir á Salem, con la condicion de que volviese aquella misma noche á la granja. Insta la madre de Leocadia y pone tambien la hija por intercesora. Pero Eusebio se afirma en su palabra dada. Llegan Hardyl y el Padre de Leocadia; y éste viendo la resistencia de Eusebio, dicele: no hay que hacer, sois esta noche mi prisionero, y el coche y caballos quedan embargados. Hardyl callaba, ageno de desmentir con ninguna demostracion exterior, las severas máxîmas que habia impreso en el alma de Eusebio sobre la observancia de las promesas, y su modesto silencio no podia dexar de confirmar su discípulo en su resolucion: y asi; quando dixo el padre de Leocadia que quedaban embargados los caballos, eso será solo motivo, dixo Eusebio, para obligarme á volver á pie; ¿ quereis que por complaceros sin necesidad, haga sufrir mil afanes y faltas á

mi obligacion para con quien tiene sobre mí, los mas sagrados derechos? No; permitid que sacrifique á mi gratitud el mayor gusto que tuviera de aceptar vuestra oferta, y el dolor de negar á Leocadia lo que por ningun otro título debiera.

Dicho esto, iba á tomar el sombrero resuelto de marchar á pie antes que rendirse á la necesidad de faltar á su palabra, lo que obligó al padre de Leocadia á mandar disponer el coche. Hardyl se resolvió á tener en él compañia á Eusebio, como lo executó; recibiendo mil bendiciones de aquellos huespedes á quienes era por tantos títulos acreedor, especialmente á la reconocida Leocadia; la qual, aprovechándose de la partida de Hardyl para desahogar mas su sentimiento en la de Eusebio le renovó con llanto todas las tiernas expresiones de su gratitud, pues aunque todas ellas iban dirigidas á Hardyl, no era él solo á quien todas se dirigian, principalmente el llánto.

El mensagero que el padre de Leocadia envió á la granja de Henrique Myden, como encontró á Eusebio en el camino no se curó de pasar adelante: con lo qual quedaban todavia inciertos Henrique y Susana Myden, del hallazgo de Leocadia hasta tanto, que el

mismo Eusebio y Hardyl se lo contaron. Henrique Myden, aunque era hombre amasado de bondadosa indiferencia hasta en los mismos intereses de su comercio; y de genio blando, facil, y liberal, sin mérito de serlo, y sin que hubiese cosa alguna que lo sacase de su paso. Sentia con todo, por solo Eusebio, todo el empeño y pasion que no le debiera tal vez un hijo propio: llegándose á revestir de sus mismos sentimientos y afectos; de modo: que el desconsuelo que le infundió él de Eusebio por la desgracia de Leocadia, fué igual á la alegria que se vió brillar en su rostro quando Eusebio le contaba su hallazgo.

Susana amaba mas entrañablemente á Eusebio; pero este mismo amor, por demasiado, declinaba en importuno y molesto para un joven, á quien queria tener dia y noche á su cabezera sin darle sino rara vez, tiempo de desahogo: y aunque Eusebio no le diese jamás demostracion alguna de enfado; pero muchas veces necesitaba llamar á consejo sus buenos sentimientos para tener en freno su paciencia; pues siendo muy aficionado al campo no le permitia Susana explayar en él sus deseos: y para contenerlos sin murmurar, deciase á sí mismo muchas veces: esta inquietud y desazon que siento, no me nace cierta-

mente de estar en esta estancia, pues aqui está Susana, y aunque enferma y en el lecho, no los padece. Luego es siniestro de mi voluntad, que rehusa prestarse á lo que le viene cuesta arriba. Mas si llego á vencer esta repugnancia, cumpliré con la gratitud que devo á quien me mira como madre afectuosa, complaciendola en esto: y á mas adquiero la virtud de la paciencia que tanto cuesta de adquirir. ¿ Si la venzo en esto poco, no me será mas facil el adquirirla en otras ocasiones de mayor importancia? ¿ No se me seguirá consuelo mayor de haberme vencido, que no gusto en dexarme llevar de mi desazon? ¿ Qué complacencia iguala á la que otras veces he probado, sujetandome al suave imperio de la virtud? ¡ O sublime moderacion! ¿ qué males hay que no alivies, ó molestias que no endulces? He aqui mi pecho rendido: ven, te emposesiona de mi voluntad, y amoldala á mayores sufrimientos.

Hardyl que conoció poco despues de la llegada, lo que Eusebio padecia, sin que éste le diese motivo para que lo penetráse, quiso hechar el corte á la sujecion en que Susana lo tenia, haziendo ver á esta, que Eusebio necesitaba en su edad de divagarse, pudiendo serle perjudicial tan frequente estada

en su aposento, y que por el mismo amor que le profesaba debia permitirle á lo menos las tardes enteras para que se solozase; pudiendo tambien servirle esto mismo de instruccion, viendo él por sus ojos las labores del campo, y poniendo en practica los conocimientos que ya tenia sobre la agricultura. Rindióse Susana á las razones de Hardyl; y asi pudo comenzar á disfrutar en su compañia de la amenidad del sitio que habitaban: sirviendo esto para que Hardyl diese forma á las haciendas, que el descuido de Henrique Myden tenia en su desaliño y en gran parte inculto.

Hardyl hizo praderias dilatadas de los campos alindados al rio, en que pudiesen alimentarse vacadas y ganados menores: dividió cada quatro yugadas en caserios en que pudiesen tambien establecerse familias de labradores que atendiesen mejor á su cultivo: ahondó fosos que recibiesen el sobrante del agua de los campos; y estos los dividió con hileras de árboles, haciendo para ello plantios, y ocupandose él mismo en hacerlos en compañia de Eusebio mezclados con los mismos labradores como si trabajasen como ellos á destajo. ¡Quántas veces renovaban en aquel egercicio la memoria de Isidoro y de Dorotea! ¡quántas divertian tambien su trabajo dicien-

do de coro, los pasages pertenecientes á la vida del campo de Virgilio y de Teocrito! ¡Quán dulce era entonces á Eusebio la memoria de su Leocadia, como si con aquel trabajo hubiese de ganarle el mantenimiento! ¡Qué cumplida felicidad no le prometian sus enagenados pensamientos!

Otras veces encaminábanse á la playa, y sentados sobre una roca, ó sobre la arena, renovaban la memoria de su naufragio en aquel lugar mismo en que lo recibió la tierra. Tomaba Hardyl ocasion de esto, para ensalzar y bendecir la poderosa mano de la providencia que no solo lo sacó del furor de la borrasca, sino que tambien en vez de impelerlo á una playa desierta, lo puso en los brazos de tan piadosos libertadores; dandole en ellos padres, tal vez mas cariñosos que aquellos á quienes dexó tragar de las mismas olas, sobre las quales lo sacó salvo. Haciale ver la obligacion en que estaba de fortalecer su alma con los buenos sentimientos de la virtud como el mayor reconocimiento que podia mostrar á su criador. Sirvió esto mismo tambien á Eusebio para avivarle el agradecido amor que debia á Gil Altano, como principal instrumento de que quiso servirse Dios para salvarlo: y aunque entonces en el fervor de su gratitud hu-

biera deseado hacerle un establecimiento en que pudiese pasar su vida con comodidad e-xentandole del servicio; pero como se reconocia dependiente de Henrique Myden, remitió sus intentos á tiempo, en que pudiese disponer de su hacienda, contentándose entre tanto de contribuir á su buen estar, regalandolo como lo hacia freqüentemente con sus aguinaldos y con otras larguezas: con las quales empeñaba mas el sumo cariño que Altano le profesaba. Este con el trato quieto y asentado de los quakeros, iba perdiendo aquel ayre truanesco y avillanado, del qual quiso precaber Hardyl á Eusebio en su niñez y juventud.

Contribuyó tambien la frequentacion de la playa y la memoria de su naufragio para no omitir Hardyl enseñar á nadar á Eusebio, no solo como preservativo que le pudiera ser en desgracias semejantes, sino tambien como remedio de su salud en muchas destemplanzas; pues el cuerpo se corrobora y fortalece con el baño: no ofreciendo tal vez la naturaleza ningun remedio mas sencillo y blando para la vida: no porque ésta se pueda prolongar y hacerla exceder los términos á que la ciñe la organizacion del cuerpo; sino porque sin excederlos, puede el hombre llegar á ellos

esento de muchos ages y dolores á que se vé sujeto conmunmente, como efectos necesarios de la excedencia y derramamiento de los malos humores, y de los encendimientos de la sangre que templa y consume el baño, reponiendo las masas en su equilibrio, y devolviendo el proporcionado vigor y elasticidad, á los vasos y fibras, á cuya diversa configuracion, dificilmente llegan las virtudes de las pocimas de la Farmacia: virtudes tal vez inciertas, tal vez erradas á los fines para que se recetan, supliendo mucho mejor á todas ellas el baño.

Bien tenemos los exemplos de los antiguos, pero los miramos con indiferencia como muchas otras cosas de sus excelentes practicas, reputándolas, principalmente sus baños, efectos de delicia y de luxo; y no como efecto de sus mayores conocimientos en la medicina. Verdad es, que se llega á abusar de lo bueno; pero por ventura ¿el abuso desmiente ó disminuye las calidades? A los enfermos rematados vemos prescribir como último remedio el uso de los baños. Los vemos ir á remotas tierras con peligro de no llegar á ellas, para probar su beneficio. ¿Lo que es último expediente á la quiebra de la salud, no sería mejor que fuese preservativo? ¿Pero quién

cree caer mañana en un mal que hoy no siente, y que por lo mismo no recela? ¿Ni quién querrá preservarlos con gastos excesivos y con muchas incomodidades para bañarse en las aguas de Spá, ó de Pisa? Yo no entiendo hablar de estos baños, ni pretendo tampoco renovar el uso casero de los antiguos: mas cíñome á la playa y prefiero el uso frequente, y si pudiera ser diario del baño marino á todos los demas. Los que pueblan las playas, pudieran suplir con ellos á todos los médicos y medicinas, que tal vez entonces no hecharian menos.

Eusebio probó tambien en esto, el afecto de la enseñanza y de los consejos de Hardyl; no solo aprendiendo á nadar como un buzo, sino tambien fortaleciendo su salud; siendole mas provechoso este exercicio, que los consejos que dieron los médicos á Susana, la qual fué cada dia empeorando, de modo: que llegó á término de hacer temer de su vida. Esto impidió la vuelta de Hardyl á Filadelfia el dia que la tenia determinada, debiendo condescender con las instancias de Henrique Myden, el qual sentia que se ausentase en el crítico estado en que se hallaba su muger. Esta tambien deseaba retenerlo, por las sospechas que tenia de su vecina muerte, esperando

que la confortase con sus máxîmas é instrucciones. Estas las recibimos con mejor ánimo de las personas que veneramos: y siendo gran de el concepto que Susana habia cobrado á Hardyl despues de sus pasadas diferencias, escuchabale como á su Socrates.

Procuraba este consolarla en sus penas y prestabale toda la asistencia que podia en compañia de Eusebio. Cesaron todos los paseos y trabajos campestres, y dedicaron sus esmeros en alivio y consuelo de la moribunda; pero ésta que sentia acercarsela la muerte, volviendose á su amado Eusebio le dice: Eusebio, vá á separarnos para siempre la voluntad inescrutable de aquel Señor que te me presentó para que fueses el colmo de mi dicha en éste suelo.

Supla la virtud, hijo mio, á los cariñosos esmeros de quien te fue madre; y que se lleva de este suelo las esperanzas de que tu corazon fortalecido de las santas máxîmas de éste tu respetable maestro, no se dexará avasallar de los incentivos de las pasiones que deslumbran la mente y la razon, sin que se desengañen de las vanidades del mundo, sino en la hora en que ahora me veo, y en que se presenta á la vista el abismo interminable de la eternidad ante el qual, la mas larga vida parece un sueño, sirviendo de solo consuelo la vir-

tud. Esta es la mas rica herencia que te encomiendo, y la que solo puede hacer tu felicidad. No añado mas por que no puedo, y porque fuera superfluo habiendote dado el cielo tan sabio consejero. Ves Eusebio y llama á tu padre, pues siento . . .

Eusebio enternecido de las palabras de Susana, haciase fuerza para contener su llanto, y aunque se apresuró para ir á llamar á Henrique Myden, no pudo dexar de prorrumpir en sollozos al salir de la estancia. Oyelo Henrique Myden, y creyendo por su llanto que hubiese fallecido Susana, entra fuera de sí en el quarto; y aunque contuvo de repente su dolorosa turbacion la sorpresa de ver su muger hablando con Hardyl, se llegó á la cama enternecido, y tomando la mano á su muger; comenzó ésta, por dar gracias al cielo de los bienes de que los habia colmado, y á él de los esmeros y cariño que le debia: y pasando á encomendarle Eusebio. Hardyl creyó bien el dexarlos en libertad en momentos tan preciosos, y se salió para volver de alli á poco con Eusebio, deseando que estuviese éste presente á la vecina muerte de Susana, conociendo que declinaba por momentos. Pero al volver á entrar con él, vé el rostro de Susana pendiente sobre la almohada hacia la

cabeza de su marido, el qual, tenia aplicado su inclinado rostro sobre la mano de la enferma puestas las rodillas en el suelo.

Y aunque la palidez del rostro de la enferma hizole temer al entrar que hubiese expirado; pero el silencio y postura de Myden hizolo dudar de modo, que acercándose á la cabecera preguntó á la enferma si queria un sorbo de agua: mas no dándole ella respuesta ni señal de vida al movimiento que le hizo con la mano, acabose de certificar de su trance; del qual certificado tambien Henrique Myden y Eusebio, dieron rienda á su dolor como muchachos. No pudiendo resistir Henrique Myden á quedarse en la estancia, salióse á fuera á desahogar su acerbo sentimiento. Pero Eusebio, en quien el duelo recibia las mayores fuerzas de su gratitud á tan buena madre, arrojase de rodillas ocupando el lugar que habia dexado Henrique Myden, y besando la yerta mano de la difunta decia con lágrimas: estos insensibles restos que beso, porque los venero ¡ ah ! bien sé que no me oyen ni sienten, ¿ pero cómo puede dexar de pasar mi dolor en éstas demostraciones de gratitud, con las quales confirmo la promesa que no pude hacerte en vida, de conservar la virtud que me encargaste como la mas rica herencia.

Viendo Hardyl empeñado á Eusebio en un acto tan piadoso, salió de la estancia dexandolo solo, para ver si habia perdido el miedo al cadaver, y para consolar tambien á Henrique Myden, que necesitaba de tan caritativo oficio. Media hora despues quiso volver á la estancia para ver si estaba todavia en ella Eusebio; y hallándolo en la misma postura, aunque llorando en silencio le dice: basta, hijo mio, basta: la deuda del dolor queda yá satisfecha: lo demás, ni la naturaleza te lo pide, ni te aprovecha á ti ni á la difunta. Obtenga tu razon el mérito que te deberá usurpar el tiempo, si no lo previenes con la moderacion. Esta deves tambien á tu sentimiento aprovechándote del duelo, para no poner la dicha en ninguna cosa, que tarde ó presto has de perder: y haciéndolo levantar, se lo llevó sollozando fuera de la estancia.

Habian llegado algunos vecinos para informarse de la salud de Susana, y poco despues llegó el padre de Leocadia informado por las cartas de Eusebio del peligro de su madre. Contribuyó su venida para aliviar al inconsolable Henrique Myden, y para condecorar el funeral, al qual dió mas digna pompa el llanto, que la bondad y virtudes de Susana se grangeó de los asistentes, espe-

cialmente de sus criados y labradores, que no el vano aparato y luxo con que sabe conciliar la ambicion las ideas de la baxeza humana, con las de la grandeza que representa.

Henrique Myden quiso volver inmediatamente á Filadelfia resuelto á poner en execucion los pensamientos que llevaba de liquidar las cuentas de su comercio para retirarse enteramente. Lo qual no siendo de facil condicion por la vasta extension de sus intereses en paises estraños; dexaba tiempo bastante para que Eusebio hiciese su viage, de modo: que á su vuelta pudiese efectuar su casamiento con Leocadia, y acabar en el seno de un dichoso descanso sus dias en compañia de tan buenos hijos, y que tanto podian contribuir para darle una consolada vejez. El padre de Leocadia quiso retenerlos á comer en su casa al pasar por Salem, en donde Eusebio y Leocadia renovaron sus ardientes sentimientos, avivándoselos la tierna tristeza que dexaba en sus amorosos corazones la memoria de la muerte de Susana, y la de la pronta partida de Eusebio para España, para el qual tiempo prometió de venir á despedirse de ella.

Llegados á Filadelfia, Hardyl debió atender á despachar las obras y materiales que le quedaban en la tienda para poder alquilar

su casa. Eusebio quedó en casa de Henrique Myden prosiguiendo su estudio de la historia que podia continua sin estorvo en el viage. En esto atendian Hardyl y Eusebio, quando Henrique Myden dió á éste la noticia que estaba para partir un baxel para Prosmouth, en el qual podia pasar á Inglaterra para ver aquellos paises, y desde alli continuar su viage á España á cuyo gusto supliria con treinta mil libras esterlinas que creía le quedaban de fondo, y con setenta mil duros que tenia recaudados y que habia cobrando por cedulas de cambio, segun las remesas que le venian de los apoderados de sus haciendas. Añadióle que antes de partir era muy justo hacer un presente á Hardyl de ocho mil duros, ora los quisiese recibir en dinero, ora en fondos como mejor le pareciese.

Saltabale á Eusebio el corazon de júbilo á la proposicion de Henrique Myden, y quisiera desde luego tener el dinero en su poder para entregarselo. Pero no estando aprestada la cantidad, le dexó tiempo para reflexîonar: que seria mejor que el mismo Henrique Myden le hiciera la oferta, pues temia no poder recabar de él, que los recibiese de su mano. Pareciendole bien á Henrique Myden la reflexîon de Eusebio, esperó que Hardyl vinie-

se de asiento á su casa; y estando ya en ella despues de haber alquilado la suya, llamandolo á su escritorio con Eusebio le dixo: No puedo encareceros, Hardyl, la admiracion en que me dexó vuestro desinteres, quando proponiendoos paga por el trabajo de la educacion de Eusebio, rehusasteis dar oidos á mi proposicion queriendoos encargar, no solo de su crianza, sino tambien de su manutencion, como si Eusebio fuese hijo vuestro y no discípulo.

Por efecto de esta misma admiracion, condescendí yo con un silencio, que hubiera sido estúpido y feo, si no hubiese remitido á tiempo y lugar, satisfacer antes á mi propia gratitud, que á las obligaciones en que os estamos, asi yo, como Eusebio: y para daros una prueba de esto, os rogamos querais aceptar estos ocho mil duros que aqui he juntado, para que con ellos podais suplir á las necesidades que se os ofrecieren, en caso que os llegue á cansar el oficio.

Al oir Hardyl esta proposicion tan inesperada, sin dexar continuar á Henrique Myden, dixo: preserveme el cielo de llegar jamás á envilecer mis desinteresadas intenciones, corrompiendo el puro consuelo que me da la memoria de los cuidados y esmeros, que tan

bien merecidos me tiene Eusebio. No, amigo, no espereis que flaquee mi resolucion: volved ese dinero á su fondo, y no querais avergonzar, ni mi amistad, pues os la tengo; ni el amor que me debe Eusebio. Si jamas el querer del cielo reduxere mis brazos á la imposibilidad de poderme ganar el sustento, me queda la dulce esperanza y alta satisfaccion, de veniros á pedir entonces lo que ahora no debo aceptar. A vos, Eusebio, os perdono esta generosa ofensa á mi concepto, y perdonad tambien el disgusto que os puede causar mi desaprobacion: y dándole un abrazo lo besó en la frente, demostracion que jamás hasta entonces no le habia dado Hardyl: quedó asi confirmada tal confianza entre los tres, como si fueran miembros de una misma familia.

Concertaron luego entresi el plan del viage, en el que entraban los criados que se habian de llevar; lo que quedando á la eleccion de Eusebio, mostró deseos que fuesen Gil Altano y Juan Taydor. Debia tambien tomarse tiempo Eusebio para cumplir con la promesa hecha á Leocadia de ir á despedirse de ella; y no quedándoles mas que quatro dias, aceleró su ida á Salem en compañia de Hardyl. Las demostraciones con que fueron recibidos se resentian del oculto sentimiento que les cau-

saba el motivo de su venida; y aunque la madre de Leocadia resolvió no dexar ocasion á los amantes para que se hablasen á solas, como se lo dixo á Hardyl: éste se lo disuadio., asegurandola, no solo de la modesta reserva y del recatamiento de Eusebio, sino tambien del provecho que á éste le podia resultar convalidando su felicidad para tan larga ausencia contra los riesgos y ocasiones que se le pudieran presentar en en el viage.

Persuadida la madre, revocó el orden que tenia dado á Leocadia, é hizo nacer la ocasion para que se viesen á solas poco tiempo antes de la partida. Al verse Eusebio con Leocadia sin testigos, sintióse asaltado de un mudo encogimiento que enfrió los trasportes de su alborozo: mas pudiendo finalmente dar orden á la confusion de sus afectos dijo asi,,

Eusebio. He aqui el momento tanto mas agradable, quanto menos esperado, ¡ ó dulce Leocadia! para declararos lo que mejor os dixeron mis ojos, y lo que no podeis ignorar si conocisteis á Eusebio. ¡ Ah! yo parto porque de mi amor no depende la quedada. La sola esperanza de volver mas digno de vos, templa al grave dolor que pruebo en mi partida.

Leocadia. ¿Podré lisongearme que vuelva ese corazon vuestro, no de mi mas digno,

mas qual es, y qual solo lo quisiera antes de la partida? ¡ó quanto vale mas una segura posesion aunque mediana, que una magnífica promesa, tal vez incierta tal vez... ¡ó cielos!

EUSEBIO. ¿Cómo? ¿Llegaron á poner duda vuestras sospechas en la pureza de mi afecto? ¿vuestro injusto temor, no ofendé antes á vuestra sinrazon que al concepto que de vos no tengo merecido, qual lo manifestais? ¿el tiempo corto que debieramos emplear en desahogar nuestros pechos con tiernos y dulces afectos, lo deberémos desperdiciar en buscar escusas á vanas sinrazones? No, suavisimo amor mio: dexad antes que imprima en esa mano...

LEOCADIA. No lo espereis á solas. Jamas el tiempo llamará á engaño mi sobrada confianza, mucho menos en una separacion en que mi recato queda á cargo de la incertidumbre...

EUSEBIO. ¿Mas por qué? Declaraos: á soslayo de vuestra injusta severidad, no descubro por ventura una muda desconfianza que ofendiendo á mi amor, amartela tambien nuestros corazones. ¿Temeis acaso, que alguna beldad estrangera deslumbre una alma que os queda consagrada? ¿ó bien que el tiempo y

la ausencia, amortiguen el santo y puro afecto que vuestra sola memoria hará solo inestinguible? ¿ Porque qué significa esa mediana posesion preferible á una magnífica promesa?

LEOCADIA. ¿ Y por ello podeis acusarme de celos? ¿ Debó fundar mi sola desconfianza en beldades que no se si me la merecen? ¿ No hay peligros; no hay lances en los caminos y poder en el cielo, para hacer tal vez infeliz con el tiempo á la que pudiera tocar con la mano su presente felicidad?

EUSEBIO. ¡ Ah! Perdonad, perdonad, excelso amor mio. ¿ Mas mi error no se arrepentirá de haber dado motivo á una confesion que inunda de delicias mis oidos? ¿ Yo hacer vuestra presente felicidad? ¿ digolo, y sufriré que se difiera? No resisto: venid, Leocadia: obtenga nuestro llanto suplicante á los pies de nuestros padres lo que no querran negar, y lo que no podiamos obtener á pesar de nuestra dicha sin su consentimiento.

LEOCADIA. ¿ Yo oponerme á su determinacion? Antes devoraré mi dolor, que oponer á su respetable voluntad un revoltoso afecto. Si me descubrí indiscreta, tengo todavia valor para sobreponerme á mi culpable ligereza.

EUSEBIO. ¿ Culpable? ¿ y en qué lo es?

¡ Oh Dios ! ¿ habráme de ser siempre contraria vuestra severa delicadeza ? ¿ vuestra austera obligacion no me condena antes á la partida , que no la voluntad de quien no la determinó con mando ?

Leocadia. ¿ Y una voluntad expresa no debe tener fuerza de mando para con mi respeto ? ¿ Pretendeis acaso , quebrantar una delicadeza , que parece os es sensible , pues la acusais de severa ? No , Eusebio , partid : robaos á mis ojos , á mi dolor, aunque sea al precio del sacrificio de mis esperanzas , antes que mi obligacion y vuestra virtud se desmientan.

Eusebio. ¿ Si llamé severa , y si no dexa de ser sensible vuestra delicadeza á mi amor no es por lo mismo mas digna de mi adoracion eterna ? ¡ Oh fortaleza que confunde la mia! ¿Que yo parta y me robe á vuestro dolor? esto me mandais , y no sacrificare la dicha . . . ¡ Ah ! no. Toda la tierra : sus riquezas todas: mas Leocadia . .. ¡ Oh poderoso imperio del amor ! ¿ Qué dura obligacion habrá que no se someta á tan suave poderio ? ¿ y temereis que el cielo testigo de vuestra excelsa resignacion no la acepte en favor mio ? Sí , Leocadia : él desviará de mis pasos los peligros , y á la fidelidad que me merece vuestra virtud , abreviará el camino para darle la recompensa ma-

yor en vuestros rendidos brazos, en ese seno, adorable manantial ardiente de los poderosos atractivos....

Quan importuna debió ser la entrada de la madre para decir á Leocadia que Miss Leden venia á saludarla. De este pretexto se sirvió para interrumpirlos, y para decirles que la dicha Miss Leden la traia la noticia, que Orme se habia embarcado para Inglaterra como lo acababa de oir de su mismo padre: y volviendose á Eusebio le dixo: á vos toca yá que vais hacia aquellas partes, el perseguir y haçer castigar la fea ingratitud y la maldad que contra todos nosotros ha cometido.¿Que yo lo persiga, Señora? dijo Eusesebio. ¿No nos vengó bastante su frustrado delito? ¿y éste mismo no es mejor que le persiga, que no yo que le debo mas compasion que odio? perdonad; oí siempre decir, que al ladron y al enemigo, puente de plata.

Diciendo esto, llegan á la sala donde Miss Leden los esperaba en compañia de Hardyl. Este viendo rotos los mas preciosos instantes para Eusebio, y que todo el demas tiempo seria gravoso para diferir la partida, esperó que llegáse el padre de Leocadia para mover y encaminarse á Filadelfia. Y aunque quando éste llegó quiso poner estorvos, Hardyl insistió

en la necesidad de los preparativos para el viage, de modo, que llegaron á la despida. Eusebio abrazó tiernamente al padre de Leocadia: y besó la mano á la madre sin poder proferir palabra. Una desfalleciente palidez ocupaba su rostro sin asomársele ninguna lágrima, hasta que llegando á Leocadia, palida, y muda como él, la tomó la mano, en la qual imprimió un beso, y arrimándosela luego al corazon, ¡Oh Dios! dijo: y torciendo la cabeza, prorrumpiendo en un amargo sollozo, tomó precipitadamente la puerta. Hardyl se vió precisado á seguirlo, dexando á Leocadia penetrada del tierno enagenamiento de su amante.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

A01 1461204

ERRATAS.

Pag. 73. lin. 13. Avisabame, *Acosabame*. p. 76. lin. 17. lal, *las*. p. 125. lin. 15. be, *de*.

A01 146120Z

p. 76.

181. tt. 8

Digitized by Google







Digitized by Google